EL CAZADOR DE SOMBRAS

Patrick Bard

Grijalbo intriga



Patrick Bard combina magistralmente la crónica periodística con el thriller político y policíaco para adentrarse en las zonas más oscuras de los actuales conflictos bélicos. Distintas historias que tienen como hilo conductor a un reportero francés que tratará de llegar al fondo de la cuestión. Sus investigaciones le conduci rán hasta una joven congoleña, violada y obligada a prostituirse, dos francotiradores, un mercenario arrepentido y un perturbado que busca placer en el asesinato. Todos ellos acabarán coincidiendo en un siniestro viaje a tierras chechenas, espacio del desenlace..



Patrick Bard

El cazador de sombras

ePUB v1.0

Hiacynt 15.04.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *El cazador de sombras*
Bard Patrick, 2014.

Editor digital: Hiacynt
ePub base v2.1

En memoria de Ernest Moucheboeuf, mi tío abuelo,
que regresó de Argentina para caer en el Somme en 1918

El francotirador debe ser capaz de matar tranquila y deliberadamente a un objetivo que no represente una amenaza inmediata para él. Es mucho más fácil matar en situación de legítima defensa, o de defensa del prójimo, que matar a alguien sin móvil aparente. El francotirador no debe ser vulnerable a emociones emparentadas con la ansiedad o el remordimiento. Los candidatos a recibir entrenamiento como tiradores de élite cuya motivación esencial sea el prestigio pueden resultar incapaces de mantener la fría racionalidad que exige el oficio de francotirador.

Manual de teatros de operaciones,
n.° 23-10 del ejército de Estados Unidos

Primera Parte

Capítulo 1

Sarajevo, 11 de mayo de 1994, 9. 02

Los días de Goran Milkovic empezaban invariablemente del mismo modo: como si fuera Dios, cada mañana, después de tomarse el café, hacía volar en mil pedazos la rodilla de un niño.

Milko, como le llamaban familiarmente sus amigos, había empezado a matar dos años antes, tras descubrir en los periódicos de Belgrado las noticias sobre las matanzas de civiles serbios perpetradas por los croatas en Vukovar, en Eslavonia. Impresionado, asqueado por aquellas imágenes de cadáveres de niños y ancianos, puso sus dotes de tirador de élite al servicio de los serbios de Bosnia, aunque en Gorbavica, donde residía en un bloque de pisos de hormigón de los años setenta, la población siempre había vivido mezclada, hasta el punto de que muchos miembros de su propia familia política eran musulmanes.

Cada día, desde el inicio del cerco de Sarajevo, ocupaba su puesto en un edificio blanco de treinta pisos que dominaba Vojvode Radomira Putnika, conocida desde entonces con el sobrenombre de «avenida de los Francotiradores» o «Sniper Alley», al otro lado del río Miljacka.

Nunca subía más arriba de la planta dieciséis.

Se instalaba detrás de una de las discretas aspilleras abiertas en el cemento armado.

Un puesto ideal, ligeramente inclinado.

Milko había notado, no sin cierto asombro, que matar a seres humanos le proporcionaba placer. Al principio no, desde luego.

Sus dos o tres primeras víctimas le habían dejado una huella muy profunda.

La primera, sobre todo. Todavía la recordaba. Nunca olvidaría aquel niño cogido de la mano de su abuelo. Milkovic llevaba ya en su puesto más

de hora y media, y varios blancos potenciales se le habían presentado ante la mira del fusil.

Tenía muchas dudas. Demasiado viejos o demasiado jóvenes, demasiado esto, demasiado lo otro, ninguno le parecía lo bastante bueno. No obstante, Goran Milkovic había sido un cazador excepcionalmente precoz. Su padre, un hombre de alta estatura, piadoso en extremo, devoto incluso, le había enseñado a perseguir a los animales salvajes, a esconderse en los bosques, a soportar el frío, a caminar días enteros sin emitir la menor queja. Si convenía, lo molía a golpes. Endurecían el carácter. Extirpaban el pecado del cuerpo y del alma. Purificaban, decía aquel padre intransigente. Cada vez que el pequeño Goran desobedecía, cada vez que daba un paso en falso, su padre lo arrastraba hasta la iglesia ortodoxa para expiar sus culpas. La redención estaba al final del camino.

Los huesos de Goran se fueron alargando. Abatió su primer ciervo a la edad de ocho años.

No sentir la mordedura del hielo, soportar kilómetros y kilómetros sobre un par de esquís de fondo, no temblar en el momento de dar en el blanco. Todo esto no era nada comparado con el miedo que había tenido que dominar. No, nada frente a las enormes manos paternas que prodigaban amor a puños llenos. Incluso ser campeón olímpico había sido poco.

Y bien sabía Dios que la medalla que había ganado en los Juegos Olímpicos de invierno de Sarajevo le había proporcionado una intensa satisfacción. Pero matar a un hombre, matar a un niño...Para Goran Milkovic esta forma tan especial de caza resultaba mucho más excitante que el biatlon.

La guerra estaba allí, a su alrededor, siempre al acecho. Y con ella el dolor, los gritos, y aquel terror que él sabía mantener a raya y que tanto despreciaba en los demás. Bienaventurados los que morían bajo sus balas, porque ellos conocerían la paz antes que los demás.

A su modo, Goran también prodigaba amor. Con balas reales.

Finalmente había elegido al pequeño que paseaba por la calle cogido de la mano de su abuelo.

Ese sería el primero.

Milkovic dejó de respirar.

Cuando surgió el disparo, entornó los ojos, instintivamente.

Cuando los volvió a abrir, el chaval estaba tendido en el suelo, inmóvil. Debajo de él se extendía un charco de sangre que iba creciendo, mientras el

abuelo, aterrorizado, estaba quieto, tembloroso, los brazos colgando, en estado de shock. Era un objetivo fácil. Demasiado fácil. Tras unos instantes de vacilación, Milko decidió perdonarle la vida al pobre viejo.

Al llegar la noche, fue incapaz de conciliar el sueño. No dejaba de ver al chiquillo una y otra vez. Primero vivo, luego muerto. Vivo, muerto, dependiendo de su única voluntad.

Soñó mucho con aquel niño, sobre todo al principio.

Cualquier ser humano normal se habría enternecido con aquel abuelo bosnio y su nieto. Pero Milko recordó las imágenes de los niños serbios ejecutados. Invocó la alta silueta de su padre, su mano levantada sobre él.

Un gesto del dedo había bastado.

Su segunda víctima fue una adolescente de pelo color de trigo maduro, y aquella vez se le encogió el corazón. Pero entonces pensó en las tropas serbias. En las violaciones que habría cuando invadieran la ciudad. Por un instante imaginó a la chica descuartizada, gritando bajo las embestidas de unos soldados con los pantalones del uniforme bajados hasta los tobillos.

Sus escrúpulos se desvanecieron. Le evitó la humillación, el dolor.

También con ella soñó mucho.

Por esta razón, sin duda, después tomó como objetivo una presa más aceptable.

Un hombre en la flor de la vida, un conductor de tranvía, seguramente padre de familia. Claro está que su viuda y sus hijos se le aparecieron un poco en sus sueños. Pero nadie tenía nada por nada.

¿Después? Bueno, después...musulmanes. Ellos eran el enemigo. Los asesinos de niños serbios. Él era el cazador, el depredador.

No tardó mucho en creerse el Todopoderoso.

La sensación de ser invencible se apoderó de él.

Con el paso del tiempo fue perfeccionando la táctica.

A fin de cuentas, los heridos eran mucho más engorrosos que los muertos. Gritaban, suplicaban, movilizaban energías.

Era una guerra sucia.

Milkovic había adquirido la costumbre de realizar disparos muy difíciles, desde una distancia mínima de 300 metros, utilizando trípode, con su Sig Sauer SSG 3000 alemán —una auténtica joya, con lente de enfoque láser y cargador de dieciocho cartuchos—. Su especialidad era detectar una presa capaz de enternecer a los transeúntes. Un joven adolescente, o mejor aún, un niño. Disparaba siempre a la rodilla, esa era su firma. Cuando se

llevaban a los niños al hospital, los enfermeros decían: «¡Otra vez ese cerdo de Milko!». Cuando abandonaba su escondite, dejaba siempre los casquillos en el sitio para marcar su territorio. Se fabricaba su propia munición, variando las dosis de pólvora para modificar el efecto de las balas. Las que solo servían para herir atravesaban el cuerpo de parte a parte, sin provocar grandes daños.

Como ya habrá quedado claro, Goran Milkovic era un perfeccionista.

Una vez que el niño estaba caído en el suelo, aterrorizado, gritando, los adultos no pensaban más que ir a socorrerlo, naturalmente.

Cuando se está apuntando, la mira se desplaza al ritmo de la respiración. El método de Coran consistía en concentrarse en un punto a un metro del herido, y esperar. Todo objetivo que se presentase en aquel punto, desplazándose hacia atrás en relación con él, podía darse por muerto. Ni siquiera sentía la sacudida de su índice en el gatillo. Se limitaba a ejercer una presión regular en el disparador y, en un momento dado, surgía el disparo, a la altura de la cabeza o del pecho. Eran municiones diferentes de la primera bala, la destinada a herir. La velocidad de sus proyectiles de 7,62 mm era tal que, sin duda, la onda expansiva mataba más deprisa que la herida infligida provocando un paro cardíaco. Cada vez era el mismo guión, o casi.

Una vez inmovilizado el anzuelo, pulverizada la rótula, observaba a los civiles musulmanes que, al oír la detonación, se refugiaban detrás de uno de los contenedores de metal dispuestos en la Sniper Alley por la UNPROFOR. Debatiéndose entre sentimientos contradictorios, miraban al pequeño que se retorcía en medio de su sangre; no sabían qué hacer, observaban las colinas con ansiedad, quizá el francotirador se había ido, quizá había renunciado.

Era como un juego. Bastaba con esperar. Siempre había uno, más valiente que los demás, que al final se decidía. Y ¡bum!

Sí, era una guerra sucia. Y el trabajo de Milko consistía en sembrar el terror. Pero los otros, los de enfrente, tampoco se andaban con chiquitas. En cuanto liquidaba a tres o cuatro, tenía que largarse a toda velocidad antes de que la dirección en la que habían caído los cuerpos, la onda expansiva o los destellos de las detonaciones lo delatasen a los francotiradores bosnios. S11 salida de emergencia nunca estaba lejos de su puesto de tiro. Coran Milkovic se sabía el recorrido de memoria. El mismo camino para 11 y venir, asegurarse siempre de tener la vía libre. Tras lo

cual, Milko regresaba a sus ocupaciones habituales en las afueras de Illidza, al volante de un Golf rojo que conducía como un loco, mordiendo los bordillos y rozando el asfalto con las manijas de las portezuelas al tomar las curvas. Sus ocupaciones habituales en aquel momento se denominaban *bisness*, como conviene a un señor de la guerra respetado y a punto de convertirse en leyenda para los serbios de Bosnia. Porque Goran Milkovic también había aprendido eso, el sentido de los negocios. Matar cambia a la gente.

Además, el oficio de francotirador era bastante lucrativo, cien dólares por adulto eliminado, y aunque matar a niños no estaba tan bien remunerado, sacaba bastante dinero para poder invertir en negocios. Y cuanto más tiempo pasaba, más le criaban sus dólares.

Aquella mañana, como de costumbre, había llegado temprano, hacia las seis, para colocarse en su puesto.

Iba vestido con un jersey ligero, vaqueros negros y zapatillas deportivas. Había escogido una aspillera a ras de suelo de apenas unas decenas de centímetros de lado en el décimo piso, ni demasiado arriba ni demasiado abajo, justo a la altura perfecta. Se arrodilló y montó el trípode. Al apoyarse con la mano en el suelo para tenderse sobre el vientre, sintió un agudo dolor que le atravesaba la palma. Se había cortado con un trozo de vidrio. Escombros de todo tipo llenaban la habitación, cubrían el suelo.

¡Mierda! Miró a su alrededor. Tendría que haber barrido un poco antes de ponerse a trabajar. Pero el movimiento de vaivén podría haber hecho que los francotiradores bosnios lo descubrieran. En fin...

Sacó una navaja del estuche que llevaba sujeto en el tobillo debajo de los vaqueros y empezó a cortar un pedazo de la polvorienta cortina que revoloteaba suavemente en una ventana con los cristales rotos. Ya se lo curaría correctamente después. Mientras tanto, al menos absorbería la sangre.

No era cuestión de dejar que aquel pequeño incidente alterara sus cualidades de tirador.

El tiempo era ideal. No hacía viento, el viento tenía mucha influencia en las trayectorias de las balas. Una luz rasante, a su espalda, destacaba cada relieve del terreno. Se instaló cómodamente, como de costumbre, con la caja del arma resguardada de las miradas exteriores. Después encajó el cargador; la noche anterior, había elaborado una sabia mezcla de pólvora y fósforo.

Tranquilamente, observó su objetivo.

Sarajevo, 11 de mayo de 1994, 9. 02Emir Ferhatbegovic nunca había tenido deseos de combatir. Pero el día en que un miliciano le incrustó en la boca el cañón de su arma para convencerlo de que se alistara, se dijo que, a los veintitrés años, tal vez era un poco joven para morir, y cambió de opinión. Ya que se lo pedían tan amablemente. Aquello ocurrió poco después del 5 de abril de 1992, cuando empezó el cerco de la ciudad. Los serbios habían estrangulado Sarajevo. 260 tanques y 120 morteros enviaban cotidianamente 4. 000 obuses sobre escuelas, hospitales, mezquitas, iglesias, sinagogas, maternidades y, por supuesto, sobre los 500. 000 habitantes de la capital de Bosnia-Herzegovina. El agua y el pan pronto se convirtieron en un problema. Los sarajevitas deambulaban, con bidones vacíos en la mano, en busca de un punto de agua, constituyendo otros tantos objetivos potenciales. Y los francotiradores serbios habían entrado en danza. Tanto como el cañón de la pistola en la boca de Emir, el daño que causaban los francotiradores hicieron que Emir aprendiera a manejar un AK 47. Resultó ser bueno. Tenía un talento casi innato para distinguir a los francotiradores serbios, a veces incluso antes de que disparasen.

Su instinto pronto lo hizo peligroso.

Desde entonces, cada dos días, se colocaba en su puesto durante veinticuatro horas en un edificio con el vestíbulo devastado y las paredes magulladas por los obuses de mortero, a dos pasos del Holiday Inn, en el Zmaja od Bosne. Por las escaleras llenas de escombros vagaban como fantasmas milicianos con uniformes azules desparejos, luciendo el emblema bosnio de las tres flores de lis y cintas a lo Rambo en la frente, armados con pesadas ametralladoras, cartucheras en bandolera y pistolas SZ 99 a la cintura. Cuando había electricidad, Emir subía por el ascensor hasta su puesto, aun a riesgo de quedar bloqueado en la cabina por uno de los cortes de luz, tan numerosos como imprevisibles.

Desde hacía dos años, Emir cumplía cada vez con el mismo ritual. Apenas llegaba, se acuclillaba y acercaba la cara a una ventana baja, a través de las cortinas. Desde ahí podía ver su casa, enfrente, en Gorbavica, de lleno en la línea de fuego. Al principio, por las noches, conseguía escabullirse hasta ella. Ahora era totalmente imposible. Y aunque pudiera, había una familia serbia ocupando su piso. A veces, cuando la fatiga se apoderaba de él, cuando el día antes había bebido demasiada *slivovica*, se ponía a llorar y a gimotear, no quiero ser soldado, no quiero ser soldado,

hasta que se dormía acunado por su propio lamento. Aquella mañana las calles estaban excepcionalmente desiertas; solo un gato se paseaba en medio de los trozos de yeso caídos de las fachadas. La noche, sin embargo, había sido especialmente tranquila. Ningún obús había caído sobre la ciudad y excepto el petardeo de algunas armas automáticas nada turbaba el silencio de aquella soleada mañana de primavera. Emir Ferhatbegovic esperaba que su nuevo armamento supiera mostrarse eficaz. Con el paso del tiempo, las armas se habían vuelto para él un poco como las mujeres, muy dulces, muy bonitas y muy peligrosas.

¡Bendita sea la generosidad de los iraníes! Acababa de tocar un lanzagranadas recién estrenado.

Sarajevo, II de mayo de 1994, 9. 02

Sébastien Meyer no habría pensado nunca que algún día pudiera haber guerra en Sarajevo. Si alguien hubiera planteado la cuestión a cualquier habitante de la ciudad durante la primera estancia del joven fotógrafo en 1986, le habría tratado de loco o de imbécil. Es cierto que por aquel entonces se temía por Macedonia, y que los independentistas kosovares estaban bastante moviditos, pero Bosnia-Herzegovina ¡jamás! Y Sarajevo, destinada a ser una de las ciudades faro de Europa, menos aún. Ahí, serbios ortodoxos, croatas católicos, musulmanes y gitanos convivían de manera totalmente pacífica, basándose en el principio de la tolerancia. Al menos eso era lo que contaban con orgullo los sarajevitas a quien quisiera oírlo, mientras señalaban las cúpulas bulbosas de los campanarios mezcladas con las esbeltas siluetas de los minaretes desde donde se alzaba el rezo del muecín. Un leitmotiv tranquilizador que sonaba tanto a exorcismo como a sortilegio. Pese a todo, ¿cómo podría ser posible una guerra? Todo musulmán tenía un primo político serbio o croata, y viceversa. Tito había hecho bien las cosas al unificar Yugoslavia, sofocando las ambiciones y las viejas disputas nacionalistas. Eso era, al menos, lo que Sébastien Meyer había pensado a los pies de la estela conmemorativa que señalaba el lugar en el que se había iniciado la Primera Guerra Mundial, cuando Gavrilo Princip, un joven nacionalista bosnio, asesinó a Francisco Fernando de Austria, el archiduque heredero de los Habsburgo, y a su mujer Sofía, el 28 de junio de 1914 a orillas del Miljacka.

Sí, pero Tito había muerto. Por eso el periódico *L'Humanité* había enviado a Seb Meyer a Yugoslavia, para efectuar un reportaje fotográfico del «después».

Para ver cómo se las apañaba Milosevic con la herencia de Tito. La respuesta había sido, como se decía en aquellos años, globalmente positiva. Meyer deambuló por Bascarsija, el antiguo barrio turco, y el mercado. Fue a la mezquita, donde el gran muftí de Sarajevo incluso le regaló un Corán que más adelante le salvaría la vida, pero esa era otra historia...Vació vasos de *slivouica* con estudiantes saudíes en una iglesia secularizada donde unas jóvenes bailaban la danza del vientre. Visitó la Biblioteca Nacional, catedral del saber de hermosa arquitectura otomana. Bebió litros de café oriental en los pequeños bares de las calles que descendían las colinas salpicadas de encantadoras casitas viejas dominadas por el cementerio musulmán. Asistió a un espectáculo folclórico en el hotel Bristol, donde se alojaba, y visitó el ultramoderno Holiday Inn, construido con motivo de los Juegos de invierno del ochenta y cuatro. Y, naturalmente, no hizo ascos al recorrido completo por las instalaciones olímpicas, estadio Zetra y villa olímpica incluidos.

Pasó bucólicas horas a la orilla del pequeño arroyo de Illidza, y en el bar del viejo hotel Terma, mientras los agüistas deambulaban en albornoz por los pasillos.

Ahora, los carros estaban estacionados bajo los altos árboles del parque de la vieja estación termal. Illidza se había convertido en la primera ciudad serbia a tiro de cañón de Butmir, el último enclave bosnio fuera del cerco serbio. En cuanto a Sarajevo, la ciudad estaba irreconocible.

El Holiday Inn estaba acribillado por los impactos de obús y era inhabitable a partir de la quinta o sexta planta. Cien dólares por noche, en pensión completa, no era una ganga, pero era el único hotel de la ciudad que aún funcionaba y la mayoría de periodistas se hospedaban en él. Las habitaciones con vistas eran mucho más baratas que las que estaban resguardadas de las miradas: una vista a la montaña equivalía a una vista sobre un nido de francotiradores. El Bristol había quedado reducido a escombros. El estadio, cuyo techo de cobre se había fundido con el calor de los incendios provocados por los obuses que llovían sobre la ciudad, no era más que un vasto cementerio, cada día un poco más superpoblado. Entre la ciudad y el aeropuerto, Dobrinja —un barrio construido con motivo de los Juegos Olímpicos— era el terreno de juego de feroces combates entre antiguos vecinos serbios y bosnios. Desde el 25 de agosto de 1992, el millón de volúmenes que albergaba la Biblioteca Nacional no era más que un montón de páginas calcinadas por el incendio mezcladas con las tejas

rotas y los fragmentos de carbón de madera del artesonado, y únicamente el esqueleto de ladrillo y piedra del edificio alzaba aún sus muñones ennegrecidos frente al río. Un obús había caído en el mercado de Markale, despedazando de golpe a veintidós personas que estaban haciendo cola tranquilamente para comprar pan. Unos días antes, Sébastien se había cruzado con un perro que había enloquecido por un simple buñuelo, que intentaba arrancarle a su dueño entre gruñidos. Los árboles habían sido cortados, las avenidas salpicadas de cascotes estaban llenas de tranvías inutilizados y abandonados a la herrumbre, de carrocerías de coches acribilladas por impactos de balas, dispuestas en zigzag. Los peatones, pálidos como la tiza pese al sol primaveral, cruzaban las calles corriendo. En la avenida del Mariscal Tito, ni una fachada de la vieja ciudad austríaca se había librado de los estallidos de obuses. En algunas, unas manos torpes y llenas de solicitud habían escrito con tiza un aviso: «*Paviü Shajper*!», cuidado, francotirador. ¿Qué habría sido del intérprete francófono que había paseado a Seb unos años antes? Apenas se llevaban unos días y, mierda, ni siquiera conseguía acordarse del nombre de aquel chico de pelo negro y rostro juvenil cruzado por un bigote demasiado serio para su edad. ¿Dragan? ¿Skander? ¿Estaría todavía vivo, o se habría sumado a los muertos del gran estadio? ¿Habría combatido o se habría mantenido prudentemente alejado del conflicto? ¿Había huido? ¿Y cómo habría huido? La ciudad estaba estrangulada por los serbios. Al llegar de París, Seb había conseguido su acreditación en la oficina del servicio de prensa de la UNPROFOR, en Zagreb. Luego se subió en un C-130 de las Naciones Unidas, equipado con el ahora obligatorio chaleco antibalas. Aquel mamotreto que pesaba tres toneladas, tan a prueba de balas casi como una crep bretona, se lo habían endosado por 3. 500 francos en un almacén de excedentes del passage du Dragon, cerca de la estación de Montparnasse.

Una vez fuera del aeropuerto, para recorrer los ocho kilómetros que lo separaban del centro de Sarajevo, había que internarse por la autopista, en plena tierra de nadie. Nunca se sabía por dónde iban a venir los tiros, si por el lado de los bosnios o por el de los serbios. Pisando el acelerador a fondo, los conductores zigzagueaban entre los bloques de hormigón y los contenedores. Una vez en la ciudad, a no ser que te cayera un obús de mortero en plena cara —y llovían casi día y noche—, se estaba más o menos a salvo.

Desde su cuartel general de Pale, Radovan Karadzic, psiquiatra y poeta,

líder de los serbios de Bosnia, y el general Radko Mladic, su perrito faldero, habían declarado: «Reconstruiremos Sarajevo en más antiguo».

Aquel odio hacia la capital, era, sobre todo, el odio del campo hacia las ciudades, más que el odio de los serbios contra los bosnios.

Aquella mañana, Seb salió del Holiday Inn a pie, por la puerta del garaje donde los equipos de televisión guardaban sus coches blindados. El tiempo era magnífico. Bueno, no había árboles en flor, ni siquiera había árboles, pero con un poco de esfuerzo, detrás del olor del plástico chamuscado y el tufo de unos pocos incendios provocados por uno o dos bombardeos nocturnos, casi se podía distinguir el hálito de la primavera. Procedía del campo, cargado de efluvios de hierba húmeda de rocío, y había atravesado las ruinas de los edificios para alcanzar a los habitantes de la ciudad en pleno corazón. En la cima del monte Igman aún resistían algunas placas de nieve. ¿Cómo explicar al resto del mundo que una mañana en Sarajevo podía ser admirable, y que uno se podía sentir desbordante de energía?

Primero tomó unas cuantas fotografías con su Leica, en 35 milímetros, de un niño harapiento debajo de un cartel pegado en una pared del Holiday Inn que proclamaba: mir, peace, paz. Unas imágenes que casaban bien con su humor del día.

Meyer se desplazaba prudentemente por pasajes resguardados de los francotiradores. Muchos habitantes de la ciudad, cansados de sentirse como presas, ya ni siquiera corrían. No era su caso. Sin aliento, sudoroso, distinguió un poco más lejos a una anciana desplomada en el suelo, acurrucada junto a un contenedor. La gente pasaba a su lado, con el bidón en la mano, indiferentes a la muerte. Evidentemente, el francotirador había terminado su jornada de trabajo. Podía empezar la búsqueda cotidiana de agua.

Sébastien Meyer se acercó lentamente extrayendo de su bolsa una cámara Eos 1 cargada con diapositivas de color de 100 ISO. La sangre que se escapaba por la boca de la mujer aún no había tenido tiempo de coagularse, se había esparcido como un río rojo sobre el asfalto.

Tenía los ojos cerrados y su pañuelo, bien atado bajo el mentón, ni siquiera se había deslizado con la caída. Una hogaza sobresalía de su cesta. Sin duda volvía de la fábrica de pan. Su mano estaba aferrada a un monedero abierto del que se escapaban algunas monedas. Un abrigo gris, zapatos de pobre, medias remendadas. Una vida.

Sébastien Meyer hizo una serie de tomas en 50 milímetros, a 1/125 de segundo y una abertura de 11. Ya había mucha luz a aquella hora, una luz suave, cálida y acariciante, que rozaba el rostro de la muerta y subrayaba el relieve de cada una de sus arrugas.

Unos días antes, Sébastien había ayudado a unos transeúntes a cargar a varios niños heridos dentro de maleteros de coche. Había dejado las cámaras en el suelo. Cuando hubo suficiente gente ayudando para que su participación resultara inútil, empezó a fotografiar de nuevo. Pero ahora, allí, ya no podía hacer nada por aquella mujer.

Aparte de dar testimonio, lo cual ya era mucho.

El fotógrafo pensaba en la luz y el encuadre, inclinado sobre la muerta, con el aparato a cincuenta centímetros de su cara, y su postura habría recordado la de un carroñero si no hubiera emanado de él una concentración, un recogimiento tan grandes. Así debía ser. Fotografiar significaba trabajar lo más cerca posible del sujeto. El objetivo era una prolongación física del ojo.

«Si la foto no es buena, es que no estabas lo bastante cerca», decía Robert Capa.

Una proximidad física que muchos colegas suyos habían pagado muy cara. La lista no estaba cerrada, aumentaba año tras año. Lloriquear no servía de nada. Más valía ser frío, eficaz. Así resultabas más peligroso para los tiranos de toda calaña.

Sin la prensa sabe Dios qué habría sido de la ciudad y de su población. Aunque también había que reconocer que Sarajevo se estaba convirtiendo en un sitio de moda, el sitio donde te tenían que ver si eras alguien. Dos días antes, Seb había almorzado en la mesa contigua a la de Joan Baez, en el Holiday Inn. Nada más. Y nada menos. No era el valor político lo que caracterizaba a Europa y a sus dirigentes. Menos mal que estaba la opinión pública.

Con sus dos cámaras en bandolera, Meyer proseguía su camino. No iba demasiado cargado. Le horrorizaban aquellos chalecos con mil bolsillos de seudocombatiente, y, además, hacía años que un dolor de espalda crónico lo obligaba a trabajar ligero.

Era una ventaja suplementaria a la hora de correr bajo las balas.

La gran avenida en dos direcciones que cortaba Sarajevo de este a oeste tenía aspecto de descampado lleno de cascotes. No había ni peatones ni vehículos circulando.

En Sniper Alley era la hora mala.

Acababa de decidirse a ir a dar una vuelta por el mercado negro, en la avenida Tito, cerca de los barracones de los soldados ucranianos de la UNPROFOR, siempre dispuestos al trapicheo, cuando un vehículo que llegaba a toda pastilla atrajo su atención. Era una furgoneta Volkswagen, aparentemente un coche blindado de una ONG cualquiera de las muchas que florecían cada día en la ciudad, y sin duda no se habría fijado en él si el conductor no hubiera ido tan deprisa. Desde luego, era normal correr entre los bloques de cemento a 160 kilómetros por hora, pero en este caso el tipo intentaba echar a Prost de su pedestal.

Aquel capullo se la iba a pegar con todos sus pasajeros dentro.

Meyer se acurrucó en una esquina de un contenedor oxidado, colocó a toda prisa un teleobjetivo de 300 mm en su Eos y disparó sobre el vehículo blanco. El sistema de enfoque funcionaba de tal manera que, una vez seleccionado, el objeto se mantenía nítido en sus desplazamientos mientras no saliera del visor. Era una técnica derivada de la investigación militar. Apretó el botón que ponía la cámara en modo *bracketing* automático, cubriendo una exposición de un diafragma de separación entre la luz máxima y la luz mínima, con una prioridad de la velocidad de 1/500 de segundo. La foto saldría nítida, y correctamente expuesta. La furgoneta se dirigía a él a gran velocidad. Cuando abordó las barreras en zigzag, las ruedas de la izquierda se levantaron como si fuera a dar una vuelta de campana. Quedó entonces ligeramente de tres cuartos, de manera que se podía ver la inscripción del lateral. Sébastien Meyer apretó el disparador, sosteniendo con la otra mano el tubo del teleobjetivo.

De pronto, todo desapareció.

Capítulo 2

Sarajevo, 12 de mayo de 1994

Leila Duran siempre hacía el mismo camino para llegar al hospital de Sarajevo, situado justo antes de la avenida Tito y el Holiday Inn. Podía notar cuándo el francotirador estaba en su puesto. Cuándo la observaba desde las colinas. A veces hasta sentía un dolor en la frente, justo donde adivinaba que impactaría la bala. Lo llamaba *su* francotirador, porque había llegado a conocer sus horarios, a imaginar sus manías. No corría nunca. Lo desafiaba y, sin embargo, él no había abierto nunca fuego a su paso. Leila terminó por elaborar una especie de complicidad ilusoria. Todo en su actitud, en su paso, decía: «¡Venga, tira, ya ves que no te tengo miedo!».

Pero, otras mañanas, la quimérica relación que la joven mantenía con el francotirador no era más que odio. Era serbio, seguro, los francotiradores bosnios eran más discretos, excepto cuando se entretenían disparando a los bidones llenos de agua de los peatones para hacerlos correr. ¡Qué cabrones! ¡Vaya manera de divertirse!

Habían vuelto a cortar la electricidad. Los bombardeos habían durado una parte de la noche. Ocurría a menudo en las noches de luna. En los pasillos, los médicos con batas blancas manchadas de sangre fumaban un cigarrillo tras otro, agotados.

¿Qué podía importarles a ellos el cáncer de pulmón? De todos modos, probablemente no vivirían lo suficiente para desarrollar metástasis.

La fábrica Marlboro de Sarajevo funcionaba a pleno rendimiento.

Era un tiempo perfecto para los francotiradores. Los disparos de morteros habían empezado a caer de nuevo sobre la ciudad y de los incendios se alzaban columnas de humo.

El baile de coches con los cristales apedazados con contrachapado y los maleteros llenos de muertos y heridos agonizantes era incesante. Otra vez

habría que encender los grupos electrógenos. Y el carburante cada día era más caro. En el quirófano, los cirujanos operaban con linternas. Un día, en una sala llena de niños heridos, Leila, respondiendo a la entrevista de un periodista austríaco especialmente estúpido que le preguntaba porqué, como musulmana, no llevaba velo, contestó:

—Mire a estos niños. ¿Es usted capaz de decirme cuál de ellos es musulmán, croata o serbio? Mírelos. No lo sabe, ¿verdad? Pues no me haga esa pregunta, porque yo tampoco quiero saberlo. Aquí, lo crea o no, la palabra musulmán designa una nacionalidad, más que una religión. Hay muchísimos musulmanes ateos en Sarajevo.

Aquello ya no era tan cierto desde la llegada de combatientes fundamentalistas sandjaviks de Montenegro, iraníes, saudíes, muyahidines afganos y otros portadores de turbante.

Enardecida por la cólera, Leila prosiguió:

—¿Cuántas personas al día matan los francotiradores en Viena?

El periodista hizo como que no la oía. Entonces Leila se atrevió:

—Hago un llamamiento a sus lectores austríacos. Invito personalmente a todo estudiante de medicina de su país a que venga aquí, a Sarajevo. Y, ya de paso, que venga con medicamentos. Y gasolina. Y también revistas, para que tengamos noticias de lo que pasa detrás del Muro. Porque, ¿sabe usted?, el mundo exterior ya no significa mucho para nosotros. Solo es como un rumor lejano.

Solamente a última hora de la tarde pudo Leila tomarse un descanso para fumarse también un cigarrillo y charlar con el viejo conserje del hospital que había seguido en su puesto.

Le gustaba que le explicase cómo era el hospital de antes de la guerra, una época que Leila no había conocido. La habían destinado a Mostar y no había llegado a Sarajevo hasta el noventa y dos con la idea de iniciar estudios de medicina, dos días antes del inicio de la guerra.

Un médico la arrancó bruscamente de su conversación.

—¿Leila? Dime, ¿cómo va el fotógrafo francés? Los oficiales de la UNPROFOR están aquí. Quieren evacuarlo mañana. ¿Podrá ser?

El dolor había despertado a Sébastien Meyer. Un dolor lacerante, obsesivo, como si la sangre le palpitase detrás de los ojos, y ese latido le invadía el cerebro, le crispaba como lo habría hecho el chirrido de una uña en una pizarra. Abrió los ojos, mejor dicho, lo intentó y tardó un buen rato en entender que una venda le tapaba el ojo izquierdo. Miró el techo, y

luego las paredes de la habitación con las ventanas tapadas, sumida en la penumbra del crepúsculo que se filtraba por una puerta acristalada que daba a un pasillo y vio a sus vecinos clavados en sus respectivas camas. Algunos estaban inconscientes, otros gemían. Era un hospital. De repente, recordó que estaba en Sarajevo. ¿Un francotirador? ¿Un estallido de obús? Mierda.

Mierda, mierda, mierda. Devorado por un miedo inmundo, intentó incorporarse.

¿Dónde estaban sus piernas? Vale. Se movían. ¿Sus brazos? Uf, a primera vista todo iba bien. No tenía vendas en el torso, ni en el vientre. Bueno, parecía que todo funcionaba. Pero entonces, ¿qué puñetas hacía allí? Intentó tocarse la venda del ojo, y el dolor fue tan insoportable que le arrancó un grito sofocado.

Era como si un torturador hubiera pretendido arrancarle el globo ocular con una pinza. Se obligó a respirar lentamente, a hacer remitir el dolor, a mantenerlo a distancia. Pero ¿qué cojones le había pasado? Intentó desesperadamente recordar: vale, el niño debajo del cartel mir, peace, paz, Sniper Alley. Después se veía a sí mismo inclinado sobre la vieja muerta, fotografiándola.

Y después, nada más. Un agujero.

Con la boca seca por la angustia, el corazón desbocado, intentaba reflexionar. Era difícil: un zumbido continuo resonaba en sus conductos auditivos como un *la* de tono telefónico deformado por una frecuencia ultrasónica de fondo marino.

Pasaron largos minutos antes de que se diera cuenta de que no oía nada más.

Leila entró y observó un momento a aquel hombre delgado de nariz aguileña y enmarañadas cejas que se le juntaban en el ceño, y aquel ojo único que la miraba fijamente. Podía descifrar en él dolor y pánico mezclados con incomprensión.

Todos tenían la misma mirada cuando despertaban.

Meyer intentó incorporarse de nuevo, pero el mareo lo volvió a tumbar sobre la almohada. Algún loco le había cambiado el corazón de sitio, y se lo había conectado en el lugar del cerebro. La prueba es que lo oía latir dentro del cráneo. ¡Y aquel zumbido! ¡Joder, qué daño!

Leila le saludó con un sonoro «*Zdravo*», solo para ver. Seb intentó sacudir la cabeza para indicarle que no la entendía, pero le dolía demasiado. Le señaló el oído con el índice, con un gesto casi cómico. La

enfermera no hablaba francés. Escribió unas palabras en ruso en una hoja de papel apoyada en la tablilla que llevaba en la mano y enseñó los caracteres cirílicos a Seb. Este movió la cabeza de derecha a izquierda, lo más despacio posible. Bueno.

La joven volvió a garabatear, esta vez en alemán: «*Guten tag, ich heisse Leila*».

La concentración le empapaba la frente de sudor, pero Seb afirmó con un parpadeo. Ella le apartó los mechones mojados y lo secó con una punta de la sábana. La habitación olía a sangre. Seb sabía que todo el hospital olía a sangre, era incluso lo primero que le había impactado. La sangre de hombre despedía un olor que no se parecía a ningún otro. No era un olor a matadero, era otra cosa muy especial que no sabía describir. Había ido a menudo a aquel hospital a tomar fotografías. Una de ellas había tenido gran difusión. Mostraba a un niño rubito en la cama, con un brazo y una pierna escayolados colgando de los suspensorios. Jugaba con una pistola de plástico que apuntaba hacia el techo. Seb había fotografiado también el depósito, lleno del fuerte olor de los cadáveres amontonados.

Un día se encontró en una sala de operaciones vacía, con el suelo manchado de regueros de sangre que revelaban la carnicería realizada. Empezó a sacar fotos de aquella habitación en la que no pasaba nada especial, pero que con su silencio expresaba todo el horror de la guerra. Retrocedió para tener toda la sala en el visor y con la cadera chocó contra la camilla donde yacía un muerto. Ni siquiera estaba tapado con una sábana, ni lo habían cosido. Nadie allí tenía tiempo para los muertos. Se dio cuenta de que llevaba varios minutos en la misma sala que el cadáver.

Aquel día, la palabra «inanimado» adquirió para él todo su significado. Sin alma. Sin vida.

Los muertos eran objetos.

Leila escribía febrilmente en su tablilla, y la lengua rosa que asomaba entre sus labios rojo oscuro reflejaba la concentración. ¿De dónde habría sacado una barra de lápiz de labios? Las mujeres de aquella ciudad eran increíbles, podían arriesgarse a morir, cruzar todo Sarajevo por un vestido o un par de zapatos. Morirse por querer ser coqueta en medio de aquel estercolero. Aquella enfermera morena, con su largo pelo ondulado, sus ricitos que se le pegaban a las sienes, no estaba nada mal. Se preguntaba si no la habría visto en el B. B., una discoteca que estaba siempre a tope desde el inicio de la guerra. Había una marcha brutal. Los jóvenes se

arriesgaban a que los francotiradores los dejaran tiesos solo por ir a bailar. Las chicas eran imponentes. Una vez que habías ido al B. B., cualquier otra discoteca del mundo te sabía a poco.

Los jóvenes se divertían al máximo sabiendo que podían morir a la hora siguiente.

Todo era más fuerte.

La música, los ligues, los porros, las palabras. Todo.

Leila le tendió la hoja sujeta con una pinza a la tablilla.

«Un francotirador intentó alcanzarle con su lanzagranadas. Por suerte no le dio y un vehículo blindado de la UNPROFOR conducido por franceses lo trajo hasta aquí. Ha tenido suerte. Normalmente no se paran a recoger a los heridos. La explosión le ha dejado sordo momentáneamente, sus tímpanos están dañados pero con el tiempo recuperará el oído, no se preocupe. ¿Cómo se encuentra?»

Meyer se hizo con la hoja y el rotulador y trazó torpemente unas palabras en un alemán plagado de faltas que había aprendido de oídas a partir del yidish paterno.

«Mal. No recuerdo nada. ¿Mi ojo?»

La respuesta no tardó.

«Sufre una amnesia parcial ligada al estado de shock. Esto también es normal. Seguro que recuperará la memoria. Casi siempre es así. Su ojo izquierdo —la letra se había hecho ligeramente vacilante— ha sufrido daños irreparables. Hemos tenido que seccionar el globo ocular al nivel del nervio óptico. Lo siento.»

Seb tardó un momento en comprender qué implicaba aquella frase clínica.

Tuerto. Se había quedado tuerto. De su ojo dominante.

Cerró el ojo sano y salvo mientras Leila se retiraba.

En el pasillo aguardaban dos oficiales de la UNPROFOR que lucían la boina azul de las Naciones Unidas.

—¿Y bien? —preguntó el más alto de los dos, en alemán.

—Puede irse mañana, de todas formas aquí no le pueden operar de los tímpanos, es algo delicado y nosotros no tenemos medios —contestó Leila antes de alejarse.

Un poco más tarde, cuando la noche ya había caído en Sarajevo, la enfermera se deslizó en la sala donde Seb gemía. Este buscó con la mirada un vaso de agua para apagar el fuego de sus labios agrietados por la fiebre.

Cuando por fin lo vio, intentó cogerlo, pero no acertó. La enucleación había provocado una desaparición de la visión en relieve a la que debería acostumbrarse. Leila cogió el vaso, vertió un poco de agua en la reseca garganta del herido y luego le humedeció delicadamente los labios. Finalmente, como quien ofrece a escondidas una golosina a un niño castigado, le frotó la sangradura del codo con un algodón embebido en alcohol, le apretó la base del bíceps con una goma y le inyectó una dosis de morfina.

Lanzando inquietas miradas a su alrededor, hizo desaparecer la jeringuilla en el bolsillo de su bata. La morfina escaseaba en Sarajevo. Estaba reservada para los casos en que resultaba indispensable. Sin embargo, Leila, como muchos sarajevitas, tenía en alta estima a quienes, valientemente, ponían su vida en peligro para acudir en ayuda de la ciudad y de sus habitantes, o para dar testimonio al exterior del martirio que vivían día a día.

Los sentimientos de la población con respecto a la UNPROFOR, por el contrario, eran mucho más mitigados.

Para muchos de los sitiados, los cascos azules eran, ante todo, unos militares fuertemente armados.

A pesar de lo cual, parecía que los serbios de Pale los manipulaban como a títeres.

«Si esos *soldados de la paz* no sirven para nada, ¡que se vayan!», «¡Ah, si Sarajevo tuviera tanto petróleo como Kuwait!», «¡Menos mal que la ONU no existía en el treinta y nueve, si no Hitler todavía dirigiría Europa!». Frases como estas se oían en las colas, las interminables colas para el agua, para el pan, en las esquinas de la ciudad mártir, y alimentaban los relatos de los periodistas.

Antes de sumirse en una dulce somnolencia, Sébastien Meyer aún tuvo tiempo de preguntarse: ¿desde cuándo los francotiradores mataban a los transeúntes con lanzagranadas, y cómo iba a recuperar su tesoro, todos los carretes acumulados en su habitación del Holiday Inn, y, además, dónde estaba su bolsa? Las preguntas se encadenaban antes de disolverse en la morfina, sin respuesta. No dejaba de pensar en la foto que guardaba en la memoria, la de la mujer muerta con el monedero. Era una buena foto.

La última que había hecho, y la última que haría antes de mucho tiempo.

Esperaba, al menos, que su material no se hubiera quedado en la acera.

Sarajevo, 13 de mayo de 1994

Seb Meyer no había vuelto a ver a Leila. Aquella mañana, mientras reclamaba en vano su bolsa de fotógrafo, pedía sin éxito que hicieran un desvío por el hotel para recuperar sus carretes o que al menos avisaran a un compañero, se lo llevaron sin saber siquiera si alguien había respondido a sus súplicas, sumergido en el algodonoso silencio de su sordera.

Para evitar los disparos de posibles francotiradores, la ambulancia se pegó a un vehículo blindado, de un blanco inmaculado con unas enormes letras UN escritas en los lados, que la escoltaba hacia el aeropuerto.

En el interior, Seb intentaba pegar los pedacitos sueltos de su cerebro machacado por el dolor.

Cincuenta y tres días antes estaba circulando en dirección contraria hacia Sarajevo.

Había tenido que recorrer un sinfín de redacciones mendigando hasta que, en el departamento fotográfico de *Les Nouvelles*, se dignaran al fin concederle, sin gran entusiasmo, una acreditación en nombre del periódico y la vaga promesa de que tal vez le publicasen las fotos, si...si había sitio en las columnas del periódico —entiéndelo, chaval, lo de Sarajevo hace ya un montón de tiempo que dura y no despierta el interés de las masas tanto como el tipo ese, el mago, el que cada día hace desaparecer su polla dentro de Claudia Chífer. Vale, sí, Bernard— Henri Lévy se había dado una vuelta por ahí, sí, claro, eso era un poco más interesante. Pero ¿volvería a Bosnia con Arielle Dombasle, su mujer?

Esa sí era una pregunta de la que podía depender un encargo en firme.

Por no hablar de lo muy ocupados que estaban preparando los informes sobre:

Los franceses y el sexo

Adelgazar antes del verano

Los amores de verano

Informe: «Exclusiva: ¡los franceses conducen demasiado rápido!».

Y después vendría septiembre, y por lo tanto:

El inicio del curso parlamentario

Especial impuestos Todos los Santos, y Navidad, y vuelta a empezar, o sea que Sarajevo, ya me dirás, había otras cosas más importantes. Para ocuparse de aquella guerra en plena Europa ya estaban los certámenes de fotografía, las galerías o cosas así.

La verdad, los lectores llevaban meses tragando noticias sobre el

conflicto en la ex Yugoslavia, los periodistas desplazados a Bosnia eran legión, la prensa hacía su trabajo, o sea que uno más o uno menos, ¿sabes?

El cinismo de Joubert, el director del departamento de fotografía de *Les Nouvelles*, no era más que una fachada y Seb lo sabía pertinentemente. Antiguo fotoperiodista de prestigio con el culo pelado en el oficio, ahora sentado detrás de un escritorio, Joubert habría querido que la dirección le concediera unos medios dignos de tal nombre para realizar verdaderos reportajes en condiciones adecuadas.

Pero no tenía poder alguno. O muy poco. *Les Nouvelles* estaba lejos de hallarse en el pelotón de cabeza de las revistas generalistas, y no era fácil convencer a la dirección para que invirtiera en el reportaje fotográfico.

Y nos que Seb Meyer fuera precisamente un novato. Ni mucho menos.

En los inicios de su carrera, militancia política y ansias de informar habían estado totalmente imbricados en él. No tenía nada de casual. Sacha Meyer, su padre, había nacido cerca de Lodz en 1936. A Seb le gustaba decir que su progenitor había elegido vivir en Francia a la edad de cuatro meses. En realidad, los abuelos habían cogido al bebé en brazos y habían huido del nazismo, que los atrapó en julio de 1942, en París, en la forma de unos joviales gendarmes franceses que los escoltaron hasta el Velódromo de Invierno. De ahí se fueron a Drancy y Auschwitz para no regresar jamás. A pesar de todo habían encontrado tiempo para enviar al pequeño Sacha a la zona libre donde la OSE[1] e hizo cargo de él. En la Liberación, como muchos huérfanos de deportados, se crió gracias a la Comisión Central de la Infancia, una emanación de los FTP-MOI, un grupo de resistentes judíos extranjeros. Evidentemente —¿cómo podría haber sido, si no?—, Sacha Meyer se hizo miembro en el cincuenta y dos de las Juventudes Comunistas. El Hombre Nuevo estaba en gestación. Forzando un poco la vista hacia Moscú, se podía vislumbrar cómo sería: un joven obrero y una joven koljosiana blandiendo juntos una bandera roja. A Sacha Meyer se le había pasado por alto que tenían cierto parecido con los jóvenes pioneros alemanes de antes de la tormenta. Pero hay que decir que tenía serias circunstancias atenuantes en la persona de Libertad Hurtado, una hija de exiliados republicanos españoles de cabellos de un rojo insólito para tratarse de una señorita castellana. Para seducirla mejor, se dedicó a cantar en las manifestaciones, a su lado, «Tened cuidaaado con la joven guaaardia» hasta que le reventaban las cuerdas vocales. En el cincuenta y seis, el año de los sucesos de Budapest —que lo dejaron de piedra—, se

atrevió al fin a besarla a la salida de un mitin en la Mutualité. De piquete de huelga en reparto de octavillas fueron tejiendo un amor perfecto que los condujo rápidamente ante el alcalde de Pantin, donde, en 1959, eligieron domicilio en una buhardilla a dos pasos de los Quatre-Chemins de Aubervilliers.

Libertad Meyer había conseguido trabajo como mujer de la limpieza en el instituto municipal, detrás del ayuntamiento, mientras que Sacha había entrado gracias a unos camaradas del partido en la SNCF y trabajaba en la estación de clasificación de Noisy-le-Sec. Las reuniones de células sucedían a las peleas sindicales. Johnny Halliday podía cantar «Retiens la nuit», pero eso no retenía a los compañeros que partían para la guerra de Argelia. Los treinta gloriosos[2] no llegaron nunca a aquel barrio de adoquines mellados como los dientes de un escorbútico, a dos pasos de los mataderos de la Villette, donde, cuando soplaba viento del oeste, las ráfagas traían un olor a humedad mezclado con el ácido olor del carbón. Los domingos, los argelinos se pasaban el día caminando, encogidos de hombros, por las antiguas murallas, donde se había instalado el mercadillo de Las Pulgas de la Villette, intentando redondear los fines de semana difíciles recogiendo trastos viejos por los descampados. Las viviendas de protección oficial crecían, cierto, pero aun así tardaban en suplantar los barrios de barracas que florecían más allá de la Petite Ceinture. Pasó De Gaulle, la OAS, y aquella noche, tan terrible, del 17 de octubre del sesenta y uno. Decenas, centenares incluso de gente sencilla, simpatizantes del FLN, pobres hombres que venían de los pueblos más remotos fueron asesinados por la policía parisina. Sacha Meyer se quedó mucho tiempo en el puente que pasaba por encima de la estación de Pantin, contemplando los raíles ensangrentados bajo un sol naciente velado por el vapor de las últimas locomotoras Pacific 231. Eran los mismos policías. Sí, los mismos que aquellos que habían metido a empellones a sus padres en los autobuses que iban al Velódromo de Invierno. La lucha continuaría, pero el pueblo, como era bien sabido, jamás sería vencido, pese al espectro del estalinismo que Jruschov había dejado entrever desde el fondo de los armarios del socialismo soviético. La prueba fue muy dura. Pero la fe de la pareja Meyer en la revolución proletaria salió reforzada por el sacrificio de los muertos de Charonne, la manifestación que siguió al 17 de octubre. En efecto, una semana después, una concentración multitudinaria fue la respuesta a la funesta noche. Pero los CRS, realmente en muy buena forma, acorralaron a

los manifestantes contra las puertas cerradas de la estación de metro Charonne, lanzando, para colmo, las rejas de hierro de los alcorques sobre la gente amontonada al pie de las escaleras. Después de que la multitud despavorida se dispersara, dejando tras de sí un océano de bolsos y zapatos de ambos sexos abandonados por el bulevar, se encontraron seis muertos, y los camaradas los acompañaron hasta el cementerio de Pére-Lachaise en un impresionante cortejo fúnebre de cientos de miles de militantes.

Cuatro años, un agotado Citroen y un televisor en blanco y negro más tarde, Libertad resultó hallarse encinta por obra y gracia del señor Meyer, perdón, del camarada Meyer. Consiguieron —por fin— un piso en uno de los bloques del barrio de Courtilliéres, no lejos del fuerte de Aubervilliers, equipado con un baño y un aseo ¡que no estaban en el rellano de la escalera!

¡A ver si eso no era una prueba de la superioridad del socialismo!

Bueno, pero aún había que bautizar a la progenie que estaba al caer. Sacha dudaba entre Nathan, el nombre de su padre, y Jacques, como Duelos, el entonces secretario del partido. Si era una niña, escogería sin duda Jeannette, como Jeannette Veermersch, presidenta de la Unión de Mujeres Francesas. Libertad se decantaba más bien por Dolores, como Ibárruri, la Pasionaria del PC español refugiada en Moscú. Fue la tele recién instalada la que finalmente decidió, cuando el varón se presentó nueve meses después, en pleno éxito de la telenovela *Belle et Sébastien*. Sacha no tuvo valor para negarle aquel favor a su esposa que acababa de darle un hijo.

El pequeño Sébastien resultó ser bastante bueno en los estudios, si bien demostraba una afición desmesurada por la indisciplina. Lo que no podían adivinar sus padres, siempre absorbidos por sus actividades políticas y sindicales, era que, al pie de los enormes bloques azul y rosa de Courtilliéres, estaban proliferando unas bandas de chavales que no dejaban ni un día de paz a su vástago, al que extorsionaban sin compasión.

«¡Eh, tú! ¿No tienes cien francos?» era la primera frase que oía cada mañana Seb Meyer en cuanto ponía un pie en la calle. De complexión enclenque, poco dado a las peleas, el chiquillo entendió enseguida que la mejor manera para que dejaran de robarle era dejar de ser el primero de la clase y hacerse amigo de sus extorsionadores, y tan bien lo hizo que llegó a ser el mejor colega del jefe del grupo, un tal Kamel, de doce años, que lo acogió bajo su ala protectora. Sébastien se convirtió rápidamente en la

mascota de la banda, a la que impresionaba por sus posiciones no violentas. Esto representaba, entre otras cosas, que sus miembros estaban obligados a protegerlo, y a cualquiera que le levantase la mano a Seb le amenazaban con sacarle las tripas y quemárselas ahí mismo.

A eso se llamaba capacidad de adaptación. Es lo que había permitido al ser humano sobrevivir sin pelo, sin garras y sin incisivos en un medio hostil, en el que finalmente había llegado a ser el depredador máximo.

Moraleja, la adolescencia de Sébastien Meyer fue un poco movida y la curva de sus resultados escolares inversamente proporcional a su seguridad física. Las paredes de su habitación pronto se cubrieron de posters de Sex Pistols y Clash, y en su cabeza creció una llamativa cresta naranja al tiempo que el sótano familiar se iba llenando de mobylettes robadas. Su carrera universitaria llegó a su fin en 1983 en el instituto Marcellin-Berthelot de Pantin, a dos pasos de los Quatre-Chemins, tras la infructuosa tentativa de repetir segundo de bachillerato, debido a una oscura historia de trapicheo de hierba. Durante las vacaciones que siguieron, una guapa morenita de nariz respingona supo encontrar argumentos, aunque muy alejados de la dialéctica marxista, para persuadirlo de que se afiliara también a las Juventudes Comunistas. Pronto quedó convencido por el balance «globalmente positivo» de la URSS, como afirmaba alto y claro el nuevo secretario del partido, Georges Marcháis, apodado «el gran Georges». A Kamel lo pescó la policía a lomos de una Motobécane azul que acababa de «tomar prestada» y los padres de Meyer intervinieron para sacar al muchacho de la comisaría de Pantin, un enorme búnker de hormigón al borde del canal del Ourcq, casi tan alegre como un *kombinat* abandonado. Aunque no aprobaban las amistades de su hijo, solidaridad de clase y de barrio obligan, y Sacha y Libertad no habrían tolerado que Kamel corriera la misma suerte que tantos hijos de inmigrantes en la penumbra de los locales policiales donde eran frecuentes las palizas.

Como muestra de gratitud, Seb se rapó la cabeza. En cuanto a Kamel, su padre le propinó la somanta que los polis no habían tenido tiempo de administrarle.

Conviene decir que el hombre trabajaba en la fábrica Motobécane, que estaba instalada no lejos de la puerta de Pantin.

Fan de los westerns desde la infancia, Sébastien encontró entonces por casualidad un álbum de Edward Sheriff Curtis en la biblioteca municipal. El hombre había dedicado su vida entera a fotografiar a los indios de

América del Norte en el crepúsculo de su civilización, muy al final del siglo XIX. Había muerto pobre, dejando tras de sí una importante obra. Seb se pasó la tarde hojeando febrilmente las páginas con fotos de color sepia, sumido en la contemplación de los retratos de Jerónimo y Toro Sentado, fascinado.

El robo del libro fue el último hurto de Sébastien Meyer.

Después de renunciar a la delincuencia —aunque no a los porros—, Seb contrajo un nuevo vicio en la Casa de los Jóvenes de Pré-Saint-Gervais, municipio vecino de Seine-Saint-Denis y muy antiguo feudo socialista: la fotografía. Mientras tanto, Kamel, que no esperó a recibir la orden de reclutamiento, partía para los lejanos cuarteles de Baden-Baden, en Alemania.

Naturalmente, en la familia Meyer, Robert Capa era un mito, y el deseo que pronto expresó Sébastien de ser fotoperiodista al servicio del proletariado encontró la inmediata adhesión de Sacha y Libertad, aliviados al ver que su vástago se adentraba al fin por el buen camino.

Para empezar, y gracias a las estrechas relaciones que la célula de Pantin mantenía con la place du Colonel-Fabien, Seb se encontró siendo mensajero en el diario *L'Humanité*.

Era un comienzo. Surcaba París montado en su Motobécane azul —el padre de Kamel había conseguido que le hicieran una rebaja gracias a su condición de empleado—, con una vieja cámara Nikkormat colgada en bandolera. No tardó en dedicar su tiempo libre a cubrir las manifestaciones de los movimientos de estudiantes de instituto, y pronto llegó a ser corresponsal del diario comunista. Era un sistema ingenioso, que permitía a los militantes aficionados a la fotografía disponer de un laboratorio dentro de los locales del periódico para ejercer su arte, a cambio de lo cual les publicaban sus mejores trabajos. Así completaban los reportajes de los fotógrafos de plantilla de la redacción.

El accidente de trabajo que le costó la pierna derecha a Sacha Meyer era uno de los más corrientes de cuantos tenía que lamentar regularmente la dirección de la SNCF. En 1984, mientras trabajaba apretando tuercas en la vía entre Noisy y la estación de Rosny-sous-Bois, sentado a caballo en un raíl en el sentido contrario de la marcha, Meyer ni vio ni oyó venir al vagón empujado a poca velocidad por una motora eléctrica que le seccionó la tibia a la altura de la rodilla.

Así terminó su carrera en la compañía de trenes, sustituida desde

entonces por una pensión de invalidez que permitió a la pareja seguir haciendo frente a sus necesidades. El carácter de Sacha empezó a cambiar, y con él el humor de Libertad que se ensombrecía cada día un poco más.

En 1985, a los diecinueve años, Sébastien Meyer fue contratado definitivamente. Así se convirtió en el más joven fotoperiodista de *L'Humanité*. Un año más tarde, la derecha regresó al poder. Las huelgas y manifestaciones se sucedían.

Lo enviaron por primera vez a Yugoslavia, de donde regresó globalmente convencido, tal como ya se ha dicho.

Paralelamente, realizaba reportajes para la agencia de Alemania del Este ADN/Zentralbild sobre los acontecimientos franceses, siempre con película de color. Enviaba los carretes a Berlín Este y a cambio recibía el pago de su trabajo en francos suizos en una cuenta bloqueada en Ginebra.

Esta provechosa disposición, ligada a un alza constante de la moneda helvética, le permitió instalarse en un piso de dos habitaciones de un bloque de viviendas sociales de ladrillo rojo que databa de los gloriosos años del Frente Popular, en la avenue Edouard-Vaillant, en Pré-Sain-Gervais, siempre gracias a unos contactos. El periódico había emigrado a Saint-Denis a un edificio construido por Oscar Niemeyer, el arquitecto de Brasilia así como de la sede del PGF en París, en la place du Colonel-Fabien. En mobylette, no quedaba demasiado lejos de Pré-Saint-Gervais. Al volver de Alemania, Kamel pudo ir a vivir al piso de enfrente, Sacha Meyer le debía ese favor al padre de Kamel, después de todo, ya que él había ayudado a Seb en la compra de su Motobécane de recadero.

En 1987 se produjo la ruptura. Sébastien fue enviado a Afganistán para cubrir el conflicto desde el lado ruso. Era un inmenso privilegio para un fotógrafo tan joven, por lo que sus compañeros de más edad se sintieron celosos, pero su talento se afirmaba cada día más, de una manera innegable. Sus fotografías en blanco y negro poseían una rara intensidad dramática.

Sébastien Meyer volvió de Afganistán transformado. Había visto a los Mig soviéticos soltar napalm sobre la población civil. Los veteranos del Ejército Rojo se comportaban como una chusma mafiosa. Las austeras montañas pastún servían de decorado a un Vietnam bis. Para colmo, había estado a punto de palmarla, un día que se alejó demasiado de la columna rusa a la que acompañaba. Al otro lado de una colina se topó con unos muyahidines que lo obligaron a pegarse a la pared de adobe de una casa. No necesitó intérprete para entender qué destino le tenían reservado. Un

combatiente con la boina tradicional afgana avanzó hacia él y armó su Kalashnikov mientras gritaba todo tipo de imprecaciones. Fue entonces cuando lo registraron y le encontraron el Corán que un año antes le había regalado el gran muftí de la mezquita de Sarajevo.

El hallazgo suscitó la curiosidad de los combatientes. El debate subsiguiente duró toda la tarde. ¿Tenían que matarlo de todos modos? Alguien propuso ahorcarlo.

Otro, que consideró que aquel era un método demasiado expeditivo, se inclinaba más por la tortura. Finalmente le ofrecieron un té y lo dejaron irse con su Corán, aunque sin su material fotográfico, al otro lado de la colina, con las piernas todavía como un flan.

Aquella noche se agarró primero una curda memorable a base de vodka y luego se subió a un promontorio rocoso donde, bajo el manto de la noche, se lió un canuto enorme con el mejor producto del país. Allí, bajo las estrellas de un límpido cielo, a 3. 000 metros de altitud, se le hizo la luz.

Ya de vuelta en París intentó contarlo. A su jefe de sección. A su redactor en jefe. A sus padres, como último recurso. En vano. Los valerosos soldados del Ejército Rojo estaban llevando a cabo un combate justo. Y punto.

Una mañana de junio de 1987 introdujo en el buzón de la place Séverine, a dos pasos de su casa, su carta de dimisión del periódico y su carnet del partido.

Peor aún, no entregó nunca sus fotos a la redacción.

Pocos eran en aquella época los fotógrafos que conseguían autorización para cubrir la guerra desde el lado soviético.

Aquel privilegio hizo que no le costara mucho colocar su reportaje.

Salió publicado a diez páginas, en *Week-End*, un gran semanario de actualidad, acompañado de un comentario acerbo sobre la terquedad de los rusos en Afganistán.

¡La religión era el opio del pueblo!

Sacha gritaba en la cocina de la vivienda de protección oficial.

—Son unos fanáticos de Dios, ¿qué te crees, que con tu no violencia pararás los tanques de los capitalistas el día que estalle la revolución? ¿Eh? ¡Di!

—Papá...—intentó argumentar Seb.

Pero Sacha Meyer lo mandó callar con un gesto brutal de la mano, se arrancó con despecho la prótesis y la lanzó contra la pared, tras lo cual el

vecino no dejó de aporrear el delgado tabique para protestar.

—¡Cállate! Mira —su padre gritaba señalándose el muñón—, si los viejos no se hubieran expuesto a los disparos en las huelgas del siglo pasado, ¿crees que yo ahora estaría cobrando una pensión, eh? ¿Te piensas que publicando tus porquerías en la prensa burguesa ayudarás a los pobres, a los marginados, te piensas que eso acelerará el proceso...?

Demasiado, aquello era demasiado. Sébastien se encogió de hombros, fue a recoger su bolsa de fotografía y soltó:

—Estalinista un día, estalinista siempre.

El bofetón surgió de la mano de Libertad, pillándolo por sorpresa.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loca o qué?

Jamás sus padres, ninguno de los dos, le habían puesto la mano encima durante todos aquellos años. Fue hacia su madre, amenazante.

Su padre se precipitó hacia él y, a la pata coja, lo empujó hasta la puerta.

—¡Fuera de aquí, mocoso de mierda! ¡Después de todo lo que hemos hecho por ti! Eres un traidor a tu propia clase, a tu propia familia. ¡Lárgate, te digo!

Mientras gritaba, empujaba a su hijo hasta el rellano.

Desde aquel día Sacha y Libertad se negaron obstinadamente a dirigirle la palabra y Seb no volvió a ver a sus padres.

Conflicto del Alto Karabaj, caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, Rumania, guerra del Golfo, Somalia, Seb lo cubrió todo, adicto a la adrenalina. Cuando estaba en aquellos lugares, se concentraba al máximo. Aún en la escalerilla del avión que le devolvía a París, seguía sacando fotos.

Vio centenares de muertos, asistió a decenas de agonías.

Al regresar, lo acosaban las pesadillas, desencadenadas por la contemplación de las imágenes que había conseguido, expuestas sobre su mesa luminosa. Las visiones, como una bomba de relojería, podían resurgir inesperadamente en el transcurso de una apacible y superficial cena entre amigos, reanimadas por una simple pregunta —vuelves de allá, qué piensas de la situación, yo creo que, digo que, sé que—, pero Seb ya no escuchaba. Había vuelto al lugar, en medio del caos. Para toda aquella gente él encarnaba un mito. El fotógrafo intrépido.

La verdad es que no tenían ni idea del horror que generaba la guerra.

Solamente una enorme borrachera, o el hachís del cual Kamel se había

convertido en providencial proveedor, podían anestesiarlo, suavizar sus tormentos. Pronto aprendió a protegerse, a huir de aquellas reuniones mundanas, a refugiarse en la soledad hasta haber digerido casi del todo las imágenes de horror impresas en el fondo de su retina. Sébastien Meyer no tenía disposición alguna para los paisajes. Le gustaba fotografiar a sus semejantes y lo hacía con talento. Le gustaba la gente. Y de su cólera nacía el acto fotográfico.

Pero al cabo de poco tiempo, encerrado en su pisito de Pré-Saint-Gervais, empezaba a andar de una pared a otra como un león enjaulado, a la espera de la próxima guerra.

Cuando llegaba a aquel punto, el momento de marchar no estaba ya lejos.

Nunca le había apetecido trabajar para una agencia. Aunque sabía que el itinerario clásico profesional incluía este tipo de obligaciones, declinó todas las proposiciones que le habían hecho y quiso mantenerse como freelance, como se decía.

Vendía su trabajo al mejor postor. Al mejor comprador. Raramente dos veces seguidas a la misma revista. Su vida afectiva, en fin, con la excepción de algunas relaciones pasajeras, era un desierto.

Seb tenía ganas de ver Sarajevo inmerso en la guerra. Le parecía tan increíble.

Todo el mundo iba para allá.

Así que aquel mes de marzo de 1994 desembarcó en Zagreb y tomó una habitación en el hotel Esplanade, a dos pasos de la estación de tren. Era un viejo hotel austrohúngaro, de alfombras ajadas y encanto rancio, construido en 1925, en la fastuosa época en que el Orient Express paraba en la capital croata. Su ventana bajo el tejado daba a la antigua ciudad que había cicatrizado desde los primeros bombardeos de la aviación serbia, dos años atrás.

Los tranvías circulaban entre la muchedumbre de desocupados que deambulaban bajo el follaje del parque colindante con el hotel. La guerra parecía a años luz. Equipado con su acreditación de la revista *Les Nouvelles* y unas fotos de carnet horribles surgidas de un fotomatón de Roissy-Charles de Gaulle, se presentó en la sede de la UNPROFOR.

Aquella misma tarde fue a recoger su tarjeta acreditativa.

Un enorme avión de carga salía al día siguiente de Zagreb hacia la capital bosnia, portando medicamentos. El puente aéreo funcionaba

diariamente.

El C-130 se posó en la pista bajo una tormenta de nieve fundida.

Lejanas ráfagas de Kalashnikov resonaban contra las laderas de las montañas, y de vez en cuando la explosión de un obús de mortero les respondía como un vago rugido de trueno.

Los edificios del aeropuerto estaban como raídos por un diluvio de acero. Al borde de la pista varios aviones militares del antiguo ejército yugoslavo, marcados con la estrella roja, acababan de agonizar.

Unos militares con casco azul y chalecos antibalas montaban guardia junto a vehículos blindados de la ONU. Seb se acomodó en uno de ellos, en compañía de varios miembros de la UNPROFOR llegados en el mismo vuelo.

Salieron del aeropuerto rodeando Dobrinja, dejando atrás Butmir y el primer control serbio a la entrada de Illidza. Circularon por tierra de nadie en dirección a Stup, un barrio situado al suroeste de Sarajevo. Bajo el puente de la autopista, un contenedor agujereado como un cartón de feria estaba atravesado en la carretera para ralentizar la circulación. A ambos lados de la carretera, restos de coches, cadáveres hinchados de caballos y cascotes formaban montículos regulares. Cada día, los cascos azules limpiaban la carretera con un bulldozer. Costara lo que costase, el aeropuerto tenía que seguir abierto.

Poco a poco, las casas bajas dejaron paso a edificios más altos llenos de cicatrices. La calzada estaba salpicada de impactos. Los habitantes caminaban pegados a las paredes como sombras. El vehículo blindado del 12. ° RI CM[3] se detuvo delante del edificio de correos. Sébastien, encogido bajo la lluvia, salió a solicitar un *propysniva*, un salvoconducto que le permitiera cruzar los controles serbios o bosnios, e inmediatamente después se dirigió a la carrera hacia el Holiday Inn, con su bolsa de fotógrafo a un hombro y una bolsa de viaje minimalista al otro. En el sótano del hotel dormían varios vehículos blindados de la televisión. Unos Land Rover con las carrocerías cubiertas de rótulos «TV», «PRESS», escritos con gran profusión de cinta adhesiva, unos Opel grises, viejos modelos con los cristales tapados, uno o dos Yugo, unos cuantos Golf y uno o dos Mercedes, sin contar varios coches de alquiler con los que algunos periodistas habían venido desde Italia a pesar de todas las prohibiciones y que, sin duda, no volverían a ver nunca su lugar de origen. A ver cómo explicas que te han vaciado el cargador de un AK 47 en las

portezuelas mientras visitabas Pisa o Florencia. Los declararían robados y harían las delicias de los traficantes.

A Seb no le gustaban los vehículos blindados. Dentro uno se quedaba sordo y prácticamente ciego.

Un fotógrafo es, básicamente, un peatón, con los sentidos siempre alerta.

Se presentó en el vestíbulo del Holiday Inn. La fachada sur estaba tapada con sacos terreros y tablones. Los pisos superiores estaban despanzurrados por los obuses serbios.

Le dieron una habitación en el último piso, es decir, el quinto, ya que los de encima estaban inutilizados. Un enorme panel del techo agrietado había caído. Tenía bañera, pero agua no. Cuando volvió a bajar, periodistas de todos los países estaban sentados a las mesas en sus respectivos boxes en medio de un patio sumido en una luz de acuario. Criados con pajarita y traje oscuro iban y venían entre la clientela. El lugar era surrealista. Antes de acostarse, subió agua en tres botellas vacías de burdeos para lavarse.

En los días siguientes, Seb exploró el territorio en los alrededores del hotel.

La entrada principal, que daba a la avenida de los Francotiradores, había sido tapiada por razones completamente comprensibles. Así que salía por una puerta lateral disimulada y cruzaba corriendo la gran calzada central. Sesenta metros al descubierto, el corazón bombeando hemoglobina cargada de adrenalina, los primeros días sobre todo. Más allá se podía caminar a salvo de los francotiradores. El fotógrafo dejaba su chaleco antibalas en la habitación. Los habitantes de Sarajevo vivían al descubierto desde hacía más de dos años. ¿Cómo podría mirar a aquella gente sobre los que disparaban como conejos mientras él se paseaba con una armadura?

Cuando necesitaba salir de los límites de la ciudad, Seb pagaba un chófer.

Muy pocas veces se sobreponía a su aversión y aprovechaba un vehículo blindado con piloto fácil de convencer, o un 4 × 4 de una cadena de tele. Todo el mundo se conocía hacía tiempo, por haber ido juntos de una guerra a otra. Sus colegas del hotel le habían propuesto utilizar el Imarsat, el teléfono vía satélite de la agencia Reuters en el hotel, pero ¿a quién habría podido llamar, a veinticinco dólares el minuto?

Al cabo de unos días, Seb fletó un Opel cuyo conductor se llamaba Ismet.

Oyó hablar de un asilo de ancianos donde los internos se habían vuelto locos, en Nedarici.

El espectáculo, dentro, era patético. Detrás del precario refugio de las paredes raídas por las deflagraciones de obuses y las balas, descubrió a unos viejos escuálidos, malolientes, con la ropa hecha jirones, que deambulaban por habitaciones plagadas de escombros. Algunos solo llevaban puesto un pijama remendado. Sus piernas pálidas y flacas, sus muslos sucios de excrementos temblaban en medio de las corrientes de aire provocadas por los cristales rotos, y sus viejos testículos arrugados se balanceaban bajo la deshilachada tela rayada al ritmo de sus pasos vacilantes. Los internos habían sido abandonados a su suerte, dejados de la mano de Dios durante todo el invierno y condenados a comer lo poco que algunos valientes les llevaban: el asilo tenía la desgracia de haber estado seis meses en la línea del frente. Pocos habían sido los voluntarios que les habían ofrecido comida o auxilio. La guerra pasaba de los viejos. Solo le interesaba su ración cotidiana de hombres hechos y derechos, y nadie sabía por qué milagro el asilo se había salvado tanto de la artillería serbia como de los morteros bosnios. Seb capturó las imágenes de aquellas sombras errantes, el corazón encogido al pensar en sus propios padres.

Al final de la primera semana fue al hospital de Kosevo, donde había caído un obús. A los enfermos psiquiátricos que estaban internos se les habían fundido los plomos, literalmente, y la escena que se ofrecía ante sus ojos no tenía nada que envidiar a las que había inmortalizado en el asilo de Nedarici. Jeljko Karamusic, el psiquiatra que dirigía el establecimiento, encendió un cigarrillo con manos temblorosas:

—Hubo una enorme explosión. Los pacientes fueron presas del pánico y nos vimos obligados a evacuarlos en plena noche, estaban sobreexcitados, al límite de lo incontrolable, algunos de ellos son psicóticos profundos, y ni siquiera conseguíamos dar con la enfermera jefe, ¡fue horrible! Después han regresado, pero nos falta personal. Muchos perecieron cuando cayó la bomba.

El hombre bajo y moreno, de ojos azules, mirada franca detrás de unas gruesas gafas, intentaba sin mucho éxito superar su abatimiento. Por los pasillos, dementes sin vigilancia daban saltos, giraban sobre sí mismos, los más agitados temblando como enfermos de Parkinson en fase terminal y levantaban los brazos en todas direcciones con movimientos desordenados. De las profundidades del establecimiento subían alaridos, llantos, chillidos,

sincopados por los puñetazos y los cabezazos que se daban contra las paredes ya tambaleantes por la explosión.

Seb decidió regresar regularmente al hospital de Kosevo. Realizó toda una serie de retratos de los internos, acompañados cada vez de una o dos frases de testimonio.

El relato de uno de los enfermos mentales lo conmovió especialmente. El hombre, un funcionario de Hacienda más bien plácido y taciturno antes de la guerra, había sido internado porque sus alaridos despertaban a toda la escalera.

«No conseguía dormir —explicó a Seb—. Por la noche se me aparecía un hombre, no tenía cara. Era por culpa del obús; cayó cuando estábamos todos sentados a la mesa. De repente todo se quedó a oscuras, como si una cortina negra cayera ante mis ojos. Después vi la sangre. Algunos estaban muertos, otros salieron volando por la explosión, había sangre por todas partes, mucha sangre. Ya no puedo soportarlo. Me está volviendo loco. Sería mucho más fácil si dijeran: "Ya está, os vamos a matar a todos de una vez", en lugar de hacerlo a fuego lento.»

En Sarajevo mucha gente caía en la locura y los índices de suicidio habían subido increíblemente.

Seb Meyer también frecuentó bastante a varios señores de la guerra, aquellos personajes que surcaban la ciudad al volante de sus Golf rojos, y no tardó en darse cuenta de que las fronteras entre serbios y bosnios no estaban tan bien definidas como parecía. Algunos eran primos. En Dobrinja se oían francotiradores de los dos bandos llamándose de un edificio a otro, ¡Eh, Slobo! ¿Estás ahí? ¿Ismet? ¿Eres tú?, y mientras los hombres intercambiaban noticias sobre la familia o se lanzaban desafíos, de todas partes surgían insultos lanzados por voces roncas, los ¡hijoputa, nos hemos follado a tu mujer, un serbio la ha dejado preñada! subían de los patios de los edificios, de las ventanas tapiadas, escanciados al ritmo de las ráfagas de los Kalashnikov. Y en cuanto al tráfico de gasolina, el mercado negro entre ambos bandos estaba en su apogeo. Era una guerra de pandilleros, y los jefes de bandas y pequeños delincuentes más audaces de antes de la guerra se habían convertido en auténticos héroes populares. Cuando se produjo el primer ataque serbio, se lanzaron a la calle, no dejaremos que hagan una carnicería con nosotros, vamos, adelante, organizaron milicias de varios miles de combatientes, salvaron literalmente la ciudad. Ahora se habían convertido en los amos, para gran perjuicio de la presidencia bosnia.

Aquellos pequeños mafiosos se habían convertido en ídolos del pueblo, sus fotos aparecían en carteles que alababan su valor, sus mejillas se hinchaban encima de los pechos de chicas que lucían camisetas con su efigie.

A Izetbegovic le habría encantado librarse de aquellos molestos aliados.

Semana tras semana, Seb se fue adaptando a la vida en Sarajevo. Le gustaba ir al café Ramona, porque había chicas guapas. Se pasaban días enteros de cháchara dando vueltas a la cucharilla en sus tazas llenas de Nescafé. A medida que bebían, alargaban el café con agua. Fue ahí donde conoció a Dina.

Dina era peluquera, y la abordó cuando se dio cuenta de que aquella rubita de ojos almendra lo miraba de soslayo desde hacía un buen rato. No debía de tener más allá de unos veinte años, iba vestida con unos vaqueros impecables y una blusa blanca inmaculada. Hacía ver que estaba absorta en la lectura de un número atrasado de *Oslobodenje*, cuando él le invitó a otro Nescafé. Olía a agua de Colonia.

En un momento de la conversación, ella espetó:

—Si tengo que pasar otro invierno sin agua, ni electricidad, ni calefacción, cogeré una cuerda y me ahorcaré, no tendrán que molestarse en matarme.

Y como Seb se extrañaba de que, pese a todo, la chica consiguiese mantener un buen aspecto físico, encontrar agua, lavarse la ropa, ella le contestó:

—No puedo explicarte cómo se vive aquí. Porque aquí no hay vida. Aquí solamente hay instinto de conservación. Mantenerse limpio forma parte de ello.

Charlaron así una buena parte de la tarde, y terminaron la velada en el B. B. Hipnotizado, Seb no podía apartar los ojos de los pechos de Dina que se agitaban al ritmo de la música. La vida en Sarajevo palpitaba más deprisa, más fuerte.

Del modo más natural fueron a parar a la gran cama del Holiday Inn.

Dos días después, Dina fue el blanco de un francotirador.

La semana siguiente el fotógrafo salió poco del hotel.

Observó con indiferencia el ir y venir de los personajes de la *beautiful people* que hacían escala un día o dos, buscando desesperadamente un fotógrafo o un equipo de televisión que los inmortalizase ataviados con chaleco antibalas delante de los sacos terreros. Iluminados de toda ralea llegaban cotidianamente, como aquel periodista de pelo largo y barba rubia,

calzado solo con sandalias, que no escribía nunca ni una línea y al que todo el mundo llamaba Jesús. Había periodistas de pega, fotógrafos de pega, ONG de pega, gente inexperta, un peligro para sí mismos y para los demás, que iban a la guerra como quien va de peregrinación, estaban ahí para salvarse a sí mismos, no para salvar a los demás.

—Eso es completamente cierto —le contestó John Leppard.

Aquel fotógrafo inglés trabajaba para *The Indépendant*. Seb y él eran amigos desde Rumania.

—Hay mucho colgado por aquí. Yo mismo he visto, en Osijek, a unos *frenchies* que se habían alistado en las Brigadas Internacionales croatas, unos chavales de la facultad de Assas, *in* París.

Leppard hablaba un francés no demasiado correcto. Se expresaba siempre con mucha reserva. Excepto cuando estaba borracho, lo cual sucedía a menudo.

Era preferible vaciar las botellas de tinto del hotel, decía, así se corrían menos riesgos de pillar una hepatitis, con todos esos muertos enterrados en cualquier parte. Y al menos, así, tenían botellas vacías para lavarse. John Leppard era un fotógrafo brillante, cargado de premios, y su prestigio era mundial. Pero por lo visto no se le había subido a la cabeza. Desde los primeros días de primavera se ataviaba invariablemente con unos inenarrables pantalones cortos que realzaban unas flacuchas pantorrillas coloradas por efecto del sol. Llevaba el pelo rubio muy corto y sudaba mucho para lo delgado que era. Por eso se ponía siempre, a guisa de bufanda, una toalla con la que se secaba continuamente el cuello. Su cara, y sobre todo su nariz aguileña, estaban consteladas de pecas.

La habitación de Leppard la pagaba su periódico. Un día se decidió a invitar a Seb a compartirla con él. El joven freelance no nadaba en la abundancia, no había que ser muy listo para adivinarlo. Desde entonces formaron equipo, era más seguro siendo dos. Empezaron por seguir a un convoy de ayuda humanitaria de una ONG europea que llegaba de Split por carretera. En Illidza un control serbio los detuvo por una cuestión de autorización de tránsito. Los milicianos, cuyo aliento estaba cargado de *slivovica*, se metieron en los contenedores acribilla dos de balas que les servían de cuartel general para parlamentar con los oficiales holandeses y franceses que escoltaban el convoy. Asomando por una abertura recortada en el acero, la boca negra de una ametralladora SG 42 controlaba la carretera de Butmir.

Las negociaciones terminaron dando su fruto y el convoy pudo ponerse en marcha hacia un pequeño puerto de montaña siguiendo una carretera minada, antes de iniciar el descenso hacia Sarajevo. Los días anteriores había llovido mucho.

Cuando vieron al blindado que iba en cabeza caerse por el barranco, tardaron un momento en darse cuenta de que la pista de tierra batida acababa de hundirse. El convoy se inmovilizó. Leppard y Meyer salieron corriendo del Golf que los transportaba y bajaron como pudieron hasta el blindado atrapado entre los abetos, treinta metros más abajo. Los cascos azules ya estaban alrededor del vehículo, extrayendo hombres heridos de mayor o menor gravedad.

Seb metió la cabeza en el vehículo blindado. El oficial francés que conducía el aparato parecía muy tranquilo, sentado en su asiento. Parecía dormir; estaba muerto, tenía el cuello roto.

El convoy prosiguió camino hacia el aeropuerto. Allí tuvo que ponerse a resguardo de un bombardeo intempestivo de los serbios en un túnel construido debajo de la pista. El ambiente era irrespirable. Pasaron horas allí dentro antes de volver a los coches y entrar por fin en Sarajevo. Seb y Leppard, reventados, regresaron al hotel y se derrumbaron sobre las camas.

Una noche lograron colarse por la fachada sur del Holiday Inn y subieron a las plantas altas, golpeándose con los cascotes que llenaban las escaleras, en la oscuridad. Tendidos boca abajo en el suelo hundido de una habitación del piso quince que se abría sobre las siluetas de las montañas, contemplaron durante buena parte de la noche los bombardeos sobre la ciudad. Era terrorífico y hermoso a la vez, las explosiones hacían brotar bolas de fuego escarlatas, salpicaduras de chispas, y las balas trazadoras, en la noche de Sarajevo, tenían algo mágico y mortal a la vez.

Varios días después, Leppard encontró sitio en un coche que salía hacia Tuzla y Seb decidió quedarse en la ciudad. Ya empezaba a pensar en el regreso. Había acumulado mucha película. Ya era hora de pensar en revelarla. Decenas de carretes de Tri-X se amontonaban en el cajón de su mesilla de noche, con un papelito que describía el contenido sujeto con una goma en cada rollo.

Era indispensable. Imposible acordarse de todo pasadas unas semanas.

Creía que había tomado muchas fotos buenas. A lo mejor conseguía no perder dinero si *Les Nouvelles* le concedían suficiente espacio para un buen reportaje gráfico.

Si no, ofrecería sus imágenes a otro.

Los fotógrafos eran muy numerosos en Sarajevo. Muchos tomaban fotos idénticas. ¿Era útil? Se durmió antes de encontrar la respuesta.

Al día siguiente cayó herido.

Todo el beneficio del trabajo de aquellas últimas semanas se había esfumado.

Era una catástrofe.

Si no recuperaba sus carretes, además de estar herido, estaría completamente arruinado.

No era un corresponsal, había ido allí por cuenta propia. Ni siquiera podía reclamar por accidente laboral.

Ningún periódico había tenido narices para enviarlo. Y, para más inri, estando como estaba a dos velas, se había ahorrado, naturalmente, el gasto de un seguro especial, ¡hay que joderse...!

¡Y encima Leppard se las había pirado a Tuzla! Puede que, una vez en París, consiguiera ponerse en contacto con él llamándolo por el Imarsat de Reuters.

Los camilleros cargaron a Seb en el avión que lo devolvía a Zagreb. De ahí volaría hasta París, donde le harían una timpanoplastia, habían dicho los médicos.

Era coser y cantar, comparado con la cirugía de guerra.

No paró de reclamar sus carretes y su bolsa de fotógrafo, educadamente primero, luego renegando, hasta que oyó las ruedas del avión vibrar sobre la pista; pero parecía que todo el mundo a su alrededor también estaba aquejado de sordera, que hasta los franceses habían olvidado el uso de su idioma en aquella guerra de tarados.

Si alguien le contestó algo, él no oyó nada.

El avión despegó y cruzó las montañas que rodeaban la ciudad jugando a pídola con las bolsas de aire.

La carlinga mal presurizada acentuaba una migraña tenaz provocada por el zumbido de sus oídos.

El dolor invadió sus tímpanos y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Seb habría dado lo que fuera por un porro.

Pidió a uno de los enfermeros una dosis de morfina. Su petición fue atendida.

Capítulo 3

París, hospital Tenon, junio de 1994

Sébastien Meyer abrió el ojo y contempló por la ventana entreabierta de su habitación de hospital los castaños de la plaza que lindaba con la alcaldía del distrito XX. Las ramas torturadas, sacudidas por el viento, se recortaban sobre un cielo gris y mortecino.

El rumor de la ciudad, de los cláxones, del roce de los neumáticos sobre la calzada mojada le llegaba sofocado, acompañado de vaharadas de gas de los tubos de escape, de Gauloise tildo y de boca de metro. Olía a París. Y, sobre todo, era el ruido de París.

En un primer momento, los médicos creyeron que sus tímpanos rotos podrían cicatrizar, pero finalmente resultó indispensable practicar una doble timpanoplastia. En cuanto despertó, unos días antes, los sonidos le fueron restituidos como antes de lo que ahora llamaba «el accidente». Bueno, casi como antes. Su oído izquierdo, por lo que decía el doctor Cohen, el cirujano que lo había operado, no podría recobrar nunca su agudeza inicial.

Unos persistentes zumbidos invadían su cráneo dolorido, provocándole terribles migrañas.

Son acúfenos —le explicó el médico al despertarse—, es una de las consecuencias del *blast*, el efecto de la onda de choque debida a la explosión. Es muy desagradable, ya lo sé, pero por desgracia no podemos hacer gran cosa para aliviarle. No sabemos mucho al respecto, aparte de que pueden aparecer de manera espontánea, sin causa precisa. Y, sobre todo, no sabemos nada de la duración de estos síntomas. Los silbidos internos que oye pueden atenuarse a lo largo de los próximos meses, o años. O pueden desaparecer por completo. Lo más probable es que en un primer momento se vayan espaciando, lo cual le dejará respirar. También puede que sufra de mareos, es otra de las secuelas del *blast*. Las

radiografías han revelado un pequeño traumatismo craneal, tiene una minúscula piedrecita que hace presión en una de las paredes craneanas, un morado en el cerebro, en cierto modo, que no arreglará sus problemas de efectos secundarios. En fin, debería reabsorberse bastante rápido. Lo normal es que estuviera muerto. Animo, muchacho, es primavera, dentro de pocos días estará fuera, ¡seguro que las chicas pueden esperar un poco a nuestro Tintín!

Con estas palabras optimistas, el doctor salió de la habitación, rodeado de una pléyade de estudiantes que garabateaban afanosamente en sus libretas cada palabra de Cohen.

¡A la mierda Tintín!

Seb se quitó de encima aquella tela tan áspera a fuerza de repetidos lavados con jabón industrial. ¿Se reutilizaban las sábanas en las que se moría la gente? ¿Habría muerto alguien en aquellas sábanas? Puaj...

Tenía mucho calor.

Tendió el brazo en dirección a la jarra de agua y llenó el vaso sin demasiadas dificultades.

Había aprendido a corregir la falta de relieve debida a la pérdida de su ojo izquierdo.

Las pesadillas, en cambio, habían regresado, confusas.

Primero, estaba en la trinchera. Una trinchera que conocía muy bien, en alguna parte del Alto Karabaj. Decía algo al soldado que se encontraba a su lado, y el soldado empuñaba el arma. Entonces el militar adoptaba la cara severa de su padre para advertirle: «Tú ya no eres comunista. ¡Eres un traidor a la clase obrera! ¡Ten cuidado, antes de cruzar!».

Y cuando Sébastien giraba la cabeza, se encontraba en medio de una gran ciudad híbrida en fuego, un poco como si París y Bruselas, a consecuencia de una cópula salvaje, hubieran engendrado una capital tentacular en pleno caos. Se encontraba en medio de la calzada de una gran avenida, y una camioneta venía acelerando derecho hacia él. Quería moverse pero tenía los pies pegados al asfalto. En el momento en que el radiador del vehículo iba a topar con él, se despertaba sobresaltado.

En sus sueños veía con sus dos ojos y oía con normalidad.

Sidonie, la malcarada enfermera guadalupense sin edad que estaba de turno, pasó con el carro de las medicinas y depositó dos Diantalvic sobre la mesita con ruedas al lado de su cama.

Salió de la habitación soltándole, de espaldas:

—¡Y hay que tomárselas, eh!

El fotógrafo se las tomó.

Por la cuenta que le traía.

Había recibido muy pocas visitas desde su ingreso en el servicio de Otorrinolaringología del Tenon.

Un representante de Reporteros Sin Fronteras pasó para tomar unas notas destinadas al informe anual de la ONG. Iban a pedir a la UNPROFOR mayor protección para los periodistas en las zonas de conflicto en la ex Yugoslavia. Los serbios se estaban pasando un poco. Sébastien se mostró más circunspecto. ¿Había sido un francotirador serbio el que le había disparado? Podría muy bien haber sido un bosnio. Aunque solo fuera para endosar el golpe a los serbios, y así exasperar un poco más a la comunidad internacional. Con la esperanza de provocar una intervención militar que liberase Sarajevo del cerco que lo asfixiaba.

Muchas veces Seb intentó exprimir sus neuronas para tratar de extraer el jugo negro que las velaba. Habría dado cualquier cosa para recordar aquellos pocos minutos que le faltaban a su vida. Tenían que estar allí, en alguna parte, agazapadas en una *terra incógnita* de su cerebro.

Pero nada. El vacío. Un agujero.

Varios compañeros parisinos, redactores y fotógrafos fueron a verle.

Les Nouvelles intentaban escurrir el bulto desde el accidente. En realidad, Meyer no estaba realizando un encargo para el periódico.

Solamente habían aceptado acreditarlo antes de su marcha.

Solamente habían prometido que le publicarían las fotos si eran buenas.

Sus gastos no corrían por cuenta del periódico, como tampoco su repatriación.

Y sin embargo, si sus fotografías hubieran sido publicadas, no habrían dudado en colocarles el marchamo «De nuestro enviado especial, Seb Meyer».

Con sus carretes de película durmiendo en el cajón de una cómoda de Sarajevo, nada estaba más lejos de la realidad. Ni siquiera tenía ya su material fotográfico. Su bolsa y sus cámaras, esfumadas. No se hacía ilusión alguna. Algún soldado lo habría recogido, se lo habría quedado o revendido, o lo habrían robado, vete a saber. ¡Si al menos a Leppard se le ocurriera presentarse con sus carretes! Había intentado comunicarse con él por el Imarsat de Reuters, pero nadie había tenido la menor noticia del inglés desde que se había largado a Tuzla.

Mientras tanto, no podía reclamar una indemnización por accidente de trabajo.

¡Con la baja que cobraba como autónomo, gracias si podría cocinar tartas en tapones de Coca-Cola!

Menos mal que su alquiler era bajo. Y menos mal también que la solidaridad se había puesto en marcha.

El Hogar del Fotógrafo, una asociación de fotoperiodistas de la que era socio, había enviado una carta indignada al director de *Les Nouvelles*. Amenazaba con enviar un devastador comunicado de prensa a la agencia France-Presse.

De golpe Sylvain Joubert, el jefe del departamento de fotografía, abandonó su habitual postura cínica para lanzarse a una batalla interna destinada a convencer a la dirección para que hiciera un generoso gesto en favor de Seb. Era una misión difícil. Los veteranos, los periodistas formados sobre el terreno que terminaban tomando las riendas de sus periódicos, los jefes de prensa a la antigua habían sido reemplazados por escuadrones de fríos directores financieros favorables a las absorciones y la concentración editorial, y *Les Nouvelles* no eran una excepción a la regla.

«Demasiados contables, muy pocos funámbulos», había exclamado desdeñosamente el redactor en jefe del mayor semanario del país antes de hacer mutis por el foro unos meses atrás.

Joubert se había subido los desgastados pantalones de pana antes de lanzarse al asalto del gerente.

Esperaban el resultado, había dado a entender a Meyer por teléfono.

Seb había dado sus primeros pasos titubeantes para ir al pequeño puesto de periódicos de la planta baja. Todo alrededor de él daba vueltas, era peor que las montañas rusas. Ya había vivido aquello: una tormenta de equinoccio en el mar de Irlanda, a bordo de un ferry. Se había mareado como una sopa, no paraba de vomitar mientras un marinero sádico le contaba historias de naufragios. Con gusto se habría tomado la molestia de estrangular a aquel tipo con sus propias manos entre dos arcadas.

Compró *Le Monde*. La situación en Sarajevo no se arreglaba, y la comunidad internacional seguía rechazando la intervención militar, pese a la presión de la opinión pública que reclamaba bombardeos sobre las posiciones serbias. Abandonó enseguida la lectura del diario. Una tenaz migraña le comprimía las sienes. Recorrer el claustro que rodeaba aquel jardín de árboles enclenques no le era fácil. Decidió posponer su paseo por

el exterior para más adelante. En los pasillos, por el camino de vuelta, se vio obligado a sentarse varias veces para descansar. Se cruzó con sombras en pijama que arrastraban el gota a gota colgado de una percha con ruedas, con parejas cogidas de la mano, uno de los dos con ropa de hospital. A veces, una calvicie total revelaba el uso de la quimioterapia.

Incapaz de leer durante mucho rato, se pasaba las noches mirando la tele. Por suerte, el día antes había tocado *Ultima sesión*, el programa presentado por Eddy Mitchell.

Dos películas, una de ellas *Flecha rota*, de Delmer Daves, con James Stewart, y sobre todo *Centauros del desierto* de John Ford, con Nathalie Wood y John Wayne.

A Sébastien Meyer le encantaban las películas del Oeste. De niño había asistido a la proyección en la gran pantalla de algunas de las últimas obras de arte del género, sentado entre sus endomingados padres en el Casino de Pantin, una maravilla de estuco con palcos y balcón a la italiana, arañas de cristal y asientos de ajado terciopelo rojo.

Con el tiempo el cine había sido reconvertido en garaje, como en la canción.

Seb consideraba que el estilo depurado al máximo del western, su trama de una sobriedad a prueba de bomba, eran una transposición contemporánea de la tragedia griega. Bastaba ver *El hombre que mató a Liberty Valance* para convencerse de ello. El director favorito de Seb era sin lugar a dudas Ford, que había hecho de Monument Valley un decorado a la medida de sus películas, y que fue uno de los primeros en dirigir una mirada diferente a los indios, en su crepuscular *El gran combate. Y* por una vez el título lo habían traducido más o menos correctamente, no como My *darling Clementine*, que se había convertido en ¡*Pasión de los fuertes*!

La primera vez que se topó con su reflejo en el espejo del aseo de su habitación del hospital, cuando se vio con el parche de cuero, rechazó inmediatamente la idea de ponerse un ojo de cristal tal como le habían propuesto. ¡Para nada haría lo mismo que Le Pen! Ford, en cambio, había podido vivir muy bien con un parche en el ojo.

Lentamente levantó el trozo de cuero. Sus párpados daban paso a un túnel de carne roja, una ventana sobre su cerebro en brasas.

Su ojo estaba en la tumba. Sí, el ojo estaba en la tumba y miraba a Seb Meyer.

El parche le daba un aspecto feroz.

Se lo volvió a colocar en su sitio.

Pré-Saint-Gervais, junio de 1994

Sébastien Meyer cogió el autobús 61 en la place Gambetta. Los pasajeros observaban con circunspección a aquel joven esmirriado vestido con ropa mugrienta que llevaba un parche en el ojo. Se apeó en la parada de place Séverine.

Cuando abrió la puerta de su pequeño piso de la avenida Edouard-Vaillant, tuvo la extraña impresión de entrar en casa de otra persona.

Era una sensación familiar a cuando regresaba de sus reportajes. Esta vez, no obstante, le parecía que se había ausentado varios años.

Su herida, la estancia en el hospital, el regreso sin imágenes, sin sus aparatos, lo dejaban desocupado, como un extraño en su propia casa. Era un vasto conjunto de bloques construido entre Pantin y Pré-Saint-Gervais para alojar a las sucesivas olas de campesinos que habían abandonado sus pueblos para ir a engrosar las filas de obreros.

La lucha interna llevada a cabo por Joubert, junto con las presiones del Hogar del Fotógrafo, terminó dando sus frutos. Después de que el gerente consultara con el director financiero del grupo, el consejo de administración decidió finalmente que tal vez podían contratar a posteriori a aquel colaborador tan atípico. Una rápida evaluación de los riesgos había demostrado que, desde el punto de vista de la imagen, *Les Nouvelles* saldría beneficiado. Además, el comunicado de prensa de la asociación de fotoperiodistas podría tener efectos contraproducentes, sobre todo rescisiones de suscripciones, que resultarían más costosas que hacerse cargo del gasto que, por otra parte, cubriría parcialmente la Caja de Seguros por Enfermedad. Así pues, Sébastien Meyer pasó a ser víctima de un accidente laboral contemplado en el convenio colectivo de periodistas, claro que sí, no faltaba más. Podía contar, pues, con una indemnización que le daría tiempo para preparar el futuro, y la pensión por invalidez que cobraría por el ojo perdido le permitiría comprar material fotográfico nuevo para remplazar los aparatos que había perdido en Sarajevo.

Penetró en el pequeño recibidor. Esta vez no llevaba una bolsa de viaje que tirar al suelo color poso de vino de la entrada. Ni tenía que llamar al laboratorio fotográfico, ni esperar ansiosamente los carretes revelados.

Se cruzó con su reflejo en el espejo colgado junto al perchero.

Su reducido equipaje había quedado en el Holiday Inn de Sarajevo. Se sacó la cazadora, se sentó al borde de la cama encima de una manta bereber

que había traído de un reportaje y empezó a desatarse las deportivas, que envió a paseo con un gesto seco del pie, lo cual le produjo un fuerte mareo. Tuvo que esperar un momento a que la habitación parase de dar vueltas.

Su mirada tuerta corría por las paredes decoradas con reproducciones de las fotografías de indios tomadas por Curtis a principios de siglo, el polvo acumulado sobre los muebles de segunda mano, su interior sobrecargado de trastos por todas partes, las estanterías desbordando de libros cubiertos de telarañas que unían entre sí los álbumes dedicados al western y las monografías de grandes fotógrafos del siglo XX, las novelas rusas y las antologías de cuentos italianos. En un aparador se exhibía la colección de objetos kitsch que Seb había traído del mundo entero como producto de sus reportajes. Un Elvis en una bola de cristal por la que caía la nieve, encima de una caja de música que tocaba «Love me tender», un enorme despertador con la efigie de Mao Zedong cuya mano saludaba al pueblo al ritmo de los segundos y que difundía *El Oriente es rojo* cada hora, un Cristo inmolado en un Gólgota de conchas pegadas, cada mano clavada en una palmera de plástico, versión mejicana y tropical de la crucifixión, un Mercedes aproximativo de madera tallada comprado en el mercado de Kampala y, sobre todo, orgullo de su colección, un reloj de pulsera con la efigie de Sadam Husein. Durante la guerra del Golfo, los aliados canalizaban tanto a los fotógrafos que les resultaba prácticamente imposible trabajar libremente. Los americanos habían aprendido bien la lección de la guerra de Vietnam. Paseaban al personal de las agencias en vuelos chárter, como una agencia de viajes llevaría un rebaño de turistas a la playa. Les enseñaban lo que ellos querían enseñarles. Si convenía, les proporcionaban figurantes para montar imágenes, los jefes de los periodistas estaban muy satisfechos, todo el mundo estaba contento. Aquello ya no era periodismo, era pura propaganda, orquestada por los americanos con la complicidad de los países aliados y de la inmensa mayoría de los medios de comunicación. Solamente un pequeño grupo de periodistas rebeldes, franceses en su mayoría, había podido escapar de la vigilancia de los servicios de prensa de los ejércitos y escabullirse sobre el terreno.

FTP. *Fuck The Pool*.

Era el apodo que se habían dado, finalmente fueron capturados por los iraquíes. Los trataron bastante bien, hasta que finalmente decidieron devolverlos a los enfurecidos aliados. Sébastien se trajo el reloj como

recuerdo de aquella desgraciada aventura. El reloj y también un montón de imágenes que se publicaron en todas partes. A la salida de Kuwait City, a lo largo de muchos kilómetros, se había producido una carnicería. Un gigantesco embotellamiento de vehículos de todo tipo carbonizados por las bombas de efecto expansivo soltadas por los americanos sobre las tropas iraquíes que huían como podían de Kuwait, a bordo de camiones militares, de 4 × 4 civiles, de Mercedes o de BMW robados y llenos hasta los topes de televisores y vídeos. Vitrificado en el desierto, aquel amontonamiento de carrocerías llenas de muertos había sido portada de los periódicos. Si, de todas formas, las tropas de Sadam ya estaban poniendo los pies en polvorosa, ¿había sido realmente necesaria aquella carnicería? En alguna alta instancia debían haber considerado que sí.

No había nada como un experimento a tamaño real.

Desde Hiroshima todo el mundo lo sabía.

Sébastien había recogido el reloj de pulsera roto en la carretera de Bagdad en medio de los escombros. No funcionaba.

Suspiró. Descalzo en sus mugrientos calcetines, fue a pegarse al cristal de la ventana.

Unos chavales jugaban a fútbol en el campo Léo-Lagrange, a cuyo alrededor se había construido el barrio en forma de herradura.

Se decidió a desnudarse y deslizó su enflaquecido cuerpo bajo la ducha poniendo mucho cuidado en no mojarse la órbita vacía, pues requería de un tratamiento antibacteriano especial.

Unos golpes a la puerta lo sacaron del baño.

Se enrolló precipitadamente una toalla a la cintura y fue a abrir.

Con sus orejas de soplillo de siempre, una gorra de béisbol Reebok, un chándal Sergio Tacchini tan blanco que se necesitaban gafas de sol para mirarlo y los pies enfundados en babuchas marroquíes, ahí estaba Kamel, pisando torpemente el felpudo, con dos enormes bolsas de plástico en la mano.

—¿Qué pasa, tío? Te he oído entrar, pero me he dicho espera, tío, déjale que se instale.

Seb se apartó para dejar entrar a su vecino de rellano que depositó las bolsas en el recibidor.

—Ten, el correo, como me dijiste, te lo he recogido cada día del buzón. Joder, tío, qué pasada, tienes muchas más cartas que un ministro, la madre que me parió. Te lo juro, ¡ya no sabía dónde meter tanta carta! ¡Ahí va, tu

ojo, joder! Qué fuerte, tío. Vi al tipo ese de la tele, Bilalian, cuando habló de ti, pero no sabía en qué hospital estabas, si no te habría ido a ver, ¡te lo juro por mi madre! ¿Y tus padres, no han venido? La madre que me parió, la verdad es que no he tenido narices para llamarlos, después de lo que...

—Deja a tu madre en paz, Kamel. Y a mis padres también, de paso. Gracias de todas formas. No tengo muchas ganas de hablar de todo esto, ¿sabes? Bueno, al menos no por ahora. ¿Quieres un té? Si es que tengo, claro.

—Vale, sí, tío, perdona, soy un poco gilipollas, ¿no?

Mientras Sébastien revolvía entre los armarios de la minúscula cocina con la esperanza de descubrir algún residuo de té, Kamel se repantigó en un sufrido sofá cama cubierto con una tela india y empezó a liarse un porro enorme.

¡Qué bueno era, después de tanto tiempo!

Seb aspiró a fondo el humo de sabor almizcleño y bebió un sorbo de té ardiente. Por primera vez desde el accidente, se sentía un poco mejor. Ay, Kamel, Kamel...El ángel de la guarda de la avenida Edouard-Vaillant.

—Venga, Seb, tío, ¡pasa el canuto!

El fotógrafo se echó a reír.

Cuando su vecino se hubo ido, con los ojos inyectados de sangre y la cabeza llena de tetrahidrocannabinol, Sébastien se durmió en el sofá mirando *La legión invencible*. Se sabía la película de memoria y John Wayne embutido en su uniforme del 101.° de caballería continuó en sus sueños cabalgando al pie de las mesas quemadas por el sol. Hasta que surgió una camioneta que el Duke esquivó desenfundando su Colt y que se dirigió a toda velocidad hacia Seb.

Capítulo 4

República del Congo (Congo-Brazzaville), región de Pointe-Noire, septiembre de 1988

Amélie Moukengue levantó la cabeza hacia los oscuros nubarrones que se congregaban en el cielo semejando grandes rebaños de elefantes procedentes del mar. Un pedazo de cielo azul había quedado indemne y el sol pegaba aún de lleno sobre animales y personas. El calor era sofocante. Dentro de una semana o dos, la estación de las lluvias derramaría sobre el ecuador su maná bienhechor, y los habitantes de los pueblos saldrían de sus casas en cuanto cayeran las primeras gotas. Grandes como un huevo, se estamparían sobre el suelo reducido a polvo y la gente bailaría de alegría bajo el diluvio. Pronto.

Mientras tanto, la adolescente había conseguido librarse de la tortura de triturar mandioca para ir hasta una zona pantanosa no lejos del pueblo y refrescarse. Más allá de las hierbas altas estaba el río, el enorme río Congo que se dilataba, cargado de lodo y aluviones que transportaba desde Kinshasa, Brazzaville, Kisangani y más lejos aún, lo había dicho el maestro de escuela. El Gongo que se ensanchaba como una enorme serpiente aplastada por un0 de aquellos camiones que conducían los blancos de la Petrocoq, antes de desembocar en el Atlántico, más lejos, hacia Pointe-Noire, a un centenar de kilómetros de ahí.

Las mujeres que lavaban la ropa, los niños que se bañaban iban un poco más allá, río abajo.

Amélie se quitó su vistoso turbante, se desprendió del *buhú* de batik holandés que envolvía su grácil cuerpo y entró en el agua color de tierra con una bacinilla de aluminio abollado en la mano. El lodo se le insinuaba entre los dedos de los pies, era una sensación desagradable y sensual a la vez, la materia pegajosa le hacía cosquillas en cada centímetro cuadrado de

la planta de los pies. Aquella marisma era poco profunda y la muchacha tuvo que arrodillarse para penetrar un poco más en el agua. De vez en cuando, lanzaba una mirada intranquila hacia el claro en el que desembocaba el camino de laterita que llevaba al pueblo. Había cumplido los trece años hacía apenas unos días, estaba prometida con Denis, un joven pescador, el más hábil de todos, y cada día su piragua propulsada por un cuadrado de tela que hacía las veces de vela volvía a su fondeadero cargado hasta los bordes de tilapias, unos peces brillantes como diamantes. Las incipientes formas de Amélie excitaban ahora los deseos de los hombres, y la concupiscencia que presentía en sus miradas ya la había dejado profundamente turbada. En adelante debería intentar mantener los conos geométricos de sus senos alejados del apetito de los muchachos, que, según decía Mamá Moukengue, era insaciable.

Ah, sí, había que desconfiar de los muchachos, desde luego. En un pueblo río arriba, mucho más arriba de Matadi y sus cataratas, uno de los transportistas que remontaban el Congo en barcazas de madera sobrecargadas de aventureros, traficantes de todo tipo, sacos de sal, cemento, jabones, barreños de plástico, bidones, espejos, barras de lápiz de labios o maquillaje había arrastrado a una honrada madre de familia por el camino de la perdición. Precisamente con su carga de maquillaje el vendedor sobornador había conseguido sus fines. Pero el marido de la mujer frívola era un brujo poderoso y temido. Sorprendió a los amantes en el momento álgido de sus expansiones amorosas y los hechizó en el acto. Se quedaron petrificados, pegados como dos perros, y los enterraron sin que nadie hubiera podido separarlos.

En el pueblo hacía una semana que no se hablaba de otra cosa. Seguro que si Mamá Moukengue la sorprendía allí, sola, Amélie pasaría un mal rato, vaya que sí.

Se agachó completamente en el agua y con la bacinilla vertió agua tibia sobre sus trenzas que formaban complicados motivos. Un soplo de brisa marina provocó un ligero estremecimiento en la ciénaga.

Algunas garzotas se lanzaron por encima de los jacintos de agua y echaron a volar.

Sorprendida, Amélie las siguió con la mirada, entornando los ojos por culpa del agua, cuando de repente estalló la primera detonación.

Se sobresaltó. Venía del pueblo. Se giró en dirección al claro, intrigada. Nadie.

Desde que el presidente Sassou N'guesso y sus Cobras llegados al poder en el setenta y nueve habían instaurado un régimen marxista, el país era inestable, víctima de constantes guerrillas, y la proximidad de la vecina Angola no mejoraba las cosas. Pero esta región siempre había sido tranquila, los miembros de la etnia kongo, mayoritaria en el país, no estaban muy preocupados, aparte de los hombres que, por voluntad propia o enrolados a la fuerza, partían a combatir a las milicias Ninjas de la oposición. Se hablaba incluso de que construirían una maternidad, un hospital financiado por los blancos, para los habitantes de la región.

A Amélie le habría encantado ser enfermera.

Algún día, quién sabe. A los trece años aún se está lleno de sueños.

Apenas unos segundos después sonaron otras detonaciones y luego claramente ráfagas de armas automáticas. El estruendo abría surcos en el aire caliente de la tarde de septiembre. Asustada, Amélie se internó un poco más en el agua enlodada. Ahora podía oír un lejano rumor, gritos agudos, ruidos de pasos. Se acercaban. Se sumergió en el agua y el barro, oculta a las miradas, solamente la nariz y los ojos emergían del agua fangosa. Paralizada por el miedo, un miedo instintivo, no conseguía aclararse las ideas. Penachos de un humo espeso y negro subían perezosamente hacia el cielo, detrás de los árboles. El pueblo. A pesar de la tibieza del agua, a pesar del calor, a Amélie le empezaron a castañetear los dientes sin poder parar, como aquejada de aquellas fiebres que a veces causaban las picaduras de muchos mosquitos que poblaban el delta. De pronto, aparecieron dos mujeres por el camino que conducía a la playa, llevando a sendos bebés en brazos, sus pies descalzos golpeando el suelo en una carrera desesperada, y Amélie solo tuvo tiempo de reconocer a Julienne y Marie-Joséphe.

Una serie de destellos surgió de la maleza, ratatá ratatá, dos veces.

Julienne separó los brazos, el bebé cayó rodando al suelo y rebotó. Herida en plena espalda, se desplomó sobre sí misma como un montón de trapos informes, sin un grito. Marie Joséphe, por su parte, parecía haber tropezado con su propio bubú. Se había pisado la tela que cayó a sus pies, descubriendo sus pesados pechos llenos de leche y su vientre redondeado que llevaba otro niño. Desequilibrada, esbozó una voltereta y el bebé catapultado hacia delante aterrizó a cincuenta centímetros del agua. La mujer se levantó torpemente, totalmente desnuda, y dio aún uno o dos pasos vacilantes en dirección al bebé antes de desplomarse a su vez.

Los disparos se intensificaban por la parte del pueblo.

¡No era posible! ¡No podía ser! Petrificada, Amélie se mordía los labios para impedir que le castañetearan los dientes, y un líquido encarnado moteaba sus gruesos y blancos incisivos. Habría querido...habría querido salir del agua, correr hacia los niños, recogerlos, llevárselos, correr para salvarlos.

Pero correr ¿hacia dónde? ¿Al pueblo? Todo su ser y su instinto le gritaban un ¡no! sin paliativos.

El sabor de la sangre en la boca la sacó de su ensimismamiento, de su postración.

Sin saber muy bien lo que hacía, se sumergió como Denis, su novio, le había enseñado, conteniendo la respiración, abriendo los ojos a un mundo turbio y cenagoso. El ruido de las botas militares, de los golpes de culata en la playa llegaba hasta ella sofocado, deformado por el líquido que invadía sus conductos auditivos. Cerró los ojos y pensó con fuerza en Denis, que había salido en su piragua. Vendría a buscarla, seguro, la salvaría. Solo tenía que esperar el tiempo suficiente. Se obligó a no pensar en Mamá Moukengue ni en Papá Moukengue ni en sus hermanos y hermanas, un pez, eso, ella era un pez, un tilapia, un tilapia pequeñito, y estaba esperando a que Denis viniera a pescarla con su red. Con los pulmones a punto de reventar se puso a nadar en dirección al río, pegada al fondo limoso.

También Denis había visto las humaredas desde su piragua. Junto con los demás pescadores remó con todas sus fuerzas en dirección al pueblo, donde les esperaban los hombres armados. No pudo hacer nada. Denis no pescaría tilapias nunca más, ahora que su cadáver yacía junto a una cabaña, con los brazos cruzados en la espalda.

Caían cuerpos al río, unos brazos batían la superficie del agua enrojecida. Amélie emergió más lejos para recuperar el aliento y el aire que tragó a bocanadas le quemó la tráquea. ¡Ojalá aquellos hombres no se fijaran en su bubú abandonado en la playa!

Amélie se sumergió de nuevo. Cuando volvió a emerger, las siluetas que se agitaban en la playa eran ya del tamaño de juguetes, pero el incendio detrás de ellos desmentía aquella ilusión. Nadaba hacia el mar, nadaba y nadaba como una autómata que hubiese perdido toda noción del tiempo, respirando apenas, con todo su cuerpo tembloroso bloqueado por el rechazo, atrapado en una braza mecánica.

Mucho después de que el silencio hubiera regresado, ella seguía

nadando. Luego perdió el conocimiento. Aún así, siguió braceando en el agua como un metrónomo, la boca cerrada, los ojos cerrados, a cámara lenta.

Caía la noche cuando por fin fue a parar a la orilla de la ciénaga. Una hora, tal vez dos pasaron todavía antes de que consiguiera incorporarse sobre sus doloridos miembros, titubeante, tiritando de frío.

Del agua emergían cadáveres como troncos de una balsa desbaratada, otros no habían ido más allá de la playa. Los bebés de Julienne y Marie-Joséphe tenían la cabeza aplastada. El pueblo ardía todavía y las cabañas incendiadas se hundían sobre sí mismas mientras las llamas proyectaban una luminosidad salvaje hacia el cielo, entre un olor de paja quemada y cerdo asado. Los cuerpos salpicaban las calles. Habían caído, entremezclándose torpemente en una fuga desesperada. Arroyos de sangre se habían escapado de los montones de cadáveres, inmediatamente absorbidos por la laterita. Hombres, mujeres, niños, ancianos. La familia, los vecinos de Amélie. Muertos. Todos estaban muertos.

Cuando por fin llegó el ejército, los soldados descubrieron a Amélie errante, desnuda y despavorida en medio de las gallinas y algunas vacas que se habían salvado. No pudieron sacarle ni una palabra y decidieron subirla a uno de sus camiones, envuelta en un bubú ensangrentado que recogieron en una callejuela.

La llevaron al hospital de Pointe-Noire. Tal vez los médicos podrían calmarla, o al menos detener aquel incesante temblor que la sacudía.

París, enero de 1995

—¡Esto es una mierda, chaval! No te reconozco, ¿qué te pasa?

Joubert examinaba atentamente las diapositivas dispuestas sobre la mesa luminosa de la sala del departamento de fotografía, con la esperanza de dar con una que fuera —siquiera vagamente— publicable. Sacudió la cabeza y se levantó, se sacó las gafas que llevaba colgando de un hilo sobre su jersey beige y se rascó su cabellera gris.

Los conductores de autobús estaban en huelga protestando por las repetidas agresiones y la paliza que uno de ellos había recibido en Seine-Saint-Denis el día antes. Las imágenes que había traído Sébastien de la manifestación eran totalmente inutilizables. Borrosas, mal encuadradas, de una banalidad aplastante. ¡Bastille-Nation no era la batalla de Stalingrado, puñetas!

Desde hacía ya algún tiempo Sébastien Meyer había reanudado el

contacto con sus clientes.

De golpe, la redacción de *Les Nouvelles* sintió que tenía algunas obligaciones a su respecto.

Joubert le pasó uno o dos encargos prudentes de reportajes en Ile-de-France; no era la naturaleza salvaje, desde luego, pero al menos era un trabajo.

Seb recibió con aprensión estas primeras misiones después del accidente.

—¿Qué quieres que hagamos con esto?

Seb agachó la cabeza, absorto en la contemplación del pantalón de pana gruesa color verde bronce del jefe del departamento de fotografía.

—Pues sí que estamos listos. Ahora tendremos que comprar fotos de agencia. Ya es la segunda vez en un mes, Seb. Es tu cámara nueva, ¿o qué?

El fotógrafo había ido al boulevard Beaumarchais.

Encontró una Eos de segunda mano en el Photo-Ciné du Carque, una tienda justo enfrente del Cirque d'Hiver. Paul, el vendedor, al que conocía desde hacía años, se la dejó a buen precio. Completó aquel material con dos zooms no demasiado recientes, unos modelos baratos, un 2S 105 y un 100-300 mm.

Aún no estaba cerca el día en que pudiera comprarse una Leica nueva. Seb se llevó inmediatamente el aparato al ojo, casi febrilmente. ¡Qué gusto tener de nuevo una cámara entre las manos! En su precipitación fue el parche de cuero lo que pegó al visor.

En algunos momentos su cerebro se negaba a registrar la desaparición de su globo ocular izquierdo.

Inmediatamente rectificó su error y enfocó torpemente con el otro ojo.

Algo no funcionaba. Lo notó enseguida.

Meyer estaba impregnado de cultura fotográfica, sabía perfectamente qué era una buena imagen. Antes de empezar a trabajar de nuevo, había decidido limpiarse la mente. Fue a visitar las exposiciones de la Casa Europea de la Fotografía, en el barrio del Marais, había una retrospectiva de la obra de Henri Cartier-Bresson, su fotógrafo preferido, sobre los europeos, y siempre era un gozo admirar aquellas obras maestras en blanco y negro.

Salió de allí henchido de ganas de fotografiar, la cabeza repleta de ideas.

Los días siguientes recorrió las calles de París en busca de imágenes.

Salía temprano por la mañana, cámara en ristre, cogía el metro en la estación Porte-des-Lilas y bajaba donde le llevaba la inspiración, con la mentalidad de un pescador que fuera a incordiar gobios con la caña al hombro. Al principio volvía a casa con las manos vacías. No había manera de encuadrar con aquel jodido ojo derecho. Y encima aquellos malditos mareos, el zumbido en la cabeza, las migrañas insistentes como un dolor de muelas, se habría dado de cabezazos contra las paredes. No se dio por vencido. En el curso de sus paseos intentaba domesticar aquel ojo indisciplinado que se negaba a organizar imágenes coherentes.

En alguna parte había leído que los hemisferios del cerebro funcionaban en sentido inverso a la lateralidad física de los miembros. El cerebro izquierdo daba órdenes al brazo derecho, y viceversa.

La creatividad estaba relacionada con el cerebro derecho. La racionalidad con el izquierdo.

Así pues, el ojo perdido en Sarajevo respondía a los impulsos creativos de su cerebro derecho.

En todo caso, su ojo derecho, racionalidad o no, no estaba dotado de ninguna imaginación, ningún sentido artístico, y menos aún cuando aquellos malditos acúfenos martirizaban sus tímpanos a pesar de la operación sufrida en el Tenon. En aquellos momentos, el dolor precipitaba su mente hacia una espesa niebla.

Esperó con impaciencia el revelado.

Al revés de lo que parecía, la fotografía era algo que exigía tiempo, muchísimo tiempo.

La primera vez que había puesto los pies en un laboratorio, se había quedado impresionado sobre todo por el aspecto médico del lugar, las baldosas blancas, el olor de productos químicos, el hiposulfito, la luz amarilla de la lámpara de vapor de sodio. El monitor de la Casa de los Jóvenes le enseñó a revelar películas. A la luz del día le hizo reproducir durante una hora una serie de gestos que no olvidaría hasta el último de sus días, destapar el cartucho mediante un abridor, recortar el comienzo de la película en un perfecto semicírculo sin ninguna aspereza, comprobar la suavidad del recorte con la yema del pulgar. Ensartar la cinta con muescas en las espiras de plástico blanco, sumergirlo todo en la cubeta llena de revelador. Cuando los gestos de Seb se hicieron automáticos, el monitor apagó las luces.

Llegó el momento de revelar sus primeras fotos. Sumido en una

oscuridad total, el corazón agitado, a tientas como un ciego, buscó con la punta de los dedos el cartucho lleno, el abrebotellas, las tijeras, las espiras, era un momento fatídico, una maniobra en falso podía destruir para siempre todas sus imágenes. Mientras la película no estaba revelada, mientras el proceso no estaba terminado, su trabajo era totalmente vulnerable. Dubitativo, consiguió realizar la maniobra sin ceder al pánico. La espera fue casi insoportable hasta el momento de colgar las tres películas en blanco y negro expuestas a 400 ISO para secarlas. Ni siquiera en ese momento había que pensar en cogerlas con la mano. Todavía no, tenía que esperar a que estuvieran completamente secas. Una auténtica tortura.

Por fin, a la luz de una bombilla, descubrió sus primeras imágenes en negativo, una visión de fantasmas de pálidas siluetas.

Pensó en Edward Sheriff Curtis. «*The shadow catcher.*» El cazador de sombras. Era el apodo que los indios le habían dado. Muy acertado. Al fin y al cabo, un fotógrafo ni siquiera robaba las almas. Solo cazaba sombras.

Lo mejor estaba por venir, le aseguró René, el monitor. Era un tipo alto y cachas, que llevaba siempre una camisa a cuadros con las mangas arremangadas, y el pelo largo y rizado recogido en una coleta. Había sido mucho tiempo leñador en los Vosgos antes de sacarse el título de animador sociocultural. Su paciencia y el respeto que inspiraba su impresionante corpachón habían conquistado rápidamente a algunos jóvenes del barrio.

René tenía razón. Dispuso el negativo en el pasavistas de la vieja Krokus y colocó la hoja de papel glaseado de 24 × 30 cm bajo la ampliadora para enseñar a Seb cómo hacerlo. La imagen se imprimió en negativo en el papel, mientras las manos de René revoloteaban como mariposas escapadas de un teatro de sombras, ocultando alternativamente las caras de Sacha y Libertad Meyer torpemente inmortalizadas por Seb.

Luego la fuente de luz se apagó y René deslizó el tiraje en el revelador.

¡Y entonces se hizo el milagro! Surgiendo de la nada, poco a poco aparecieron los rasgos de los padres de Sébastien. Imperceptiblemente, primero, espectros grises, siluetas de transeúntes atomizados, las caras de rasgos cada vez más afirmados terminaron por estabilizarse cuando René pasó el papel del revelador al fijador. Aquella alquimia fascinó a Seb. Todavía hoy seguía ejerciendo sobre él todo su poder de atracción, era como un acto mágico. Cuando probó él mismo la técnica del revelado, muy pronto obtuvo resultados aceptables. Y se dio cuenta de que podía pasarse horas, noches enteras en el vientre tibio y silencioso del laboratorio, sumido

en un aislamiento de burbuja sensorial gracias a la confortable penumbra del lugar, buscando, hoja tras hoja, perfeccionar un revelado hasta el infinito. Pero a Seb le faltaba la paciencia monástica que requiere un buen revelador. Prefería la ebullición de la calle. Atrapar la vida con el cazamariposas de su cámara, eso era lo interesante. El jaleo del mundo captaba toda su atención.

Hacía varios años que había guardado ya el ampliador y confiaba en un artesano del revelado. De todas formas, había sido un ayudante de laboratorio muy malo. Demasiado impaciente, demasiado desordenado. Michel, el dueño de Camera Obscura, se había convertido en una especie de álter ego de Seb. Sabía lo que le gustaba al fotógrafo, lo conocía al dedillo y podía expresar incluso mejor que él todos los matices de sus imágenes de tonalidades oscuras.

Era un oficio a tiempo completo.

Meyer prefería dedicar el suyo a cazar imágenes.

Al cabo de una semana de paseos cotidianos por los veinte distritos de París, Sébastien entregó a Michel sus primeros carretes tan laboriosamente expuestos.

Escenas de calle, paisajes urbanos de otoño, el mercado de la rue Montorgueil, retratos de su amigo Kamel.

Las veinticuatro horas que lo separaban del resultado le parecieron interminables.

Al día siguiente abrió la puerta del pequeño pasaje de la rue Jean-Pierre Timbaud, con el miedo en el vientre. La cara de Michel no dejaba lugar a dudas.

Sus fotos eran malas.

No veía.

Ya no veía.

Había aceptado los encargos de *Les Nouvelles* como último recurso.

Joubert le tendió sus diapositivas.

—Parecen fotos de principiante. Esta vez me veo obligado a rechazar tu trabajo, lo siento mucho, pero no podemos pagarte cada vez y encima comprar imágenes de otros. Sin contar con los gastos de la película y el revelado. Nos cuesta dinero, claro, y yo pierdo mi credibilidad ante la redacción, ya me entiendes.

En el reino del tuerto Seb, el fotógrafo Sébastien Meyer ahora era ciego.

Donala, Camerún, febrero de 1989

Mamy Pschitt se levantó el bubú dejando ver su sexo depilado y de un brinco saltó encima de la mesa meneándose al ritmo de una música de Claude François. El local se vino abajo. Los hombres, blancos en su mayoría, caras coloradas, brillantes, transpirando gotas de cerveza, aplaudieron y rugieron hasta hacer temblar las paredes de tablones del burdel. Las guirnaldas de bombillas de colores conferían reflejos de merendero a las gotas de sudor que perlaban la piel negra de la bailarina. Un cilindro de unos veinte centímetros de alto hecho con chapas amontonadas de Pschitt naranja o limón, indiferentemente, se alzaba en la mesa de madera desgastada.

Bamboleando las caderas al ritmo de «Si yo tuviera un martillo, oh oh oh», Mamy Pschitt se fue agachando lentamente mientras los espectadores fascinados miraban cómo los tapones de botella de soda desaparecían entre los labios de su sexo distendido con reflejos de concha. Los clientes sentados a la mesa, dos grandes barbudos con camisa de flores desabrochada hasta el ombligo, estaban literalmente babeando. Bebieron un trago de cerveza y tragaron con dificultad. Las nueces del cuello subían y bajaban mientras veían desaparecer una a una las chapas de metal con bordes dentados y abrasivos que eran los tapones de Pschitt entre los labios de la vagina de la bailarina. Los que no tenían a una chica medio desnuda sobre las rodillas se levantaron para aplaudir. El aire recalentado estaba saturado de humo de cigarrillos y de olor a sudor del público. Mamy se meneaba ahora en medio de la sala de tierra batida. Cuando subió a otra mesa, se desató la histeria total.

Con el bubú otra vez subido hasta la cintura, Mamy meneaba las caderas con un movimiento regular por encima de las cervezas, como si quisiera tragárselas también, metérselas en el vientre. Cuando Claude François calló, ella dejó de bailar y se hizo el silencio. Los tres clientes sentados a la mesa alrededor de ella, miembros de SOS Infancia, o eso al menos indicaban sus camisetas blancas manchadas con aureolas de sudor, no podían apartar la mirada del vientre de la mujer agitado con contracciones regulares. Pronto los primeros tapones aparecieron uno tras otro entre sus labios menores, húmedos de sus fluidos. Cuando hubo depositado la torre de chapas de Pschitt en la mesa, se levantó de golpe y, con el talón, las dispersó por las cuatro esquinas de la sala. Los clientes redoblaron sus aplausos salpicados de alaridos y algunos fans se agacharon

incluso para recoger algunas chapas que se metieron disimuladamente en el bolsillo.

Amélie Moukengue estaba sentada en las rodillas de un casi sexagenario coloradote tocado con una gorra de la Renault. Podía sentir en el muslo la erección de su cliente. Un poco más y levantaría la mesa. Estaba a punto. Para rematarlo, se inclinó y le susurró al oído:

—¿Entiendes ahora por qué la llaman Mamy Pschitt?

Robert Fruchard ejercía la profesión de mecánico en Mourmelon. Cada año, la marca de automóviles de la cual era concesionario regalaba una estancia de una semana en un destino de ensueño a quienes hubieran realizado las mejores ventas. Con Arlette, madame Fruchard, habían peleado como fieras para hacerse con el mercado de la renovación del parque automovilístico municipal, llegando incluso a dar un empujoncito a la suerte en forma de sobre al funcionario encargado de ejecutar la licitación. ¡Y es que el honor de los Fruchard estaba en juego! El año anterior un compañero de Maubeuge les había pasado la mano por la cara. Dentro de unos diez años, el mecánico contaba con poner en venta su negocio y retirarse a la casa que se habían construido al sol, en el sur, en Mimizan-Plage. Y antes, quería de todas todas poder asociar su nombre y el de su esposa al premio de mejor vendedor regional. Ya veía el trofeo colgado en la pared, detrás del escritorio, al lado de una foto realizada durante la semana de ensueño donde aparecían los dos, felices, bronceados y sonrientes. Cuando les dieron la noticia, saltaron de alegría.

¡Menuda fiesta organizaron el día antes de marchar!

Al día siguiente, Arlette Fruchard, traicionada por su hígado, no pudo levantarse para coger el avión con destino al Camerún de aguas turquesas y playas paradisíacas. Viendo su gozo en un pozo, Robert estaba a punto de telefonear.

—No, no seas tonto, ve tú solo —lo animó Arlette desde la cama donde, con la cara del color de un yogur de limón caducado, no paraba de vomitar chorros de bilis en una palangana de plástico verde.

El mecánico se resignó a marchar solo. Martine, la mayor de sus dos hijas, se quedaría cuidando de su madre y se encargaría del taller, se instalaría con su marido durante una semanita.

Cogió el tren hasta Roissy, donde se unió al grupo de ganadores de todas las provincias. Los dos acompañantes les repartieron gorras con el logotipo de la marca y un pequeño dossier con el programa del viaje.

Excepto Fruchard, todos iban en pareja. Era una ocasión que no se volvería a presentar nunca más, sin duda. La última noche, febril, impaciente, se escapó del grupo. El fastidio, la pena que sentía por estar separado de Arlette, y sin duda también la turbadora belleza de las camerunesas, la humedad de las noches tropicales, tal vez. Mientras todo el mundo se fue a acostar tras un corto paseo digestivo, él volvió a salir, se subió a uno de los taxis estacionados delante del hotel y pidió al conductor que lo llevara a un sitio donde pudiera pasar un buen rato. Desde el ejército y los burdeles de las ciudades de guarnición donde perdió la inocencia a los diecinueve años, no había vuelto a sentir aquella mezcla de angustia y excitación.

Nada más penetrar en el bar, Manty Pschitt hizo una rápida seña con la cabeza en dirección a Amélie Moukengue, que fue a sentarse a las rodillas de Fruchard.

Después de que los soldados la encontraran errante por las calles de su aldea, caminando desnuda en medio de los cadáveres de su gente sin poder pronunciar una sola palabra, después de que la llevaran a la capital, Amélie se había ausentado de sí misma.

No permaneció mucho tiempo en el hospital de Pointe-Noire. El estado de alelamiento en el que se hallaba sumida la hizo incapaz de contar nada de lo que había sucedido. Las autoridades concluyeron que se trataba del nacimiento de un nuevo foco de inestabilidad en la región y, después de constatar que Amélie no tenía ninguna herida, se desinteresaron por completo de su caso y le comunicaron que su hospitalización se daba por concluida.

Se encontró en la calle. Durmió en el suelo como los perros que buscaban su pitanza entre los detritus, entre la inmundicia. Siempre envuelta en su bubú tieso por la sangre seca, una mañana caminó hasta la estación y se escondió debajo del tren que iba a Brazzaville. Paso 517 kilómetros tendida en los bogies: Loubomo, Loudima, Mandingou, Mindouli, hasta Brazzaville, las paradas eran interminables. Sin embargo, no sentía dolor en la espalda, ni en los brazos, ni en las piernas.

En realidad, Amélie Moukengue no sentía nada.

Maurice la recogió cuando vagabundeaba por las calles de la capital.

Al principio se mostró bastante amable.

Vivía cerca del río, enfrente de Kinshasa, la capital del Zaire.

El hombre, de unos cuarenta años —un viejo en un país donde la esperanza de vida apenas llegaba a los cuarenta y siete—, vivía

aparentemente solo, sin mujeres ni hijos, en una casa de una sola planta relativamente confortable. La tomó bajo su protección, le dio ropa y, cuando empezaba a sentirse ya un poquito más confiada, una noche se introdujo en la habitación donde dormía, arrancó la mosquitera que la protegía y la desvirgó, y mientras la violaba su grito ascendió por la noche de Brazzaville, lanzó alaridos de animal agonizante hacia el cielo por encima del hombro de Maurice, que en vano intentaba reducirla al silencio a base de puñetazos.

Y, con aquel grito, recuperó el uso de la palabra.

Maurice la vendió a un proxeneta de Ouesso, cerca de la frontera camerunesa, quien a su vez la vendió a un contrabandista que la llevó a un burdel de Yaounde. Y la dueña del burdel la llevó hasta Douala donde le sacó un buen precio a Mamy Pschitt, madame de prostíbulo y artista del sexo.

En pocos meses, se había trabajado todo tipo de clientes, blancos sobre todo, pero también muchos cameruneses. Normalmente, cuando eran blancos, se quedaba con ellos durante toda su estancia. Cuando alquilaban un alojamiento en la ciudad, ella se trasladaba allí para ocuparse de ellos, lavarles la ropa, hacer la limpieza, la comida, como una criada, y encima lo demás.

Muchas veces eran cooperantes.

De vez en cuando, cuando escaseaban los clientes, Mamy Pschitt la enviaba a peinar los hoteluchos de trotamundos del centro de la ciudad, cerca de la estación de autobuses. Recorría entonces los pasillos llamando discretamente a las puertas, hola, cariño, el amor viene a visitarte.

Unas veces funcionaba. Otras veces no.

Amélie había empezado a robar pequeñas sumas de dinero en sus servicios. Soñando con Europa, cosió un bolsillo en la estera que enrollaba cada mañana, las noches que no pasaba en compañía de un cliente, en la trastienda del burdel donde dormía en el suelo de tierra batida junto con las demás chicas. Allí guardaba el dinero en cuanto se aseguraba de que nadie la miraba.

Poco a poco se fueron acumulando los francos CFA (Comunidad Financiera Africana). Pero aún le faltaban muchos la noche en que siguió a Fruchard hasta su hotel. Poniendo cara de complicidad, el francés untó al portero y se la llevó a la habitación, donde la poseyó fugazmente, con torpeza, mientras ella emitía algunos gemidos de conveniencia a la vez que

observaba una a una las grietas del techo.

—¿Quieres que me quede, patrón? —le preguntó desde el baño, saliendo de la ducha, un lujo, un auténtico lujo, en comparación con el pobre grifo del que salía un agua amarillenta en casa de Mamy Pschitt.

Fruchard, sentado al borde de la cama, se sostenía la cabeza entre las manos. Su pene encogido desaparecía bajo los pliegues de su tripa atrapada entre los muslos y el pecho prominente. Nunca, en treinta años de matrimonio, había engañado a Arlette. ¿Qué había hecho? Por Dios, ¿qué es lo que había hecho? Miró la grácil silueta de Amélie que tiritaba por culpa del aire acondicionado puesto a tope.

Le temblaba el labio inferior.

—¿Eh, patrón? ¿Quieres que me quede? ¿No estás mejor, ahora, más aliviado? ¿No te ha gustado?

—¿Cuántos años tienes?

—Quince —mintió Amelie.

Quince años, mierda, pero qué cojones le había pasado, coño, si era casi la edad de Aniandine, su nieta mayor. Tuvo una visión de la rubia adolescente, con sus pantalones *baggies* y sus zapatillas deportivas, un *piercing* en la nariz, inclinándose hacia él —ya le pasaba una cabeza—, hola, yayo, olía a jabón, venía de su clase de baile.

—Entonces ¿me quedo o me voy?

Amélie se balanceaba de un pie al otro.

—¿No tienes hambre? Sed, a lo mejor —siguió, al tiempo que ella negaba con la cabeza—. Escucha, jovencita, yo no soy así, yo...

Se le quebró la voz

—¿Estás llorando, patrón, no te encuentras bien?

Robert Fruchard se secó la lágrima que había surgido entre las patas de gallo de sus ojos. Afuera, había estallado una guerra entre perros que se peleaban por el contenido de un cubo de basura.

—Tú...eres la tercera...por el amor de Dios...

Levantó la cabeza y la miró antes de proseguir con tono monocorde:

—...ni siquiera eres una mujer aún, una niña nada más. La primera vez que estuve con una chica, yo era soldado, los amigos se reían de mí, me llevaron casi a la fuerza al burdel, era en Alemania, después de la guerra, imagínate, no me atrevía a hablar con las mujeres, era muy tímido. Claro que les había mentido, les había dicho que ya había ido con...

La volvió a mirar, agachó la cabeza.

—...el caso es que no me creyeron. También había bases americanas, y muchos soldados eran como tú, bueno, quiero decir, ya sabes.

Amélie se había quedado de pie, se había tapado con una toalla por el aire acondicionado, ¿adonde quería ir a parar aquel tipo, con tanta historia? Bueno, al menos se estaba fresquito y, además, si se quedaba allí escuchando puede que le cayera una buena propina. Con la barbilla hizo un gesto para animarlo a seguir.

—Los alemanes apenas estaban saliendo del nazismo. Había mucha miseria por allí, pero aun así muchas chicas se negaban a ir con los...eh...

Fruchard se sonrojó.

—Negros, patrón, no es un insulto, es un color.

Los hombros del mecánico se desplomaron un poco más.

—Y entonces los americanos trajeron a chicas...eh...negras, vaya. Y bueno, la chica, la primera, era...bueno, pues...como...negra, vaya.

Ya está, ya lo había dicho. Lo había soltado como un suspiro.

—Cuando volví de Alemania, conocí a Arlette. Arlette es mi mujer, sabes, y la quiero, y nunca he ido con otras. Yo...toda mi vida he trabajado como un imbécil, arreglando coches, pringándome las manos de grasa y ahorrando, y todo para salir del agujero.

Miró de nuevo a la chica, que lo escuchaba educadamente, esperando a que terminara.

—No sé dónde habrás crecido, chiquilla. Tú no conoces la Lorena, ¿verdad? Seguro que no te suena de nada. Yo nací allí, en el campo, entre boñigas de vaca, un rincón dejado de la mano de Dios donde no nos lavábamos todos los días. El lavabo era una cabaña hecha con tablones al fondo del jardín, y el cuarto de baño una jofaina en el lavadero de la cocina. Éramos nueve en casa. No éramos mucho más ricos de lo que he visto por aquí, y en toda su vida mi padre no condujo otra cosa que una bicicleta.

Amélie estaba acostumbrada a escuchar las divagaciones de los blancos.

Cuanto más habían bebido, más charlatanes se ponían. Esperaba a que se les pasara.

Por lo que ella sabía, los blancos tenían aire acondicionado, coches, autopistas y cuartos de baño desde que el mundo era mundo.

—Con Arlette y las niñas no íbamos nunca de vacaciones, no hacíamos nada más que trabajar, vivimos en Mourmelon, no sabes dónde para, ¿verdad? Arlette...debería estar aquí conmigo, iba a ser nuestro primer gran

viaje, ni siquiera nos fuimos de luna de miel porque quería ahorrar. No es justo, se puso enferma, no ha podido venir, y cuando llego aquí y veo a todas estas chicas, y hace calor, no como en Alemania, pero me recuerda, bueno, ya me entiendes...a la primera, vaya. Me dije que en la vida volvería a tener la oportunidad de...

Amelie se apoyó en el otro pie.

—No, claro que no lo entiendes.

Otra lágrima había resbalado hasta la barbilla del mecánico.

Pobre niña, como si no tuviera ya bastante con lo suyo, encima le hacía aguantar sus angustias existenciales.

Pidió perdón a Amelie. Perdón, perdón, perdón. Y luego le siguió hablando de Mourmelon, del taller, de Arlette, del viaje a Camerún.

Y de aquel fantasma que lo había atormentado hasta la víspera del regreso.

Ahora pedía disculpas llorando y Amelie contemplaba agitando la cabeza a aquel gordo desnudo de piel blancuzca sacudido por sollozos al que le importaba cuatro pepinos su apariencia.

Poco a poco Fruchard se fue calmando.

Se limitaba a balancearse, adelante y atrás, con los ojos fijos en los pies de Amelie que se encogían.

—Patrón, ¿puedo irme ya? —preguntó finalmente.

Sin contestar, se levantó trabajosamente para ir hasta su cartera que estaba guardada en la riñonera de tela oculta bajo su guayabera. ¿Por qué diablos Arlette le había comprado una camisa cubana para ir a África?

Extrajo todo el dinero en efectivo que contenía y lo puso sobre la cama.

Era mucho más de lo que Amélie había visto nunca.

—No sé cómo habrás llegado hasta esta situación, pequeña. No sé cómo funcionan aquí las cosas. Pero no hace falta ser muy listo para adivinar que si pudieras elegir, no te quedarías con Mamy Pschitt, ¿o me equivoco? —preguntó, ahora ya un poco más tranquilo.

Ella contestó solamente:

—No, me iría.

—Lo que hay ahí —señaló el fajo—, ¿será suficiente? Son seis mil francos. Seis mil francos franceses, claro, no CFA.

La joven congoleña no contestó. Se limitó a asentir con la cabeza.

Fruchard se levantó y le tendió el dinero.

—Vete, cariño, y procura no volver a caer en esto. ¿Tienes padres,

familia?

Sacudió la cabeza.

—Mmm, mmm.

—¿Sabes adonde ir, al menos?

Asintió de nuevo con la cabeza. Cogió el dinero y la mano le temblaba de codicia.

Miró a Robert Fruchard directamente a los ojos. Las lágrimas se habían secado en sus gordas mejillas estriadas con dos surcos que terminaban perdiéndose en una red de arrugas profundas.

—Gracias.

Se ató el bubú alrededor del pecho. En el umbral de la puerta se giró una vez más. El francés, todavía desnudo, se había vuelto a sentar al borde de la cama y su mirada huidiza navegaba entre los pelos grises del pubis y los meandros de las fisuras en las juntas de las baldosas.

—Gracias —dijo otra vez—. Adiós, señor.

Con suavidad cerró la puerta tras de sí.

Ni siquiera sintió el calor agobiante de la noche que la sumergía. Como tampoco oyó el canto de las ranas que tapaban el murmullo de la ciudad.

Libre, iba a ser libre.

En su habitación, Robert Fruchard intentaba imaginar qué le diría a Arlette al volver, para explicarle que se había pateado seis mil francos en una semana y eso que todos los gastos de su estancia estaban pagados, y que aquel dinero era solo por si acaso, nunca se sabe, en esos países, y, bueno, también para regalos. Un robo. Le habían robado la riñonera. Eso, le diría eso. Con la frente perlada de sudor a pesar del aire acondicionado, el mecánico se felicitaba por tan buena ocurrencia. Sí, pero ¿y el pasaporte? ¿Cómo es que no le habían robado el pasaporte? Desde luego, las mentiras no se le daban bien, ¿qué demonios iba a poder contarle a Arlette? Recogió los calzoncillos.

En la calle, Amélie corría como una gacela loca, el corazón le latía como un tambor en el fondo del pecho. Iba a volver al burdel, como si nada, daría la cantidad que le habían pagado por el servicio a la dueña. Se acostaría con las chicas que aún estaban allí. Y mañana pretextaría ir a ver al viejo otra vez para bajar a la ciudad. Tendría que darse prisa. En la estación de autobuses podía encontrar un *taxi-brousse*. Por el camino encontraría muchos compañeros de viaje, no era eso lo que faltaba. Y todos ellos encontrarían alguien que les hiciera pasar. Europa, Francia. Sí. Era un

largo viaje. Seguro.

El destino había decidido por ella. Como había decidido desde el ataque de la aldea.

A lo mejor, con la ayuda del cielo...

Con todo aquel dinero, en todo caso, mejor no tardar mucho. Sería demasiado peligroso. Si alguna chica lo encontraba en su estera y se lo robaba, tendría que volver a empezar desde cero. Si es que podía volver a empezar. Porque si era Mamy Pschitt la que descubría el pastel, sería mucho peor.

La paliza sería terrible.

Y después la vendería a sabe Dios quién.

París, marzo de 1996

En julio de 1995 Radko Mladic se hizo con Srebrenica delante de las narices y las barbas de los cascos azules holandeses. A falta de instrucciones apropiadas, estos se habían mostrado ejemplarmente pasivos mientras las tropas serbias de Bosnia separaban a los hombres de las mujeres para después masacrar tranquilamente a 7. 000 musulmanes de Bosnia. Más tarde, el 28 de agosto de 1995, un obús de mortero cayó sobre el mercado de Sarajevo y despedazó a cuarenta y una personas.

Los bosnios acusaron a los serbios, quienes, naturalmente, acusaron a los bosnios.

Era bien sabido que la OTAN armaba más o menos clandestinamente a las milicias bosnias para ayudarlas a resistir a los hombres de Karadzic, pero esto, la verdad, era pasarse. Los bombardeos de las Organización del Tratado del Atlántico Norte pusieron fin en pocos días al asedio más largo de los tiempos modernos. Los acuerdos de Dayton concretaron aquel saludable sobresalto y el reparto de la ex Yugoslavia quedó ratificado. El 26 de febrero de 1996 fue el último de los 1. 395 días de martirio de Sarajevo. El 19 de marzo de 1996, los ocupantes serbios de Gorbavica que aún quedaban abandonaron aquel último cuartel ocupado y el gobierno de Bosnia-Herzegovina tomó oficialmente posesión en medio de las llamas purificadoras, en una avalancha de mobiliario propulsado por las ventanas.

10. 615 sarajevitas, entre ellos 1. 601 niños, habían muerto durante el cerco de la ciudad.

Más de 50. 000 personas habían resultado heridas.

Todos los hospitales psiquiátricos tenían colgado el cartel de completo.

Sébastien Meyer siguió de muy lejos el desenlace del conflicto que

había hecho de él un inválido.

—Pásame la grapadora de pared, por favor, Kamel —pidió.

El piso daba sobre el canal Saint-Martin. Todavía no estaba amueblado y las cinco habitaciones vacías resonaban con el menor martillazo. Pero el trabajo avanzaba. El revoque estaba seco, los techos recién pintados. El día antes habían vitrificado el parquet. A pesar de las ventanas abiertas, el olor del vitrificador todavía impregnaba la atmósfera. Lo cual no mejoraba la migraña persistente de Seb.

Pero bueno, había que vivir y aquello era un buen negocio.

Quinientos francos al día. En negro. Cada uno, por supuesto.

Al principio, el fotógrafo había intentado reincorporarse a su oficio, a pesar del fracaso de su colaboración con *Les Nouvelles*.

La competencia era dura. Y de calidad. La prensa era un mundo muy pequeño y el boca oreja había funcionado deprisa. El pobre Meyer, ¿sabes?, no se ha recuperado nunca de la herida.

¡Incapaz de hacer una foto! ¡Qué me dices! ¡Que sí, te lo juro! He intentado darle trabajo, y no hay nada que hacer. ¡Ay, señor, qué pena!

El teléfono había permanecido desesperadamente mudo. Los responsables de las secciones de fotografía estaban siempre reunidos, tenían una cita fuera, habían salido a comer, si quería le podían conectar con el contestador para dejar un mensaje, le llamarían sin falta. ¿Cuál era el motivo de la llamada? Pasarían el recado. Pero no se engañaba con respecto a sus propios límites. Él mismo había destruido a tijeretazos los negativos de sus más recientes tentativas, había roto todas las pruebas.

En su interior empezó a germinar el odio por el francotirador que había puesto fin a su carrera. ¡Hijo de puta! ¡Cabrón! Y con un lanzagranadas. Pero ¿por qué, Dios mío, por qué? ¿Y por qué no lo había rematado cuando yacía en la acera, al menos ahora no estaría así, ni siquiera había podido tener una muerte gloriosa, mierda! Solamente un destino de lisiado en paro. Habría dado mucho por atrapar a aquel cabronazo. Por primera vez en su vida, él que odiaba la muerte por haberla visto con demasiada frecuencia, alimentaba deseos de matar.

En junio de 1995 el banco le devolvió uno de los cheques que había extendido. Se había equivocado al hacer las restas,,un descuido. Pero ponte a hacer cuentas, cuando no hay nada que contar.

Vendió su cámara y los dos zooms. No se atrevió a llevarlos al Photo-Ciné du Cirque para dejarlos en depósito-venta por miedo a tropezarse con

un antiguo colega. Abatido, avergonzado y asqueado, puso un anuncio en el *Paris Boum Boum* rezando para que nadie del mundillo de la foto se supiera su número de teléfono de memoria. Sébastien Meyer, ¿sabes?, se está vendiendo todo el material. ¡Para él ya se ha terminado la fotografía! ¿Quién? Sí, hombre, Seb Meyer, el tío aquel que fue herido en Sarajevo en el noventa y cuatro. ¡Uf, qué lejos queda eso!

Un chico lleno de entusiasmo le llamó. Se presentó en Pré-Saint-Gervais, quería ser fotógrafo. ¡Que te sea leve! Otro que había suspendido todos los exámenes en la universidad. Había decidido dedicarse a la fotografía. Como si fuera fácil. Probablemente sus padres lo habrían metido en una escuela privada para niños pijos y allí seguiría perdiendo el tiempo como había hecho hasta la fecha. Fardaría delante de sus amigos dándoselas de reportero intrépido. Destilaba optimismo y esperanza por todos los poros de su piel, el muy capullo, ¡parecía un podenco bretón! Cuando hizo amago de regatear, Seb se levantó, de mala manera, y le enseñó la puerta. Tenía un aspecto terriblemente peligroso con su cara demacrada y su parche de cuero en el ojo. El chico puso el dinero en la mesita, cogió todo el equipo y se largó sin decir una palabra más.

Unos días después, Kamel se lo llevó a un bloque de pisos que había que rehabilitar. No vivía nada mal, el vecino. Al menos le llegaba para pagar el alquiler y el hachís. Una tarde de septiembre había llamado a la puerta de Seb, que fue a abrir arrastrando los pies, sin afeitar, apestando a sudor atrasado y vestido solamente con unos calzoncillos dos tallas más grandes que habían conocido días mejores y una camiseta de los 13 52 hecha jirones. Su piso olía a roña, a cerveza fría y a cerrado.

—¡Puaj! ¡Joder, tienes la casa hecha una pocilga, tío! Pero ¿qué te pasa? Te lo juro, no te había visto nunca así.

Desde que había vendido el equipo fotográfico Seb no había vuelto a dirigir la palabra a nadie.

El dique cedió. Habló, habló toda la noche.

De su vergüenza, de su desespero, de sus deseos de venganza.

Mil veces había proyectado la escena en su mente: como Bronson en *Erase una vez en el Oeste*, se presentaría en Sarajevo, abriría la puerta de un piso de un empujón, en la cocina una mujer estaría dando de mamar a un bebé, de pronto un tipo alto con una cinta en la frente vestido con traje militar caqui irrumpiría por el pasillo. ¿Te acuerdas de mí, hijoputa? El ex francotirador frunciría el ceño, de golpe le vendría todo a la memoria, la

mandíbula se le caería hasta las rodillas —esto empieza a ser rollo Tex Avery, le cortó Kamel—, y Seb pasaría de todo, desenfundaría el Colt que llevaba sujeto en el cinturón y dispararía, el tipo caería de rodillas...

Sébastien se interrumpió bruscamente.

—Bah, a estas alturas no se debe ni acordar de que me pegó un tiro. Yo tampoco me acuerdo de nada, joder, me gustaría tanto acordarme, de vez en cuando tengo la impresión de que estoy muy cerca y luego, nada, se va, se me escapa. Solamente las pesadillas me llenan la cabeza, cada noche aparecen puntuales. Entiendes, Kamel, si pudiera volver allá, a lo mejor podría recordar, a lo mejor recuperaría la memoria y a lo mejor de golpe recuperaría también la vista. ¡Y si además pudiera encontrar a ese hijo de puta y cargármelo!

—Sí, hombre, ¿y qué más? ¿Quieres que Papá Noel venga a chuparte la polla también? ¿Y cómo vas a ir a Sarajevo, si estás más pelado que la madre que me parió?

—Bueno, tío, yo qué sé. No me llega ni para pagar el alquiler y el teléfono. Aunque, para lo que lo uso ahora, más me valdría darme de baja de France-Télécom. Hasta me he vendido el contestador.

Kamel había liado un porro y estaba retocando el cilindro como un niño que acabara de heredar una cerbatana nueva y fuera a lanzar su primera flecha.

—¡Pasa el canuto, hombre, que ya está terminado! —soltó Seb, impaciente.

—¿Me tomas por capullo, acaso? ¡Un poco de respeto, joder!

Seb esbozó una vaga sonrisa.

—Joder, da gusto verte reír un poco, tío. Si te mola, tengo un plan para eso tuyo de Sarajevo.

Y Sébastien se encontró arreglando pisos con Kamel y cobrando en dinero negro.

Excepto los días en que la migraña era más fuerte, excepto los días en que le cogían los mareos.

Poco a poco, sin embargo, los medicamentos fueron haciendo efecto. Las crisis se fueron espaciando.

Ahorró un poco. Esperaba el momento.

Como Bronson y su mierda de armónica. Ti la la. Laaaaaa.

Seb hizo una arruga en la tela mural. Mierda.

—Deja, ya lo arreglamos mañana —dijo Kamel.

Se concedieron una pausa sindical, lo que tardaron en vaciar una lata de Kronenberg y liarse un canuto de nada antes de bajar a las profundidades del metro. République era directo hacia la Porte-des-Lilas. Muy práctico.

Aquella noche como cada vez que Seb volvía de una de aquellas extenuantes jornadas de trabajo, cayó en un pesado sueño, derrumbado sobre la cama sin desvestirse, nada más encender la tele.

Richard Widmark estaba liado en un duelo a pistola pero no pudo ver cómo terminaba. No importaba. Widmark siempre se moría muy bien.

El cansancio mantenía a distancia pesadillas e insomnios. Algo es algo.

El teléfono no había dado señales de vida desde hacía tanto tiempo que Seb tardó en identificar el origen de aquel timbre.

¿Qué? ¿Ya era la hora? ¡Ay, qué agujetas, joder, qué mierda de trabajo! Extendió el brazo para apretar el botón de su enorme despertador de metal con campanas y pantalla adornada con un retrato de John Wayne, otro souvenir kitsch traído de Missouri, pero no pasó nada. Aquel maldito timbre insistía con toda su capacidad de fastidio. Abrió los ojos. Las dos y cinco. De la madrugada, a juzgar por la oscuridad del exterior. Una tormenta de copos blancos zumbaba en la pantalla del televisor. Pero ¿quién...coño...llama a estas horas? Descolgó a tientas y emitió un «¿Diga?» adormilado, seguido de un sonoro bostezo.

—¿Seb?

—Sííí, creo que sí, ¿quién es?

—¿Es casa de Sébastien Meyer?

La voz presentaba un acento del otro lado del canal de la Mancha inimitable.

—¿John? ¿John Leppard?

—El mismo, amigo, de vuelta de la querida Sarajevo donde ya se ha terminado el cachondeo. Tengo un sorpresa para tú.

—Pero ¿dónde estás? ¿Cómo te va?

—En Roissy, amigo, estoy en Roissy. De tránsito para Londres y *voilà*! ¿Qué es de tu vida?

—Estas no son horas para contártelo, es una historia demasiado larga. Y tu sorpresa, ¿qué es?

—¿Mi sorpresa? Escucha, estoy muy agotado, ahora, me voy a mi hotel, en París. Mañana tengo cita con un agencia francés que debe distribuir mis archivos, vamos a *París Match* con el vendedor por la tarde, ¿quieres vernos antes de la cita? Es en rue Oberkampf, sabes, en agencia

Planche-Contact, ¿conoces?

Era a dos pasos de Camera Obscura. No había vuelto a poner los pies en el barrio desde sus calamitosas hazañas fotográficas. Cuanto menos se acercaba por ahí, mejor se encontraba. La cicatriz todavía estaba fresca. Como no contestaba, Leppard añadió:

—Oye, ¿no perdiste por casualidad algo en Sarajevo? Una bolsa de fotógrafo, por ejemplo.

El corazón de Sébastien empezó a latir como un loco. Su bolsa, ¿su BOLSA?

—Oye, ¿no quieres venir ahora?

—De verdad, estoy muerto. Entonces, ¿sí o no, mañana? No eres un tipo muy agradecido. ¿OK a las doce? Nos contamos todo lo que pasó desde la última vez que nos vimos, ahora solo pienso ir a dormir.

—Mañana a las doce, de acuerdo —capituló Seb.

Su bolsa de fotógrafo.

¿Estarían todavía sus cámaras?

¿Y las películas que contenían, con sus últimas imágenes? ¿Y en qué estado?

La voz de Leppard hizo reflotar demasiado viejos fantasmas, imágenes de guerra, de antes del accidente. De una vida anterior.

Planche Contact. Tendría que afrontar la mirada de antiguos compañeros. Un bicho raro, un perdedor, la persona que todos tienen miedo de llegar a ser, eso es lo que él era.

Confiaba que la prueba duraría lo menos posible.

Confiaba poder llevar a Leppard a algún café. Rápido, muy rápido.

Sébastien Meyer no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer. Cuando la impaciencia y la angustia se rindieron ante la fatiga, la pesadilla regresó con regularidad de metrónomo. La avenida de los francotiradores, el minibús que aceleraba hacia él. Estalló una detonación. Se sobresaltó, abrió el ojo, empapado en sudor. Alguien tamborileaba a la puerta como un demente. Fue a abrir con paso vacilante y tuvo que explicar a un Kamel contrariado —¡joder, tío, cómo te pasas!— que aquella mañana no iría a trabajar.

París, marzo de 1996

Era uno de aquellos viejos pasajes con el pavimento nervalino que tanto abundaban en el barrio, bordeado de talleres de artesanos carpinteros, ebanistas, tapiceros que poco a poco habían dejado paso a lofts de artistas

de moda. El cielo extendía su toldo sobre una higuera de ramas desplumadas exiliada en un terraplén del pasaje. Seb llamó a la portería.

Una cortina de puntilla sintética se abrió dejando paso a una mujer de edad indeterminada.

—¿Planche Contact? Al fondo a la izquierda.

El nombre de la agencia estaba escrito en grandes letras negras en el cristal de la puerta de entrada.

—He...quedado aquí con John Leppard, soy...

—Sébastien Meyer, sí —se le adelantó la recepcionista—. ¿Quiere sentarse un momento? ¿Le apetece un café mientras voy a avisarle?

Se sintió más que aliviado al ver aparecer la desgarbada silueta del inglés. Leppard se precipitó hacia Seb y lo abrazó con fuerza, a punto estuvo de volcar lo que le quedaba del *espresso*. Deshizo el abrazo y cogió a su colega por los hombros.

—Oh, qué contento estoy de verte. *My God*, ¡tu ojo! Un auténtico pirata, amigo.

Seb seguía plantado allí como una estaca, sin reaccionar. El fotógrafo echó una mirada panorámica a su alrededor y de pronto, en un tono mucho más neutro, propuso a Meyer:

—OK. ¿Qué tal si vamos a tomar algo?

Solo habían dado unos cuantos pasos por el pasaje cuando Leppard se detuvo.

—*Shit*, he olvidado...espera, vuelvo enseguida.

Reapareció, con la bolsa de fotógrafo en bandolera. Aunque llena de desgarrones y de manchas oscuras, era la suya, en efecto, la correa deshilachada, el cierre de cuero que faltaba, no había ninguna duda posible, todas las bolsas de fotógrafo se parecen pero cada cual podía reconocer la suya entre mil, con tanta seguridad como una perra reconocía a sus cachorros por el olor. Mientras caminaban hacia el café, Sébastien no podía apartar la mirada de la bolsa salpicada con su propia sangre y cargada con el recuerdo de sus reportajes. Cada una de sus cicatrices, cada costura arrancada era una historia.

El barrio había cambiado de mala manera. De ser un barrio popular estaba pasando a ser el barrio de moda. Los baretos de diseño estaban uno al lado del otro a ambos lados de la rue Oberkampf, a la altura del cruce Saint-Maur. El antiguo bar-estanco con sus billares alineados bajo los fluorescentes había dejado paso al Bois-Charbon, lugar de cita de la

modernidad parisina. Seb echaba de menos a la pareja de viejos gruñones detrás del mostrador, sustituido ahora por un concepto: las mesas eran *bistrot*. El mostrador era *bistrot*, con viejos botelleros de madera oscura por todas las paredes, la decoración era *bistrot*. Era casi un *bistrot* de verdad, sumido en una casi oscuridad que apenas permitía reconocer a uno o dos cantantes y a una actriz de moda. Como convenía, una nube de humo de tabaco bajaba desde el altísimo techo y se detenía apenas a un metro del suelo.

Al menos el sitio estaba lleno hasta los topes, y aunque la entrada de aquel chico con un parche de cuero acompañado de un fotógrafo hizo que algunas cabezas se giraran —a lo mejor era un top model o un actor—, al cabo de un minuto todo el mundo había vuelto a la razón principal de su presencia en aquel sitio: ver y, por encima de todo, ser visto.

Pidieron unas cervezas de marzo.

Leppard dejó la bolsa de tela impermeable encima de la mesa de madera barnizada. Seb se precipitó a abrirla. Por lo que él recordaba, allí estaba todo. La Leica, la Canon, los objetivos, el flash abollado, todo, hasta los carretes sin usar que se había llevado aquella mañana. Sostuvo la M-6 en su mano, una impresión familiar. Miró el contador, bloqueado en veintisiete fotos. Movido por una súbita intuición, accionó la palanca de avance y notó una resistencia bajo la yema del pulgar. Estaba cargado. Ojalá que...

Febrilmente rebobinó el carrete y abrió la caja de la cámara. Un Tri-X blanco y negro.

Su puño se cerró sobre el pequeño cilindro de metal y lo introdujo rápidamente en el bolsillo.

La Canon estaba hecha polvo. La lente frontal del zoom estaba resquebrajada en múltiples puntos como un culo de botella estallado. El anillo de enfoque estaba atascado. El visor de la cámara estaba pulverizado. La Eos había salvado el cerebro, pero no el ojo. La parte de atrás del aparato estaba salpicada de gotitas de sangre. Había un carrete empezado. Por la ventanilla leyó: Provia 100. Diapositivas a color. Torpemente, con dedos temblorosos, Seb intentó mover la corona de mandos. Giraba en el vacío y los diodos de la pantalla de cristal líquido permanecían desesperadamente mudos. En último extremo, intentó accionar el botón de rebobinado. Nada. No había manera de saber cuántas había disparado, ni sacar el carrete de la Canon sin velarlo, fuera de un cuarto oscuro.

Eso si la gelatina no se había estropeado irremediablemente después de todo aquel tiempo, lo cual era poco probable.

Eso si a la cámara no le había dado la luz, lo cual era poco probable.

Meyer volvió a guardar su material en la bolsa, sin poder evitar pensar en aquel día en que el tiempo se detuvo para él, en Sarajevo.

Leppard había guardado silencio. Seb se volvió hacia él:

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te ha pasado desde el Holiday Inn? ¿Cómo recuperaste la bolsa? ¿Y por qué no me llamaste desde Bosnia?

Leppard dio un buen trago de cerveza.

—He estado allí prácticamente hasta el final. Cuando me fui en aquel convoy humanitario a Tuzla, ¿te acuerdas? Pues no me enteré enseguida de que te habían herido. Cuando volví, tres días después, me dicen en el hotel que te había alcanzado un francotirador con un lanzagranadas. Me extrañó, esos tipos no usan eso. Entonces me digo, de todas las maneras, voy a ir a ver a ese *motherfucker* de Meyer y le subo la moral con una botella — de vino de Mostar.

—¡Puaj!

—Eso mismo me digo yo. Si esto no lo mata, lo cura. Pero cuando llego al hospital, ya no estabas ahí, te habían llevado a Francia, amigo, tuviste suerte, las evacuaciones no son siempre tan rápidas.

—¿Y?

—Espera. Salía del hotel, ¿y qué veo? Un francés de la UNPROFOR que subía las escaleras con tu bolsa llena de sangre bajo el brazo, era horrible, bueno, yo no estaba muy preocupado, había hablado con una enfermera...

—¿Leila?

—Eso es, creo, me había dicho que te iban a operar, pero que quedarías tuerto, mal, mal, bueno, el oficial era un teniente, creo, me dice que cuando te llevaron olvidaron tu bolsa en el suelo del vehículo blindado. Figúrate, el hombre la había recogido en la acera, creo, después de que te pegaran el tiro en la Sniper Alley. Entonces saco mi acreditación y digo al tipo: Seb es mi amigo, dame la bolsa, yo la doy a él. Pensaba que iba a volver pronto, pero no, el periódico me volvió a enviar a Tuzla, y esta vez el jodido coche salta sobre una mina, estoy herido, bueno, no tan grave como tú, pero voy al hospital, en Tuzla, un trozo de metralla en la pierna.

Se levantó la pernera derecha del pantalón de terliz negro. Una larga cicatriz jalonada de puntos de sutura corría por su pantorrilla.

—Cuando vuelvo, me digo mierda, la bolsa de Seb, y luego pienso en tus carretes en la mesita de noche, y alguien los robó, seguro, y tu ropa, todo, yo había dejado la bolsa a una intérprete, evidentemente a ella se lo robaron también, propuse una recompensa a quien lo encuentra, y la bolsa reapareció como por milagro. Es como si me venden tu material. Pero no era caro, quinientos dólares, y además era mi culpa, cien veces me digo John, da la bolsa a un *frenchy* para que lo lleve a París y lo devuelve a Seb, y cada vez me olvido porque estoy en el hospital o por ahí en Bosnia. Bueno, ahora ya está. Así que tú pagas la cerveza. ¿Y tú? Cuenta, cuenta.

—Espera. Dime una cosa. ¿Supiste algo sobre mi accidente? ¿Y el militar francés ese, te habló de cómo había pasado?

La camarera terminaba su turno y les trajo la cuenta. A pesar de la rasca exterior, llevaba una camiseta que le dejaba el ombligo al descubierto, y los dos fotógrafos se perdieron en la contemplación absorta del aro de plata que realzaba el hueco.

La chica se alejó demostrando su total indiferencia.

—Escucha, no sé más de lo que te he dicho. El chico me cuenta que el *sniper* te dispara con el lanzagranadas, a mí me cuesta creerlo, pero tú, tú sabes, ¿no?

—John, no me acuerdo absolutamente de nada. Hace meses que lo intento, a veces tengo la impresión de que me acerco, de que ya lo tengo, pero no. Solamente recuerdo que estaba haciendo fotos, y luego nada más, me despierto en el hospital, con un ojo menos y medio sordo con un dolor de cabeza para pegarse un tiro. Dicen que es el estado de shock, que a lo mejor no lo recupero nunca. Y no paro de tener pesadillas, casi siempre la misma, me atropella un minibús en la avenida de los Francotiradores. Dime, ¿el militar no te habló de un minibús, cuando me recogieron?

Leppard miraba a Meyer frunciendo el ceño; se aclaró la garganta y se rascó la sien compulsivamente.

—¿Eh, Seb? No, no me dijo nada. Pero ¿a ti qué tal te va? ¿El trabajo? ¿Lo demás?

—Tengo el ojo jodido. Bueno, el izquierdo no, ese no. Quiero decir que es mi mirada de fotógrafo lo que se ha muerto. Después del accidente, he sido incapaz de hacer nada bueno. No tengo ni un solo encargo desde hace meses. Cobro una pequeña pensión de invalidez, y arreglo pisos, y nada más, tío. Eso de «Sébastien Meyer, periodista, reportero, fotógrafo» ya es agua pasada. ¿John? Odio a ese hijo de puta. Quiero encontrar a ese mal

nacido y matarlo. Me lo cargaré aunque sea lo último que haga. Estoy ahorrando céntimo a céntimo para volver allá, y pagará por lo que me ha quitado.

Aterrorizado, Leppard observaba el ojo de Seb en cuyo fondo brillaba una brasa salvaje.

Jesus Christ, ¡ese tío se había vuelto majara! El británico consultó ostensiblemente el reloj. Qué puedo decirle, no puedo hacer nada por él, ahora.

—Tengo que irme, me esperan en la agencia.

Se levantaba para irse, cuando Sébastien lo detuvo.

—John, ¿te acuerdas del nombre del teniente francés que te dio mi bolsa?

Vuelta a rascarse la sien.

—Sí, bueno, es un nombre *very frenchy*, no se olvida fácilmente, es...ah, mierda, *vache...boeuf*, ¿vacheboeuf? ¿Puede ser? En fin, una cosa así, ¿por qué?

—Me es de gran ayuda, de verdad —respondió el francés en tono huraño—. Es una pena que no me hayas dado la bolsa antes. Pero gracias de todas formas.

Esta vez no intercambiaron más que un apretón de manos.

Meyer, con la bolsa colocada frente a él, miró la espalda de Leppard que se alejaba, cruzaba la puerta, y regresaba a un mundo que ahora quedaba fuera del alcance tic Seb.

¿Por qué yo? ¿Por qué no él? ¿Por qué su pierna y mi ojo, y no al revés?

Se preparó para ir a buscar a Kamel que debía de estar echando pestes mientras terminaba de grapar el revestimiento de tela.

Capítulo 5

Ceuta, diciembre de 1992

Desde el paseo marítimo que llevaba al campo de retención, Amelie Moukengue contemplaba Europa con avidez. Tres años. Había tardado tres largos años en alcanzar aquel puntito español en tierra africana. Primero había pasado por Nigeria, donde el grupito de emigrantes que había encontrado en Douala embarcó en el río Niger a bordo de un viejo barcucho destartalado después de pagar a los traficantes que podían pasarlos hasta Europa. En Niamey había tenido que trabajar varios meses para que le durara el dinero del mecánico blanco, sobornar a los funcionarios de aduanas, pagar a los intermediarios que los conocían. La muchacha descubrió los minaretes, los rezos del muecín. Después pasó por Mali, anunciador del desierto. Era un país amarillo, de atmósfera turbia por el polvo. En Gao dejaron el río Niger para subir al encuentro del Sahara a bordo de un camión abarrotado. La luz del Tanezrouft le quemaba los ojos, le carbonizaba las retinas. Hasta entonces habían viajado en *taxi-brousse* cuando sus pobres medios se lo permitían, y a pie, sobre todo a pie, las grietas en los bordes de los talones de Amélie eran producto de la tierra roja de África aglutinada con la sed, el hambre, la disentería. A menudo, los viajeros tenían accesos de fiebres, y uno de ellos, el viejo Emile, se quedó al borde de la carretera. Con sus cuarenta y cinco años. Era un buen candidato al fracaso, el eslabón débil de la cadena. Impulsada por una feroz voluntad, Amelie resistía. Había tenido que resistir a la violación que, muy a las claras, tentaba a los militares argelinos que los habían controlado —nunca más, nunca más, antes la muerte—, ella misma se llevó la hoja de un cuchillo a su propia garganta y ellos, encogiéndose de hombros, se contentaron con una cantidad de dinero. Los traficantes de los diferentes países que cruzaban se iban pasando el grupito de mano en mano, de red en

red, como una curiosa agencia de viajes. Una agencia sin nombre, sin razón social, pero centenares de emigrantes recurrían a estos *tour operadores*.

Reggane, Adrar, Ksabi. Se cruzaron con caravanas de tuaregs, los hombres azules cubiertos de tatuajes, con ellos bebieron un té ardiente bajo tiendas de lana, regatearon un buen rato y finalmente se unieron a un convoy que había dejado la carretera después de Beni Abbès para atajar por las dunas de arena entre el Gran Erg occidental y el Hamada del Draa, una locura, les parecía que iban a disolverse en la extensión movediza, Amélie no había visto nunca nada semejante, las noches glaciales, las estrellas que la llamaban, que tiraban de ella, salió del desierto como lavada, sin pasado, bueno, sin más pasado que unas pesadillas que solo le pertenecían a ella, y el grupo de emigrantes penetró en Marruecos para coger la carretera que unía Meknés con Er Rachidia.

Seis meses.

Seis meses estuvieron más de quinientas personas hacinadas a pleno sol, encerradas en el recinto de la antigua plaza de toros de Tánger, vestigio de la dominación española. De vez en cuando, y según el estado de las tensiones diplomáticas con la península Ibérica, Hassan II abría o cerraba las compuertas de la inmigración clandestina con destino a la vieja Europa. Tuvieron que esperar a que una vez más las relaciones entre ambos países se deteriorasen a causa de Ceuta y Melilla, los dos enclaves españoles en territorio marroquí, para que el flujo tic los internos en Tánger fuera liberado. Los españoles seguían negándose a devolver a Marruecos aquellos dos minúsculos trozos de tierra, lo cual no les impedía en absoluto reclamar Gibraltar a voz en cuello cada vez que se les presentaba la ocasión.

Salieron de Tánger por la noche, con destino a Bab Sebta. Rodearon el enclave por Tetuán. El punto de encuentro había sido fijado en un hotelito de Fnideq, Al Andalus, pagaron a los hombres encargados de pasarles y cruzaron de noche las modestas verjas que separaban el tercer mundo del primero. Gracias al conocimiento que tenían del terreno los marroquíes que los guiaban, escaparon a la vigilancia de la Guardia Civil. Enfrente, al otro lado del estrecho de Gibraltar, Amelie veía brillar al fin las luces de Algeciras. Las pulsaciones de su corazón se aceleraron. Europa. ¡Estaba en Europa!

Penetraron en el enclave por el barrio musulmán, dominado por la silueta del minarete, que ahora ya resultaba familiar a Amelie. Los

marroquíes de Ceuta eran ciudadanos de segunda. Vivían en sórdidas viviendas sociales, en medio de detritus y carrocerías de coches despanzurrados. Una zona franca bordeando la frontera permitía a los vecinos comprar todo tipo de bienes en vastos almacenes. Lo único que quedaba por hacer entonces era exportar todos aquellos productos hacia Marruecos de contrabando, a lo cual se dedicaban los vendedores ambulantes a bordo de barcas neumáticas para niños llenas hasta los topes de cajas de cartón que empujaban a nado en dirección a Tetuán. Las corrientes eran muy fuertes en el estrecho, y muchos morían ahogados. Los aduaneros españoles hacían la vista gorda. Lo que era bueno para el comercio ceutí era bueno para España, había que propiciar el contrabando, aunque ello significara retrasar el desarrollo económico de toda la región de Tetuán.

Amelie y sus compañeros pronto se dieron cuenta de que los guías marroquíes los habían engañado. La decepción fue proporcional a la esperanza, inmensa. El mundo de los ricos, al alcance de las manos, seguía estando lejos. Ceuta no era España del todo, más bien era el callejón sin salida de África.

Imposible subir a bordo de un ferry. Los controles eran sistemáticos. Los agentes de la Guardia Civil empleaban perros, pastores alemanes, registraban los coches, los camiones. Las posibilidades de pasar eran escasas. El pequeño grupo decidió volver a ponerse a trabajar, por todo el paseo marítimo, y entre ellos Amélie esperaba al lado de la calzada, con una bayeta, una esponja y un cubo de plástico a sus pies, y todo el día lavaba los coches que dignaban pararse.

No transcurrió mucho tiempo antes de que pasara lo que tenía que pasar, y lo que pasó fue un jeep de la Guardia Civil.

La llevaron al cuartel, en el centro de la ciudad vieja, para interrogarla. ¿Tenía papeles? ¿Papeles? No, nunca, ella sin papeles. ¿De dónde venía?

No sé, decía en español.

Los únicos papeles que había presentado desde Brazzaville eran billetes de banco arrugados, sucios, *ausweiss* universal para ir a cualquier otra parte.

Los guardias lo llamaban la colonia de vacaciones. Irónicamente, Campo Calamocarro, el centro de retención de Ceuta, era geográficamente el punto más cercano al extremo occidental de Europa. Apenas unos doce kilómetros. Amélie solía instalarse en unas rocas. Si el día era claro, se

distinguía nítidamente la carretera entre Algeciras y Tarifa, algunos días se podían contar las casas blancas que subían por las colinas. Amélie se preguntaba qué más podía haber allí enfrente, para que fuera tan difícil llegar allá. Contemplaba los enormes petroleros y los portacontenedores que pasaban el estrecho, cruzando la ruta de los ferries hacia España. Habría querido ser uno de los delfines que veía saltar por el agua. Los delfines no sabían de fronteras. El campamento era sórdido, con sus guirnaldas de ropa humilde tendida bajo unos eucaliptos esmirriados. Había allí quinientas personas amontonadas. Argelinos que habían huido de la región de Mostaganem y de la violencia del G1A. Malineses de camino hacia Montreuil-sous-Bois, de la Costa de Marfil, senegaleses, todos sin papeles.

No había suficientes tiendas para todo el mundo y solo los privilegiados, los más veteranos, podían instalarse en ellas. Amélie encontró una chabola hecha con cartones de embalaje colocados sobre el duro suelo que compartía con algunas compañeras de infortunio, una somalí de cara macilenta, una mujer peuhle con porte de princesa y una gorda matrona centroafricana que ocupaba por sí sola casi todo el sitio y se llamaba Clarisse. Como pudieron, decoraron el interior. Un espejo, una postal de la torre Eiffel, una flor de plástico, una foto de Mickey Rourke y Kim Basinger en *Nueve semanas y media*. Las miradas de los hombres rezumaban lascivia. Tenían que lavarse con una botella de plástico, someramente protegidas por trozos de chapa que apenas ocultaban el cuerpo, y las vecinas de la chabola echaban a los hombres gritando, eran como nubes de insectos voraces, lo mismo con las necesidades, las hacían donde y como podían, sí, bueno, había unos retretes, atascados, rotos, también en esto las mujeres iban a hacerlo juntas. Más valía ser unas cuantas para defenderse de los intentos de violación y los asaltos nocturnos de las ratas que les disputaban un alimento insuficiente. Esta era una fuente de conflictos frecuentes. Por una ración suplementaria, salían los cuchillos dispuestos a rajar a quien fuera. Cien barras de pan al día para quinientas personas distaban mucho de ser suficiente. Una ONG, Ceuta Apoyo, iba al campo dos o tres veces por semana. Los voluntarios, con sus batas azules, limpias y recién planchadas, curaban las heriditas, las pupas, las cuchilladas y las infecciones cutáneas de los más sonrientes. No era infrecuente que pasasen de los demás. Esta misma ONG impartía clases de español básico. Peor que los escorpiones, muy abundantes en el campo, era el

aburrimiento. Se podía salir, pero no tenían derecho a trabajar.

Oficialmente, se entiende. Pero aquello no dejaba de ser África. Amelie se dedicaba a su labor de lavacoches. Esperaba la ocasión.

Aquellos últimos años habían sido una escuela de paciencia.

Había que ir con mucho cuidado. Los guías marroquíes eran unos ladrones. Había oído decir que algunos te dejaban en plena noche en Marruecos después de haber dado vueltas en círculo por el mar. Ya está, estáis en España, decían después de estafarte cien mil pesetas. Y tenías que empezar de nuevo. Y además había muchos accidentes.

Un día Amélie desapareció del campo, simplemente. Se unió a otros candidatos a cruzar el mar en un piso de la ciudad alta musulmana. Eran unas cuarenta personas amontonadas...en una habitación con las persianas bajadas, hombres y mujeres mezclados, miradas de miedo, maletas de cartón a sus pies, olor a sudor, olor a miedo. Esperaban la noche.

—*Crrr...Crrr...Chhh...Crrr...Águila uno a águila tres, tenemos a un tío raro.* [4] ¡Bah! Nada especial. Solo un marroquí de la frontera que volvía a su casa un poco después de la hora legal. Manolo lo dejó pasar. Por una vez. Todavía tenía una resaca de tres pares de cojones. Todo por culpa de la fiesta que el día antes habían dado los compañeros de estupefacientes, ¡lo que había llegado a esnifar! Pasaba tanta coca por Ceuta que no era muy difícil mangar un poco de los cargamentos aprehendidos para asegurarse un cómodo consumo personal. Después había rondado por los bares hasta las diez de la mañana, toda la noche bailando sevillanas con unas andaluzas incendiarias que se retiraban a casa como niñas buenas justo cuando tenías la bragueta a punto de estallar. ¡Las muy guarras! Había rematado la jugada con unos cuantos whiskies.

Así que, aquella tarde, salió del cuartel parapetado detrás de un par de gafas de sol destinadas a esconder sus ojos hinchados. Descargó su rabia contra unos pobres diablos que se habían refugiado en las cabañas de los pescadores del puerto. ¡Qué mierda de pescadores! A menudo eran cómplices de los traficantes, incluso llevaban a ilegales escondidos en las bodegas de los bous, corrupción y compañía. Sacó a los tipos a patadas y llamó al coche-escoba. Ya desahogado, dejó pasar al pobre monto que volvía a su casa un poco después de las once, tras lo cual echó un vistazo con sus gemelos de visión nocturna. ¡La puta madre, qué dolor de cabeza!

No vio la patera color de noche que salía de la playa en silencio a su espalda, cargada de sombras dobladas en dos. Y eso que en el cielo del

estrecho zigzagueaban los rayos anunciadores de la tormenta.

Las pateras eran embarcaciones de fondo plano supuestamente destinadas a servir como barcas de pesca.

Supuestamente, porque una barca de pesca no suele ir pintada de azul oscuro, ni llevar un potente motor.

Supuestamente, porque una barca de pesca no suele pasarse el día tumbada con la barriga al sol, como una foca en el hielo, esperando las noches sin luna.

En estas noches un curioso que merodease por la playa de Cabo Negro o de Almina no habría encontrado ni una sola embarcación de pesca varada. Todas habían salido al estrecho, cargadas de ilegales, de cigarrillos de contrabando o de hachís. O de las tres cosas a la vez.

Amélie había preferido pagar al contado. Era una red cara, pero bien estructurada. Unos contactos debían esperarlos en la carretera que llevaba a Tarifa para conducirlos después hasta un destino donde les esperaba un trabajo. Para algunos que habían contraído grandes deudas, suponía la certeza de poder pagar a los traficantes, puesto que sus futuros patrones pertenecían a las mismas redes y les descontarían de la paga la cantidad que debían.

Una furgoneta recogió a los cuarenta emigrantes, en su mayoría hombres procedentes del África subsahariana. Furtivamente, azuzados por los gritos de los guías, se metieron hasta las rodillas en el agua negra, con sus sucintos equipajes empapados por las pequeñas olas. El motor estaba ya al ralentí, el piloto preocupado lanzaba «*Yala, yala*» al grupo aterrorizado. Cuando todos estuvieron a bordo de la embarcación, la línea de flotación se hundió hasta que la borda flirteó con la cresta espumosa de las olas. Convenía rentabilizar el viaje.

Sin esperar, la patera se adentró en el mar, mientras el capitán y los dos guías ordenaban a los pasajeros que se doblaran en dos en el interior del casco para ser menos visibles por las tres lanchas rápidas españolas que patrullaban de noche entre Algeciras y Ceuta. Los desdichados iban tan amontonados que a duras penas podían obedecer. La desgracia había querido que Clarisse, la gorda centroafricana con la que Amélie había compartido la choza en el campamento, estuviera a su lado. La aplastaba literalmente contra el fondo de la barca, sacudida por unas olas cada vez más altas a medida que se alejaban de la costa. Pronto quedaron todos sumidos en la oscuridad total. Ya no se veían las luces de Ceuta y era

imposible distinguir las de Algeciras. La tormenta se hacía más y más intensa, y los relámpagos creaban imágenes de olas grandes como montañas. Había empezado a llover y en pocos instantes todos los pasajeros quedaron empapados, tanto por el agua del mar como por la lluvia. El mareo se apoderó de la compañera de Amélie, que empezó a vomitarle encima. Los marineros se llamaban entre sí gritando para tapar el ruido de los truenos y sus gritos empezaron a adquirir entonaciones de pánico. En la patera estaba entrando demasiada agua, y a cada ola la situación no hacía sino empeorar. Incluso con el motor a fondo, la embarcación de madera se hacía más y más incontrolable y a cada nueva embestida las olas amenazaban con hacerla naufragar con todos sus ocupantes zarandeados de un lado a otro. De repente, a la luz de un relámpago, entrevieron la alta silueta de un acantilado que parecía aún bastante alejado. Sin esperar más, los guías conminaron a los pasajeros a que saltaran al agua. No se movió ni uno, conscientes de que con aquella resaca les aguardaba la muerte segura. A Amelie le castañeteaban los dientes, ya no se fijaba en su compañera, y, además, el agua había lavado hasta el más pequeño rastro de las deyecciones de Clarisse. Como todos, solo tenía miedo. Solo tenía frío.

Pero ella ya había tenido miedo, ya había tenido frío. Y de todos modos nunca habría vuelto a tener tanto miedo como aquel día, en las marismas cerca del río Congo. Su vida ya la habían tachado del mapa una vez. No era este su primer viaje al país de los muertos. Los guías acababan de coger a un chico y lo habían tirado por la borda, su alarido, breve, seco, quedó interrumpido por las aguas embravecidas, donde desapareció inmediatamente y, justo cuando iban a coger al hombre más cercano, una ola más grande que las demás arrancó a los ocupantes al fondo de la barca dándole la vuelta como una vulgar concha. Muchos de los pasajeros no sabían nadar y se fueron al fondo. Otros intentaron resistir. Retazos de gritos, llamadas de socorro corrían por la superficie de las desencadenadas aguas del estrecho. En wolof, en swahili, en bambara, en árabe, y pronto se hicieron más escasos y más débiles, y los últimos de ellos eran llamadas a la madre en todas las lenguas, llamadas que naufragaban.

Y luego nada más. Solo el estruendo de las olas.

Cegada, sumergida, Amélie nadaba pese a todo. Nadaba como le había enseñado Denis, nadaba en la oscuridad, sin ver adonde iba, y Denis nadaba a su lado, y Denis la guiaba, la llamaba, ella lo oía y se ponía a

nadar más fuerte en dirección a él.

Ya otra vez se había transformado en pez tilapia.

Se despertó en un día gris. Había gaviotas volando en un cielo lánguido. Se estremeció. ¿Dónde estaba? El suelo era duro e incómodo. Intentó incorporar su cuerpo dolorido, entumecido. Tenía los dedos, las manos y los pies arrugados por el agua, y la piel roída por la sal le escocía. Era una playa de grandes guijarros redondos y negros mordida por las olas, al pie de un acantilado. Consiguió sentarse. Dos o tres cuerpos de ahogados yacían en la orilla, la ropa se les pegaba a la piel, no tenían zapatos, el mar les lamía las piernas y los vientres ya hinchados. Maquinalmente, buscó con la mirada a Clarisse y le alivió no reconocerla entre los cadáveres.

Las gaviotas se posaron en la playa. Prudentemente se fueron acercando a los muertos.

Los restos de varias pateras alzaban sus muñones de madera y sus cascos rotos hacia el cielo, testigos de decenas de dramas parecidos.

Al principio creyó que el mar la había devuelto a Ceuta. Una de las dos columnas de Hércules emergía de la bruma, a la otra orilla del estrecho. Sin embargo, al volver la cabeza, distinguió la silueta alargada de la ciudad de La Línea, y el peñón de Gibraltar, que no reconoció enseguida visto desde aquel nuevo ángulo. Tardó un momento en comprender que por fin había puesto los pies en Europa. Deprisa. No había que quedarse ahí. Alguien pasaría. Vería los cuerpos. Le costó una inmensidad levantarse. Un sendero subía en medio de unos arbustos impenetrables.

Un sendero hacia la carretera. Había estudiado el itinerario tantas veces, desde la orilla de enfrente. Tomó aquel camino de cabras, y las ramas de los espinos le clavaban sus anzuelos en los pies, como para detenerla. Se necesitaba mucho más para conseguirlo.

A lo mejor la camioneta los había esperado. A lo mejor. Había que darse prisa. Si aún estaba ahí, no esperaría mucho más. Amélie aceleró.

En primavera había trabajo en las playas de Valencia, le habían dicho los traficantes.

Buscaban vendedores ambulantes de objetos africanos, brazaletes, collares, mascaras y azagayas de madera fabricadas en serie, y también falsificaciones de bolsos de Vuitton y Rolex.

París, marzo de 1996

—Hay que ver lo que ha aguantado este aparato, ¿eh?, hemos tenido que sacar el carrete en el cuarto oscuro, y la cámara..., pues la puede usar

para sujetar libros en una estantería, porque para otra cosa...¿Qué le ha pasado?

Sébastien no volvió a la tienda de Michel, no quería enfrentarse a la compasión del dueño de Camera Obscura. Prefirió ir al barrio de Bastille, a un gran laboratorio parisino donde se mantendría en el anonimato. Había pocas posibilidades de que uno de los jovencitos del mostrador —cambiaban cada seis meses— lo reconociera. La tentación de extender sus imágenes en la mesa luminosa del laboratorio había sido grande, pero resistió. Sin dignarse a contestar las preguntas indiscretas del dependiente, volvió a coger su querido 96 en dirección contraria, hacia Porte-des-Lilas, y casi corriendo se apeó en Pré-Saint-Gervais.

Las primeras flores brotaban ya en los árboles que bordeaban la avenida. Al cruzar el puente que pasaba por encima del periférico, contempló el embotellamiento crónico, del que se elevaba una nube de gas tóxico, con cierta fatalidad. Al menos, la polución hacía florecer los cerezos del Japón un poco antes.

Subió de cuatro en cuatro las tres plantas que llevaban a su piso. Los restos de su cámara estropeada pesaban en el fondo de la bolsa de plástico que llevaba el logo del laboratorio.

Sacó del armario la mesita luminosa portátil que utilizaba en casa.

Empezó a recorrer la hoja de contactos en blanco y negro, con el cuentahílos pegado a su único ojo, y mientras pasaba revista a las imágenes, las impresiones, los olores regresaron a su memoria, milagrosamente intactos. Se vio de nuevo aquella mañana saliendo del Holiday Inn, y las fotos del huérfano que posaba bajo el signo de la paz así lo atestiguaban. Una vaharada casi dolorosa del dulce aire primaveral de aquella mañana invadió su pequeño piso por espacio de unos segundos.

Dejó a un lado los contactos, sacó de la bolsa de plástico rojo el rollo de película de diapositivas a color. Las primeras vistas carecían de interés. Eran fotografías tomadas el día antes del accidente, paisajes urbanos vistos a través de cristales rotos por impactos de bala.

Demasiado estetizantes. La secuencia sobre el ama de casa abatida por un francotirador empezaba en la foto 10A. La mujer, con su monedero en la mano, la bolsa a cuadros a su lado, las monedas que habían saltado del monederito de piel barata, la sangre roja que se escapaba de su boca. ¿Qué nieto, qué nieta, qué hijo le habría hecho aquel regalo para que guardase sus monedas? ¿Por quién había muerto cuando iba a comprar aquel pan?

Todo en ella evocaba la modestia: el pañuelo de la cabeza con rosas estampadas, las pobres medias de color carne. Como casi siempre, Seb había hecho la foto buena al principio de la secuencia. Después había seguido disparando, como para conjurar la suerte, para asegurarse, aun sabiendo que ya poseía la imagen que andaba buscando. La número 12 era la mejor. Era una naturaleza muerta de verdad. Era un testimonio de lo absurdo y lo arbitrario del cerco, de aquella guerra cuyas víctimas eran civiles inocentes. Una imagen de exposición. De las que ganan premios. De las que ahora era incapaz de hacer, su ojo estúpido ni siquiera habría visto lo que había que ver. La rabia y el despecho subían por su interior, como una marea de bilis, tenía ganas de romper la película, de quemarla. Aquel Seb Meyer estaba muerto. Muerto y enterrado. Sébastien Meyer era un inválido en paro que arreglaba pisos ilegalmente, un lisiado, como su padre. Punto y final. La serie se detenía junto con sus recuerdos en el número 27.

Pero aquella mañana había tomado otras imágenes, por series de tres. Las últimas, a partir de la vista n. ° 31, estaban tan dañadas que resultaba imposible verlas. Pero las tres anteriores, números 28, 29 y 30, hechas con teleobjetivo, mostraban nítidamente un vehículo que avanzaba en dirección al fotógrafo. Seb pegó un bote cuando el cuentahílos llegó a esas fotos. ¡El minibús! El mismo que se le aparecía en sus pesadillas, acelerando contra él, intentando en vano atropellarlo.

Cada vez se despertaba sudando antes de que lo convirtiera en crep de carne. Naturalmente había reconocido la Sniper Alley.

El problema era que no recordaba haber hecho esas fotos. Nada.

Seb volvió a inclinarse sobre la mesa con renovada atención. En las dos primeras imágenes, la camioneta venía derecho hacia él. Imposible identificar el número de matrícula, estaba borrosa. En la tercera, el vehículo estaba casi a punto de volcar intentando sortear una barrera de bloques de cemento. ¡La gincana de la muerte! Una de las ruedas de la izquierda casi estaba levantada, la velocidad y la curva conjugadas habían desplazado el centro de gravedad del minibús VW de tal manera que parecía que iba a volcar. ¿Habría dado vueltas de campana después? Meyer miró una vez más la imagen. Probablemente el conductor que iniciaba la curva estaba cegado por el sol, cuyo reflejo en el parabrisas hacía imposible identificar a los pasajeros. En los costados del Volkswagen se podía leer una inscripción en francés pintada en grandes letras: SALUD Y SOLIDARIDAD.

Una ONG, sin duda.

¿El francotirador le había dado justo después de pasar el bus? ¿O mientras pasaba?

A ver. Las últimas seis fotografías estaban irremediablemente dañadas, rotas, veladas.

Su motor giraba a cinco imágenes por segundo, en *bracketing* automático, un sistema de exposiciones múltiples por ráfagas de tres. Un poco menos de dos segundos. Su dedo había apretado el disparador un poco menos de dos segundos.

Uno, dos.

Y la onda del proyectil lo había enviado a hacer puñetas, a él y a su cámara.

Nadie le había hablado del minibús. Nadie. ¿Acaso aquel Fittipaldi de las ONG había conseguido atravesar la barrera? Habrían tenido que detenerlo. Después de todo, estaban allí para socorrer a la gente. A menos que. A menos que estuvieran cagados de miedo, sencillamente. Y que se dieran el piro lo más deprisa posible para protegerse del tirador emboscado. Era humano, después de todo. En todo caso, el o los pasajeros de la camioneta eran los únicos testigos de lo que le había pasado.

Salud y Solidaridad. Debía de ser una ONG francesa. O belga, o suiza.

Del Quebec, tal vez. En Sarajevo, como en otras partes, en cada conflicto, cada hambruna, cada catástrofe, florecían las ONG como los granos de acné en las mejillas de un adolescente embobado contemplando las páginas centrales de una revista porno. A veces estas organizaciones eran solamente obra de una sola persona o de un grupito de amigos que decidían salvar el mundo. No tenían conciencia alguna del peligro, casi siempre aparecían paseándose con sus 4 × 4 expuestos a las balas. A menudo terminaban estallando sobre una mina. Por no hablar de las putas y traficantes de todo pelaje que seguían estos convoyes humanitarios como una banda de peces piloto hambrientos. En todo caso, no debía de ser muy difícil encontrarlos. Minitel o Internet, con un buen buscador, daría con ellos. Extraño sería que no hubieran enviado un rimbombante comunicado de prensa antes de ponerse en marcha hacia Bosnia-Herzegovina.

Alguien llamaba a la puerta. Meyer se levantó para ir a abrir.

—¿Qué pasa, tío? ¿Qué tal el día? ¿Guay?

Kamel entró para ir directamente a dejarse caer en el sofá.

Como siempre llevaba un chándal impecable, de una blancura

inmaculada. Dejó a sus pies la bolsa que contenía su mono de trabajo. Miró con cara rara la mesa luminosa, el cuentahílos, la lámina de contactos y el rollo de película.

—Coño, tío, ¿haces fotos otra vez?

—No, Kamel, son cosas viejas que estaba mirando.

—Ah, vale. Es que al ver todo esto me he pensado, jo, hoy no ha venido a currar, eso es que se dedica a las fotos otra vez. ¡Mierda, tío, qué desilusión! Entonces ¿qué? ¿Te vienes mañana?

Seb asintió. Dejó escapar un suspiro. ¿Acaso tenía otra elección?

Iba a preparar un té. Puede que abriera una cerveza y Kamel liase un canuto. Y mañana se levantaría de madrugada para coger el metro con su vecino, con el mono de trabajo metido en una bolsa. Esa era su vida, ahora.

Al fin y al cabo, quizá no volviese a poner nunca más los pies en Bosnia. Quizá no fuese nunca a buscar su venganza. Quizá todo aquello no era más que una coartada. Para soportar su nueva vida, para seguir poniendo un pie delante del otro, cada mañana.

Matar. Menudo objetivo.

París, septiembre de 1996

Hasta octubre de 1995, Amélie Moukengue estuvo recorriendo las playas de la región valenciana con su pequeño cargamento de baratijas africanas que vendía a los turistas que se asaban a la parrilla en las arenas del Puerto de Sagunto o de Canet de Berenguer y, cuando la estación veraniega tocaba a su fin, se pateaba los restaurantes típicos de paella del puerto de Valencia, las calles peatonales, y cada noche se encontraba con sus compañeros para hacer cuentas. Los matones de la red se quedaban con su diezmo y Amélie se iba a dormir con sus compañeros a un sótano oscuro y apestoso del barrio del Carmen después de pasarse el día regateando por un puñado de pesetas con turistas roñosos.

Había descubierto Europa con sorpresa y maravilla; y decepción.

A Amélie le gustaban estas ciudades, tan diferentes de las ciudades africanas que había visto.

La muchedumbre abigarrada, gente bien vestida, la luz, sobre todo de noche, los coches, grandes, bonitos, lujosos. Los escaparates de las tiendas llenas de cosas tentadoras, ropa, productos de maquillaje, zapatos, ah, los zapatos, algunos eran tan bonitos y parecían tan cómodos, y es que, al final de cada día que Dios le enviaba, a Amélie le dolían un horror los pies dentro de aquellas imitaciones de Nike de plástico que, además, le hacían

salir hongos.

Todo aquello no era para ella. Ah, no. Por mucho que estuviera en Europa, ella era en sí misma un pedazo del tercer mundo, una intrusa. Las miradas se lo decían, a veces hasta se lo gritaban. En los ojos de los blancos veía el miedo, miedo a que les robara, miedo a la chusma, miedo al color de su piel que para ellos era una evidente señal de peligro. El desprecio, la sospecha, a veces el odio, quedaban de manifiesto en los interminables regateos por un vulgar brazalete de cuatro cuartos.

El ayuntamiento de Valencia anunció con gran despliegue publicitario la rehabilitación del barrio del Carmen. ¡Fuera pobres! Tuvo que marcharse. Más lejos, más al norte, como siempre.

Barcelona, y las mismas baratijas africanas, y la policía de la que había que esconderse, y otros sótanos donde había que pagar por dormir, en el Barrio Chino, en el barrio de los talleres.

Luego cruzó los Pirineos en un gran camión, con su cargamento de parias amontonados en un asfixiante cubículo preparado detrás de las paletas de cajas de tomates, sin agua, sin comida y donde cada cual hacía sus necesidades en un minúsculo cubo delante de todo el mundo, hasta que por fin llegó a París una mañana gris, a la Porte d'Orleáns.

Amélie consiguió que le explicaran cómo encontrar a alguien gracias a una máquina mágica llamada Minitel, en las oficinas de correos. Era gratis. Tecleó el nombre de Fruchard, en «profesión» escribió «garaje», la máquina no lo entendía y le preguntaba si quería hablar de los garajes donde se aparcan los coches o de donde se reparan, ¿y ella qué sabía?

En «ciudad» tecleó Mourmelon y entonces la máquina lo entendió todo de golpe y le escupió: «Robert Fruchard, Garage Renault, 16 avenue Victor-Hugo, Mourmelon, 03 41 14 32 10». Amélie marcó el número y con voz tímida pidió hablar con el señor Robert Fruchard. ¿De parte de quién?, preguntó una voz femenina con tono arisco.

Inocentemente contestó: Amélie Moukengue.

¡Robert!, oyó gritar en el local que resonaba, y alguien se acercó a pasitos apresurados, como trotando. Es para ti, una tal Amélie no sé cuántos, ¿es una clienta?

Era un hombre bueno, o sea que...a lo mejor...no la había olvidado.

Fue difícil recordarle quién era, así, por teléfono. Las alusiones, a Amélie, no se le daban bien. Cuando por fin lo entendió, a Fruchard le entró el pánico.

—¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre llamar aquí? ¿Estás mal de la cabeza, o qué?

Y Arlette, que había vuelto a sus ocupaciones con un ojo puesto en el marido a través del tabique de cristal del despacho donde llevaba la contabilidad —ay, Señor...— y el otro en el ajuste de un carburador que estaba en curso.

Los golpes de acelerador tapaban la conversación, verla, demasiado arriesgado, ¿qué quería? ¿Más dinero? No tendría que haberle dado tanto. Y para empezar no tendría que haberla hecho subir a su hotel, la suavidad de su piel oscura, de sus labios rodeando su sexo. El cuerpo de Amélie, el recuerdo de sus pechos pequeños y erguidos, de sus finas piernas como pescados en salsa caramelo.

—¿Oiga?

—Estoy en Francia. En París.

Pánico. El corazón al galope.

—¿Qué quieres? Ha pasado mucho tiempo, no pensarás perseguirme toda la vida, quieres más dinero, ¿no? Es un chantaje, ¿no? Si no te pago, se lo contarás todo a mi mujer, ¿verdad? Te lo advierto, si vuelves a llamar aquí una sola vez más, aviso a la policía, hago que te expulsen, volverás al burdel de Mamy Pschitt.

Amélie ya había colgado suavemente el auricular, y caminaba por la calle bajo la lluvia.

Los malienses con quienes había viajado en el camión hasta París la ayudaron un poco. Gracias a ellos consiguió encontrar un trabajo. Si es que a eso se le podía llamar un trabajo. Un taller de costura clandestino situado en un pequeño pasaje de la rue Jean-Pierre-Timbaud, a dos pasos de la mezquita donde iban a rezar las primeras semanas siguientes a su llegada a la capital. No se quedaron. Se sentían demasiado ajenos a aquel fundamentalismo de influencia saudí. Eso era en todo caso lo que decía Suleimán, un profesor de matemáticas que había dejado Bamako para probar suerte en París. La mayoría de los fieles eran argelinos, marroquíes, tunecinos. Los malienses prefirieron rápidamente rezar con sus compatriotas en Montreuil.

Amélie ganaba diez francos al día dejándose los ojos y los dedos bajo los fluorescentes, viviendo en el temor a que se presentara la poli, y cosiendo vestidos para los mayoristas turcos y africanos del barrio del Sentier. El pasaje era estrecho y al fondo había otro taller. En el letrero de

encima de la entrada se leía: camera obscura, laboratorio de blanco y negro. París era diferente de España. Aquí, al menos, no estaba sola. Centenares, millares de congéneres suyos poblaban las calles de la capital y los pasillos del metro, y el barrio.

Árabes, chinos, afganos, yugoslavos, todos con maletas llenas de miseria.

¿Dónde, cómo vivir aquí con diez francos al día? Los malienses estaban acostumbrados al exilio. Se habían unido a una comunidad que era originaria del mismo pueblo que ellos y ahora vivían en una casa okupa de la place de la Reunión, en el distrito XX, y de manera muy natural la acogieron en ella. Le gustaba el mercado que se celebraba cada domingo. Era como una pequeña África, se podía comprar okras, mandioca. París era triste, París era gris y, sin embargo, prefería París a España, le parecía que la capital de Francia estaba menos alejada de su continente, que el exilio era más suave. También reconocía productos franceses y hasta juegos que llegaban hasta las aldeas congoleñas. La Loto, las quinielas.

Pero una mañana —se despertaba temprano para ir a trabajar al taller —, la policía cercó la casa okupa. Unos hombres de uniforme azul entraron y lo tiraron todo por las ventanas: los colchones manchados, los pobres muebles de conglomerado obtenidos en organizaciones caritativas, la ropa, todo, absolutamente todo, incluidos los habitantes de la casa. Hombres, mujeres y niños se encontraron en la acera, se los llevaron por la fuerza en grandes furgones blancos con rejas hacia el centro de retención de Vincennes.

Amélie pudo escaparse, salió corriendo, giró la esquina y desapareció en dirección al barrio Saint-Blaise.

Sin embargo, la revuelta germinó. Eran sin papeles, pero no querían seguir siéndolo.

Se querían quedar. Tener un trabajo digno. Una vivienda digna. Una educación digna para sus hijos. Hartos. Hartos de huir. Hartos de ir siempre más lejos. Algunos llevaban en Francia más de diez años. Otros trabajaban incluso para el Ayuntamiento de París, en la limpieza, tenían derecho a una vivienda, ¿no?, y que no estuviera en un bloque de pisos de la periferia más apartada; con lo que costaba el bono de transporte de cinco zonas, ganando el salario mínimo, imposible salir adelante. Desde la guerra del Golfo, los bancos se habían hundido. En plena crisis inmobiliaria, había millones de metros cuadrados de despachos vacíos. Los funcionarios y la gente con

influencias habían puesto sus garras en las viviendas baratas de la ciudad de París, o sea que...

Amelie Moukengue se afilió al Movimiento de los Sin Papeles.

Había tardado tres largos años en llegar a las puertas de Europa, desde aquel día de febrero de 1989 en que había tenido que huir de Douala y sus burdeles. Y otros dos más para llegar a París. ¿Cómo podía nadie imaginar que pudiera renunciar después de todo aquel tiempo pasado en el infierno? Antes se dejaría morir de hambre. Antes lucharía. Decenas de recién llegados se habían amontonado a dos pasos de Barbés en las escaleras de la iglesia Saint-Bernard, con un papel en la mano, apretujados en la cola de espera, para inscribirse en la coordinación. Salían de la clandestinidad, la mayoría impecablemente vestidos, obreros de la construcción, de la limpieza, ilegales, ilegales.

Mujeres, también, que huían de la poligamia, matrimonios forzosos, violaciones repetidas en la promiscuidad de las casas okupas.

Se encerraron en Saint-Bernard. Durante meses, hicieron huelga de hambre, y la solidaridad que manifestaron los parisinos en esta ocasión caló hondo en el corazón de Amélie y sus compañeros. Familias enteras se debilitaban en camastros, las caras demacradas por el ayuno bajo las mantas. Periodistas, actores, ciudadanos que se sintieron implicados, sencillamente, corrían a darles su apoyo. Las malas lenguas decían que, como en Sarajevo y Chiapas, Saint-Bernard era ahora el último sitio de moda. En las fiestas parisinas, la crítica denigrante era un ejercicio obligado. Se podía matar por una frase ingeniosa. Pero de eso Amélie no sabía nada. Como todos ellos, no deseaba más que una sola cosa en el mundo: ser re-gu-la-ri-za-da.

Echar raíces.

El señor ministro del Interior, al ser preguntado sobre el tema, declaró en una entrevista concedida a una cadena de televisión sobre los sin papeles que ocupaban Saint-Bernard que convenía tratar el problema con humanidad, con lo cual los que estaban haciendo huelga de hambre, al oír al representante del Estado francés, se tranquilizaron un poco. Era el mismo ministro al que un tiempo antes los periodistas le habían preguntado sobre un atentado perpetrado por los Grupos Islamistas Armados en la estación del RER de Saint-Michel, y que había contestado con sorprendente perspicacia:

«Al parecer se trata de un ingenio explosivo que ha explosionado».

Era un tipo que inspiraba confianza.

Así pues, con humanidad, los Cuerpos Republicanos de Seguridad hundieron, un domingo de agosto de 1995, las puertas de la iglesia a hachazo limpio y sacaron a rastras a los encerrados.

Aunque los franceses estaban en plenas vacaciones, el asunto no pasó desapercibido. Para calmar las cosas, el Gobierno Civil decidió regularizar a un puñado de aquellos sin papeles y decretó que todos los demás debían ser expulsados de inmediato, devolviéndolos así a la clandestinidad.

Amélie Moukengue había contado toda su historia, bueno, casi toda, a un tal Jean-François Luchet, un saboyano de Médicos del Mundo impresionado por el relato de la destrucción de la aldea de la joven. El hombre hizo del caso de Amelie una causa personal. Intervino junto a la coordinadora de los Sin Papeles ante el Gobierno Civil de París para que el caso de Amelie recibiera un trato prioritario y obtuviera por fin asilo político. Aunque nadie podía aportar pruebas, era evidente que toda la familia de aquella congoleña había sido exterminada por facciones rebeldes de una incipiente guerrilla contra Sassou N'guesso.

Milagrosamente, Luchet le consiguió una oferta de trabajo con contrato temporal.

Pero aún hacía falta que le concedieran papeles con todos los requisitos legales.

Su dossier subió arriba del montón y, de manera sorprendente —porque estaban en agosto—, volvió a bajar igual de rápido, ya con el visto bueno.

Y así fue como Amelie Moukengue, titular de un permiso de residencia completamente legal, se encontró trabajando como cajera en el supermercado Le Mutant de Marne-la-Vallée, haciendo una sustitución de verano. Médicos del Mundo también le había encontrado una vivienda provisional en una residencia para mujeres solas y madres solteras, en Créteil.

Por primera vez desde hacía años, Amélie Moukengue presentía que por fin iba a poder respirar un poco. ¿Y quién sabía? Con un poco de suerte a lo mejor podría conservar el trabajo pasado septiembre, si los jefes estaban contentos con ella.

A lo mejor la blanca que estaba de baja por maternidad decidiría quedarse a criar a su hijo. A lo mejor el contrato temporal se convertía en contrato indefinido.

Y además, estaba el segurata aquel del supermercado. Un blanco.

Claro que eso no decía gran cosa. No decía nada de su figura maciza, de sus hombros imponentes, tranquilizadores.

Amélie, por favor, habría dicho Mamá Moukengue, tss, tss...

Varias veces se había dirigido a ella. Primero solo un buenos días reservado.

Se expresaba con una voz suave que contrastaba con aquel uniforme que a ella no le gustaba nada. Le recordaba demasiado al de los policías.

Intercambiaron frases banales —qué tal de lunes— frente a la máquina del café, durante la pausa de las diez y media. Con él sentía la extraña impresión de hallarse en terreno conocido. ¿Por qué le recordaba a Denis, si en realidad tenía muy poco que ver con él?

Se decía que era una tonta, se decía que desde Mamy Pschitt el amor estaba muerto en su vientre y en su alma, se decía que no había tenido relaciones sexuales desde Donala, ni pagadas ni gratuitas, y que no las deseaba.

Se lo decía, pero aun así...

Ni siquiera sabía cómo se llamaba aquel joven pelirrojo que tenía unos ojos casi violetas de tan azules que eran.

Solamente le había dicho que conocía África. Solamente le había dicho que de pequeño se habían burlado mucho de él, por culpa del color de su pelo, que muchas veces le llamaban pelirrojo con el mayor desprecio, que le decían que olía mal.

Ella pensó en su propio color. Sucio negro. Sucia negra. Sucio pelirrojo.

París, marzo de 1996

Había encontrado una asociación, Infancia y Salud, y un montón de organizaciones no gubernamentales más tan serias y eficaces como esta.

Pero de Salud y Solidaridad, nada de nada.

Seb no tenía ordenador.

Había ido a uno de esos cibercafés que florecían en los últimos tiempos, el Ueb Bar, una dirección que había sacado del Minitel de la oficina de correos de Pré-Saint-Gervais.

A dos pasos del Carreau du Temple, el café estaba instalado en un gran local oscuro de dos plantas. Era un lugar súper de moda. Algunos grandes nombres del mundillo hip-hop lucían palmito entre las pantallas o bien se aposentaban en el bar. Una exposición de arte conceptual ocupaba las paredes. Meyer habría preferido un sitio más íntimo y, sobre todo, más

anodino. Había estado más de una hora esperando y tomándose unas cuantas birras de precio desorbitado hasta que por fin un ordenador quedó libre y pudo «navegar», como se decía, y esta palabra tenía el don de sacarle de quicio, como le sacaban de quicio los teléfonos móviles, cuyos satisfechos propietarios, cada día en mayor número, utilizaban sin ton ni son, haciendo inhabitable cualquier espacio público solo por el placer de llamar a la parienta y decirle un fugaz, pero cuán placentero, «¿a que no sabes dónde estoy?». Se les llenaba la boca con estas palabras, no se cansaban de repetirlas una y otra vez, como encantamientos posmodernos, móvil, navegar, la web, internauta, la Red.

Qué le vamos a hacer. Sébastien había tenido que rendirse a la evidencia. El campo abierto por la red planetaria era gigantesco. La libertad de expresión era total. Y se podía encontrar de todo. Armas de guerra, niñas de diez años, niños, instrucciones para fabricar explosivos en casa, era el supermercado más grande del mundo y el mejor abastecido. A imagen y semejanza de la humanidad. Imaginen lo peor: encontrarán algo que lo supere. También era una increíble mina de informaciones, aunque difíciles, incluso imposibles, de verificar. No cabía duda de que Internet estaba destinado a ser el lugar del rumor en las dos décadas venideras. Pero la red constituía asimismo un importante foco de resistencia planetaria contra el pensamiento dominante. Los zapatistas del subcomandante Marcos, los movimientos antiglobalización, los pueblos oprimidos intercambiaban en ella puntos de vista e informaciones. Seb se pasó una hora buscando un camino en aquel laberinto, sin encontrar la menor huella de la misteriosa ONG.

En cambio, dio con una serie de consejos prácticos muy útiles para cultivar adecuadamente sus propias plantas de marihuana en un balcón.

La primavera estaba de vuelta. Apretó la tecla imprimir y volvió a coger el metro hacia la Porte des Lilas, con su ficha práctica doblada en cuatro en un bolsillo de los vaqueros.

Kamel estaría contento.

Londres, 29 de agosto de 1996

Al decir de las malas lenguas, los arquitectos habían causado más daños a la ciudad de Londres que todos los VI y V2 lanzados por Hitler sobre la capital británica.

Una cosa era segura, la fisonomía de Canary Wharf había sufrido una metamorfosis total a lo largo de los últimos diez años. Aquel antiguo barrio

de muelles y almacenes cochambrosos situado a la orilla del Támesis se había convertido en un centro de negocios ultramoderno donde los centros comerciales más elegantes alternaban con los despachos de arquitectos y grandes agencias de publicidad.

Siempre pasaba lo mismo. Primero, unos cuantos artistas pobres como las ratas se instalan en un barrio de mala fama. Necesitan mucho espacio por poco dinero, y allí lo encuentran. Pero los artistas —como es bien sabido— llevan una vida bohemia. Les gustan las fiestas, y no tardan en invitar a sus clientes y amigos, perdón, a sus contactos. Entonces el barrio se pone de moda, los clientes y amigos, perdón, los contactos se instalan a su vez, con lo cual los amigos, los de verdad, ya no pueden pagárselo, y finalmente aparecen los promotores que a veces resultan ser los mismos contactos.

El hormigón había crecido al mismo ritmo que crecían los dividendos.

Ni que decir tiene que el precio del metro cuadrado en Canary Wharf había alcanzado unas cimas en las que ya escaseaba el oxígeno. Más que a limo, el barrio olía a dinero. Lo cual no impedía que el río apestara a carroña, sobre todo en verano, con el reflujo de la marea. El imbécil que había dicho que en Londres era mucho más útil un paraguas que una crema solar merecía que lo expusieran en pelotas en Trafalgar Square en plena solana. El termómetro había sobrepasado ampliamente la barrera de los treinta grados, pero eso a John Leppard le traía al fresco, apoltronado como estaba en uno de los imponentes despachos climatizados de la torre de cristal a la que el poderosísimo diario *The Indépendant* había trasladado su sede.

En la televisión instalada sobre un pescante en la pared, la BBC difundía un impresionante reportaje realizado por uno de sus equipos de periodistas entre Sarajevo y Francia.

A principios de mayo de 1994, mientras un destacamento francés de la UNPROFOR estaba colocando varios contenedores de acero en la avenida de los Francotiradores con ayuda de un bulldozer, un francotirador había disparado contra uno de los conductores de la máquina, un joven voluntario del cuerpo de ingenieros, oriundo del Macizo Central. Toda la escena había sido filmada por un equipo de France 2 que estaba rodando un pequeño documental para el telediario sobre los esfuerzos de los aliados para proteger a la población civil.

El enorme bulldozer se acercaba a un contenedor. La cuchilla lo

levantaba como si nada, las gigantescas ruedas movían aquel refugio de chatarra hacia otros congéneres suyos destinados a ocultar a los peatones de la vista de los francotiradores. Unos soldados de casco azul guiaban al conductor de la máquina, y todo se desarrollaba con la mayor tranquilidad del mundo. De pronto, una detonación seca resonaba en el límpido aire de Sarajevo. Inmediatamente, el espacio sonoro se llenaba de gritos de «¡Mierda! ¡Mierda, oh, no, mierda, eso no! ¡Deprisa, deprisa!» y todos se precipitaban hacia la cabina del Caterpillar ahora inmovilizado, el cámara hacía un zoom sobre el cristal resquebrajado, los compañeros de armas del conductor depositaban su cuerpo inerme en el suelo, como un descenso de la cruz, mientras su casco rodaba sobre el asfalto acribillado de impactos dejando al descubierto su frente manchada de sangre carmín que realzaba la palidez de su rostro. El chaleco antibalas había resultado inútil, como lo eran los gestos profesionales de los demás soldados del contingente, arrancarle el chaleco, abrirle la guerrera, practicarle un masaje cardíaco. El operador había vuelto a hacer zoom sobre la cara juvenil del muerto. Los padres del chico, sus hermanos y hermanas, y también su novia, todos estaban mirando las noticias del telediario aquel mediodía, a la hora de la comida, en Clermont-Ferrand. Habían asistido en directo al asesinato de su hijo, hermano, novio, antes incluso de que las autoridades militares francesas les notificaran el fallecimiento con la mayor delicadeza posible, señora, señor, tenemos la tristeza de comunicarles que...Muerto por Francia.

El equipo de la BBC se había desplazado hasta Clermont, en el corazón del Hexágono, para entrevistar a la familia. Aquella pobre gente no tenía suficientes palabras para expresar la violencia del shock que les habían infligido, el shock de las imágenes justamente. El luto, el paso del tiempo, hacía dos años de aquel funesto día. La novia todavía no había rehecho su vida, se había quedado pegada a sus ex futuros suegros, al recuerdo del ser amado, a su habitación, a sus posters, a su *mountain bike*. Los periodistas también habían hablado con algunos de sus hermanos de armas presentes en el momento de la muerte del joven soldado. Recordaban a su compañero con emoción y pudor, con sus propias palabras, torpes y pobladas de sueños baratos.

—Soñaba con comprarse un Golf GTI nuevo —recordaba uno de ellos.

La mayoría habían sitio desmovilizados, el que hablaba en ese momento era... Sí, sí, era él, *shit*, claro que sí, el teniente que había

entregado la bolsa de Seb a Leppard. ¿Cómo había podido olvidar un apellido tan estrafalario como aquel?

El fotógrafo saltó sobre el teléfono y dejó que sonara un buen rato.

Bloody Sebastian! Ni siquiera tenía contestador. Ojalá pudiera contactar con él antes del día siguiente. Desde luego, desde Chechenia, hacia donde volaba dentro de menos de veinticuatro horas, no podría llamarle.

Seb estaba liándose un porro de costo marroquí barato, seguramente cortado con queroseno o alheña, o las dos cosas, pero bueno, oye, cuando no se tiene dinero, ya se sabe, acababa de salir de la ducha, todavía agotado por una jornada pasada rebozando las paredes de un estudio en el faubourg Saint-Antoine, cuando el timbre sonó en el piso de Pré-Saint-Gervais.

—¡Daniel Moucheboeuf, se llama Daniel Moucheboeuf! —gritaba John Leppard, nervioso a través del auricular.

—¿Qué? ¿Quién? ¿John? ¿Eres tú?

—Perdona, Seb, un nombre así no se puede olvidar. Tu teniente, el que te recogió, el que me dio tu bolsa, acabo de verlo por la tele en la BBC. Se llama Daniel Moucheboeuf.

El poco efecto producido por el costo, que tenía casi tanto tetrahidrocannabinol como un canuto de hojas de plátano seco, se había disipado en el espacio de pocos segundos.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo lo sabes?

—Escucha, mira, la BBC acaba de pasar un documental sobre un soldado francés de la UNPROFOR asesinado por un *fucking sniper* cuando colocaba contenedores en el noventa y cuatro, pienso que era no mucho antes de tu accidente. Se ve al tipo que muere en directo, te lo juro, y la BBC fue a entrevistar a su familia, y también a los otros soldados que estaban con él cuando le disparan, y entonces sabes qué, allí estaba tu hombre, *in person*. Ya está desmovilizado. Filmaron su testimonio, estaba en su casa, vive cerca de París. Marne-la-Vallée, ¿conoces? Sí, eso es. Entonces, Moucheboeuf, se llama, ¿te puedes creer? Teniente Daniel Moucheboeuf. Ahora trabaja como guardia de seguridad, ya sabes, en un supermercado. Bueno. Te tendrás que apañar con eso, tío.

Marne-la-Vallée, domingo 2 de septiembre de 1996

Iba a hacer buen día. Uno de esos en que todavía se deja notar el calor de septiembre, en que el otoño se cuela con suavidad entre el final de las vacaciones y la vuelta al colegio.

Y además era domingo.

Esos días hacían que Daniel Moucheboeuf sintiera una nostalgia infantil casi dolorosa, un poco como cuando en las estanterías de los almacenes aparecían los primeros cuadernos y las carteras sustituyendo a los bañadores y las toallas de playa.

Desde que regresara de África con sus padres, varios años atrás, irrumpiendo en septiembre en una clase de espigados niños galos que lo miraron con desprecio y lo acogieron como a un intruso, el otoño venía siempre cargado con su hatillo de nostalgia, el recuerdo de las náuseas —para, para, Marcel, que el niño está mareado— en el asiento trasero del DS familiar que hacía el camino de vuelta de Berry por la nacional 20.

Invariablemente, tenían que pararse de urgencia un poco pasado Vierzon para que pudiera vomitar en el arcén de la carretera. No era tanto el balanceo del Citroën lo que le causaba el mareo, sino la idea de la tan cercana vuelta al colegio lo que cada vez le retorcía el estómago.

Pero hoy era diferente. Por una vez, no tenía razón alguna para estar triste.

Se fregó los ojos tras apagar el ordenador. Bueno. Había ganado otra partida de *dragones y mazmorras*. La verdad es que se le daban muy bien aquellos juegos de estrategia, y eso que cada vez eran más sofisticados. Se calzó unas chancletas y fue a instalarse al sol en el minúsculo balcón de su estudio con un vaso de naranjada en la mano. Vestido solamente con un pantalón de chándal rojo y una camiseta Harley-Davidson, se puso a observar la vida de aquella mañana de domingo de septiembre que se estaba organizando ante sus ojos. Las mamás empujaban los cochecitos junto a los parterres del parque, los niños jugaban a pelota en el césped prohibido. De un jardín vecino subía un olor a carbón de leña, anunciador de las barbacoas domingueras. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, sus reflejos militares bajaron la guardia y se limitó simplemente a contemplar. Poco tiempo atrás todavía habría analizado automáticamente la situación en términos de guerrilla. Las mamás, los niños, ¿cómo protegerlos? ¿Y aquel jardín? ¿Cómo tomarlo al asalto? ¿Y cómo defender aquella casa unifamiliar? Por si acaso.

Amélie no había querido quedarse.

Ayer, por fin, había aceptado su invitación. La fue a buscar al pie del bloque donde se encontraba la residencia en la que vivía —no estaba permitida la entrada de hombres, le explicó la portera—. La esperó montado en la moto, una Intruder amarilla. Llevaba un casco para ella.

Amélie salió del edificio, vestida con unos vaqueros desgastados y una blusa blanca fruncida que le dejaba los hombros al descubierto. Se había decorado las trenzas con perlas y se las había recogido en un moño. Estaba deslumbrante.

El le propuso ir al cine, ella dijo de acuerdo mientras montaba detrás y ambos se deslizaron entre los embotellamientos del sábado por la noche formados por legiones de habitantes de la periferia que se abalanzaban sobre París. Entre los cascos y el tráfico, no pudieron conversar. No tenía mucha importancia, Amélie parecía una chica tímida, y él era más bien callado. Se sentía torpe. Notar el cuerpo de la joven aplastado contra su espalda, la parte alta de sus muslos tocando los suyos, ya era conversación suficiente.

Se sentía bien así, habría cruzado Francia entera. Para su gusto, la moto llegó demasiado pronto a los superpoblados Campos Elíseos.

Fueron a ver *El paciente inglés*. Una historia de amor. Y de guerra. Evidentemente, era él quien había escogido la película. Tras larga reflexión. Menos mal que duraba tres horas y media. Había necesitado todo ese tiempo hasta decidirse, como un colegial, a coger la mano de Amélie en la oscuridad. Ella no la apartó. El no fue más allá.

Salieron de la proyección todavía cogidos de la mano, la de Amélie temblaba un poco, cenaron en una pizzería, y allí él le confesó su pasado militar. No se extendió mucho en ese período de su vida. Intentó preguntarle a ella sobre la suya, pero no obtuvo más respuesta que: «Es una historia demasiado larga». Ella le preguntó sobre sus gustos musicales. Compararon los méritos de Touré Kounda y de Salif Keita. Después de Bob Marley y del rap francés. Y del ragamuffin. Y del raí.

Y la conversación se agotó. Las miradas no. No se quitaban los ojos de encima.

—¿Vamos? —preguntó Daniel.

Amélie se limitó a asentir con un tímido gesto de la cabeza. Solamente cuando, en lugar de torcer en dirección a la A86 y Créteil, la Intruder siguió recto en dirección a Marne-la-Vallée por la A4, se pegó un poco más a la musculosa espalda del vigilante. A través de la cazadora de cuero sintió los pechos de Amélie que se aplastaban contra él, y su miembro se puso rígido contra el metal del depósito. Hicieron el amor sin esperar, nada más entrar en el piso, pero sin brutalidad tampoco, él era muy dulce, muy tierno, no paró de llenarla de besos, y ella cerraba los ojos púdicamente, apenas dejó

escapar un discreto suspiro.

Para él, el contacto con las mujeres se había limitado, durante los años en el ejército, a las chicas de alterne, a los burdeles.

A Dan le habría gustado saber si Amélie había sentido placer. No se atrevió a preguntárselo.

Pero empezaron una y otra vez, y consideró que aquella era una buena respuesta a su pregunta. Hacia las cuatro de la mañana, la chica le preguntó con su curiosa vocecita si podía acompañarla a casa.

—En la residencia no podemos pasar la noche fuera, si no, nos echan a la calle.

Amélie se quedó con el casco.

Una vez de vuelta, se dejó caer sobre el edredón todavía impregnado de sus olores y bueno, era un hermoso domingo, y mañana, ¡bieeen!, sería un lunes por la mañana. Un lunes con Amélie.

Vaya, llamaban a la puerta. Quién podía ser. Pompompompom, Amélie no había podido esperar.

Solo de pensar en ella, su sexo se empeñó en levantar una carpa de circo bajo la tela de su chándal rojo, pero al abrir la puerta se dio de narices con una especie de quinqui que llevaba un parche de cuero en el ojo, una ropa andrajosa y unos pelos largos y grasientos que se le desparramaban por la nuca. El tipo aquel enfocó el ojo bueno en dirección a la entrepierna del segurata y, balanceándose de un pie a otro, preguntó:

—¿Vive aquí Daniel Moucheboeuf?

La súbita erección del antiguo teniente de la UNPROFOR desapareció al instante.

—Eh, sí, pero quién...

—Verá, me llamo Sébastien Meyer. Soy...bueno, más bien era, periodista y fotógrafo en Sarajevo. Por lo que me han dicho, usted y varios de sus hombres me recogieron en la acera, en la avenida de los Francotiradores, el 11 de mayo de 1994 entre las nueve y las nueve treinta, después de que me hirieran. Al parecer me metió en un vehículo blindado y me llevó al hospital. ¿Le suena de algo todo esto?

Moucheboeuf observó detenidamente a Meyer. No era posible. Aquel tipo con pinta de delincuente, flaco, canijo, con menos carne que un kilo de clavos. Su piel de pelirrojo se puso encarnada hasta la raíz del pelo cortado al cepillo.

—¿Por lo que le han dicho? ¿Y se puede saber quién se lo ha dicho?

—Leppard, John Leppard, el hombre a quien usted tuvo la debilidad de entregar mi bolsa de fotógrafo.

Seb exhibió la bolsa manchada de sangre seca que llevaba en bandolera.

—¿La debilidad? Mire, yo...

Todavía vacilaba y, sin embargo, no había duda. Había aprendido a memorizar una cara. Era capaz de recordar los rasgos de un desconocido que hubiera visto años atrás. Le habían instruido para eso. Se trataba del mismo chico, en efecto.

—¿Puedo entrar?

El ex teniente suspiró apartándose para dejar pasar a Meyer y caminó detrás de él ajustándose el pantalón rojo. En el minúsculo recibidor había un casco de moto sobre una mesita, junto al teléfono. Una cazadora de cuero colgaba en la percha, al lado de una chaqueta azul marino de guarda de seguridad. Unas botas impecablemente lustradas —del 48 por lo menos — esperaban a su propietario en posición de firmes.

Era un típico interior de treintañero urbanita: parquet flotante de madera clara, cocina americana, mobiliario de Ikea, un ordenador, un sofá cama desplegado, un edredón enrollado, una jarapa, un par de botas Harley-Davidson negras, una tele, un vídeo, una minicadena, paredes blancas y desnudas con la excepción de una tela africana antigua cuidadosamente enmarcada. El sol penetraba en el piso por una puerta de cristal que daba a un balconcito donde una silla de plástico se reblandecía por el calor. Una cortina de nailon blanca se balanceaba suavemente mecida por el aire cálido. Como única concesión a la originalidad, en una de las estanterías de la minilibrería destacaba una imponente máscara. La frente abombada estaba realzada con cobre y la madera de la cara tenía conchas incrustadas.

—¿Qué país? —preguntó Seb, con las manos en los bolsillos.

—Zaire. Una máscara chokwe. ¿Le interesa el arte primitivo?

Bueno. No se dignaba contestar. Iba a tener que echarle paciencia.

—¿Y sus heridas? ¿Están ya mejor?

Moucheboeuf lamentó inmediatamente su pregunta. Prosiguió.

—Perdone, siéntese. No tengo mucho que ofrecerle, ¿le apetece un café? ¿O una naranjada? Viene a ser todo lo que hay en la nevera.

—No, no, gracias.

Seb se dejó caer en el borde del sofá crema modelo Goteborg ref. B33.

—Pues...me gustaría que me contara lo que pasó aquel día. Sabe, no me

acuerdo de gran cosa. Estaba en la avenida de los Francotiradores, haciendo fotos, y bum, de repente me despierto en el hospital. Me gustaría llenar algunos agujeros, es humano.

—¿Cómo me ha encontrado, si no es mucho preguntar? —inquirió Moucheboeuf de espaldas mientras hurgaba en la nevera, detrás de la barra de la cocina.

Se sirvió un vaso de naranjada.

—¿Qué trabajo le he dicho antes que hacía? He dicho periodista, ¿no?

—Decididamente, estoy un poco lento hoy. Por la tele, ¿no? ¿Ha visto el documental de la BBC?

—Yo no, Leppard. El me dio su nombre, y el Minitel está para que lo usen.

—¿Está seguro de que no quiere un poco de naranjada?

Seb condescendió.

—Bueno, un vaso de agua.

Mierda. ¿Por qué coño tenía que venir aquel gilipollas a amargarle la vida? Todavía estaba vivo, y gracias a él, encima. ¿No habría podido quedarse donde estaba? Mírale, tenía toda la pinta del pringado crónico. Solo con mirarle, se podían ver las nubes de problemas amontonándose sobre su cabeza. ¿Por qué, Dios mío, por qué no lo dejé allá en la acera, bañándose en su propia sangre?

—¿Y bien?

Moucheboeuf cerró la puerta de la nevera de un golpe de talón y se sentó a horcajadas en una silla blanca plegable modelo Nick.

—Estábamos patrullando por el sector. Unos días antes habían matado a uno de los nuestros, ya debe de saberlo, ahora que su amigo ha visto el documental de la televisión inglesa. De repente hubo una explosión en la avenida de los Francotiradores, estaba tan cerca que por un instante creímos que iban a por nosotros. Por el ruido dijimos: esto no es un obús de mortero. No tardamos nada en llegar desde la calle paralela por la que circulábamos, apenas unas decenas de segundos, y ahí estaba usted, tumbado en la acera y con la sangre chorreándole por el ojo reventado, por las orejas, por la nariz. Estaba claro que a algún francotirador se le había ido la olla y había intentado matarlo con un lanzagranadas. El tipo no le dio por poco, el contenedor detrás de usted quedó hecho picadillo, aunque usted también recibió lo suyo, seguramente la cámara le salvó la vida. Los bosnios estaban fueran de control, disparaban a todo trapo en dirección a

las líneas serbias, su francotirador no tuvo posibilidad de hacer un segundo intento. Nosotros nos dijimos que era una provocación suplementaria, que intentarían endosarles su muerte a los bosnios. Normalmente no teníamos que pararnos a recoger heridos. No nos estaba permitido. Pero ya se lo he dicho, un día o dos antes habían matado a uno de los nuestros. Hice parar el blindado. Cuando vi en su identificación que encima era francés, no lo dudé más, les dije a los chicos, nos lo llevamos y que sea lo que Dios quiera. Los serbios habían empezado a responder a los bosnios, la cosa se estaba poniendo muy negra, nos largamos a toda velocidad, solo tuve tiempo de recoger su bolsa, y al llegar a! hospital me la olvidé en el suelo del blindado. Unos días después, fui a recuperarla y por casualidad me encontré con su amigo y se la di a él. Y eso es todo.

—Eso es todo.

—Sí, eso es todo.

—En cierto modo, le debo la vida. Menuda deuda.

La cara de Moucheboeuf se puso aún un poco más colorada.

—¿En qué arma servía en el momento en que se integró en la UNPROFOR?

—Comandos. Teniente.

—¡Nada menos! Un tipo duro entre los duros. Dígame, no debió de ser fácil quedarse con las manos en los bolsillos mirando cómo Karadzic se cargaba a los bosnios, ¿no?

¡Gilipollas! Su minusvalía no le daba derecho a juzgarlo.

—Puede que pareciera que no hacíamos gran cosa. Pero solo lo parecía.

—Cuénteselo a los musulmanes de Srebrenica. ¿Así que eso es todo?

¿Y qué más quería el lisiado ese? ¿Eh? Solo decía lo que le habían dicho que dijera.

Un comando estaba obligado a guardar silencio sobre su actividad durante todo su servicio y hasta cuarenta años después de dejar el ejército. Se había comprometido. Lo había firmado. Un pequeño detalle. En fin...

—Pues sí, es todo.

—Entonces, gracias por haberme salvado la vida.

Seb se levantó. Justo antes de despedirse, clavó su mirada de cíclope en los ojos azul horizonte del teniente Moucheboeuf.

—Dígame, ¿le suena de algo un minibús de una ONG francófona, Salud y Solidaridad, que estaba por aquella zona en el momento del impacto?

—Que yo recuerde, no.

El ex militar puso cara de reflexionar un poco más.

—No. De veras que no.

Despacio, Sébastien hizo saltar el resorte de la tapa de la bolsa de tela y Moucheboeuf se puso rígido imperceptiblemente. Meyer extrajo de la bolsa un juego de copias a color 13 × 18 realizadas a partir de unas diapositivas. Las echó sobre el sofá cama y el paquete de fotos brillantes se esparció sobre las olas del edredón, captando los reflejos de luz que enviaban las paredes blancas.

—¿Qué es esto?

Dan se levantó a su vez y contempló las imágenes encogiéndose de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Apenas había visto al fotógrafo parapetado. Cuando el proyectil explotó, cuando las balas de fósforo atravesaron la chapa, pensó mierda, qué coño hace ese gilipollas ahí, le van a dar por culo. Nunca habría pensado que hubiera tenido tiempo de hacer esas fotos. Y pensar que él mismo había recogido su material desparramado por el suelo, lo había metido amablemente en la bolsa y se lo había llevado todo, material y fotógrafo, en su vehículo blindado. Visto el estado de las cámaras, no parecía muy arriesgado, la que llevaba en bandolera estaba hecha fosfatina. Ni siquiera pensó en vaciar los carretes. Y también había sido él el que había ido al hospital a llevar la bolsa, después de olvidársela en el blindado. Si aquello no era una metedura de pata, que viniera Dios y lo viera. Decididamente, ya no sabía muy bien lo que hacía. A decir verdad, ya no creía en lo que hacía. En Sarajevo, ni siquiera les estaba permitido recoger a los muertos que se pudrían abandonados durante días, a veces.

Solamente podían mirar cómo los mataban y asegurarse de que los convoyes humanitarios circulasen. Solamente podían asistir impotentes al increíble tráfico que aquello generaba.

Solamente podían mirar a los señores de la guerra enriquecerse con el mercado negro. Solamente podían asistir a la matanza de los inocentes. No, decididamente ya no creía en lo que hacía. De todos modos, aquella guerra ya había terminado. Para él, en adelante, ya no habría ninguna más. Nunca más otra guerra. La piel tibia de Amélie se lo había susurrado la noche anterior. Volvía a ser un civil. Bueno, casi un civil. Había cierto número de cosas de las que nunca podría hablar con nadie. Pero qué más daba aquello

ahora. Seguramente, Goran Milkovic y Emir Ferhatbegovic estaban muertos y enterrados desde hacía tiempo. O estaban huidos. Y fuera como fuera, aquel pringado de mierda no iría a lanzarse en su búsqueda, estaba en las últimas, eso estaba más claro que el agua.

—Siéntese otra vez. Mire, no sé nada de ningún minibús. Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—Iré a Sarajevo —insistió Seb que seguía de pie—. Encontraré a ese cabrón y lo mataré con mis propias manos.

Pues sí. Aquel capullo estaba dispuesto a meterse en la boca del lobo.

¿Quién había dicho que si le salvas la vida a alguien, después te sientes responsable de él?

—Supongamos, solamente supongamos —prosiguió Moucheboeuf— que su minibús también hubiera recibido el impacto de la explosión. ¿Por qué no lo habría mencionado nadie?

—Ni siquiera esos hijos de la gran puta serbios se cargaban a la gente con lanzagranadas. Con obuses de mortero, sí. Con Kalashnikov o con AK 47, sin problemas. Con fusiles de mira de 7,62 mm, de maravilla. En cambio, para detener un coche, sobre todo si era blindado, el lanzagranadas, o las balas explosivas de fósforo, eran ideales. Eso explicaría muchas cosas.

—Con o sin la furgoneta, es muy posible que usted no fuera el blanco. ¿No se le ha ocurrido nunca? Quiere regresar a Bosnia, va a buscar a alguien que puede que ya esté muerto, y si todavía vive intentará matar a un tipo que seguramente ni siquiera le apuntaba a usted.

—Si no paga por mí, pagará por los demás.

Desde luego, era un gilipollas total. Pues que lo remataran.

Con cierto malestar, Dan Moucheboeuf se quedó mirando la puerta por la que Meyer acababa de salir dando un portazo.

Todavía vibraba.

Segunda Parte

ÓRBITAS

Capítulo 6

Freetown, Sierra Leona, febrero de 1989

Sentado al borde de una cama de sábanas mugrientas, Thierry Lesueur abrió una lata de cerveza y se la tendió a su amigo Grooteclaes, que estaba tumbado en la cama de al lado, tras lo cual se echó al coleto un largo trago del líquido ambarino y emitió un sonoro eructo. Acarició la voluptuosa grupa de la prostituta que yacía boca abajo junto a él. Sobre la ciudad caía ya la noche tropical, provocando el estallido de los grupos electrógenos de los alrededores que se mezclaba con los coros de ranas. El calor iba cediendo, y del Rokel River y de las calles de tierra batida subían vaharadas de fruta podrida, agua sucia, broquetas de pescado y polvo. Olía a África.

—¡Ah! ¡Qué bien sienta! —exclamó Lesueur con voz pastosa.

Grooteclaes se limitó a asentir mientras se secaba una gota de sudor que, mezclada con cerveza, le corría por la barbilla. Acto seguido encendió un Marlboro que extrajo del paquete medio vacío que mantenía en equilibrio sobre su pecho cubierto de vello rojo, donde relucía también una cadena de oro de la que colgaba su vieja placa de identidad de la Legión Extranjera. Sus brazos macizos brillaban de sudor bajo la débil bombilla que acababa de encenderse, de manera que la exuberante mujer que llevaba tatuada en el hombro izquierdo parecía tomar vida con cada uno de sus gestos. El hombre se rascó los huevos y de un manotazo hizo levantarse a la chica que estaba sentada a su lado con las piernas cruzadas. Completamente desnuda, se dirigió hacia la puerta de la habitación con un estudiado contoneo de cadera. De las habitaciones contiguas surgían gemidos y chirridos de somier que respondían a las imprecaciones en inglés, los cantos y los últimos cacareos de gallinas que se oían por las calles de los alrededores.

El City Hotel no siempre había sido un hotel de citas. En los años cuarenta el establecimiento había gozado de cierto prestigio. Graham Greene se había alojado en él durante su exilio en Sierra Leona, en 1941. Una de sus novelas, *El revés de la trama*, estaba ambientada allí.

En la actualidad, eran principalmente los 4 × 4 de las ONG los que, desde el crepúsculo, rondaban el viejo edificio de madera alzado sobre pilones y rodeado por una galería exterior.

El hotel pertenecía a Arnaud Grooteclaes. El personal también. Ex legionario, ex mercenario, a los treinta y un años el belga había hecho carrera desde el Chad hasta el Zaire, donde había estado empleado por Mobutu. Posteriormente, junto con varios compañeros de armas surafricanos y rusos, había ido a parar a Freetown, donde la situación se iba deteriorando de mes en mes, a medida que el poder de Momoh[5] se debilitaba. Allí había contribuido a «tratar» a los prisioneros políticos que se mostraban poco explícitos sobre las actividades de sus cómplices. Había trabajado con Nelson Outamba, el jefe de la policía, un tipo enorme oriundo del norte del país, que se paseaba embutido en un uniforme azul de una talla demasiado pequeña para él, marcando su prominente barriga.

Un estilo Idi Amili Dadá pero en más gordo, más macizo y más amenazador que se inclinaba siempre hacia su interlocutor con o si quisiera aplastarlo. Aquel régimen prosoviético totalmente corrupto no tardaría en tambalearse ante los ataques del RUF[6] dirigido por Fode Sanko. Los generales, cargados de condecoraciones, multiplicaban los discursos sobre la utilidad de la tortura. La embajada de Francia situada en frente de la representación libia había quedado reducida al estado de oficina de la DGSE,[7] y hasta los diplomáticos tenían que untar a los aduaneros para poder salir del aeropuerto, al otro lado del brazo de mar que separaba la península del resto de África. Para hacerlo, había que embarcarse en un ferry sobrecargado o bien subirse a un helicóptero remendado con cinta aislante. Era como elegir entre la peste o el cólera. Mientras tanto, había mucho dinero por ganar. El país era un inmenso yacimiento de piedras preciosas. Se podían conseguir diamantes de la talla de media uña por 150 dólares. Grooteclaes había comprado muchos gracias a un sustancioso sueldo de mercenario, y las reventas en Amberes habían resultado muy provechosas. Había podido comprarse el City Hotel con todo su personal femenino incluido. El país sufría una pobreza deprimente, pero había empezado a abrirse al turismo y a las organizaciones no gubernamentales

que realizaban operaciones destinadas, sobre todo, a paliar las carencias de una medicina totalmente subordinada a los apetitos materiales. Faltaba de todo, y el personal médico formado en la URSS se había entregado sin freno al afán de lucro. Naturalmente, si necesitabas que te operasen en el hospital de Freetown, te operaban. Pero el uso de la anestesia dependía de tus recursos económicos. Hablando en plata, si no tenías dinero te operaban en carne viva.

El personal encargado de la logística de las ONG, es decir, del mantenimiento de los camiones, de las tiendas y del abastecimiento, estaba formado por hombres en su gran mayoría, tanto nativos como extranjeros. Rezumaban testosterona por todos los poros. Grooteclaes entendió enseguida que poseer un burdel podía resultar muy rentable en tales circunstancias.

Se hacía viejo para ser mercenario. Y a la ocasión la pintaban calva.

Colgó los guantes.

Así fue como conoció a Thierry Lesueur. El francés había llegado unos meses antes con La Mano Tendida, una asociación francesa que se había empeñado en construir un barco hospital para remontar el río hasta las aldeas más recónditas de la selva. La cosa empezó bastante mal. La barca de fondo plano, transportada desde Francia en un carguero, se hundió en el puerto debido a una tormenta. La tuvieron que reflotar siguiendo las órdenes de Diane Secrétin, una mujer piloto de cuarenta y cinco años, de largo pelo rubio con hilos grises y dura como una piedra. No encajó con Lesueur. Yonqui arrepentido, ex marino de la marina mercante, el normando de complexión endeble y precozmente calvo se había unido a La Mano Tendida después de su cura de desintoxicación. La asociación decidió recurrir a él debido a sus conocimientos marítimos, pero con la oposición de Diane Secrétin. Al cabo de muy poco, la tensión entre ambos se hizo insoportable. Lesueur, gran amante de las chicas africanas y de la cerveza, no tuvo dificultad alguna en encontrar el camino al City Hotel y en llevarse consigo a muchos colegas suyos.

Grooteclaes introdujo una mano, en la que lucía un enorme sello de oro con sus iniciales, en el bolsillo trasero de su pantalón corto, que estaba descuidadamente tirado encima de una silla coja.

De él extrajo un fajo de marcos, dólares, leones y francos sujetos con una goma y lo lanzó en dirección a Lesueur. Aterrizó sobre su barriga y rebotó en la sábana arrugada.

—Ten, tu confesión, esta semana el trabajo no se ha dado mal.

Grooteclaes había dejado su acento belga en la puerta del cuartel el día en que se presentó en el fuerte de la Legión, en Nogent-sur-Marne, para alistarse. Pero un diente delantero partido en diagonal durante una pelea le daba un ligero ceceo que no casaba muy bien con la peligrosidad de su personaje.

La prostituta giró la cabeza. No podía apartar la mirada del fajo de billetes.

Lesueur le dio una patada en el muslo.

—¡Largo de aquí, joder!

Dócil, la joven se eclipsó masajeándose el músculo abductor.

—Menudo coñazo son estas tías en la cama. ¡No tienen ni clítoris! Oye, por cierto —dijo Grooteclaes—, tengo que hablarte. Me parece que esto empieza a oler a chamusquina. Este país se está yendo a hacer puñetas, te lo digo yo, tendremos que poner tierra de por medio.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Lesueur ventilándose otra cerveza, con la voz cada vez más pastosa.

—No tendrías que beber tanto, con este calor te va a dar algo.

El francés se encogió de hombros.

—Unos mercenarios surafricanos, colegas míos —prosiguió el belga—. Los han contratado para proteger los campos diamantíferos a través de una empresa de seguridad, Executive Action. La cosa está muy fea. No te haces idea, todo el mundo está haciendo las maletas. En el fondo de cualquier agujero perdido hay un libanés gordo llenando de diamantes el maletero de su Mercedes, y encima protegido por gorilas de la OLP recién llegados de Beirut, la hostia, tío. ¡Te imaginas! ¡Los israelíes de LIAT Finance and Construction están encantados! Ahora ya no hay competencia, tío, esto va a ser una masacre. Ya se empieza a hablar de cuerpos despedazados y cosas así. Si se lía la gorda, esto será un sálvese quien pueda. De momento, el ejército todavía está con ese gordito simpático, el general Momoh, pero ¿por cuánto tiempo?

—¿El ejército? Son dos mil hombres para más de cuatro millones de habitantes, ¿estás de broma?

—De broma nada, son buenos soldados, pregúntales a los liberianos de ECOMOG.

—En todo caso las ONG tampoco lo tienen muy claro —añadió Lesueur—. Y si no hay ONG ni turistas, no hay Chentes. ¿Qué vamos a

hacer?

—No te preocupes, he pensado en algo. Podría liquidar este antro infame, endosárselo a algún primo. Si se te ocurre un posible cliente...

—¿Con las chicas?

—Nooo. Justamente. Con la pasta, envío a las chicas a Bruselas. Las meto en unos escaparates y me forro. A mis compatriotas les va el rollo exótico. No ven mucho el sol por allá arriba, ¿entiendes?

Thierry Lesueur se levantó y, cojeando, fue a buscar el paquete de Gitanes sin filtro que tenía sobre una mesa situada delante de la ventana cerrada por una mosquitera. Se frotó la cadera deformada por una enfermedad congénita y se caló el cigarrillo entre los dientes picados. Sus arrugados testículos le colgaban sobre unos muslos raquíticos. Sus ojillos negros eran tan expresivos como cabezas de clavo.

Se puso a buscar su encendedor, pero no lo encontró.

Grooteclaes le tiró su Zippo, y el francés no lo alcanzó.

¡Joder! Estaba hecho una auténtica mierda para tener veintinueve tacos.

Lesueur se agachó y recogió el encendedor con gestos lentos. Se volvió a sentar al borde de la cama y, abriendo otra lata, preguntó:

—¿Por qué no París?

—Mmm...Sería lo ideal. Pero ahí no tengo contactos.

El ex legionario aplastó un mosquito que había conseguido infiltrarse entre las mallas y que terminó incrustado en la insignia de paracaidista que llevaba tatuada en el antebrazo izquierdo.

—Yo sí.

—¿Tú? Anda ya, no digas gilipolleces. Con lo que bebes, el único contacto que debes de tener es la dirección de un cervecero.

—Pues no, tengo algunos amigos en la embajada de Sierra Leona, en París, y otros aquí, en la embajada de Francia, con la historia de la barca he conocido a bastante gente. Y mira por dónde, hasta sé a quién venderle las chicas una vez estemos allá. A quince mil francos cada una, ni siquiera tendrás que ocuparte de la chorrada esa de los escaparates.

—Espera, ¿lo dices en serio? Si no es broma, te prometo una comisión de cojones sobre todo lo que saque.

Lesueur exploró la mirada azul horizonte del belga y dejó su lata vacía.

—Que le den por culo a tu comisión. Lo que quiero es que seamos socios, al cincuenta por ciento. Si no, te las apañas tú solo y te largas a Bruselas.

Grooteclaes se había quedado de piedra.

Se rascó la cabeza que se había afeitado con la maquinilla ajustada en la selección «Barba: 5 días». Tenía el pelo precozmente blanco. La piel de su cráneo de pelirrojo se había tornado color burdeos congestionada por los ataques del sol.

—¡Serás cabronazo! ¡Qué callado te lo tenías! Tú, poniéndome condiciones a mí. Tú, un vulgar intendente de mierda.

—Lo tomas o lo dejas, tú verás.

—No sé, me lo tengo que pensar. Y, además, me has de dar algunas garantías. No voy a jugarme todo el dinero al mismo número. Enviaré la mitad a Bruselas y la mitad a París. ¡Ah! Lo primero: que dejes de empinar el codo. Bien dejaste el caballo. La gente borracha tiende a hablar demasiado.

Lesueur se lo prometió. Era fácil, las promesas de los borrachos no cuestan mucho.

Así que el belga y el francés siguieron dándole a la cerveza en la noche de Sierra Leona, luego llamaron a unas chicas, pero la excesiva ingesta de alcohol hizo que su actuación no resultara muy lucida. Hacia las tres de la madrugada, en medio de un delirio etílico salpicado de relatos de guerrilla y de jodienda, Thierry Lesueur tuvo la gran idea.

París, noviembre de 1991

Una mano sacudía el hombro de Norbert Bensimon. Con dificultad, emergió del sueño.

Y eso que no recordaba haberse quedado dormido.

—Venga, hombre, déjalo, esta noche ya no harás gran cosa. Mierda, menudo gilipollas, quiere follarme y ni siquiera se le pone tiesa, me siento como una campana con un badajo demasiado corto para poder tocar el ángelus.

La muchacha sobre la que estaba tendido en pelotas intentaba reptar para desprenderse del peso de Bensimon. Al final consiguió librarse de su inepto amante y se alejó.

Incluso sus nalgas caídas dedicaron una expresión de desprecio al representante que estaba sentado en uno de los numerosos colchones de espuma y se frotaba los ojos bostezando. Un poco más lejos, en la penumbra, una mujer estaba acuclillada, de espaldas, sobre la cara de un hombre cuyo miembro erguido apuntaba hacia el techo. El corto pelo moreno de la mujer se movía al ritmo de las ondulaciones de su pelvis.

Nalgas caídas se paró y observó por un momento a la pareja.

Entonces, con los ojos clavados en los de Bensimon, se hizo con uno de los muchos condones que había en un recipiente sobre una mesa baja y recubrió la virilidad que allí se le ofrecía. A horcajadas se empaló lentamente sobre el hombre de barriga blanca e hinchada que estaba lamiendo a la morena. Varios tipos de mediana edad que se masturbaban en círculo en torno a la escena soltaron por un momento el manubrio para ponerse a aplaudir.

Bensimon bajó los ojos sobre su flácido miembro todavía enfundado en un condón arrugado, suspiró y consultó su Rolex. Las cinco de la madrugada, joder, estaba molido. Se frotó los ojos y miró a su alrededor, vagamente mareado, como si despertara de una pesadilla.

Por todas partes, los cuerpos mezclados de los clientes habituales de Chez Frank et Jackie se removían cadenciosamente sobre los colchones que, dispuestos en el suelo, ocupaban hasta el último recoveco.

Había de todo. Barrigas, nalgas celulíticas, pechos caídos, pechos siliconados, muslos tristes, apolos de gimnasio, rubias teñidas, pelirrojas teñidas, incluso una morena teñida. Adeptos al bronceado integral que retozaban todo el verano en la playa nudista de Cap d'Agde, paliduchos que pasaban las vacaciones en París, otros que lucían tan tranquilos las marcas del bañador. Los vasos de cóctel medio vacíos y con huellas de carmín yacían en las baldosas salpicadas de agua. En la pequeña piscina que ocupaba el centro de la sala, bajo una claraboya, se divertían varias parejas. Un olor mezcla de cloro, sudor, perfume rancio, ceras perfumadas y sexo cargaba el aire.

Bensimon fue a la ducha, se frotó la más mínima parcela de su cuerpo hasta ponerse encarnado, y después se dirigió al vestuario a recuperar su traje Príncipe de Gales y su corbata de seda con palmeras estampadas. Ahora se sentía despierto, pero necesitaba desesperadamente una raya. Fue al servicio a empolvarse la nariz. Una pareja estaba maullando detrás de una de las puertas que vibraba al ritmo de sus entusiastas embestidas. Caray, había que ser vicioso. ¡Irte a follar al lavabo cuando estás en un club de intercambios! Y vete a saber, igual era el propio marido el que la estaba haciendo correrse de aquella manera. Hay gente para todo.

Ligeramente mareado, Norbert Bensimon se estremeció mientras subía a su Jeep Cherokee. La humedad que subía del cercano Marne traspasaba su abrigo de piel de camello. Introdujo una casete de David y Jonathan en

el reproductor y ajustó la calefacción al máximo. Pasó por delante del restaurante Chez Gégène, cruzó el puente de Joinville y se internó por el bosque de Vincennes en dirección a Saint-Mandé.

El edificio de piedra tallada donde vivía daba a una callecita tranquila, a dos pasos del bosque. En fin, vivir era mucho decir. El piso de cinco habitaciones que había comprado gracias a su excepcional talento para colocar inversiones y seguros de vida a unas clientas con las que follaba regularmente apenas estaba amueblado. Una cama, una lavadora, una gigantesca televisión y un vídeo.

Calcetines sucios y ropa tirada de cualquier manera por el parquet de roble. Cada mañana, el comercial iba a correr una hora o dos, indispensable para mantenerse en forma. Y, además, para no exhibir un cuerpo deformado por la grasa en las orgías. Dado el ritmo desenfrenado al que vivía, y dado su consumo de cocaína, de vez en cuando podía permitirse el lujo de engullir montañas de espaguetis en la pizzería de la esquina, a los treinta y seis años su cuerpo delgado y musculoso no tenía ni un gramo de más. Bensimon fue al baño y se roció con agua helada. Señor, ¡qué mala cara! Todas aquellas arrugas...decididamente, pasados los treinta uno es responsable del careto que gasta.

Con la mandíbula contraída y rechinando los dientes, se tumbó en la cama y metió una cinta porno en el vídeo. Las imágenes de *Guerra y pedos*, una película X anal con Tromblon Grosmelon, la estrella del momento, empezaron a desfilar ante sus ojos lijados por la coca. Al cabo de unos instantes, su miembro, espabilado, consiguió una rigidez aceptable. El representante se corrió en un Kleenex, hipnotizado por una escena de felación que terminaba en eyaculación facial. Se sabía la cinta de memoria y consiguió eyacular en el momento en que el esperma brotaba sobre la cara de la actriz de mirada muerta.

Fue a ducharse y dejó correr el agua un buen rato. Norbert Bensimon era un maníaco de la limpieza. Si pudiera, en los clubes se pondría dos condones, uno encima del otro.

Apagó la luz. Los números azules del reloj del video parpadeaban indicando las 6. 02 en la oscuridad.

Todo había empezado al morir su madre, unos años antes. Era hijo único.

Ciertamente, el comercial siempre había sido lo que solía llamarse un hombre fácil. Pero muchos representantes del género masculino estaban en

el mismo caso. Sus padres se habían ido de Rabat en el cincuenta y seis, un año después de su nacimiento. Los problemas surgieron cinco años después. A su madre la pillaron robando en una tienda de marroquinería de la place de la République. Había cogido una cartera que, según ella, iba a regalarle a su marido. El problema era que Isaac Bensimon, con lo que ganaba en su consulta de dentista en Richelieu-Drouot, tenía todo el dinero que quería para comprarse aquella cartera y más. Aquella extravagancia habría podido no tener más consecuencias, pero, unas semanas después, la madre de Norbert reincidió con diez barras de lápiz de labios y un frasco de N.° 5, en el Printemps. Esta vez volvió a casa custodiada por dos policías. Hubo que rendirse a la evidencia, Perla Bensimon era cleptómana. Un día, su estado se agravó bruscamente. Se escapó con un talonario de cheques que no tardó mucho en usar a diestro y siniestro, dejando tras de sí un rastro de cheques sin fondos. Una noche, tras tres meses de ausencia, regresó con la ropa arrugada, el pelo enmarañado, y su marido, en pijama en el pasillo, la tomó entre sus brazos llorando y el pequeño Norbert, que no perdonaba a su madre aquel brutal abandono, se refugió tras un muro de aparente indiferencia. Hubo otras veces.

Finalmente, como último recurso, optaron por internarla.

A los quince años, Norbert abandonó el domicilio familiar y empezó a abrirse camino en el mundo del comercio, vendió de todo, serigrafías puerta a puerta, coches, muebles. Su índice de éxitos era increíblemente elevado, casi del noventa por ciento. Al final lo contrataron por un sueldo estratosférico en una sociedad de inversiones financieras, y gracias a su don para los negocios pudo limitarse a dos o tres clientes diarios para alcanzar un resultado superior al que obtenían sus compañeros en diez o doce entrevistas. Por los pasillos de la Parisian Investment se murmuraba que Bensimon era un superdotado para las ventas. De vez en cuando, ciertamente, visitaba los enormes pisos del distrito XVI o de Neuilly y se dejaba caer en los sofás Chesterfield de las señoronas que querían matar el aburrimiento y, cada vez, se volvía loco cuando veía aparecer sus bragas de puntilla encima del trozo de piel desnuda que dejaban las medias negras sujetas, como es debido, por un liguero. El dinero le interesaba poco, a pesar de su talento tan especial para amasarlo. De higos a brevas iba a visitar a su padre, en Vincennes. El anciano vivía recluido en un pisito, se había vendido la consulta y no veía a nadie aparte de su hijo. En 1985 todo se vino abajo.

Norbert se enteró de que su madre tenía un cáncer incurable. Desde el pecho, las metástasis habían colonizado todo el organismo. Primero quiso negar la gravedad del mal que padecía Perla Bensimon, se convenció de que se curaría, y no quiso ir a verla a Maison-Blanche donde estaba ingresada en una unidad médica. Murió sin haber vuelto a ver a su hijo, que cayó en una depresión aguda al tener noticia del fallecimiento. Jamás pudo visitar la tumba de su madre.

Incapaz de brindar apoyo a su padre, se dejó ir a la deriva al cabo de pocos meses.

Primero fueron las salidas nocturnas al Bois de Boulogne, las parejas de exhibicionistas en los coches, las pajas tras los cristales. De vez en cuando, una candidata más audaz que las demás bajaba del coche y se dejaba follar en el capó delante de su fulano. A veces, las noches evolucionaban de manera inesperada, como aquella de julio en que el grupito de mirones llevaba un buen rato esperando en vano a que llegara alguna pareja de exhibicionistas, y todos terminaron teniendo hambre.

Uno de ellos fue hasta la Porte Maillot, donde consiguió jamón, salchichón y vino. Todo el grupo empezó a disfrutar del improvisado picnic. En un momento dado, una berlina de lujo se paró delante de la verja de la embajada de la URSS, el conductor hizo luces al grupo de mirones que comía sobre el maletero de un R5, mientras la pasajera se iba ya desabrochando el sujetador. Los improvisados excursionistas exclamaron a coro: «¡Un momento, que estamos comiendo!».

Una mañana, como hacía semanas que no tenía noticias de su padre y no le contestaba nunca al teléfono, Bensimon se presentó en el domicilio paterno en Vincennes. Golpeó la puerta varias veces, llamó «¿Papá?», pero no obtuvo respuesta. No tenía la llave de la puerta blindada a prueba de atracadores. Tuvo que decidirse a llamar a los bomberos, que hundieron la puerta y encontraron a su padre acurrucado en el pasillo, enclaustrado en un mutismo absoluto. Aún tras pasar varios meses en un establecimiento psiquiátrico, se seguía negando a comer solo, a caminar y a hablar.

De las excursiones nocturnas Norbert pasó al sexo en grupo, de la mano de unas parejas conocidas en la place Dauphine. Poco a poco el sexo se convirtió en una ocupación a tiempo completo. Minitel rosa, ligues sistemáticos con sus clientas, clubes de intercambio, todo valía. Pero eso no era suficiente para mantener la locura a distancia. Aún le quedaban las noches de insomnio por llenar. Durante el día, Bensimon concertaba una o

dos citas, mujeres generalmente, les vendía planes de inversiones y se las follaba furtivamente —tal como confesaba a su psicólogo, eran polvos más bien malos—, pero en cuanto caía la noche, la angustia se apoderaba de nuevo de él. Entonces hojeaba febrilmente su agenda en busca de un «pasaporte», una amiga de buena voluntad que le permitiese entrar en pareja en un local de intercambios, y las noches en que no encontraba a nadie tenía que decidirse a contratar a precio de oro a una *call-girl* para que interpretara el papel.

Ahíto de sexo, no conseguía dormirse hasta el alba.

Norbert Bensimon no bebía y menos aún fumaba. Pero la cocaína se le había vuelto indispensable para resistir noches enteras y encontrar fuerzas para ir durante el día a convencer a los clientes de que colocaran su dinero en planes de inversiones financieros.

Empapado en sudor, daba vueltas y más vueltas en la cama, enredándose con las sábanas y el edredón.

Incapaz de conciliar el sueño, totalmente agotado y con la boca seca, Bensimon se incorporó en la cama. El reloj del vídeo marcaba las 6. 45.

Ahora ya se sabía el número de memoria.

La chica descolgó al primer tono.

Topanga Canyon, California, diciembre de 1991

Duane Mortensen detuvo por unos instantes sus series de repeticiones, dejó las pesas en los soportes y se incorporó para respirar un poco. El sudor le bajaba por la frente ceñida con una cinta en tela de esponja que le sujetaba el largo pelo rubio. En su torso desnudo y lampiño, bien depilado, las gotas de sudor trazaban como pequeños arroyos canalizados por las abultadas venas de unos músculos inflados a tope.

Se secó la cara con una toalla que después se colgó del cuello y permaneció un momento sentado en el banco de halterofilia, con sus monstruosos antebrazos sobre las rodillas, mirando pasar a los paseantes de Venice Beach. Algunos de ellos, cansados de la distracción que ofrecían los puestos de tatuajes con alheña y de masajes de shiatsu, se paraban delante del gimnasio al aire libre.

Muscle Beach, el mayor templo californiano del culto al cuerpo que pudiera imaginarse.

Con las manos agarradas a las verjas como chimpancés, los ojos llenos de una mezcla de fascinación, envidia y desagrado, los curiosos contemplaban a los atletas bombardeados por los rayos UVA en pleno

ejercicio. Ellos estaban encantados de marcar los pectorales o los bíceps inflados con hormonas delante de la gente curiosa, sin dejar de aparentar, sin embargo, una mayestática indiferencia en toda regla.

—Chip, ¿qué tal estás hoy? —preguntó Mortensen con voz llena de solicitud y levantando la cabeza, un instante después de que un gigante de dos metros cinco que arrastraba una pierna se hubiera puesto entre él y el sol de California.

—Bien, ya tengo el tobillo mejor, como puedes ver. ¡Caray, esto me pasa por ir mirando a las chicas en vez de fijarme por donde voy!

Chip Foster se había dado un batacazo en Santa Monica Beach. Cuando estaba probando sus nuevos patines, se había cruzado con una de aquellas diosas rubio platino, con físico de surfista y tetas como parachoques de Cadillac de los años cincuenta. La chica iba vestida con un biquini cuya superficie total de tela no habría bastado para forrar una pelota de golf. Chip se había quedado con la boca abierta, tanto más cuanto que la pava, al cruzarse con aquella especie de gigante montado en patines que con la mirada le arrancaba sus tres minúsculos triángulos de lycra estampados con estrellas, le dedicó una sonrisa que por sí sola constituía un vibrante homenaje a la ortodoncia de lujo. Así fue como Chip olvidó por completo la curva que se abría ante él, obnubilado como estaba por las de la patinadora, y se fue a dar de morros contra una palmera. En la caída se torció un tobillo. Chip dirigió una mirada de admiración a los abdominales de Mortensen.

—¡Vaya! ¡Menudos progresos estás haciendo! Yo, más bien es lo contrario. Con esto del accidente no he podido entrenarme mucho. Pero ahora ya puedo ir empezando, poco a poco.

—Gracias, Chip, eso está muy bien. Oye, hay un restaurante macrobiótico nuevo en Santa Monica Boulevard. ¿Qué tal si vamos un día de estos a probarlo? Dicen que tienen unos linguini al tofu geniales.

—Vale, ¿por qué no? A menos que prefieras la comida japonesa. Conozco un sushi bar absolutamente fabuloso, a dos pasos de la Cuarta y Santa Monica Boulevard.

—Bueno, ¿por qué no? Lo echamos a suertes y ya veremos. En todo caso, nada de volver a Chez Jake and Annie, la última vez nos pusieron demasiada comida. La orquesta de jazz es fabulosa, pero tanta cantidad es fatal para la línea. ¡Y con un poco de suerte nos cruzamos con tu Venus en patines!

Mortensen se levantó. Dio una o dos palmadas en el musculoso hombro de Chip Foster, que se dirigió a los vestuarios cojeando ligeramente. Luego se echó en el banco y volvió a empezar su ejercicio de pesas mientras las sombras de las palmeras se alargaban sobre Venice y la muchedumbre de curiosos se despejaba. Los olores de hot dogs y de crema solar bajaban ahora y vaharadas de yodo subían hasta Muscle Beach. Más lejos en la playa, los sordos tañidos de los tambores africanos sonaban acompasadamente. Los amantes del *djembé* de los alrededores tenían la costumbre de reunirse cada día en la arena para saludar al crepúsculo. Era hora de volver a casa.

Duane Mortensen estaba contento de sí mismo. Había pulverizado su propio récord: ciento cincuenta repeticiones con cincuenta kilos en cada brazo. Todavía podía sentir la tensión y el ácido láctico acumulados en sus bíceps hinchados por el esfuerzo y los anabolizantes.

No estaba mal para tener treinta y tres años. La edad de Cristo.

Mortensen se echó a reír mientras subía a su deportivo BMW amarillo, descapotado bajo un cielo de California nublado de contaminación. La radio anunciaba veintiún grados. Mmm...perfecto. Realmente, había sido una idea cojonuda abandonar las escarchas neoyorquinas en 1987 e invertir el dinero duramente ganado en Wall Street en el Silicon Valley. Todos aquellos *golden boys* gilipollas no veían más allá de la Bolsa, se creían los amos del mundo, pero la cúspide de la cadena alimenticia era él.

Sadam Husein había reducido sus carteras de acciones a papel mojado y ahora, endeudados como estaban, se meaban encima de miedo y malvendían sus suntuosos lofts y sus colecciones de arte contemporáneo.

Si hubieran hecho como él, no estarían así. Mortensen había cogido la pasta y la había invertido en un sector de futuro: Internet, los teléfonos móviles, los ordenadores, las autopistas de la información, la nueva economía, eso era lo único verdadero, por amor de Dios, aquellos capullos no habían visto venir las cosas.

Duane Mortensen dejó atrás el Santa Monica Pier, ahí donde la Gran Noria marcaba el final de la Ruta 66, y dejó Santa Monica para adentrarse en la autopista Pacific Coast en dirección a Malibú.

Las olas del Pacífico mordisqueaban los acantilados y las palmeras se inclinaban suavemente bajo el viento.

Al llegar al nivel de Pacific Palisades, torció a la derecha y el deportivo amarillo empezó a escalar las cerradas curvas de Topanga Canyon.

En los años setenta, el cañón había sido un lugar de encuentro de toda la marginalidad. Primero colonizado por los hippies, pronto se convirtió en un punto estratégico para la industria del porno. Los platos de rodaje florecían en las aisladas residencias. En la actualidad, la gente se peleaba por comprar a precio de oro una casa en los meandros de aquellas colinas salvajes donde todavía subsistían pumas y serpientes de cascabel, a menos de una hora del centro de Los Angeles y apenas a diez minutos de la playa. La casa de diseño que había comprado Mortensen le había costado los dos ojos de la cara, nada menos que cinco millones de dólares, pero estaba más que orgulloso. Soñaba con una casa diseñada por Ghery, el arquitecto de culto de California, el mismo que había realizado el centro comercial de Santa Monica, pero, incluso con sus recursos, el Maestro quedaba fuera de su alcance. Se tuvo que conformar con uno de los antiguos brazos derechos de Ghery que había sabido cortar el cordón umbilical y lanzarse por su cuenta.

No lo había lamentado. La amplia construcción de sequoya recubierta de tablones contenía nueve habitaciones del tamaño de una pista de baloncesto escalonadas en la pendiente del cañón, sobre Pacific Drive. El gran garaje albergaba, además del deportivo BMW, una camioneta *pick-up* Toyota de gama alta último modelo. El jardín en terrazas descendía hasta el río y las grandes puertas acristaladas ofrecían una vista panorámica sobre las montañas de Topanga. La oscuridad descendía, y el halo de las luces del valle de San Fernando chocaba contra las nubes. El aullido de un coyote subió hacia el cielo.

Mortensen tiritó. Las noches eran frescas allá arriba, estaban a ochocientos metros. Echó un tronco de leña en la chimenea que había encendido y se preparó una raya en la tabla baja del salón, delante del fuego. ¡Ah, qué gusto!

Apretó la tecla play del mando a distancia del vídeo.

Una chica completamente desnuda entraba en un cuarto frío e impersonal, sin muebles, con las paredes blancas, donde solo se veía un colchón de agua. Era una morena de pelo largo y liso, piel bronceada y pechos grandes, anchas caderas de mexicana y muslos precozmente celulíticos. No debía de tener más de veinte años, pero por la mueca de sus labios carnosos, por la frialdad de su mirada, era fácil adivinar que ya llevaba muchas horas de vuelo.

Preguntó dónde estaba el cliente. La habitación vacía resonaba y la

mala calidad del vídeo acentuaba la reverberación. La cámara seguía grabando, filmando fríamente la falta de respuesta, el enfado de la chica —cabrones, hijos de puta, ¿dónde está ese tipo podrido de pasta del que me hablaron?—, miraba a su alrededor, ¿qué es este pinche tugurio? Se había llevado las manos a las rotundas caderas, en una postura de virgen ultrajada que su desnudez desmentía. Se rascaba el vello púbico cortado en forma de corazón. Al cabo de un momento empezaba a llamar de nuevo. ¡Eh!, ¿hay alguien? ¡Contesten, carajo! Y la piel se le erizaba bajo la caricia climatizada de las bocas de ventilación. Se tapaba el pecho con los antebrazos cruzados, las manos puestas en sus hombros regordetes. Y luego ¡mierda!, se desanimaba. Después de ponerse de puntillas, se resignaba a dar media vuelta. Pero la puerta por la que había entrado permanecía cerrada pese a sus intentos por abrirla. La muchacha empezaba entonces a llamar otra vez, pero en un tono diferente. Bueno, basta ya, no hagan bromas, ábranme. Tras varios intentos, empezaba a golpear la puerta y sus gestos desencadenaban ondas bajo su piel grasa. La incomprensión primero y el pánico después invadían sus ojos, cuando un hombretón enmascarado con una capucha de penitente abría al fin la puerta, accediendo a sus súplicas, y penetraba en la sala, avanzando hacia ella. Era el momento que más excitaba a Mortensen. Cuando todo se precipitaba. Cuando la mirada profesional de la puta se cargaba de pánico absoluto, cuando el miedo la hacía de nuevo humana.

Sí, le gustaba aquel momento, casi tanto como cuando el verdugo la mataba.

El problema era que, incluso cuando se tomaba su tiempo, siempre iba demasiado deprisa para su gusto. La chica protestaba, naturalmente, daba vueltas por la habitación hasta que él la atrapaba, la cama de agua no constituía más que un obstáculo menor entre ellos, y en cuanto él la tenía cogida por un ala, ella se ponía a suplicar, lloraba, rogaba, pero él ya la había clavado contra la pared con tanta fijeza como un entomólogo, la sujetaba al tabique por el cuello, ya no podía ni gritar, y entonces le hundía el cuchillo en el vientre, ella intentaba desprenderse, sus piernas que querían vivir golpeteaban como carpas fuera del agua, las tripas se le escapaban del cuerpo, intentaba sujetarlas, se movía cada vez más despacio a medida que la hemorragia cumplía su cometido. Con la mirada clavada en las manos de la chica pringadas en su propia sangre, su propia mierda, Mortensen, con los dedos apretando su polla congestionada, se corrió sobre

los muslos, ya que se había bajado el pantalón del chándal hasta los tobillos.

Aquello le daba sed. Después de secarse con una servilleta de papel que tiró descuidadamente al suelo de parquet, fue a la nevera armario y se sirvió un buen trago de vodka helado.

El hombre de negocios sacó la *snuff movie* del vídeo y la guardó con cuidado en la caja fuerte disimulada detrás de un pequeño Kandinsky que le había costado una fortuna.

De la misma caja fuerte había extraído su objeto preferido, una carta de Charles Manson, el asesino en serie que se había hecho famoso matando, con los discípulos de su secta, a Sharon Díte, embarazada de varios meses, y a algunos de los más fieles amigos de la familia Polanski.

La notoriedad de las víctimas dio todavía más fama a Manson. Su mirada incendiaria, su aspecto de Rasputin dieron la vuelta al mundo.

Duane Mortensen había comprado la carta hacía un año en Cult Killers, una tienda de Hollywood Boulevard especializada en asesinos en serie, a dos pasos del Death Museum. El hombre de negocios se convirtió enseguida en cliente asiduo del garito dedicado a los superdepredadores. Las reglas de su mundo eran las mismas que las que regían las esferas en las que se desenvolvía Mortensen: eliminar a los eslabones débiles. Elegir las presas más vulnerables. No hacer prisioneros. En Cult Killers podías encontrar cartas de asesinos, las más caras siendo, por supuesto, aquellas en las que se vanagloriaban de sus crímenes. Estaban expuestas en una vitrina blindada, y su precio podía alcanzar varias decenas de miles de dólares, sobre todo si el *serial killer* había sido ejecutado ya.

El asesinato como una de las bellas artes. Los asesinos se cotizaban según la violencia de sus crímenes, y también de su número, y su cotización subía más cuando eran ejecutados. Duane podía permitírselo. Había empezado aquella colección por curiosidad, al principio, pero luego se había enganchado. Caray, aquellos tipos eran fascinantes por su inteligencia y su pragmatismo.

Los clientes menos adinerados de la tienda podían, pese a todo, saciar su pasión por lo macabro haciendo mucho menos gasto.

La librería estaba repleta de biografías llenas de suculentos detalles y revelaciones inéditas. La clientela también podía adquirir facsímiles de fotografías originales de la policía. Retratos de asesinos de rostros anodinos, escenas de crímenes plasmadas por las luces de los flashes. La

sección de vídeo estaba igualmente bien surtida de documentales de todo tipo y ficciones inspiradas en la vida de Ted Bundy o Ed Gein, el famoso psicópata de los años cincuenta que mataba para confeccionarse ropa con piel humana. Pero excepto algunas secuencias de ejecuciones en la silla eléctrica o en la cámara de gas rodadas fraudulentamente, no se podía encontrar ninguna de esas películas que muestran un asesinato en directo llamadas *snuff movies*.

Los aficionados las compraban bajo mano a precio de oro. Eso era, en todo caso, lo que se contaba en las recepciones, en voz baja al final de las fiestas, cuando todo el mundo ya estaba trompa y las conversaciones derivaban hacia temas un tanto escabrosos.

Desde luego, Mortensen había oído hablar de ellas a menudo.

Al cabo de varios meses acudiendo regularmente a Cult Killers, ya había perdido el interés.

Las cintas que había comprado hasta entonces mostraban a tipos asándose en la silla eléctrica.

Se veía la sangre hervir y salirles por la nariz y las órbitas ocultas por una capucha de la que subían volutas de humo. La placa de metal colocada en lo alto del occipucio de los condenados chisporroteaba y los pobres desgraciados saltaban como palomitas de maíz en una sartén.

La cámara se detenía un instante en el pantalón mojado de orina.

Era excitante, al principio sobre todo. Las primeras veces, Mortensen se había pasado este tipo de secuencias hasta diez veces seguidas.

Luego hizo un descubrimiento perturbador. Las imágenes también se desgastaban. Era el problema. Se sabía de memoria cada segundo de las cintas. Pronto necesitó otras. Y otras más.

Un día, finalmente, se atrevió a lanzar una indirecta a uno de los vendedores, un Ángel del Infierno de unos cincuenta años y una buena tripa cervecera. De poder ser, le gustaría comprar —le dijo con mirada torva—, algo más, digamos, más...fuerte.

Cuando por fin le entregaron su primera *snuff movie*, volvió directamente a su casa acelerando como un adolescente que se trae su primer *Playboy* a escondidas.

No le decepcionó.

Todo, la cara de la chica, la manera cómo se defendía, sus últimos estremecimientos, absolutamente todo estaba cargado de un tórrido erotismo. No se pudo aguantar. Se bajó el pantalón y se masturbó como un

loco, disfrutando de mala manera, nunca había sentido tanto placer.

Empezó otra vez, y otra, y otra, toda la noche, pasando la cinta sin parar.

Al amanecer, sabía ya que con las *snuff movies* le pasaría como con los documentales de ejecuciones capitales. Pronto necesitaría más.

Aunque en los últimos tiempos las redes latinoamericanas estaban sufriendo una fuerte competencia por parte de las mafias de la Europa del Este, la filial que abastecía a Mortensen era mexicana. Detrás de ellos tenían, según decía el vendedor, una sólida y antigua experiencia en el tema. Tan vieja, sin duda, como la invención del cine.

Duane Mortensen estaba releyendo la carta de Manson por enésima vez. Era su objeto favorito, la joya de la colección que dedicaba a los asesinos en serie: un correo enviado desde su celda a su abogado. En él justificaba el horror de los crímenes cometidos por la necesaria purificación del ideal de los años sesenta viciado por el dinero.

Sí, decididamente, Manson era el más culto, el más inteligente de todos, ¡un supersuperdepredador! Desde que había comprado la carta, Mortensen le había escrito en varias ocasiones sin obtener nunca respuesta.

Lanzando un enorme suspiro de lamento, guardó cuidadosamente la carta al lado de una pequeña pila de cintas de vídeo y cerró la puerta de la caja fuerte.

Salió un momento al balcón. Sus bíceps todavía estaban contraídos por el esfuerzo.

El aire olía a ozono y a salvia.

Allí, ni siquiera el lejano rumor de la Ciudad de los Angeles llegaba hasta él.

Vestido con su chándal en el balcón, el especulador de capitales daba vueltas como un pato decapitado. La humedad había caído en las montañas y la nube de vapor de agua de su aliento surgía de su pecho como de una locomotora a vapor funcionando a todo trapo. Al cabo de unos minutos empezó a tiritar, y entró a calentarse los pies descalzos en el parquet de *redwood* que cada día enceraba Encarnación, la salvadoreña a la que había contratado como mujer de la limpieza y a la que pagaba generosamente tres dólares veinticinco a la hora, en negro. Mientras no metiese las narices en lo que no le incumbía.

Sin poder aguantarse más, corroído por la duda, Mortensen fue hasta el Kandinsky y volvió a abrir la caja fuerte.

Volvió a poner la cinta en el vídeo, la rebobinó y la volvió a pasar aceleradamente.

En cuanto tenía la menor sospecha, apretaba el botón pausa del mando a distancia. Luego pasaba la cinta a cámara lenta, imagen por imagen, en busca del menor indicio de trucaje.

Pero, no, nada. Con los ojos enrojecidos por la pantalla y la cocaína, se levantó, dio una vuelta alrededor del enorme televisor, volvió a sentarse en su butaca Bauhaus de piel negra, volvió a levantarse y fue a la caja fuerte, con la cinta en la mano rascándose maquinalmente la sangradura del codo. Hurgó un momento en un fajo de papeles antes de extraer una carta datada del 29 de noviembre de 1991.

«¡Las *snuffs* no existen, gilipollas! ¡Es todo falso, es un trucaje!» Hacía ya una semana que había recibido la carta.

Melchior Turman estaba lejos de tener la notoriedad de Manson. Duane había encontrado un pequeño opúsculo dedicado a él en Cult Killers. A decir verdad, aquel oscuro asesino en serie no contaba en su haber más que con cuatro víctimas, lo cual no era ninguna hazaña. Pero dos cosas interesaron especialmente a Mortensen. A Turman no le quedaba mucho tiempo de vida.

Llevaba desde 1982 esperando en el corredor de la muerte de la penitenciaría de Hunstville, Texas, y como sus últimas apelaciones habían sido denegadas, pronto le pondrían una inyección letal ante unos cuantos testigos escogidos, entre los cuales se encontraban las familias de sus víctimas. Además,Turman las había devorado, lo cual merecía cierta consideración, a fin de cuentas. Vale. No era Hannibal Lecter, pero a Mortensen le pareció que la idea de mantener correspondencia con un auténtico caníbal era interesante. Y el interés resultó recíproco, a juzgar por el abundante correo que recibía el *golden boy* en respuesta a sus misivas.

Turman se debía de aburrir de mala manera mientras esperaba que le llegara la hora en su celda.

Aunque Mortensen había leído y releído la última misiva del asesino hasta desgastar la trama del papel, no conseguía decidirse. ¿Pretendía Turman provocarle, solo por el placer de hacerle rabiar? ¿O era verdad? ¿Era verdad que las *snuff* eran falsas?

Mortensen estaba furioso. Había entregado más de 10. 000 dólares a un intermediario para conseguir su última cinta, que había transitado subrepticiamente por Juárez, al otro lado de la frontera de Texas, justo

enfrente de El Paso.

En un anterior intercambio de correo con Turman, le había preguntado qué pensaba de las *snuffs*. Así, para ver qué le decía. ¡La respuesta no tardó en llegar!

Aquel hijo de puta había sembrado la duda en el espíritu de Mortensen.

Arrugó la carta y la envió al fondo de la caja fuerte, luego cogió el listín del Gran Los Angeles y empezó a buscar el número de teléfono de una de las salas de culturismo abiertas las veinticuatro horas del día.

Tenía que levantar unas cuantas pesas.

París, noviembre de 1991

Aunque Ingrid se esforzaba en comerle la polla a Norbert Bensimon, no había manera de que se le pusiera tiesa. En cuanto se le ponía un poquito dura, si se parara un segundo para contemplar su obra, el rabo del representante se deshinchaba como un soufflé.

—Déjalo, de todos modos ya estoy hasta las narices de sexo.

La *call-girl* levantó hacia él una sorprendida mirada agradablemente subrayada con khol, y dejó que el flácido miembro se desprendiera de su boca. Se secó los labios con un pañuelo de papel y se incorporó para encender un cigarrillo.

—¿Tú? ¿Que tú estás hasta las narices de sexo? No te creo —dijo ella peinándose hacia atrás con los dedos su corto cabello rubio.

Un día triste y pálido de finales de otoño se levantaba penosamente detrás de las cortinas de la habitación desnuda de Bensimon.

—Escucha, ya no puedo más. Solo vivo para esto. A veces pienso que voy a poder cortarlo. Durante el día todavía me las apaño, puedo concertar citas de trabajo, quedar con algunos clientes, con clientas no, sobre todo. Hablamos de negocios, de finanzas, y el día se me pasa casi sin darme cuenta. El problema es cuando llega la noche. Salgo, procuro ir a comer algo a la pizzería de la esquina, después me acuesto, y entonces es cuando empieza lo malo. No hay manera de dormirme, solo pienso en esto, ¿me entiendes? Entonces miro un vídeo porno, me masturbo diciéndome que así se me pasará, y resulta que no, me pongo a pensar en los locales de intercambios, veo los cuerpos mezclados, me acuerdo de cosas, me monto películas en la cabeza, y entonces me tengo que levantar otra vez, y hago un montón de llamadas hasta que encuentro a un «pasaporte» para ir a un club de esos. Y a veces aun no es suficiente, y te tengo que llamar a ti, ya ves, el problema es que todo eso no me excita. Ya ni siquiera me excita.

Se mesaba el pelo erizado, y tenía la sensación de que se le había metido una capa de tiza entre las mandíbulas y cada vez que las movía, le rechinaban los dientes al triturar los grumos. La cocaína.

La chica se incorporó y con las manos ahuecadas se levantó sus grandes senos de anchos pezones de color café con leche, al tiempo que se humedecía sus pálidos labios con una lengua golosa. El alba azulada le dibujaba sobre el rostro unas suaves ojeras.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Ya no te excito?

Bajó los ojos y se rindió a la evidencia.

—Estoy cansado. Y, sin embargo, si me acuesto, ahora, no podré dormirme. ¿Sabes? Cuando folio, ni siquiera tengo placer. Solo es...yo qué sé. Y encima me aburro, no le encuentro la gracia, pero lo malo es que tampoco puedo prescindir de ello.

—Eres como yo, al fin y al cabo. También me aburro cuando tollo, pero yo, al menos, gano dinero, en cambio a ti te sale por un ojo de la cara.

—Ah, bueno, por ese lado no hay problema, gano bastante pasta.

Ingrid miró a su alrededor, la habitación con chimenea de mármol, los altos techos decorados con angelotes de estuco, el parquet de roble formando espigas, a la francesa.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—No sé. Unos cuantos años.

—Pues no lo parece, no tienes muebles, es como si te hubieras mudado la semana pasada.

—¿Ingrid?

—¿Sí?

—Querría hacerte una pregunta. Hace al menos un año que te llamo a cualquier hora de la noche y tú te presentas aquí, y por trescientos francos (la verdad es que es un regalo) me haces una mamada. Lo necesito para dormirme. Y después te vas. Cuando me despierto, nunca estás.

—Bueno, ¿y qué me quieres preguntar?

—¿No te enfadarás?

—Venga, hombre.

—Bueno. Eres bastante guapa, eres joven, y más bien inteligente. Seguramente habrías podido encontrar un buen trabajo. ¿Cómo has llegado a esto?

La chica tiritó y se tapó con el edredón. El granizo golpeaba los cristales.

Hablaba mirando al techo y fumando. Enviaba anillos de humo en dirección a un portalámparas que colgaba de un plafón de estuco con motivos de hojas de acanto.

—Para empezar, no me llamo Ingrid, me llamo Elodie. Nací en La Garenne-Colombes. Mi padrastro no me violó, ni nada, pero debía de tener alma de puta, porque cada vez que me ofrecían un trabajo, siempre había un gilipollas que me tiraba encima de un escritorio antes de contratarme. Y los trabajos, créeme, no me duraban mucho. Cada vez era igual, tenía que pasar por la piedra. Y siempre lo mismo. Un encargado hijo de puta, o un director de recursos humanos me daba a entender que si quería quedarme, me iba a tener que dejar follar todas las semanas. O coges el abrigo o te sacas el vestido, me decía aquel cabrón. Hasta que un buen día me dije que, a fin de cuentas, como no disfrutaba nunca follando, en vez de que me contrataran y me follaran gratis, más valía que les hiciera pagar. Y lo más caro posible. Puedo decir que hoy en día no hay ningún empleo con el que pudiera sacarme tanto como lo que gano siendo *call-girl* en los grandes hoteles. Ya ves, en el fondo, no somos tan diferentes. Los dos follamos por obligación. Puede que sea por eso por lo que te hago un precio especial.

—Sí, puede que tengas razón. Sea como sea, tengo que dejar el sexo, o terminará matándome. Y también tengo que dejar la coca. La coca es para poder aguantar, para no dormir, para follar más. Tendría que desengancharme, ¿sabes?, es como una droga. A lo mejor, si pudiera encontrar algo lo bastante fuerte que me distrajera, si encontrara una válvula de escape, algo que me apartara de esto que ya no me interesa...Pero mejor no soñar. Estoy demasiado enganchado. No sé qué hacer.

Ella lo escuchaba con atención, frunciendo elegantemente sus cejas rubias bien depiladas. Ahora se había levantado y lo observaba. De nuevo abarcó con la mirada el gran piso vacío. Bensimon consultó su Rolex.

—Oye, ¿por qué no te quedas a dormir un poco? Por una vez no hará falta que me chupes la polla. Solo necesito dormir una hora o dos antes de ir a mi primera cita.

—¿Una clienta?

—Por Dios, tan temprano, no. ¡Tengo que recuperarme un poco! Entonces, ¿te quedas?

—Norbert, yo nunca paso una noche con un cliente.

—¿Yo soy un cliente como los demás, entonces?

—Como los demás, no, no diría eso, pero no dejas de ser un cliente. Digamos que eres un cliente especial —respondió ella levantándose para pasar las piernas por las braguitas de encaje negro.

Se vistió, se puso un elegante abrigo de lana beige y se puso a mirar por la ventana, tiritando. En la cama, Norbert Bensimon, desnudo excepto por una cadena de oro de la que colgaba una estrella de David, se toqueteaba maquinalmente el pene como un niño adormilado que da vueltas a un mechón de pelo. No tardaría en caer, el cuerpo vencido al fin.

Cuando estaba a punto de irse, Ingrid se dio la vuelta y espetó:

—Quizá tenga algo que proponerte. Algo nuevo, una distracción que te haría olvidar el sexo.

El ruido de sus tacones martilleando el suelo, tic, tic, tic, tic, se alejó. Desapareció, diluida en la penumbra del pasillo. La puerta del piso se cerró tras ella y el golpe del pestillo resonó en la serie de habitaciones vacías.

Bensimon dormía ya a pierna suelta.

Los Angeles, enero de 1992

Por mucho que se estrujara las meninges, Mortensen no conseguía decidir si debía creer o no en lo que le había escrito Turman a propósito de las *snnff movies*.

¡La madre que lo parió! Por culpa de sus dudas, las cintas perdían aún más deprisa su poder de excitación.

Turman. ¡Ojalá se quemara en el infierno, el muy cabrón! Aunque no tardaría mucho en hacerlo, en realidad.

Colocado hasta el culo, Duane Mortensen se pasaba la película imagen a imagen.

Nunca se sabía. ¿Y si había un mensaje subliminal?

Se sorbió ruidosamente la nariz, algo no funcionaba bien en los tabiques nasales de plata que aquel cirujano estafador le había implantado. ¡Señor, la cocaína roía los cartílagos a una velocidad increíble!

Había menos problemas con los anabolizantes. ¡Eran cosa de magia!

Se había medido la circunferencia del bíceps y había aumentado un centímetro en una semana.

Pasó a la imagen siguiente, stop. Primer plano sobre los ojos desorbitados de la chica. Ningún interés.

Aceleró, wind. stop, rewind. Allí. La hoja del puñal que entra en el abdomen, que corta la carne, stop. Claro que sí, era de verdad, el tipo aquel solo decía chorradas, no había ningún trucaje. Imagen siguiente. La hoja

penetraba más profundamente en la carne. La sangre corría. Imagen siguiente. La *snuff* iba desfilando imagen a imagen. Las manos de la puta mexicana agarraban los puños del verdugo, en una vana tentativa para arrancarse el cuchillo de las entrañas. Travelling hacia atrás. No había trucaje tampoco. Aquel tarado de Turman se habría inventado cualquier cosa para hacerse el interesante. Más tranquilo, Mortensen apretó la tecla OFF del mando a distancia y se relajó.

Bueno, una rayita no hacía daño a nadie. Reclinó la cabeza hacia atrás y colgó ambos brazos en el respaldo de su sofá de piel Connolly. Por un momento, intentó razonar. Turman estaba pirado, había querido hacerlo rabiar.

Muy bien.

Mortensen se inclinó sobre la mesa baja que tenía a su lado y aspiró la raya de cocaína.

Pura colombiana. Una auténtica maravilla.

Pero ¿y en *Holocausto caníbal*? Ahí tampoco se veía el menor trucaje. Las imágenes movidas, el uso del dieciséis milímetros hacían que ni un ojo profesional pudiera discernir el menor artificio. Y con un presupuesto de pacotilla además. Lo mismo con *Trampa para turistas*, cuando a aquel turista gilipollas lo clavaban a una puerta con una tubería y empezaba a mear sangre por el tubo incrustado en sus riñones, como una fuente.

Eso quería decir que cualquier director de mierda con una cámara de vídeo Betacam podía rodar una buena secuencia *gore* en plan familiar, por poco que moviera lo suficiente la cámara al hombro, y con suficiente sangre de buey te fabricaba una *snuff movie* irreprochable que se podía colocar por diez mil dólares al primer primo que viniera. El, por ejemplo.

Volvió a coger el mando a distancia y apretó la tecla rewind. Tras lo cual empezó a visionar de nuevo la película íntegramente, imagen a imagen, los globos oculares inyectados de sangre, sorbiéndose la nariz delante de su pantalla gigante y rascándose espasmódicamente los antebrazos.

No. Una raya. Sí. Una raya. wind. stop, rewind, play. stop, rewind, wind. stop. Una raya.

Mierda, ¿los anabolizantes y la coca lo estaban volviendo paranoico, o qué?

EJECT.

La cinta voló a través de la habitación y fue a estallar contra la pared

del fondo, a diez centímetros de un Roy Lichtenstein que no tenía culpa de nada, y los trozos de plástico y la cinta cayeron como una lluvia negra sobre el suelo de madera de secoya decorado con kilims de Anatolia.

Mortensen se subió a su camioneta Toyota y cerró dando un fuerte portazo. Arrancó notando que los ocho cilindros de su motor castañeteaban ligeramente y descendió la sinuosa carretera hasta la autopista Pacific Coast.

Vaciló un instante. Si quería, con solo girar a la derecha podía seguir la Ruta 1 a lo largo del océano hasta la frontera canadiense, luego cruzar el continente, la Columbia Británica, Alberta, Saskatchewan, Manitoba, Ontario, Quebec, y volver a bajar por la costa atlántica hasta los Cayos, en el extremo de Florida. Era la carretera más larga del mundo y Mortensen se sentía lo bastante despierto y lo bastante furioso para recorrerla entera.

Sin embargo, optó por girar a la izquierda, y justo después de la calle Cuarta se internó por la autopista de Santa Monica.

Salió a la altura de Melrose, y siguió hasta Hollywood Boulevard.

Cult Killers estaba cerrado. Es decir, que esa noche no saldría de dudas.

Un poco más arriba, a la altura de Fredericks of Hollywood, se detuvo delante de un escaparate donde vio exactamente la misma capucha de penitente que llevaba el verdugo en la *snuff* que le habían endosado.

Pero eso no quería decir nada.

Excepto que...Aquellos guantes de cuero negro con clavos cromados en las articulaciones, ¿no eran también los del ejecutor?

Entró sorbiéndose la nariz y empezó a dar vueltas en torno a los artículos de cuero y látex, los látigos, los cinturones consoladores, los potros de tortura.

Duane Mortensen salió del interior de la tienda Bizarre Sex Toys armado con el equipo completo del verdugo que se cargaba a la chica en su *snuff movie*, pantalón corto de cuero incluido, con una erección de caballo y poseído por una sorda cólera.

Solo le faltaba el largo cuchillo del asesino. O del supuesto asesino.

Turman había ganado. Todas aquellas películas eran una tomadura de pelo.

Se había puesto el pantalón corto que ceñía sus musculosos muslos, los guantes y las botas militares.

Conducía tranquilamente bajando por Santa Monica Boulevard hacia el Pacífico, con la capucha en el asiento de al lado. Después de todo, que él

supiera, no estaba prohibido pasearse con el torso desnudo y pantalón corto de cuero al volante de su camioneta.

América era el país de la Libertad.

Cuando llegó a la altura de la Cuarta, fue torciendo hacia la izquierda, en dirección a Venice.

Podía conducir así hasta Tijuana, hasta México, hasta Cabo San Lucas.

Era un depredador, un superdepredador, el estadio último de la cadena alimenticia. Iba de caza, por las calles desiertas de Venice. Se adentró por los pequeños paseos que bordeaban los canales que habían dado nombre a la ciudad, muy despacio, como un taxi buscando clientes.

Ya empezaba a pensar seriamente en irse a dormir, cuando un taconeo apresurado procedente de una calle perpendicular le hizo pararse junto a la acera.

Apagó las luces de la camioneta.

Una muchacha cruzó la calle a paso rápido delante de él. Era menuda, muy morena, con largos cabellos negros recogidos en una cola de caballo. Sin duda una camarera que salía del trabajo, de uno de esos bares de Venice Beach que no cerraban antes de las dos de la madrugada.

Ni siquiera tenía coche. ¿Quién caminaba en Los Angeles, aparte de los ricos que hacían jogging o de los indigentes? Debía de ser una mexicana recién llegada. Una mexicana. Como en la *snuff movie*.

Se puso la capucha y bajó sin hacer ruido de la camioneta. Cerró la puerta con cuidado. Empezó a seguir a la chica por la calle desierta, acercándose paso a paso en silencio, deseando que no estuviera ya a punto de llegar a su destino poco probable, era un barrio residencial. Que no se diera la vuelta, que no oyera los latidos de su corazón en el pecho, Dios mío, se debían de estar oyendo hasta en la playa, tenía que darse prisa. En tres zancadas alcanzó a la chica justo en el momento en que ella iba a girarse, intrigada por el crujido de las botas en el asfalto, y le apretó el cuello con sus manos enguantadas. La masa de pelo negro de la mexicana en la nuca las hacia resbalar, pero aún así conseguía apretarla lo bastante fuerte para impedir que gritara. Después de todo, de algo le tenían que servir tantos anabolizantes, tantas horas pasadas levantando pesas. A través del cuero podía sentir sus poderosos dedos que se hundían en la carne, la sangre que dejaba de fluir, las arterias, las venas de la chica que se inflaban bajo la presión de la hemoglobina acumulada, las asperezas de las vértebras cervicales.

Intentó levantarla en vilo arqueándose hacia atrás, con el fin de acelerar el fenómeno de estrangulación. Cuando su verga entró en contacto con el culo de la chica, le atravesó un destello de placer, pero la muy cerda no se daba por vencida, sus pies ya no tocaban el suelo, batía el aire con las piernas para desestabilizarlo. Como en la película, pensó él, sus piernas batían el aire exactamente igual que en la *snuff movie*. Mortensen procuraba aguantarse, no eyacular enseguida, quería esperar al último espasmo de la chica, eso, ahora ya se rendía, joder, cuánto podía tardar un ser humano en morirse, nunca lo habría dicho, cerró los ojos para intentar contener todavía un instante los pequeños chorros de esperma que le quemaban ya la uretra. En un último sobresalto, la mexicana se apoyó con la planta de los pies en una pared. Empujó hacia atrás con todas sus fuerzas, proyectándolos a ambos contra los cubos de basura que esperaban tranquilamente a que amaneciera y pasaran a vaciarlos.

De inmediato estalló un concierto de ladridos y se encendieron las luces detrás de las cortinas de las atrincheradas casas. El gesto de la chica le había pillado tan por sorpresa que había conseguido liberarse y levantarse antes que él. Intentaba gritar, pero evidentemente su tráquea aplastada aún se lo impedía. Tomaba aliento trabajosamente, mientras se alejaba tambaleante, tosiendo y escupiendo.

No le costaría nada atraparla y rematarla.

Se levantó a tientas, cegado. La capucha de cuero se le había resbalado hacia la coronilla y le confería un aspecto casi cómico. Se la colocó en su sitio, poniendo las aberturas delante de los ojos.

Su excitación había caído de golpe.

Era una locura. Una completa locura. Era solo una cuestión de segundos que el tradicional reflejo delator del americano medio se pusiera en marcha. La poli no tardaría en aparecer. Parapetados detrás de las contraventanas, todos aquellos ciudadanos modélicos esperarían a que llegara el coche patrulla para salir de casa, deseando en su fuero interno que la chica la hubiese palmado y que tuvieran la oportunidad de ver el cadáver. Y con un poco de suerte, además, estaría en pelotas. De momento, todavía podía haber peligro. Por eso seguían encerrados en casita, pero seguro que ya habían marcado el 911.

Mortensen dio media vuelta corriendo, subió a la camioneta y arrancó a toda velocidad sin encender la luz de los faros, reteniendo la respiración, deseando que ningún vecino nictálope hubiera tenido tiempo de apuntar el

número de la matrícula de su coche.

Su corazón saturado de cocaína bombeaba la sangre como un poseso.

Al llegar al bulevar principal que reseguía el mar, aminoró a una velocidad más razonable.

No fue hasta que se desplomó en el sofá, temblando y empapado en sudor, cuando se sintió seguro. Aquella noche, cuando por fin se acostó, se pasó mentalmente la película de su intento de asesinato una y otra vez. Cada vez que revivía en su memoria la sensación todavía fresca del momento en que sentía a la chica aflojarse entre sus manos, se corría a chorros y su próstata torturada por los anabolizantes se contraía espasmódicamente. Se masturbó toda la noche con las imágenes de la camarera mexicana a punto de morir.

Por la mañana, agotado, ya sabía que volvería a probarlo.

Capítulo 7

París, abril de 1992

Grooteclaes aplastó la colilla de su Marlboro en la acera, delante del Tribunal de Gran Instancia de Bobigny —un triste edificio de ladrillo de principios de los ochenta— e hizo una seña con la cabeza a Lesueur: vámonos, todo en orden, nos las llevamos.

El ex intendente de La Mano Tendida había acompañado a un grupo de tres chicas desde Freetown en avión, en un vuelo de Air Afrique. Justo antes de aterrizar en Roissy-Charles-de-Gaulle, recogió los pasaportes y los billetes de las chicas y los rompió en pedacitos en los aseos del Boeing 767. Se quedó mirando cómo el confetti de papel desaparecía, aspirado, en el retrete, y tras comprobar que no quedaba ningún rastro, volvió a su asiento. Estaba impaciente por llegar. Aquellos viajes le sacaban de quicio. Con los africanos siempre se tardaban horas para poder embarcar, los pasajeros llevaban sistemáticamente exceso de equipaje y, por lo tanto, el regateo y la palabrería se hacían interminables. Pero, sobre todo, Lesueur tenía miedo al avión. Volvió a sentarse al fondo del aparato. Desde donde estaba podía vigilar a las chicas. Veinte, veintidós y veintitrés. Era material del bueno.

Pasaron por un bache de aire.

Culo prieto, manos crispadas en los brazos del asiento, Lesueur pidió a la azafata que pasaba que le trajera un whisky. Lo siento, señor, hemos empezado el descenso, ¿lleva el cinturón abrochado?, ya lo creo, dos veces mejor que una, apague el cigarrillo, por favor, mierda. Miró a la chica de tez café con leche, tan ceñida en su uniforme.

Ella también habría podido gustar a los clientes.

Se colocó unos metros detrás de las tres muchachas a las que escoltaba en la cola, en el control de pasaportes, a la salida de la zona internacional. Todo pasó como estaba previsto.

No tenían papeles, explicaron en inglés que solicitaban el estatuto de refugiadas políticas, al principio *se* negaron a decir de dónde venían.

Y como de costumbre las hicieron a un lado y la policía de fronteras se las llevó. Solo contaban con un número de teléfono.

El abogado africano pagado por Lesueur y Grooteclaes no tenía más que esperar la llamada de las chicas.

Kate Mougabe era la más joven de las tres. No habían podido elegir. Ninguna de ellas. Poco a poco, el país se estaba hundiendo en la guerra civil. Como las otras dos, Kate era oriunda de Karnbia, una ciudad situada cerca de la frontera guineana. Toda su familia se había quedado allí. Y los mercenarios les tenían echado el ojo. Si te haces la tonta, los mataremos a todos, le prometieron. El belga la engatusó con un trabajo en Francia, de recepcionista, eres muy guapa, pero tendrás que aprender francés. Mientras tanto, tendría que obedecer. Le dijo tu familia es nuestra garantía, si no nos devuelves el dinero de tu viaje, los eliminaremos uno a uno. Tendrás que darnos tu sueldo hasta que te hayas pagado el billete de avión, la ropa, ya verás, no cuesta mucho, y después podrás enviar dinero a tu familia y dejaremos de vigilarlos. Habrás saldado tu deuda. Le explicaron cómo irían las cosas con el francés, le dieron un número de teléfono. Cuando llegues al aeropuerto, das este número de teléfono a la policía, pero solamente cuando hayan llenado los papeles y te hayan hecho firmar, estarán obligados a llamar, es el número de nuestro abogado, te pondrá en libertad, eso le habían dicho: nos ocuparemos de lo demás.

Las chicas durmieron en los asientos de las salas de espera en compañía de muchos más candidatos a la inmigración procedentes de Zaire, de Camerún, mayoritariamente mujeres vestidas con sus vestidos tradicionales que, por lo general, no llegaban a los dieciocho años. También había, en aquella torre de Babel de la miseria, rusas y ucranianas. Más de doscientos pasajeros sin papeles habían desembarcado aquella mañana al mismo tiempo que Kate y sus dos compañeras. Como no comprendía por qué no se las llevaban de ahí, una nigeriana que estaba en su segunda tentativa le explicó que la zona internacional no era todavía Francia, que había que esperar, que ya irían a buscarlas. La espera duró cuarenta y ocho horas, y cada mañana aumentaba el flujo de inmigrantes. La policía de fronteras, desbordada, absorbía con cuentagotas aquellos residuos de guerras, revoluciones, hambrunas y catástrofes diversas. Como no tenía ni los medios ni el deber de alimentarlos, Kate y sus compañeras se vieron

obligadas a mendigar comida —unas galletas, unos restos reblandecidos de bocadillo de pollo— a los pasajeros en tránsito. Hicieron cola con las demás mujeres en los servicios para lavarse un poco.

Tras dos días y dos noches, una pareja de uniforme azul oscuro fue a buscarlas.

Hablaban inglés. Les explicaron que, dado que no tenían papeles, iban a tomarles las huellas y a ficharlas.

Ya está, lo hemos conseguido, se alegró Kate. En realidad, se sentó ante un escritorio delante de un funcionario con cara de aburrido a quien le explicó que venía de un país de África donde había guerra, Sierra Leona, que la perseguían y que quería pedir asilo político, y le tendió el pedazo de papel donde figuraba el número de teléfono escrito con rotulador rojo indeleble. El blanco suspiró levantando los ojos al cielo, le hizo poner los dedos en un tampón lleno de tinta y luego se los hizo poner en un papel, y ahora tenía los dedos sucios, le leyó un papel del que no entendía nada, era todo tal como le habían dicho el belga y el francés, pero aún así empezaba a tener miedo y, sobre todo, tenía sed, y hambre. No se atrevió a pedir nada.

El aduanero gritó: «¡Siguiente!», no volvió a ver a sus compañeras.

Otros policías la escoltaron y la condujeron por innumerables pasillos hasta el sótano de la sala de embarque 7 de la terminal 1. Aquel lugar era inmenso, y le parecía triste, todo era tan diferente de Kambia. Se sintió sumergida por una ola de nostalgia por su barrio, la casa de sus padres. Pero también allá se pasaba hambre. Gracias a ella, la vida sería menos dura, pronto les podría enviar mucho dinero.

Inició un movimiento para retroceder cuando, después de que los auxiliares de policía llamaran a una gruesa puerta, un agente abrió dejando salir una vaharada de aire caliente, húmedo y rancio, una mezcla de mugre y promiscuidad que le hizo fruncir las aletas de la nariz. Cruzó una primera sala de unos quince metros cuadrados, saltando cuerpos dormidos en el suelo de cemento. Unas cuarenta personas estaban allí amontonadas en medio de residuos, de bandejas de comida llenas de sobras. A pesar del hambre que tenía, Kate sintió náuseas. La pintura, de un color indeterminado oscilando entre el amarillo pipí y el verde diarrea, se desprendía en las paredes y el techo. Los plafones de plástico de los fluorescentes habían desaparecido, y faltaba un tubo de cada dos. La sala contigua era aún más exigua, y desprendía un olor acre, nauseabundo.

Aunque había algunos camastros cubiertos de mantas, todos estaban ocupados. Una mujer corpulenta de aliento ácido le asignó con el dedo un sitio en el suelo, explicándole algo en un idioma que no entendía, antes de recolocarse el pantalón de su uniforme de policía e irse hacia otras misiones. Atenazada por el hambre, por la sed, el estómago en la boca, el miedo en el vientre, Kate se acuclilló en medio de sus compañeros de infortunio dormidos, hombres, mujeres y niños mezclados. De aquella muestra de una humanidad vencida subían pedos, toses y conciertos de ronquidos. Aunque solo iba vestida con su bubú, Kate estaba muerta de calor. Y empezaba a tener ganas de hacer pis.

Primero, estuvo balanceándose de un pie a otro esperando que se le pasasen. Las horas transcurrieron sin que se le fueran las ganas, muy al contrario, se habían transformado en un dolor lacerante en el bajo vientre a punto de estallar como un globo demasiado hinchado. Se aguantaba la entrepierna con las dos manos a través de la tela del bubú. No aguantaría mucho más. Al final, se resignó a llamar, bajito, primero, luego cada vez más fuerte, «*Help, please, help, please*!» y despertó a una kosovar de mediana edad y a su hijito.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la mujer en inglés, incorporándose sobre el codo y frotándose los ojos.

Se levantó la blusa de un blanco dudoso dejando ver un seno hinchado y pegó el pezón agrietado en la boca del bebé con una mueca de dolor.

—No puedes ir tú sola, te tiene que acompañar un policía. Llama a la puerta y pídeselo.

La misma mujerona gorda de aliento ácido abrió con brutalidad y miró a Kate de arriba abajo.

—¿Eres tú la que anda jodiendo? ¿Qué quieres?

—*Please, I want to go bathroom*!

—¿Qué dices? No entiendo qué farfullas.

—*Bathroom, bathroom*!

—Mira, guapa, si no hablas francés, ¿qué has venido a hacer aquí?

—*Please, help me*!

Aterrorizada, Kate se giró hacia la mujer kosovar, que tampoco hablaba francés. Ahora los inmigrantes estaban despiertos. Los gestos de Kate eran de lo más elocuentes, y ante la mala fe de la poli, un murmullo de desaprobación empezaba a crecer por la pequeña sala superpoblada. La cólera subía, templada sin embargo por el miedo a las represalias.

—Tiene ganas de mear, señora —dijo un joven maliense y, con una pizca de impertinencia en su voz, añadió—, es bastante evidente.

—Bueno, pues que se mee encima, si no habla francés —soltó la policía antes de retroceder prudentemente cerrando la puerta del local a cal y canto detrás de sí.

Un poco después, todos miraron púdicamente hacia otro lado cuando la orina se deslizó por las piernas de Kate al mismo tiempo que las lágrimas por sus mejillas, lenta, tímidamente primero, y luego, como un dique que cede, el líquido acabó salpicando el mugriento suelo de hormigón, parecía que Kate no conseguiría vaciarse nunca. Todos apartaron la mirada del charco oscuro que se extendía por el suelo manchado mientras un olor acre de ácido úrico invadía la reducida habitación.

Al día siguiente la trasladaron con unos cuantos más al hotel Ibis, a una planta cerrada de treinta habitaciones que la policía de fronteras había requisado. Hacía años ya que el lugar servía de centro de retención, mientras la administración francesa resolvía las demandas de asilo, y regularmente las asociaciones denunciaban lo que consideraban un escándalo humanitario. Los abogados tenían muchas dificultades para penetrar en el lugar y visitar a sus clientes, y a los periodistas y organismos no gubernamentales que tuvieran la desafortunada idea de querer asegurarse de que el lugar había sido efectivamente habilitado para recibir a tales inquilinos, se les negaba implacablemente la entrada. Aquella historia del Ibis no era más que una privatización del mecanismo de retención, en condiciones humillantes.

Aun con todo, era mejor que el inmundo local del aeropuerto, pero las habitaciones minúsculas, desnudas, seguían estando abarrotadas. Adultos y niños de todas las nacionalidades erraban por los pasillos, sin nada que hacer, víctimas del aburrimiento.

Kate compartía la habitación 221 con una familia afgana que había tardado meses en llegar a Francia. Durante horas, observaba el baile de los aviones por las pistas y el cielo a través de los cristales sellados, en el calor asfixiante y cargado de efluvios corporales del Ibis. No tenía neceser de aseo, ni disponía de ningún medio para lavarse, y se limitaba a unas sumarias abluciones. Sus vecinos de habitación, sin embargo, reclamaron. Jabón, al menos, para los niños, al menos. Decían que, si no, les saldrían piojos. En la puerta de la habitación contigua, que estaba condenada, un letrero indicaba:

«Habitación 222, a desinfectar; polillas [...] menor llegada el 3 de marzo, salida prevista el 8 a las 17. 30».

En el pasillo había un teléfono de pared. En el auricular, un pedazo de cartón pegado con celo decía en un idioma que ella no entendía: no funciona.

Cuando los policías fueron a buscarla para llevarla al Tribunal de Gran Instancia, Kate vio a sus dos compañeras de viaje, sentadas al fondo del autobús, entre dos agentes de uniforme.

Las habían alojado en otro centro de retención.

Se sentó donde le indicaron las dos mujeres policía que la escoltaban. La de la izquierda era una morena flaca como un palo de escoba, que mantenía un aire distante. La otra era rolliza con el pelo castaño ondulado debajo de su gorra azul marino. Ambas entablaron una conversación incomprensible para la africana.

—Estoy hasta las narices de este trabajo —rezongó la rechoncha bajita —. Como esta, hay miles cada año. Dos policías para cada uno de ellos, ¡y mientras tanto en la calle hay un montón de robos y atracos a mano armada! Te lo juro, Aurélie, estoy hasta la coronilla. ¡Ojalá me den el traslado a Tours! ¡Qué ganas tengo de volverme a mi casa! ¡Estoy más que harta del párrafo cuarto del artículo 35! Si las cosas siguen así, lo mando todo a paseo, me busco un novio de los que se casan, y me voy con él al campo a hacerle un montón de críos.

A modo de asentimiento, su compañera lanzó un suspiro exasperado.

«El extranjero que llega a Francia y que o bien no está autorizado a entrar en territorio francés, o bien solicita su admisión en régimen de asilo puede ser retenido en una zona de espera durante el tiempo estrictamente necesario hasta que se produzca su salida del país o, si ha solicitado asilo, hasta que se realice un examen que determine si su petición está fundamentada.»

El artículo 35, párrafo cuarto, de la ordenanza del 2 de noviembre de 1945 se lo sabían ellas de memoria. Lo aplicaban mil veces al año, y les daba no poco trabajo. La morena terminó por decir, mirando a Kate con desprecio:

—¡Mírala! ¿Qué te juegas a que es otra que pide asilo?

El sindicato al que pertenecía Aurélie había alertado varias veces a la prensa. El Tribunal de Gran Instancia de Bobigny se estaba convirtiendo en una antesala de la prostitución.

Durante todo el trayecto, Kate contempló con asombro el atasco, los bloques de pisos, el cielo gris. Nunca había visto tantos coches, edificios, autopistas y todo aquel ajetreo que la mareaba.

En la sala de audiencia número 6 del tribunal, de aspecto precozmente destartalado por una excesiva concurrencia, los procesados eran tan numerosos que no los habían podido meter a todos en el banquillo de los acusados. Se amontonaban, se sentaban como podían con sus maletas, sus heterogéneos equipajes, en los asientos de plástico amarillo reservados para el público, flanqueados por sus dos sempiternos policías. El calor era agobiante, y la humedad del recinto, mezclada con los alientos de policías, magistrados y procesados, casi habría podido condensarse formando regueros por las paredes de obra vista.

Siete días a la semana a partir de las diez y media, los inmigrantes desfilaban en cadena con sus abogados, de oficio o no, ante un juez encaramado en su estrado.

Durante las primeras horas, Kate y sus compañeras se lanzaban miradas con el rabillo del ojo, pero pronto el cansancio pudo con ellas.

Se adormilaban y de vez en cuando se despertaban sobresaltadas.

Su caso fue examinado deprisa y corriendo hacia las once de la noche.

El abogado de las tres mujeres, un joven cuatro ojos centroafricano recién salido de la facultad de derecho, expuso brevemente su caso, venían de Sierra Leona, no había ningún tratado de extradición entre Francia y ese país.

La sentencia fue pronunciada en treinta segundos.

Veinte días para aportar pruebas que avalaran su petición de asilo. Prohibido trabajar. El abogado iba traduciendo. Estaban libres.

Por un momento, Kate pensó en desaparecer en medio de la gran ciudad. Pero ¿adonde ir? ¿A quién hablar? ¿Y en qué idioma? El abogado las reunió y las guió hacia la salida.

Fuera hacía un frío que pelaba. Kate tiritaba en su bubú. En el gran vestíbulo de entrada del Tribunal de Gran Instancia, varios africanos estiraban el cuello, escrutando a las jovencísimas mujeres que bajaban las escaleras, en busca de nuevas adquisiciones.

En un rincón del vestíbulo, Aurélie y su compañera proseguían una conversación que había ido subiendo de tono mientras se bebían un café amargo en vasos de plástico.

—¡Tampoco tienes que irles contando tu vida a los procesados, digo

yo! —ladraba la morena en tono huraño.

—Pero al menos se les puede avisar, ¿no? ¿No oíste la bronca entre el representante de los abogados de oficio y el tribunal, el otro día? Por lo general, estos abogados son africanos, y sabes muy bien que en realidad son intermediarios entre las chicas y las mafias, ¿o no te das cuenta?

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo eres jueza tú? Un día de estos os la vais a cargar. Además, como si ellas no supieran lo que se hacen, ¿qué te crees? Te lo advierto, si sigues haciendo tonterías, no creo que vuelvas pronto a Tours.

Un joven alto y moreno se detuvo a su lado. Una toga negra de tela sedosa caía por encima de su antebrazo izquierdo. De su puño colgaba una gruesa cartera de cuero desgastado. Sus ojos estaban subrayados por unas profundas ojeras violetas.

—Hola, chicas. Estoy hecho polvo, llevo todo el día aquí. ¿Qué tal, Aurélie?

—Nosotras también estamos aquí desde la mañana, Eric. Menuda paliza. ¿Has terminado por hoy?

—Qué va, aún nos queda una hora.

La compañera de Aurélie no había abierto la boca. Arrugó ostensiblemente el vaso y lo tiró a la papelera.

—¿Ves a esa chiquita, la que sale del brazo de ese presumido? Sí, sí, ese. El de la pulsera de oro y el traje de tres piezas gris, con la toga al hombro. Es un senegalés. La familia de la chica no ha podido pagarle. La esperan en Montreuil, pero no tienen dinero y los parientes que han mandado a la niña a Francia no han enviado tampoco ningún giro postal. Ese bastardo se cobrará en especies. Mírala, ¡si no tiene ni dieciséis años! ¡Qué harto estoy! Si el tribunal no hace nada, yo mismo avisaré a la Cruz Roja.

Aurélie miraba a su compañera fijamente a los ojos, sin pestañear.

Una enorme pintada, nueve-tres, mother skunk!, decoraba la tapia de la destartalada casa de las afueras de París en Villepinte vigilada por cinco matones blancos tamaño bulldozer, anchas espaldas y cabezas rapadas, vestidos con bombers, pantalones de camuflaje y botas militares. Unos pitbulls estaban sentados a sus pies, entre sus piernas separadas, y los hilos negros de sus auriculares desaparecían entre el forro de nailon naranja de sus cazadoras.

Dirigieron un saludo militar a Grooteclaes y miraron a Lesueur de

arriba abajo con cierto desprecio.

El belga y el francés invitaron a las aterrorizadas chicas a penetrar en la casa.

Con grandes patadas en los riñones las empujaron una tras otra dentro de habitaciones vacías y oscuras con persianas de metal soldadas, y ni sus quejas ni sus golpes desesperados en las puertas impidieron que estas se cerraran a cal y canto ante sus súplicas.

Debilitadas por el hambre y la sed, golpeadas, sus domadores las violaron metódicamente varias veces al día durante las semanas siguientes. Después las devolvían a las habitaciones. El miedo y la espera eran los mejores auxiliares. Al principio, cada una de ellas podía oír los alaridos de dolor y las imploraciones de la chica de al lado. Cubierta de moretones, temblando, Kate se tapaba los oídos con las manos cuando las oía entrar en la habitación contigua. Pero por mucho que lo deseara, la tierra nunca se abría bajo sus pies para enterrarla. Su puerta siempre acababa abriéndose, agachaba la cabeza, no quería ver sus siluetas a contraluz.

La primera violación las quebraba. El resto no era más que repetición. Como los perros, las chicas terminaban por obedecer, según el viejo reflejo pavloviano. Cuando la puerta se cerró de golpe tras Kate, instantáneamente sintió que se le secaba la boca y se le aceleraban los latidos del corazón. Se incorporó sobre las rodillas heridas por la caída, se ató el bubú y suplicó que le abrieran, sin muchas esperanzas. En el mismo momento en que había entrado en el patio de aquella casa, le había invadido un mal presentimiento. Muy tarde, demasiado tarde; era en su país, en Sierra Leona, donde tenía que haber desconfiado. Y eso que allí se contaban muchas historias de aquellas, de blancos que secuestraban a chicas, ¿cómo había podido ser tan ingenua? Al recordar su país, sintió que se le empañaban los ojos, pero no debía llorar, no, tenía que resistir, permanecer consciente, sobre todo, atenta a la menor ocasión para escaparse.

No tuvo mucho tiempo para pensar en cuál sería su suerte.

Empezaron por la chica de al lado y las quejas, los alaridos que subían de la habitación contigua no dejaban mucho lugar a dudas. Kate buscó con la mirada el menor recoveco que pudiera haber en aquella habitación desnuda y de suelo abombado. Sacudió las ventanas. Nada que hacer. Cuando los oyó acercarse intercambiando frases indecentes, pensó que se desmayaba, sintió que le flaqueaban las piernas. Todo en ella era rechazo cuando los hombres penetraron en la habitación. Temblando, les plantó

cara. La chica anterior había suplicado, ¿de qué le había servido? Los miró, tres bestias, tres blancos, se parecían todos, como los vigilantes que estaban en el patio con los perros. Quizá había una fabrica en alguna parte donde los hacían en serie. La bofetada le partió el labio superior y la mandó a parar a la pared del fondo.

Patadas, puñetazos, la golpearon hasta no tener más que un montón de carne sanguinolenta a sus pies, y entonces le arrancaron lo que le quedaba del bubú, y mientras uno de ellos le sujetaba los brazos y el otro las piernas, el tercero se introdujo en ella y eyaculó en unas cuantas sacudidas antes de ser relevado por los demás, hasta que perdió el sentido. Ya era noche cerrada cuando recobró el conocimiento, llena de dolor, de humillación, de odio, de vergüenza. La habían dejado desnuda. Se arrastró a tientas hasta topar con un tazón que contenía agua. Su ropa había desaparecido. Hizo sus necesidades en el suelo, en un rincón del cuarto, el cuerpo hecho trizas, martirizado. ¡Cómo se reprochaba no haber sabido resistírseles, no haber sabido matarse, no haber podido matarlos! ¡Cómo odiaba aquel esperma que se había mezclado con su sangre como un veneno! La despertaron en mitad de la noche para volver a empezar, otra vez y otra vez más, ¿cómo podían desear aquel cuerpo de rostro tumefacto, ojos cerrados por los hematomas, el sexo hinchado y cubierto de costras de sangre seca, los senos, los brazos y las piernas azules a base de golpes, aquel cuerpo apestoso y abandonado por el alma de su propietaria? Las violaciones eran una tortura. La falta de sueño era otra. En cuanto las mujeres se quedaban dormidas, los matones entraban en el cuarto para darles una paliza, y la vigilia forzosa actuaba en ellas como un lavado de cerebro. Pronto, Kate y sus compañeras dejaron de pensar, dejaron de dormir. Pasivamente, aceptaron los platos en los que devoraban una inidentificable bazofia. Reducidas al estado de simples objetos, inertes, separaban las piernas en cuanto entraban los guardianes, ya ni siquiera tenían que sujetarlas, un cadáver habría reaccionado más. Se habían convertido en pedazos de carne, simples pedazos de carne.

Poco a poco se fueron sofocando los gemidos y pronto las violaciones se desarrollaron en un resignado silencio. Entonces dejaron de pegarles, las volvieron a vestir, ellas se dejaron vestir como autómatas, y empezaron a darles de comer adecuadamente para que recuperaran peso.

Los primeros días de mayo, una camioneta blanca aparcaba cada noche junto a la acera en los bulevares exteriores a la altura de la Porte de la

Chapelle, para soltar a un grupito de jóvenes africanas vestidas con botas altas rojas, negras o blancas y minifaldas de vivos colores. En silencio, tomaban sus posiciones bajo los puentes del tren no lejos de los almacenes de la Sernam y los camiones no tardaban en aparecer como lobos hambrientos atraídos por el olor a carne fresca.

Nueve meses más tarde, Grooteclaes vendió a Kate Mougabe por la suma de treinta mil francos a Roger Olomide, un proxeneta zaireño que operaba en el sector del bosque de Vincennes.

—Kate, no me gusta mucho —juzgó el macarra—. A partir de ahora te llamarás Juicy, es más sexy. Y si no te gusta, te parto la cara, ¿entendido?

Capítulo 8

París, abril de 1992

Cuando penetró en el interior del Bunny's Bar, en la rue Vivienne, Norbert Bensimon tuvo dificultades para distinguir a Ingrid en la penumbra, en medio de las camareras en top-less encaramadas en zapatos de tacones de aguja y de los clientes con traje y corbata. Ella lo estaba esperando, vestida con un estricto traje sastre ocre que contrastaba con las orejitas de conejo y los pompones en el trasero de las chicas. Tal como estaba previsto, había venido acompañada. Un paquete de Gitanes descansaba sobre la mesa baja delante de ellos. Un hombre de complexión enclenque acababa de llevarse a los labios un cigarrillo que había extraído del paquete, lanzó un aro de humo hacia el techo y se bebió de un trago su whisky *on the rocks*. Mientras Bensimon llegaba frente a él, el hombre ya había sustituido su bebida por una hermana gemela. Una rápida y furtiva señal con la mano a una conejita, que había asentido con sus grandes orejas, había bastado.

La música de Richard Claydermann se evaporaba en el ambiente en medio de la indiferencia generalizada. Ingrid se levantó y su acompañante consiguió extraerse del hondo asiento de cuero para imitarla. Rodeó la mesa, avanzó con una leve cojera hacia el representante y le tendió la mano mientras clavaba sus ojillos negros en los de Bensimon.

—Jean Lambert, le presento al señor Richard Sorel, nuestro nuevo cliente.

—Encantado —respondió el hombrecillo vestido con un traje Príncipe de Gales nuevo, que le sentaba tan bien como un delantal a una vaca, y le sonrió, mostrándole sus dientes cariados.

Los focos multicolores del escenario en el que una bailarina de striptease evolucionaba en torno a una barra vertical cromada se reflejaban

rítmicamente en su coronilla.

Ingrid había optado por el champán.

Sorel-Bensimon pidió un whisky *on the rocks*, como el Príncipe de Gales.

—Bueno, señor Sorel, al parecer se dedica usted a las finanzas, ¿no es así?

—En cierto modo, sí. Y usted al parecer se dedica al turismo, ¿no?

—En cierto modo, también.

Los dos hombres se pasaron la velada intercambiando información y garantías.

Ingrid, lejana, escuchaba distraídamente.

Un poco antes de amanecer, Bensimon cedió, convencido al fin. Los dos hombres fijaron otra cita para arreglar los problemas de dinero. A la salida del bar para cuarentones, el Príncipe de Gales entregó discretamente un abultado sobre a Ingrid, quien tomó un taxi con su cliente en dirección a Saint-Mandé.

Naturalmente, ahora le brindaría unos cuantos mimos, tampoco había que exagerar, pero por primera vez desde hacía mucho tiempo la atención de Norbert Bensimon estaba puesta en otros horizontes más allá del habitual club de intercambios de las dos de la madrugada. Placía mucho tiempo que no estaba tan excitado.

Roissy-Charles-de-Gaulle, abril de 1992

—Para de beber. Hablas demasiado cuando vas bebido. Un día de estos nos costará caro.

Arnaud Grooteclaes, la cara descompuesta por el *jet lag*, removía el café mientras rezongaba.

Los anuncios de llegadas inminentes, de vuelos con retraso, resonaban en el vestíbulo de la terminal 2 del aeropuerto Roissy-Charles-de-Gaulle.

—Vaya, me levanto a las cinco de la mañana para venir a buscarte y así es como me lo agradeces —protestó Lesueur dejando su cerveza vacía en la mesa de formica.

—Ah. Gracias. ¿Qué hora es ahora?

—Pues...las siete y media. Hace más de dos horas que estoy en danza, no hay que exagerar, ¡es la primera!

—De todos modos, pronto vas a tener que ponerte en el dique seco. Ya está, ya tenemos un cliente. Ha firmado. He conseguido uno —proclamó Grooteclaes ufanamente.

—Yo también tengo uno. Así que ya son dos.

—¿Tú? ¿En serio?

—Jamás he dicho nada tan en serio.

—¿Y el tuyo cómo es?

—También muy serio. Tiene pasta, el perfil adecuado, es perfecto. Me lo presentó Ingrid.

Ya podía decirle misa, el ex mercenario de los cojones, con sus lecciones de moral sobre la cerveza. Ahora ya le importaba un huevo, podía tratarlo de tú a tú, así estaban las cosas y no de otro modo.

—Todavía faltan seis —objetó Grooteclaes.

—Ya los encontraremos.

Los dos hombres se levantaron y se dirigieron hacia el aparcamiento.

Los Angeles, mayo de 1992

En varias ocasiones, Duane Mortensen repitió sus escapadas nocturnas. Cada vez se desinfló en el último instante. Seguía a mujeres por la calle hasta el portal de su casa, casi siempre de noche. Escogía a sus presas, jugaba con la idea de su muerte. Las imaginaba agonizando entre sus manos, con todo lujo de detalles macabros. Y, siempre, en el momento de pasar al acto, le venían a la cabeza las imágenes de su fracaso con la mexicana en Venice.

Daba media vuelta al volante de su camioneta, con el uniforme de cuero en el maletero, y volvía a casa frustrado y cabizbajo.

No se veía acabando sus días en el corredor de la muerte. El problema era que las supuestas *snuff movies* ya no le proporcionaban ninguna excitación desde que había intentado estrangular a la camarera. La vida era de una monotonía total. Sus dividendos aumentaban en proporción a la evolución del mercado de las nuevas tecnologías y sus músculos seguían la misma curva ascendente gracias a los anabolizantes. También los huevos le habían aumentado de tamaño. Se había dado cuenta al ir a ponerse unos aros a través de la piel del prepucio en una tienda de Sunset Boulevard llamada Scar Academy, cerca del cowboy de Marlboro que alzaba su figura a la sombra del Château-Marmont. El barrio era una perfecta mezcla de la marginalidad y la elegancia hortera tan queridas a la Ciudad de los Angeles. Había escogido el modelo de aro y el lugar donde ponérselo en un álbum de fotografías que le había enseñado un tipo bigotudo en pantalón de cuero rojo y gorra negra, cuya chapa decía que se llamaba Vince. Había de todo en las fotos, tíos que se habían puesto piedrecitas bajo la piel de los

antebrazos, tías —era más clásico— que se habían hecho un *piercing* en la lengua o en el labio. Un neopunk se había abierto la piel del cráneo para que le implantaran unas tuercas. Tras la cicatrización, solo se había tenido que enroscar directamente las crestas de acero cromado. Otro se había cortado la piel de la polla a tiras y se las había vuelto a poner retorcidas, a modo de tortellinis. Inspiración italiana, sin duda. ¿Qué sensación debía de tener cuando se empalmaba?, se preguntó Mortensen.

En un rincón, una joven que no debía de tener más de dieciséis años esperaba su turno hojeando uno de los numerosos álbumes de fotos de la Scar Academy. El tipo de cuero rojo y negro instalo a Mortensen en una mesita de operaciones de esmalte crema recubierta de escay negro, en un espacio delimitado por cortinas de plástico blanco. Una lámpara quirúrgica de los años sesenta iluminaba el espacio. Vince le puso el aro, y fue al mirarse la entrepierna para ver el resultado cuando el *golden boy* se dio cuenta de que sus cojones habían adquirido un tamaño inhabitual. El dolor se irradió por toda su verga atravesada por el acero.

Le daba gusto. A las gotas de sudor que le perlaban las sienes, al mareo que se apoderaba de él, se añadían las fragancias de los embriagadores aromas del cuero, del escay y del látex, de la transpiración y de las secreciones íntimas. Sus ansias de matar retrocedían ante su propio sufrimiento.

No era su primer intento. Ya se había puesto un piercing en los pezones unas semanas antes en la misma tienda. Desde hacía algún tiempo, el rentista se había iniciado en el sado-maso. Frecuentaba una mazmorra de Melrose que respondía al evocador nombre de Dominas. Era un sitio de moda y muchos actores de Hollywood de segunda se dejaban ver por ahí. Mientras su cuerpo sufría bajo los latigazos, encerrado en una jaula en medio de la pista de danza o sometido a los caprichos de su amo que practicaba *elfist-fucking* exhibiendo a Mortensen descuartizado a la vista de los clientes del Dominas, este último, al menos, no pensaba más que en sus excursiones, nocturnas al volante de su camioneta en busca de una presa fácil.

Cada nueva aguja que Craig, perdón, el Amo Craig, le hundía en sus carnes, cada objeto que le metía por el culo, cada polla que le clavaban en la boca ejércitos de sádicos que se corrían en sus esclavos mantenían los demonios de Mortensen a raya. Momentáneamente.

Ese era el problema.

Sin embargo, intentaba con todas sus fuerzas retrasar el momento fatídico. La seguridad, el confort material eran bienes preciosos, demasiado preciosos para arriesgarse a perderlos algún día. De acuerdo, era un depredador. ¿Quién más que él lo sabía?

Aparte de Turman.

Pero Turman había sido ejecutado.

¡Qué placer dárselas de víctima mientras esperaba convertirse en el verdugo! Sobre todo, no ponerse nunca el hábito de Amo. Jamás de la vida.

Si no, las pulsiones se volverían más fuertes, incontrolables.

Cuando Sado y Maso van en barco, es el Esclavo quien dirige al Amo, quien impone sus fantasmas, quien orienta el ceremonial.

Si el Amo era malo, si no infligía suficiente dolor y humillaciones, entonces se cambiaba de amo, era despedido por incompetente.

A fin de cuentas, Mortensen no tenía las más mínimas ganas de acabar como Turman.

Aunque los tipos como Turman, y más aún como Manson, lo fascinaban.

Sabía que no podría resistirlo mucho más tiempo. Incluso el cuerpo cargado de cadenas, incluso la carne lacerada por los latigazos y tan atravesado por agujas que habría vuelto loca a una brújula, sabía que acabaría por matarlo. Nada conseguiría nunca hacerle olvidar la intensidad de la mirada de la mexicana, el pánico en sus ojos, y el placer que había experimentado. Sus incursiones en Dominas no eran más que maniobras dilatorias. Necesitaba a toda costa encontrar cuanto antes una nueva válvula de escape para librarse de sus obsesiones.

—¡Esclavo! ¿Dónde tienes la cabeza? ¿Quieres otro castigo? ¿No me oyes cuando te hablo? ¡Que aprietes el culo, te digo!

Mortensen estaba amordazado con una bola de espuma sujeta por una tira de cuero que penetraba profundamente en la carne de sus mejillas. Apenas podía contestar.

Doblado en dos en el potro al que estaba atado, se esforzó en ofrecer su culo desnudo al castigo, aunque sin mucha convicción. Tenía la cabeza en otra parte, el Amo tenía razón.

Apenas sintió las tiras del látigo en la piel.

Sin aliento a fuerza de dar golpes, el Amo empezó a soltarlo. Las ataduras cayeron en el suelo de baldosas blancas de la pequeña habitación circular con paredes forradas de hule negro mate.

Cuatro focos dispuestos en el techo proyectaban sombras contradictorias en el suelo.

Las correas, los bocados, las fustas que colgaban de las paredes conferían al lugar un aspecto de cuadras infernales.

Mortensen se puso de pie sobre los tacones de aguja con paso inseguro. El corpiño estaba a punto de explotarle bajo la presión de sus pectorales. Al incorporarse, el delantal de criadita que llevaba le ocultó el sexo adornado con el anillo. Se le había hecho una carrera en las medias.

El Amo le levantó la barbilla con el extremo de la fusta.

—¿Qué? Te aburres conmigo, ¿verdad?

Tal vez porque había adivinado la inclinación de Mortensen, el Amo Craig le propuso un viajecito a Nebraska.

Capítulo 9

Sarajevo, octubre de 1996

No había resultado fácil para Seb llegar a volar hasta Zagreb.

—Vale, tío, me dejas tirado y encima te largas con mi pasta, ¡no te jode! Estás como una cabra, tío. ¿Para qué coño tienes que ir a complicarte la vida a Sarajevo? La madre que me parió, no tuviste bastante con un ojo, ¿verdad?

Finalmente, aunque muy a disgusto, Kamel se dejó convencer para concederle un préstamo. En primer lugar, no era rico, y Seb le pedía dinero para comprar un billete París-Zagreb, nada menos, y encima tendría que ocuparse de regar las plantas de cannabis que crecían lentamente en el balcón de Sébastien. Además, las había sembrado demasiado tarde, nunca llegarían a dar flores, ¡vaya mierda!

El día antes de su marcha, Seb se miró detenidamente en el espejo, se quitó el parche y contempló su ojo muerto, aquel agujero abierto entre los párpados, aquel agujero abierto en su cabeza y en su vida.

Al final decidió llevarse su Leica abollada, siempre podría decir que era un fotoperiodista que estaba haciendo un reportaje sobre el Sarajevo de después de la guerra. Metió los viejos carretes y la cámara en su desgastada bolsa que había acabado metida en la lavadora, y sacó del fondo de un cajón su carnet de prensa caducado. Después apelotonó un poco de ropa en una bolsa y cerró tras de sí la puerta de su piso, no sin antes dejar una llave a Kamel.

Al pasar por la aduana, el agente puso mala cara mirando la fotografía de su pasaporte.

—Debería cambiarlo, ya no tiene el mismo aspecto, si viaja mucho, puede tener problemas —le aconsejó.

Seguramente eso era mucho más fácil que tener que acostumbrarse a un

ojo de cristal.

En Zagreb durmió en el Studenthotel Cvjetno Naselje, un albergue de juventud, no lejos de la estación de autobuses, acurrucado en torno a su bolsa con la cámara, después tomó un autocar hacia Split y se adormiló contemplando las calas y las miríadas de archipiélagos bañados por el Mediterráneo. En Mostar, se paró ante el puente reducido a escombros, la ciudad vieja derruida hasta los huesos. Suleimán el Magnífico había ordenado la construcción de aquella obra de arte al gran Sinan, el edificador de la mezquita de Estambul. Apenas acabada su obra, el inmenso arquitecto fue a esconderse al fondo de un agujero. El sultán del Imperio otomano lo había amenazado con decapitarlo si los elegantes arcos se hundían en cuanto pasara el primer convoy.

Había aguantado cinco siglos, hasta que la guerra precipitó sus piedras pulidas por los años a la corriente, pese a los sacos que supuestamente debían protegerlo de los obuses. El elegante arco del puente había sido sustituido por una pasarela de madera suspendida encima del río, por la cual los peatones se aventuraban con mucho respeto. Cobijadas por la iglesia católica, las tumbas bogomilas estaban acribilladas por las balas. Antes de la guerra, en su primer viaje a Bosnia-Herzegovina, Seb recordaba haber comprado un *saz* con la vaga idea en la cabeza de aficionarse a la música turca. El instrumento tenía cuatro cuerdas. Eran tres de más. Al final, se lo regaló a otra persona más dotada para la música.

A partir de Mostar, casas y pueblos presentaban los estigmas del conflicto. Fachadas ametralladas, surcadas por cicatrices, impactos, tejados ennegrecidos, asfaltos plagados de baches, puestos de control de la SFOR, carteles indicando la presencia de minas. En medio de aquel caos, vacas y ovejas pacían tranquilamente en un renadío que no resistiría mucho tiempo a las primeras heladas. Unos caballos con los ojos protegidos por orejeras de cuero reseco, a veces incluso mulas, tiraban de carretas con neumáticos de coche usados, por toda la carretera, y en el remolque de madera iban generalmente viejas parejas cansadas, muy parecidas unas a otras. Mujeres orondas cubiertas con un pañuelo de vivos colores, hundidas en jerséis y abrigos que habían sufrido los ataques de las polillas, con los dedos protegidos en guantes burdamente tejidos, arreaban a las caballerías con una varita de almendro, mientras a su lado se recostaba un hombre, enfundado en una chaqueta desgastada o una cazadora manchada, con la boina encasquetada en la cabeza y la colilla en los labios. No transportaban

nada excepto a sí mismos y a veces algún triste saco de patatas.

Seb alternaba el autobús y el autostop según las etapas que hacía, como si quisiera retrasar el momento de regresar a la ciudad. Cuanto más se acercaba a Sarajevo, más se le encogía el estómago. Un zumbido incesante había vuelto a apoderarse de su oído, y se maldijo por no haberse traído medicinas para luchar contra los efectos de los acúfenos.

La altitud, tal vez. La altitud, ¡y una mierda!

Encontró plaza en un viejo Ford Transit a punto de reventar, en el que se habían amontonado algunos viajeros, bosnios cargados de paquetes que iban a visitar a sus familias. Bajaron hacia Sarajevo por la pista en mal estado que cruzaba el monte Igman, y el vehículo erró por la espesa niebla de una nube pegada a la cima. Unos cuantos copos de nieve tímidos, los primeros del otoño, revoloteaban con una ligereza fantasmal sobre el parabrisas, donde se fundían. Cuando entraron en Sarajevo aquella mañana, se levantó un viento que barrió de golpe las devastadas calles. Todavía seguían en su sitio muchos contenedores. La mayoría de los cristales seguían estando sustituidos por paneles de contrachapado. Pero, al primer vistazo, resultaba evidente que la ciudad había terminado con la guerra. La gente caminaba tranquilamente por las calles, dedicándose a sus asuntos, y, sobre todo, los tranvías desvencijados estaban de nuevo en circulación. Los restos de coches habían sido momentáneamente retirados junto a las aceras a la espera de algún chatarrero emprendedor. Las terrazas de los cafés estaban muy frecuentadas aquella mañana de otoño. Muchas parejas jóvenes saboreaban la dicha de haber sobrevivido. Los vendedores ambulantes ofrecían sus artículos en las aceras hundidas. Las primeras nieves que el alba había dejado caer en las cumbres se fundían en la tierra aún tibia del verano reciente. Un vehículo blindado de la SFOR pasaba delante de un gran cartel publicitario de una marca de crema solar, y el soldado apostado detrás de la ametralladora de la torre se dejó distraer por los cuatro armoniosos traseros de las modelos en biquini que habían posado en una lejana playa para el anuncio.

¿Por dónde empezar? Seb se sentía un poco mareado. El viaje lo había dejado tocado.

Decidió regresar al hospital. Quizá la misericordiosa enfermera que le había inyectado morfina a escondidas supiera algo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Leila. Una guapa morena de pelo rizado, Seb volvía a ver sus mechones pegados a las sienes por el sudor. A lo mejor todavía trabajaba en el

hospital, o alguien la conocería y sabría dónde vivía. Al llegar al pie de las escaleras, Meyer tuvo un último instante de vacilación. ¿Y si estaba muerta? Se dio cuenta de que ni siquiera recordaba el nombre de la muchacha que había conocido en la terraza de un café, con la que había tenido una aventura de una noche antes de que un francotirador le quitara su joven vida. El cerebro se le hacía jirones, decididamente. Por un breve instante, sintió el inicio de una erección al recordar la suavidad de su piel.

No había vuelto a hacer el amor desde aquella noche, en el Holiday Inn.

La calma que reinaba en la recepción contrastaba con el ambiente cargado de tensión, los gritos de las familias, la sangre que manchaba el embaldosado de la época del cerco de la ciudad.

Se dirigió hacia el mostrador detrás del cual una imponente matrona de mediana edad, vestida con una bata ajada y una cofia de tela, lo miró de arriba abajo.

—*Dobar dan*. Ejem, *do you speak english*?

Sí, hablaba inglés.

—Busco a una enfermera que se llama Leila, trabajaba aquí en la época del cerco.

—¿Leila qué más? —preguntó la recepcionista en tono hosco.

—Mire, no lo sé. Soy periodista. Me hirieron cuando estaba trabajando aquí, en mayo del noventa y cuatro —le señalaba el parche con el dedo—, ella me cuidó y he vuelto para hacer un reportaje sobre la posguerra —esta vez señaló su bolsa de fotógrafo— y quisiera darle las gracias, y también hacerle un retrato, para mi periódico.

—¿Qué periódico es? ¿Tiene un carnet de prensa? —inquirió la mujer con voz cargada de desconfianza.

—Ejem, *Les Nouvelles*, es una revista francesa —mintió—, y aquí tiene mi carnet.

Ella se inclinó para examinar el documento, y lo miró por debajo.

—Mmm, este carnet no está al día.

Al salir de París ya no tenía mucho aspecto de apuesto fotoperiodista.

Las vicisitudes del viaje no habían mejorado las cosas.

—Mire, debo decirle que me ha sido imposible trabajar durante más tic un año después de caer herido, un ojo, ¿sabe?, es muy importante para un fotógrafo, y ahora estoy empezando de nuevo, es mi primer trabajo desde hace mucho, y si no consigo llevar las fotos que me han encargado, no encontraré empleo nunca más.

La cancerbera pareció reflexionar un poco. Tamborileaba nerviosamente la punta de su bolígrafo en el mostrador. Estaba claro que no se lo había tragado. Inspeccionó una vez más su ropa polvorienta, su pelo sucio, su figura escuálida.

—Bueno —decidió finalmente—. Leila no está aquí ahora. Estos días está trabajando como enfermera intérprete para un psiquiatra militar alemán del Alto Comisionado para los Refugiados de la ONU. —Consultó su reloj —. Si se da prisa, la encontrará en la antigua escuela de ingenieros de Lukavica, en las consultas. Han reagrupado a los refugiados serbios allí. Pregunte por Leila Duran.

—¡Pero si es musulmana!

—¿Y qué? ¿Se piensa que quedan muchos intérpretes en vida para encargarse de todos los civiles, sean serbios, croatas o musulmanes? ¿Se piensa que podemos elegir, acaso? Está sustituyendo a una compañera serbia que se ha puesto enferma.

Avergonzado, Seb se batió en retirada.

Lukavica quedaba en las afueras de Sarajevo. Un barrio serbio casi al cien por cien. Étnicamente puro.

Yugoslavia había sobrevivido. Las tres comunidades habían terminado replegándose cada una en sí misma tras el período de limpieza étnica, al precio de casi un millón de desplazados, de un pueblo a otro, de un barrio a otro, y ahora todo el mundo se miraba con hostilidad. Se necesitarían siglos para calmar el odio, para que cicatrizasen las memorias.

Unas ochocientas personas habían encontrado sitio en los vetustos locales del centro de refugiados situado bajo la protección del ACNUR.

En la entrada Meyer preguntó en su torpe alemán dónde se hallaban las consultas psiquiátricas. Lo dirigieron hacia las plantas superiores y tuvo que recomenzar su alegato ante una enfermera visiblemente desbordada, que se mostró menos puntillosa que su colega del hospital.

Lo condujo hasta una especie de sala de espera, en realidad unas cuantas sillas donde aguardaban dos hombres de pelo blanco con trajes arrugados, así como una madre y su hijita que debía de tener unos diez años, ante un biombo de madera.

Detrás se estaba realizando una consulta.

—Espere aquí —le dijo la enfermera—, cuando Leila termine de trabajar saldrá por aquí, no se le puede escapar.

Sébastien vio pasar por delante de él, en tromba, a un médico alemán de

la OTAN, un tipo alto y desgarbado que penetró en el espacio de la consulta. Meyer se levantó y se atrevió a atisbar por encima del biombo, bajo la mirada indiferente de los pacientes que esperaban su turno. En el reducido espacio, varias personas se amontonaban como podían, había otros dos médicos en bata blanca, estetoscopios colgados del cuello, dos enfermeros que hablaban alemán entre ellos, un hombre sentado detrás de un escritorio, visiblemente el psiquiatra, y otro sin funciones aparentes, sin duda un auxiliar médico. Frente a ellos, adivinó más que vio a Leila, de espaldas. Llevaba su espesa cabellera recogida en un moño en la nuca. A su lado estaba sentada una señora rellena de cierta edad. La paciente, sin duda.

La mujer se presentó y expuso su identidad. Leila tradujo. La señora sufría dolores gástricos que no la dejaban dormir.

No era gran cosa, comentó la joven intérprete musulmana: la mayoría de los pacientes sufrían trastornos mucho más graves, síntomas psicóticos, síndromes de ansiedad crónica, de depresión, enfermedades psicosomáticas, infecciones cutáneas vinculadas a trastornos psiquiátricos profundos.

—Nosotros, en Sarajevo, a eso lo llamamos el *bosniac syndrom* —precisó Leila al médico alemán.

El psiquiatra preguntó a la señora si tenía pesadillas por la noche. Leila tradujo y ella asintió. Un médico tomaba notas.

—¿Está usted casada? —preguntó el doctor.

La mujer asintió sin contestar.

—¿Su marido también tiene dificultades para dormir?

Nuevo gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Dónde está? ¿Por qué no la ha acompañado?

Hubo un silencio.

—Está borracho —respondió la mujer al fin, y añadió—: es un veterano del cerco de Sarajevo.

A la mayoría de ellos les costaba mucho reintegrarse en la vida civil, comentó Leila, caían en el alcoholismo.

La consulta llegaba a su final, y la mujer se levantaba para ceder su sitio a la persona siguiente, cuando unas voces llegaron hasta el despachito, desde el corredor. Un hombre tambaleante se abría camino entre la muchedumbre de refugiados que llenaban la planta. Irrumpió en la sala de espera, visiblemente ebrio, y contempló a los pacientes con sus ojos deslavazados. Se pasó los dedos por sus cabellos blancos. Su ropa estaba

hecha jirones, no llevaba calcetines y los bajos del pantalón deshilachado revelaban sus flacos tobillos. Pasó detrás del biombo.

Con una voz atronadora que contrastaba con su escuálida figura, exclamó:

—¿Quién ha dejado entrar a esta mierda de suboficiales extranjeros aquí?

De golpe, mordidos por la curiosidad, los pacientes que esperaban su turno lo siguieron, y Seb con ellos, y todos se apretujaron en la reducida consulta. Meyer no había entendido ni una palabra de lo que decía.

Leila lo miró sin verlo. Harapiento entre los andrajosos, era transparente.

La joven tradujo al alemán los motivos de la cólera del intruso, y añadió, para el oficial:

—Conozco a este hombre. Se llama Dragan Stepanovic. Ha pasado cuatro años en primera línea del frente. Una vez estuvo ciento setenta días en una trinchera con muertos.

El borracho se había calmado un poco. El psiquiatra le pidió que se sentara, y Leila tradujo. Ante todo el mundo, empezó a hacerle preguntas y era como si los dos hombres estuvieran solos en el cuartito iluminado por una ventana de cristales sucios.

—Yo tenía el pelo rubio como el trigo —dijo el miliciano—, y de golpe se me volvió gris. Es por culpa vuestra. La OTAN me ha hecho volverme así. Nos bombardeasteis con porquerías químicas que nos han dejado calvos. Y desde entonces las vacas paren terneros con dos cabezas, ¡unos monstruos!

Otra vez estaba perdiendo los nervios.

Imperturbable, el psiquiatra siguió haciéndole preguntas. El hombre ebrio empezó entonces a hablar de sus pesadillas, se encontraba en la trinchera con sus siete camaradas muertos, cada noche era igual, luego deambulaba por Sarajevo, quería ver su casa, vivía en un barrio mezclado, y unos musulmanes lo reconocían, empezaban a gritarle, a sublevar a la población y tenía que huir mientras lo perseguían, y se despertaba empapado en sudor.

Mientras Leila traducía, Meyer reflexionaba en sus propias pesadillas.

Una auxiliar asomó la cabeza por el cuarto e hizo una pregunta a Leila que contestó simplemente:

—*Kava*.

De pronto, Dragan Stepanovic se puso rígido. Su dedo acusador y tembloroso señalaba a la joven.

—*Kava*! ¡Ha dicho *kaval* ¡Es musulmana! ¡Panda de cabrones! ¡Hijos de puta! ¡Todos los de la OTAN sois unos Judas, unos lameculos de los discípulos de Alá, esta puta me denunciará y me matarán! ¡Puta, puta, más que puta!

Se levantó haciendo caer la silla. Dando empujones entre el grupo de curiosos y de médicos militares, abandonó la sala mientras señalaba una última vez en dirección a Leila.

—No puedo más —dijo en alemán—, no puedo más. Búsquense una intérprete serbia.

Se había sentado, cogiéndose la cabeza con las manos. Unos rizos tozudos e indisciplinados de su cabello se le escapaban del moño.

—Esto es todo por hoy —dijo el psiquiatra en voz alta y para todos—. Vuelvan mañana.

Y como nadie se movía, se hizo más explícito señalando a la joven cuyos hombros se levantaban al ritmo de sus sollozos:

—*Leila kaputt*!

Los pacientes se dispersaron y Seb decidió seguir esperando detrás del biombo.

Unos pocos minutos después, la chica pasó en tromba delante de él.

La llamó en voz baja.

—¿Leila? ¿Leila Duran?

Ella se dio la vuelta, todavía tenía los ojos rojos cuando le preguntó en serbocroata:

—¿Qué quiere ahora?

Él se encogió de hombros en señal de incomprensión. Era evidente que lo había olvidado. Nada más lógico, debía de haber visto muchos hombres como él, sí, el desfile de lisiados debía de haber sido ser muy largo. Seb contestó en alemán:

—*Ich verstehe Jugoslawien nicht*.

Lo miró con extrañeza.

—¿Quién es usted?

Sarajevo, Gorbavica, septiembre de 1996

Emir Ferhatbegovic estaba sentado en la cocina, bajo la luz vertical que caía del techo, delante de una botella de *slivovica* vacía en sus tres cuartas partes, con su pistola SZ 99 puesta delante de él en la mesa de formica. Los

serbios se habían retirado, sin embargo muchos musulmanes se iban a vivir al otro lado de la línea del frente, bajo la protección del gobierno de Izetbegovic. Y él, Emir, ¿qué era en realidad? Sus vecinos eran musulmanes, sus primos políticos eran serbios. Algunas noches, con la ayuda de la *slivovica*, ya no sabía nada.

¿Había hecho la guerra con los unos, con los otros, había sido un carnicero serbio, un partisano bosnio? La personalidad de Emir Ferhatbegovic estaba hecha añicos, añicos olvidados, esparcidos por las escaleras de los bloques de pisos, por las trincheras.

Es lo que le había dicho el médico del hospital.

Demasiada sangre, toda aquella sangre, ¿cuántas veces? El sabor del acero del cañón del arma en su boca convenciéndolo para que se alistara.

No quiero ser soldado.

¿Cuántas veces había derramado aquellas lágrimas? Encendió un cigarrillo. De una calada aspiró en sus pulmones el alquitrán y el humo de casi la mitad del pitillo que chisporroteaba entre sus dedos manchados de nicotina.

Fuera, las luces de incendio del alba encendían las cumbres más altas. Antes de toda aquella mierda, Emir era mecánico. ¿Qué se podía reparar ahora, cuando lo irreparable se había cometido cientos de veces? Con los ojos enrojecidos por el alcohol y las noches en blanco, el francotirador bosnio cogió la botella de *slivovica* y a morro, de un trago, terminó con el contenido.

Con un gesto de la mano, barrió la mesa y el frasco cayó —en el embaldosado rompiéndose en mil pedazos. Agarrándose con ambas manos en los ángulos del mueble, Emir levantó su rostro fatigado hacia el techo y empezó a aullar como un lobo, al mismo tiempo que sacudía el mueble como si quisiera desarticularlo.

En el piso donde vivía toda su familia, se habían despertado Suada, su madre y Vanya, su hermana, sobresaltadas por los alaridos y por la caída de la botella vacía. Estaban en el pasillo, con sus camisones floreados, despeinadas y con los ojos hinchados de sueño, no se atrevían a entrar en el cuarto. Cuando Emir bebía, podía volverse loco, y en aquellos momentos, cuando tenía un arma al alcance de la mano, más valía no acercarse a él. Su tío Ozren apartó a las mujeres rezongando, la respiración pesada de sueño, y penetró sin vacilar en la cocina, vestido solamente con un pijama a rayas.

—¡Deja eso, Emir!

El francotirador titubeaba junto al fregadero de porcelana sucia y resquebrajada por la caída de un obús durante un bombardeo. Se había metido el cañón de su SZ 99 entre los labios agrietados y miraba a su tío. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, Ozren podía ver los músculos de las mandíbulas de su sobrino que se crispaban, oía los dientes del joven rechinar sobre el acero, su mano que temblaba, el índice que se ponía blanco sobre el gatillo.

Lo había apretado tantas veces, qué más le daba apretarlo otra puñetera vez, una sola vez más y todo habría terminado. Al fin podría dormir, dormir, era todo lo que quería ahora. Su tío dio otro paso y le cogió suavemente la mano, sacó el cañón húmedo de saliva de la boca de Emir, y hasta el acero azulado apestaba a alcohol. Emir se dejó caer en los brazos de Ozren quien, pasando ante las dos mujeres que seguían pegadas a la pared, lo llevó hasta el sofá desplegado en el comedor y lo acostó como a un niño, se sentó al borde del colchón y empezó a cantarle en voz baja una vieja canción popular musulmana. Y el escuálido anciano todavía cantaba cuando Emir se durmió por fin y el sol bañaba con sus rayos la cara demacrada de Ozren, que flotaba en la chaqueta del pijama. También él, hacía mucho tiempo, había hecho la guerra, contra los chetniks. Tito no tenía más que un tren y un avión. Y la determinación de sus tropas. Con aquello había bloqueado a un millón de soldados alemanes en el país. En las montañas, en pleno invierno, los hombres cruzando los puertos de montaña en medio de la nieve morían de agotamiento, de hambre, de frío.

Y para llegar a donde estaban.

Ozren tenía sueño.

Bruselas, octubre de 1996

En uno de los salones del hotel Intercontinental de Bruselas, Goran Milkovic esperaba una aparición. El vestíbulo estaba sumido en la oscuridad. Percibía los murmullos del público, el frufrú de la tela de los vestidos de las mujeres, el olor fuerte y mareante de los perfumes. De pronto, un proyector captó en su haz luminoso al más querido de sus tesoros ceñido en un biquini con los colores de la bandera serbia y encaramado a unos zapatos con unas suelas de dieciocho centímetros de grosor. La chica empezó a contonearse bajo los aplausos corteses de las mujeres y los silbidos entusiastas de los hombres, en su mayoría antiguos veteranos serbios de Bosnia. Birgit se llamaba en realidad Vesna. La rubia granjera de pelo corto y liso del pueblo de Illidza se había metamorfoseado

en top-model para satisfacer los caprichos de Goran. La pareja llevaba varios meses viviendo en una suite del hotel, con guardaespaldas y chófer.

Con gran profusión de intervenciones quirúrgicas que le habían costado los dos ojos de la cara a Milko, los pechos de Birgit habían sido siliconados hasta obtener una respetable talla 95 D, le habían sacado dos costillas flotantes para afinarle la cintura, arrancado las muelas del juicio, extraído grasa de las nalgas para inyectársela en los labios, la más costosa y más dolorosa de las operaciones habiendo sido la de hacerla crecer cinco centímetros, lo cual, a la edad de veintiséis años, no podía atribuirse en absoluto a la naturaleza. Por el contrario, las clínicas de Caracas estaban especializadas en este tipo de acrobacias quirúrgicas, fabricaban misses para toda la América Latina, en serie, hechas en molde. Mediante un sistema de injertos óseos sucesivos, habían añadido los centímetros que le faltaban a las largas piernas eslavas de Vesna. Le habían tenido que seccionar las tibias, implantar los injertos, y volver a empezar hasta obtener la talla deseada. Que el dolor infligido a la muchacha fuera tan insoportable que hubiera acabado dependiendo totalmente de la morfina no sorprendió a Goran en demasía.

Él estaba enganchado a la cocaína, o sea que...

Solamente los pómulos salientes y los ojos azules de Birgit seguían siendo los mismos.

Ella había abierto el desfile. Las modelos siguieron, presentando la nueva colección de ropa de la marca que había lanzado el ex francotirador, esencialmente a base de cuero y piel de lobo.

Cuando las luces se encendieron de nuevo, unos estilosos camareros pasaron entre los invitados con bandejas cubiertas de copas de champán rosado.

Sarajevo, octubre de 1996

Seb Meyer tuvo que recordar a Leila Duran las circunstancias exactas de su encuentro para que por fin se acordara. El clic se hizo en el momento en que le habló de la dosis de morfina que le había administrado a escondidas para aliviarlo.

—Estaba sordo, tenía los tímpanos rotos, si no recuerdo mal. ¿Está mejor ahora? —le preguntó removiendo distraídamente los cubitos de hielo en su Coca-Cola.

Se habían sentado a una de las mesas del SOS Bar.

Al salir de la antigua escuela de ingenieros de Lukavica, se habían

dirigido al centro de la ciudad en un coche del ACNUR que los había dejado en la avenida Marsala Tita. Escalaron a pie Kralja-Tomislava en dirección al estadio olímpico convertido en el gigantesco cementerio cuyas imágenes había descubierto el mundo entero, y luego, atajando por la calle Matije-Gupca, desembocaron en la placita donde se encontraba el SOS. Durante la guerra, el lugar había sido un tugurio realmente peligroso, y Seb se había puesto rígido al darse cuenta de que Leila lo llevaba hacia aquel antro, ciertamente pintoresco pero con una clientela de lo más inquietante. El lugar, sin embargo, había cambiado mucho. ¿Había que deducir que los cabecillas mafiosos que lo habían frecuentado se habían matado unos a otros, en el caso de los más estúpidos, mientras que los más listos invertían ahora en la economía formal? Sin duda.

En la actualidad el lugar recordaba más un encantador café de la Butte-aux-Cailles que los bajos fondos de Sarajevo.

Leila colocó uno de sus rizos indisciplinados detrás de la oreja y miró a Seb, detenidamente.

—Así que es usted fotógrafo. Roba el alma de la gente, entonces. ¿No es lo que creen algunos pueblos?

—Puede, no sé. En todo caso, no es un robo. Es más bien un trueque. Lo que no se dice nunca es que cuando se toman fotos se deja sufrimiento a cambio.

No lograba acabarse la infecta bebida a base de zumo de cereza que había pedido.

Acababa de terminar la narración de su descenso a los infiernos, ella le había hecho repetir varias veces ciertas frases, de tan malo que era su alemán de andar por casa. A trancas y barrancas, se había inventado una historia sobre un reportaje en forma de regreso al lugar donde había sido herido, quería intentar encontrar al francotirador que le había disparado, hacerle un retrato, el tema era original y había seducido a una revista.

—De verdad, ¿no puede decirme nada más sobre lo que me ocurrió?

—No, de veras. Lo que me sorprendió sobre todo, como ya le he dicho, fue la solicitud desacostumbrada de los militares de la UNPROFOR respecto a usted. Vinieron a esperar el diagnóstico de los médicos, lo repatriaron inmediatamente, hacían muchas preguntas sobre las secuelas de sus heridas, de hecho parecían muy preocupados. Bueno, quiero decir, más de lo habitual. Debo confesarle que esta idea de buscar al francotirador que le disparó me parece una locura. Muchos de los que estaban en las milicias

han desaparecido de la ciudad. La presidencia bosnia prefirió desembarazarse de esos ayudantes tan molestos. Una vez instalada la paz, resultaban impresentables. En cuanto a los milicianos serbios, los que tienen una orden de captura por crímenes de guerra por parte del Tribunal Internacional de La Haya están escondidos. La mayoría de los demás ya están en Kosovo, dispuestos a reincidir. Los más ricos controlan las mafias. Y los parias, los que no han podido regresar a la vida civil, ya los ha visto esta tarde. Son ruinas humanas que llenan los pasillos de los centros de refugiados. Dígame, debe de ser muy raro su periódico, ¿no?, para pedirle que haga una foto de la persona que le hirió. Es como buscar una aguja en un pajar. Ya se lo he dicho, a estas alturas puede que esté muerto. O lejos de aquí.

Seb sacó de su bolsa el juego de copias 13 × 18 a color y las colocó encima de la mesa.

—¿Le dicen algo?

Leila se inclinó sobre las fotos. Olía bien, un perfume a base de narciso, o algo floral de ese tipo.

—¿Qué es? —Frunció el ceño—. Parece el coche de una ONG, no entiendo lo que lleva escrito, ¿está en francés?

—Sí, ¿ha visto antes estas siglas?

Leila reflexionaba.

—Es difícil de decir, hay tantas. Pero me parece que no, no.

Volvió a mirar las fotografías.

—Parece que el conductor está a punto de perder el control del coche. ¿Tuvieron un accidente? ¿Tiene algo que ver con su herida?

—No sé, no estoy seguro, es lo último que fotografié, creo que debí de tomar estas imágenes unos segundos antes de caer herido.

—Si es así, nosotros no supimos nada. No nos llevaron ni muertos ni heridos, creo. No, solamente usted. En fin, que yo recuerde. Puede que me equivoque. Días como aquel vivimos muchos. Y peores también. Mucho peores. Pero quizá pueda ayudarle, preguntaré a gente que conozco, si me presta las fotos.

—Gracias. Muchas gracias. Y...nunca tuve la ocasión de darle las gracias también, ya sabe, por la morfina, en el hospital. Supongo que no habría mucha.

Ella lo cortó.

—Son demasiadas gracias.

Seb se masajeaba las sienes. Volvió a poner disimuladamente en su sitio el parche que se le había movido.

—Dígame, ¿qué ha pasado hace un rato, en la consulta? ¿Por qué se enfadó tanto aquel paciente?

—Era serbio. Eso ya lo entendió, ¿no? Cuando pasó aquella auxiliar, nos ofreció café para todo el mundo. Antes de traducirlo, le contesté brevemente, y por mi acento (yo digo *kava*, a la musulmana, y no *kafa*, al modo serbio) ese hombre se dio cuenta de mi nacionalidad. Inmediatamente me rechazó como intérprete. No somos muchos, es agotador, hay traductores de todas las nacionalidades. El ACNUR, en general, procura encontrar a serbios para traducir a los serbios. Lo mismo con los croatas y los musulmanes. Pero hay que traducir del inglés, del alemán, del francés, así que al cabo de poco cogen a quien encuentran, y ya ha visto el resultado. Por supuesto, todos hablamos la misma lengua, el serbocroata. Pero es fácil saber a qué comunidad pertenece cada cual. Solo por las formulas de cortesía, por la manera de saludar. Y también por el acento. Me pregunto cuándo podrá este país estar realmente en paz consigo mismo. Aunque en realidad esto no ha terminado, ya lo verá, volverá a empezar en otra parte. Mientras Milosevic esté aquí. Este país se está suicidando.

Se había hecho de noche. El café se llenaba de estudiantes que parecían tan despreocupados como si la guerra no hubiera existido nunca. El humo del tabaco, como un vaho, se pegaba a los cristales llenos de cerveza. A Seb le entraron ganas de beber aquel líquido ambarino y pidió una mediana.

—¿No le apetece una?

Leila negó con la cabeza.

—No bebo alcohol. No soy practicante. En realidad, ni siquiera soy creyente, pero veo pasar demasiados alcohólicos a lo largo del día para no mantenerme alejada de esta tentación. A propósito, esto me recuerda...

Se paró en medio de la frase, frunciendo el ceño. Reflexionó un momento y al final dijo:

—No, no sé, se me ha ido de la cabeza. Me ha parecido que me acordaba de algo, pero no. Se me ha ido. Ya me volverá, a lo mejor.

Se interrumpió de nuevo y lo volvió a mirar.

—*Entschuldigung*, tengo que irme a casa. *No schlafen sie*?

Seb no tenía dónde dormir. El Holiday Inn estaba en plenas obras de

reconstrucción. Además, ahora habría sido demasiado caro para él.

Leila vivía en un pisito del viejo centro austríaco de Sarajevo, no lejos de la calle Emile Zola. Espontáneamente le ofreció alojamiento.

La fachada del edificio gris y apagado estaba acribillada de impactos. Algunos cristales todavía estaban sustituidos por trozos de contrachapado, y regueros negros de fuego habían lamido las paredes por encima de las ventanas del piso del tercero. Se cruzaron con cuatro hombres que caminaban en fila india. Transportaban cuidadosamente un gran cristal nuevo. El que iba en primer lugar, un gordo bajo y calvo, iba vestido con un elegante traje negro antracita con finas rayas blancas y una corbata, y daba al grupito un aire ceremonioso. Dos sexagenarios iban vestidos con simples camisas de cuadros mientras que el cuarto, un joven moreno con vaqueros y jersey shetland, con falsos aires de Hugh Grant, cerraba la marcha. Todos se habían protegido las manos con páginas del diario *Oslobodenje*.

El hueco de la escalera estaba muy oscuro. La débil bombilla se esforzaba penosamente en mantener la oscuridad a raya. Los escalones de madera olían a orina.

Subieron hasta el quinto piso y Leila extrajo una llave de su pequeño bolso de escay.

—Vivo sola —soltó sin dar más explicaciones sobre su familia ni sobre el estado de sus relaciones amorosas.

Seb se consideró dispensado por el momento de hacer preguntas indiscretas. La guerra había demostrado tener una imaginación desbordante a la hora de saquear la vida de las gentes de aquel país.

Y a veces incluso la de los extranjeros de paso.

Era evidente que el piso había sido mucho más grande en otros tiempos. Pero después de la construcción del edificio había sido dividido, sin duda por las autoridades comunistas. Leila vivía en dos pequeñas habitaciones. Una era una cocina de paredes desconchadas, minúscula, con un reducido aseo y una ducha en un estado lamentable, un agrietado fregadero de porcelana mate, una vetusta cocina de gas, una mesa de formica y cuatro sillas desparejadas, y la otra un salón dormitorio. Una grieta de varios centímetros de ancho, consecuencia probable de un bombardeo, corría desde el techo basta el suelo cubierto de linóleo. En la pared de enfrente un tapiz barato de factura industrial, en tonos rojos, dominaba el sofá cama de escay negro con cojines forrados de piel sintética roja. Dos sillones a juego

estaban enfrente. Una mesa baja con las patas doradas estaba en el centro de otra alfombra, de color ocre. En la pared opuesta al sofá, las estanterías de una librería en conglomerado chapado estaban abombadas por el peso de los libros.

Seb pasó revista a algunos de ellos. Goethe. En alemán. Zola. En serbocroata. Autores yugoslavos que Meyer no conocía. Novelas policíacas americanas, también. En alemán, todas. Una colección de pequeños objetos de porcelana blanca: un Pierrot de pie, otro tumbado, tres patitos y un cisne, un conejo y un Papá Noel con su bolsa al hombro, un jarrón que contenía tres flores de nailon. A Leila, evidentemente, le gustaba el blanco. Ninguna foto de familia. Exceptuando un billete de doscientos Deutsche Marks de un metro de largo con el retrato de Leila, colgado con chinchetas en la pared.

—Un regalo de un amigo, me lo trajo de Alemania, de Berlín.

—¿Un amigo?

—Aquí tiene —le contestó.

Le había preparado cordero acompañado con queso fresco y rodajas de tomate.

Mientras Seb exploraba su biblioteca, ella había sacado de un armario de debajo del fregadero una botella de vino de Mostar.

Hacía tanto tiempo que no tenía invitados.

—¿No tienes familia, ningún hombre en tu vida?

—Lo tenía. Antes de la guerra. Un obús de mortero zanjó la cuestión en abril de 1993.

No le dio más precisiones. El se abstuvo de pedírselas.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho —contestó Seb—. ¿Y tú?

—Treinta.

La conversación se agotaba. Se instaló un molesto silencio. Seb no tenía la menor idea de lo que iba a poder hacer al día siguiente. No tenía la menor pista, nada. Sin embargo, pensaba volver a Army Barracks, cerca de la avenida Tito. Antes había sido el punto de reunión de los traficantes y tal vez podría enterarse de algo. Necesitaría un intérprete.

—¿Qué haces mañana?

—Volver a trabajar a Lukavica desde luego que no. No después de lo que ha pasado esta tarde. Tendré que presentarme al hospital de Sarajevo, allí siempre necesitan enfermeras. A menos que el ACNUR me requiera de

nuevo, pero para traducir consultas con refugiados musulmanes, esta vez. Algunos ya están regresando a los pueblos de mayoría musulmana limpiados por los hombres de Mladic. No tienen adonde ir. Bueno, yo qué sé. Mañana será otro día, ¿por qué?

Le pidió que lo acompañara, que aceptara ser su guía. Su traductora, sobre todo. Tomar fotos de un conflicto, rodeado de colegas, con intérpretes y un mínimo de dinero para gastar era una cosa. Deambular por el Sarajevo de la posguerra en busca de un desconocido sin un duro en el bolsillo y sin hablar serbocroata era otra.

En Lukavica se había dado cuenta de que solo no conseguiría nada.

—Ir contigo, ¿eh? Y tendré que traducir también. ¿Cuánto me pagas? —preguntó Leila por preguntar.

Se desperezó en su silla coja. Seb se limitó a levantarse y a darle la vuelta a los bolsillos de su pantalón con un cómico encogimiento de hombros, y las manos al aire. Miró a Leila sonriendo, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, y ella le devolvió la sonrisa.

Señalando los bolsillos que colgaban fuera del pantalón del joven añadió:

—Parecen orejas de elefante.

Volvió a desperezarse, los brazos estirados lejos detrás y puños cerrados, y dejó escapar un bostezo.

—Estoy cansada, ha sido un día muy largo. Creo que voy a ducharme. Primero me ducho yo, luego tú.

Se eclipsó antes incluso de que Seb hubiera tenido tiempo de preguntarle dónde iba a dormir.

Al cabo de unos diez minutos, Leila salió del reducido aseo, envuelta en una toalla de baño y con el largo pelo negro cayéndole en bucles húmedos sobre sus hombros mates salpicados de gotitas.

—Te toca —le anunció metiéndose en la habitación.

La oyó desplegar el sofá.

El agua salía ardiendo. Se quedó largo rato bajo el chorro. Su última ducha se remontaba a París.

No había ninguna otra toalla. Se enfundó su pantalón arrugado y paseó su flaca figura hasta la habitación, con su camisa sucia y sus calcetines en la mano.

Su cinturón, como el taparrabos de un Cristo en la cruz, flotaba colgado de los huesos puntiagudos de la cadera.

Llamó a la puerta.

—¿Sí? ¡Entra! —gritó Leila.

Ya estaba acostada, con las mantas subidas hasta la barbilla.

Seb lanzó una mirada circular por el cuarto. Apenas se podía entrar una vez abierto el sofá cama. La muchacha había pegado la mesa y el sillón a la pared.

—Mmm, ¿dónde duermo yo?

—¿A ti qué te parece?

Bruselas, octubre de 1996

Milkovic estaba ligeramente achispado. La fiesta había sido un éxito. Con Birgit pegada a él, la pareja deambulaba entre los invitados que se demoraban bajo las arañas de cristal del salón, una copa de champán en la mano.

Había ido a empolvarse la nariz varias veces al servicio, seguido por sus dos guardaespaldas, identificadles, como los de unos cuantos invitados, por los auriculares y por sus trajes talla XXXL, modelo pilar de rugby.

Allí estaba Boris Orlov, uno de los mandamases de la mafia de Odesa que velaba por la buena marcha de las redes de prostitución polacas de la región de Cracovia, donde las chicas estaban vigiladas por veteranos de Afganistán, auténticos carniceros psicópatas, y también Sacha y Yuri Kalinin, los dos gemelos que controlaban Irkutsk, y cuya crueldad era conocida por toda Siberia. Estos dos no tenían miedo de nada. Ni de los maderos, a los que compraban como quien va al mercado, ni de los magistrados.

Milko se había gastado mucho dinero en aquella fiesta que marcaba su entrada en el mundo de los negocios. Lejos quedaba la época de los Juegos Olímpicos de invierno de Sarajevo. Como lejanos le parecían los tiempos en que era un señor de la guerra entre otros, el rey de su barrio, sí, pero poco más, un pequeño delincuente, un cabecilla que había prosperado gracias a las primas por sacrificio de animales, al tráfico de productos proporcionados por las ONG, y después al dinero inteligentemente invertido en empresas *start-up* que rendía en bolsa un máximo de pasta en un mínimo de tiempo.

No obstante, tenía su conciencia a su favor. Los francotiradores. Pocos de ellos habían cumplido con su acto de redención. Pero él no se había escaqueado cuando se presentó la ocasión, cuando hubo que ajustar cuentas con aquellos cabronazos.

Por supuesto, un inocente la había palmado, pero eso pasaba siempre.

Se preguntó dónde andaría su primo Emir. No estaban en el mismo bando, pero apreciaba a Emir. Era demasiado buena persona. No estaba hecho para ser francotirador. Ni siquiera para ser soldado. Y todavía menos para hombre de negocios. ¿Qué habría sido de él?

Uno de sus guardaespaldas lo distrajo de sus pensamientos al anunciarle que el chófer traía de inmediato el Mercedes 500, tal como había pedido. Milko consultó el reloj. Las tres y doce. Era hora de irse.

Había prometido a Birgit que después de la fiesta terminarían la noche en Chez Dani, una discoteca de moda que encantaba a su mujer. Desde el borde de la pista de baile lanzó una invitación general a una última ronda de champán, y los rusos, siempre bien dispuestos pero ya tambaleantes, se precipitaron hacia sus perros guardianes para reclamar chóferes y limusinas.

Ante la entrada del hotel, resguardado por el gran porche, se formaba ya un cortejo de Mercedes y BMW.

Sarajevo, octubre de 1996

Leila tenía una cicatriz en el omóplato izquierdo que Seb besó detenidamente, y su delgadez era la de una falsa delgada. Ella había insistido en mirar debajo del parche, pero él se negó obstinadamente. Terminó por darle un beso en el trozo de cuero sujeto por una fina tira alrededor de la cabeza. Tras hacer el amor, ella jugó a darle golpecitos en las costillas como si estuviera tocando un xilofón.

—Qué flaco estás —comentó ella con voz adormilada, antes de caer en la almohada, y su respiración se hizo lenta y regular.

A Seb le costó mucho dormirse. De hecho, no lo logró hasta las primeras luces del amanecer. Su cuerpo se fundía, plomo líquido que se infiltra entre las sábanas y se hunde en el colchón, cuando una luz gris empezó a filtrarse en la habitación. Antes de abandonarse, todavía pensó en los agonizantes que suelen tirar la toalla de madrugada.

Leila se despertó temprano, hizo café mientras canturreaba («Aquí no digas nunca café turco, ¡bastante tiempo nos invadieron!», le dijo jovialmente al llevarle una taza de café a la cama) y le dio un beso mientras él gruñía al emerger de una noche demasiado corta.

Se vistieron y caminaron hasta la avenida del Mariscal Tito.

El mercado negro seguía estando allí, mucho mejor surtido en tiempos de paz.

Rusos y ucranianos lo abastecían con todo cuanto se podía soñar.

Durante toda la mañana estuvieron enseñando incansablemente las tres fotografías tomadas por Seb.

En vano. Cada vez preguntaron si alguien sabía quiénes eran los francotiradores serbios o bosnios que operaban en la avenida de los Francotiradores en abril de 1994. Ya se tratara de antiguos milicianos reconvertidos en comerciantes o de vulgares civiles en busca de provisiones, todos contestaron lo mismo:

—¡Uy! Había muchos en aquella época, pero el más famoso era sin duda el cabrón de Goran Milkovic, el antiguo campeón olímpico de biatlon. No es un secreto para nadie. Ese tipo era una leyenda por sí solo, apuntaba siempre a las rodillas de los niños, y después mataba a los adultos.

En la mirada de algunas de las personas con las que hablaron, se encendía incluso una luz de admiración apenas disimulada.

Había un sitio en el que quizá pudieran enterarse de algo más, pensó de repente Leila.

El mercado Arizona estaba situado en una tierra de nadie entre las zonas controladas por los serbios y los musulmanes. Los miembros de ambas comunidades tenían la costumbre de abastecerse ahí de todo tipo de productos surgidos del mercado negro.

Levantaron el pulgar y pararon un Opel marronáceo que aceptó conducirles hasta allí. Un letrero con la inscripción TRZNICA Arizona señalaba la entrada de la zona comercial. El conductor los abandonó delante de la barrera que prohibía el acceso, y de inmediato un niño con una gorra de lana se precipitó sobre el capó del coche y empezó sin más preámbulo a esparcir la suciedad de su trapo por todo el parabrisas con la esperanza de cosechar algunas monedas. El aire olía a gasoil y a carbón de madera, y el humo de los braseros se elevaba en el ambiente frío y seco. Los vendedores ofrecían todo tipo de artículos en sus tenderetes de madera, botes de pintura, buzones de metal, aceite para coches, botellas de soda, latas de conserva. Caminaron por las calles de tierra batida, parecía que estaban en Las Pulgas de Saint-Ouen, pensó Seb, o en uno de aquellos gigantescos mercados negros de la frontera germano-polaca, a orillas del Oder.

Todos eran bastante parecidos.

Serbios y musulmanes estaban unos al lado de otros, con bolsas de fibra de vidrio a rayas azules blancas y rojas llenas de vituallas en la mano,

familias con niños, hombres en chándal, y solamente los pañuelos islámicos revelaban la pertenencia étnica de las mujeres. A Seb le pareció que antes no había tantos.

Leila preguntó a un vendedor de tabaco parapetado detrás de una muralla de Marlboro y de Camel superlight si sabía dónde podían encontrar a un hombre llamado Goran Milkovic, y el tipo sentado en una silla de jardín de plástico blanco se limitó a extender sus manos, palmas abiertas delante de la cara en un gesto de defensa que Meyer había observado a menudo entre quienes se negaban a dejarse fotografiar.

Un poco más lejos se detuvieron delante del puesto de un vendedor de cintas de vídeo, e hicieron ver que les interesaban las películas de diez marcos que se amontonaban en el mostrador. Los dibujos animados para niños, *Speedy Gonzales, Popeye, Merlin*, estaban al lado de los VHS porno, las *Sexy Audicijia, Avanture Sendvicara, Fitness Party*, y Leila, que parecía molesta, prefirió sumirse en la contemplación de casetes de cantantes de variedades de última moda, como Zoran Kalezic, el grupo Devi's o Asim. Entonces, en una ventanilla de contrachapado abierta en medio de los vídeos, apareció enmarcada una cara de hurón de morro afilado. El hombre, de nariz puntiaguda, labios finos y ojos medio cerrados, le preguntó qué quería. Milkovic. Quería hablar con Milkovic.

—Debería ir a ver a Damir, el vendedor de alcohol, al lado del Café Restaurant, justo a la derecha al final de esta calle, puede que él lo sepa, lo conocía un poco —dijo antes de desaparecer entre *Peter Pan* y *Mix Lezbo*.

El comerciante serbio, que vendía whisky adulterado, había instalado su despacho en un contenedor agujereado como un colador.

—Ese cerdo de Milko vivía en Gorbavica, también tenía familia en Dobrinja. Hace ya tiempo que se largó de aquí.

Ahora hace negocios en Europa, no sé dónde, pero lo que sí sé es que está podrido de millones —les contó con su aliento cargado el vendedor vestido con un pantalón militar y una camisa grisácea cuyos botones estaban a punto de estallar bajo la presión de su tripa cervecera y, de hecho, su risa ronca que había descubierto unos dientes raídos por el tabaco había proyectado uno de los botones de plástico contra la pared metálica haciendo un pequeño chasquido seco. Cuando Seb le enseñó las fotos, el hombre solo les dio un rápido vistazo.

—No lo he visto nunca —concluyó antes de emitir un sonoro eructo.

No prestaron la menor atención al cliente que esperaba detrás de ellos,

que también iba vestido con pantalón de camuflaje y una camiseta negra. Llevaba una larga navaja introducida en su bota derecha y las gafas de sol montadas en su cabeza rapada. Dio media vuelta y salió del despacho poniéndoselas en la nariz.

Regresaron a pie, cogidos de la mano. Mientras caminaba bien tieso, Seb se tocó la rótula con un gesto dubitativo. En las colinas doradas, la multitud de tumbas se inclinaba hacia la ciudad.

Las primeras obras de reconstrucción de la Biblioteca Nacional se habían iniciado.

—Si ese Milko fuera mi hombre, mi rodilla no estaría aquí. El vendedor ha dicho que siempre apuntaba a las piernas.

—La de los niños. Tú ya no eres un niño, que yo sepa. Te habría matado, no herido. Y, en cambio, estás aquí.

Le dio un suave puñetazo en el hombro.

—¡Ay!

Se frotó el bíceps haciendo una mueca cómica antes de pararse para mirarla.

—Tienes razón. Si él me hubiera apuntado, no habría fallado.

Le depositó un casto beso en la frente. Reanudaron el camino en silencio, de nuevo cogidos de la mano.

«Puede que no le apuntara a usted», le había dicho Moucheboeuf en su agitada entrevista.

Sébastien se quedó pensativo.

El hombre de la cabeza rapada, pantalón militar y camiseta negra abandonó el mercado Arizona.

Volvió a su casa, descolgó el teléfono y marcó un prefijo extranjero.

—¿Oiga? Soy Danilo. Hay unas personas que buscan a Milkovic por todas partes. Un hombre joven, un tuerto, y va con una musulmana. No. Él es extranjero. Habla en alemán con ella. Sí, europeo, me parece. No, ya sé, Milko no sabe dónde está usted, no se le puede encontrar a través de él. En cambio, estoy seguro de que a él le encantaría encontrarle. ¿Ah? ¿Qué le da igual? Si eso es lo que usted cree, pues, bueno. Pero ¿qué hacemos aquí? Espere, hay algo más, tienen fotos del minibús de...OK. Nada de nombres. Usted se encarga. Bien. De acuerdo. Como usted diga. Adiós, señor.

Colgó.

Bruselas, octubre de 1996

Y ahora Birgit se arrastraba por la acera delante del hotel lanzando

alaridos de animal agonizante, con su ceñido vestido rasgado. Sacudía los hombros de Milko y gritaba, mientras los gorilas intentaban arrancarla del cadáver todavía caliente y flexible de su marido, y los movimientos de vaivén que imprimía al cuerpo tibio hicieron que un hilillo de sangre brotara lentamente por la comisura de los labios ya morados. Gimió y se arrancó un puñado de cabellos y, antes de que los gorilas consiguieran por fin ponerla en pie, todavía tuvo tiempo de besar a Milko en la boca, y se levantó embadurnada de hemoglobina, la cara mirando hacia la luz vertical de una farola, como un vampiro hipnotizado por la luna llena. Los hombres la llevaron en dirección al vestíbulo, había perdido el zapato izquierdo, cojeaba y se torció el tobillo derecho, el que todavía iba encaramado en dieciocho centímetros de caucho. Otra vez, gritó.

Todo había ido tan deprisa.

El Mercedes 500 había llegado a su altura con la portezuela abierta, ellos dos avanzaban entre los guardaespaldas y se disponían a subir al coche, cuando surgió aquella moto todoterreno, no tuvo tiempo de ver de dónde, que se dirigía hacia ellos a toda velocidad con un ruido de sierra eléctrica circulando por la acera mojada, y el hombre que iba montado detrás extrajo una pistola de su cazadora, ella no recordaba siquiera haber oído las detonaciones, solo distinguió las bolas negras de los cascos, ¿tenían un silenciador?, solo oyó gritar «¡Cuidado!», solamente vio a los guardas llevarse la mano a las armas que ocultaban debajo de las chaquetas o en sus fuertes caderas, y Milko salió proyectado contra el reluciente costado de la berlina teutona, cayó al suelo, uno de los gorilas se tumbó encima de ella, y ella se arañó las rodillas como una niña pequeña al caer, el guardaespaldas que seguía en pie disparó contra la moto pero no le dio y desapareció por la esquina de la calle. De todo aquello Birgit no vio nada, intentaba levantar el peso muerto que tenía encima mientras le insultaba en serbocroata y cuando por fin lo logró, solo vio las manchas rojas que iban creciendo por la chaqueta del esmoquin blanco de Milko, el extraño ángulo de su pie, su otra pierna cruzada sobre la pantorrilla, sus ojos abiertos de par en par, inmóviles, y se precipitó sobre él.

Una sirena de policía sonaba a lo lejos, los capitostes de la mafia rusa se habían evaporado como por ensalmo y los dos bulldogs inútiles de Milko no se atrevían siquiera a mirarla. Un camarero le llevó un vaso de coñac lleno hasta arriba que se tragó de golpe, dejando una huella de sangre mezclada con carmín en el borde del vaso.

Por su parte, el ex francotirador, al ver la moto, solo había pensado «Vaya», y se había girado en dirección a uno de sus gorilas. Como muchos de los que él había asesinado, Goran Milkovic ni siquiera tuvo tiempo de oír la detonación.

Oírla quería decir que todavía estabas vivo. Lo cual no era ya su caso.

Sarajevo, octubre de 1996

Leila se despertó sobresaltada. Sí. Ahora lo recordaba.

Se quedó un rato acostada en la oscuridad, quería estar segura del todo.

Se incorporó, miró el reloj que tenía encima de una mesita y sacudió a Meyer, dormido a su lado. Eran las tres de la madrugada.

—¡Despierta, Seb! ¡Seb! ¡Despierta!

Sébastien se sobresaltó, estaba soñando que le disparaban, y en su pesadilla acababa de oír la deflagración. Desde que le habían herido, no soportaba ni los petardos del 14 de julio. La más pequeña detonación provocaba en él un reflejo inmediato y estúpido que consistía en meterse debajo de la mesa temblando como un perro asustado.

—Ah, ah, aaaah...

Se sofocaba intentando recuperar el aliento.

Luego se dio cuenta de dónde estaba.

Leila había encendido la lamparilla de noche. Sus gruesos rizos estaban enmarañados y tenía la boca pastosa. El parche de Meyer se había caído mientras dormía y se lo volvió a poner en su sitio.

—Seb, ya lo sé.

—¿El qué? ¿Estás loca? ¿Qué hora es?

Se apoyó en sus delgados codos.

—Escúchame. La primera tarde, cuando fuimos al bar, ¿sabes?, al SOS Bar, me invitaste a una cerveza y yo te dije no gracias, ya veo a demasiado alcohólicos todo el día, y eso me recordó algo, pero se me fue de la cabeza enseguida, no podía acordarme, y esta noche me he acordado.

—Pero ¿el qué?

—Espera, espera. Hace unas cuantas semanas de esto, todavía hacía mucho calor, acababa de empezar las consultas en la escuela de ingenieros. Llegó un tío, completamente borracho, como el otro día, ¿te acuerdas?, decía cosas incoherentes. Era un chico joven, lo acompañaba su tío, hasta vomitó en el despacho del psiquiatra. Bueno, para abreviar, el pobre no sabía si era serbio o musulmán. Decía que había matado a serbios y a musulmanes, que había sido francotirador durante la guerra, y farfulló una

extraña historia, decía que un día había matado a unos extranjeros. No gitanos, dijo, no yugoslavos, extranjeros. Y que estaba orgulloso de haberlo hecho, aunque ya no sabía de qué nacionalidad era. Estaba orgulloso, no paraba de repetirlo, hasta que al final se durmió en los brazos de su tío, como un niño, y el viejo nos confesó que su sobrino había querido suicidarse con una pistola, y que se lo había impedido justo a tiempo, y que bebía mucha *slivovica*.

—¿Y qué más?

—Bueno, es lo que dijo antes de dormirse. Estoy orgulloso de haberlo hecho, dijo, estoy orgulloso de veras. Y justo antes de perder el conocimiento murmuró: menos por el fotógrafo, yo no quería matar al fotógrafo. En aquel momento no le hice caso, estaba tan borracho.

Ahora Meyer estaba ya completamente despierto.

—¿Qué? Pero ¿qué me estás diciendo? ¿Y me lo dices ahora? ¿Cómo se llama? ¿Su nombre? *Seine name, ach, scheisse*.

—¡Mierda para ti! ¡Un poco de calma! ¡El hombre no sabía si era musulmán y decía que se llamaba Emir! Ya me dirás si no lo era. Por eso me acuerdo de su nombre. Pero Emir ¿qué más? Imposible acordarme del apellido. Pero allí, en Lukavica, deben de conservar su dossier. Estoy prácticamente segura.

Seb no pudo volver a dormirse. Aunque Leila lo llamaba insistentemente para que se acostara, no quiso hacerlo. Lo oía dar vueltas por la pequeña cocina. Se resignó a levantarse, se puso una camiseta demasiado grande para ella, hizo café y juntos esperaron la mañana casi en silencio sentados en torno a la mesa de formica.

Meyer extrajo de su bolsa la Leica abollada y la puso bajo el fluorescente.

La contemplaba sin decir nada.

La muchacha se fue a primera hora del día hacia la escuela de ingenieros de Lukavica con la esperanza de conseguir el nombre y la dirección del francotirador musulmán.

Seb volvió a meter la cámara en la bolsa y salió un poco después de ella para ir hasta el mercado negro.

Cuando Leila empujó la puerta del piso a primera hora de la tarde, Seb ya había vuelto.

Venía sin aliento después de subir las escaleras y el rojo de sus mejillas estaba realzado por la coqueta boina negra que se había puesto. Echó un

vistazo al salón dormitorio.

—Ah, has plegado el sofá, está bien.

Extrajo orgullosamente un papel del bolsillo de su abrigo.

—Ya está, ya sé quién es. Se llama Emir Ferhatbegovic. Vive en Gorbavica con su madre y su hermana. Se hospedan en casa de un tío suyo, Ozren Ramic, se llama.

Estaba metida de lleno en el juego.

—¿Vamos ahora? Abrígate, fuera no hace calor y está empezando a llover —añadió mientras rebuscaba en un cajón y le lanzaba un jersey descolorido demasiado grande para ella.

—¿De quién era?

—¡Qué más te da! Póntelo y calla.

Seb introdujo los brazos por las mangas y se lo colocó, luego se puso la bolsa en bandolera y pasó delante de Leila mientras ella cerraba la puerta. Seb bajó de cuatro en cuatro los escalones del viejo edificio.

El cielo estaba nublado cuando llegaron al pie del bloque de hormigón de los años setenta donde vivía Ramic. Como los demás, había sufrido los estragos del asedio. Impactos de bala, estallidos de obuses. Unas palabras escritas con tiza declaraban todo el amor que Mrka sentía por Nune. Dentro del chasis de un coche de marca indeterminada estaban dos chavales con gorros de lana y anoraks, instalados en los restos del asiento delantero, con unos AK 47 de madera mal pulida en la mano. El que ocupaba el lugar del conductor imitaba el chirrido de los neumáticos en el asfalto y el ruido del motor al acelerar, mientras hacía ver que giraba el volante de baquelita. Dos niñas estaban sentadas detrás y una de ellas tenía un regordete bebé de plástico vestido en sus brazos.

Fue Suada, la madre de Emir, la que abrió la puerta. Contempló a aquella pareja tan poco conjuntada con inquietud, y resultó evidente que solo se decidió a invitarlos a entrar porque Leila era musulmana. De pie en la entrada, la enfermera recordó al tío Ozren las circunstancias de su entrevista unas semanas antes, en la escuela de ingenieros de Lukavica. El anciano confundió los motivos de la visita de Leila y Seb.

—Es muy amable por venir a vernos, pero no era necesario —dijo—. Emir no se encuentra mucho mejor, sigue bebiendo igual.

—¿Está aquí? —preguntó la enfermera aprovechándose del malentendido.

—Está en el comedor, mirando la tele —contestó su madre, una rolliza

mujer de cabellos entrecanos claramente ondulados con rulos, vestida con una falda negra y un jersey granate de cuello alto con rayas.

Entonces clavó su mirada azul en el parche de Meyer.

—¿Usted también es enfermero?

Leila tradujo.

—Mmm, no. Soy fotógrafo —señaló la bolsa que llevaba al hombro—, me hirieron durante la guerra. Hago retratos de los combatientes para mi periódico.

Le era imposible saber cómo traducía Leila sus palabras, pero ahora podía leer la admiración de la anciana por la manera en que lo observaba, y detestó lo que sintió en ese momento.

—¿Sabe? —prosiguió la mujer tanto para Leila como para él—. Mi Emir era muy amable con la gente de aquí. Tanto si eran musulmanes como si no, además. Mire, los vecinos, por ejemplo. Eran serbios. Pues cuando los serbobosnios se retiraron, él los protegió de las milicias bosnias que los perseguían. A veces hasta les hacía recados, les traía cigarrillos. ¡A unos serbios! Pero bueno, eran vecinos, nos conocíamos desde hacía tiempo. Cuando sus tropas se retiraron de Gorbavica el marzo pasado, querían quemar nuestro piso, ¡se da cuenta! Emir es tan bueno. Siempre nos ha apoyado. —Bajó la voz mirando a su alrededor—. Menos cuando bebe —prosiguió con gestos nerviosos—. Entonces ya nadie puede controlarlo, se pone como loco, es capaz de lo peor.

Se aclaró la voz y llamó en dirección al pasillo:

—¿Emir?

No hubo más respuesta que la de la tele que tenía el volumen a tope.

—Vengan —les dijo.

Los condujo hasta el comedor por el pasillo. El tío Ozren había vuelto a su habitación a pasitos.

—¿Emir? Estos señores quieren verte.

El suelo de la habitación principal estaba revestido con moqueta de grandes flores cubierta en parte por una alfombra circular con motivos geométricos. A ambos lados del balcón tapiado colgaban unas cortinas de lunares. Una librería bar de madera barata soportaba el mismo tipo de figuritas que había en casa de Leila, conejos, muñecas, osos de peluche.

Repantigado en un sillón neorrústico de terciopelo ajado, Emir Ferhatbegovic, descalzo, vestido con un pantalón de chándal azul marino y una simple camiseta a rayas, estaba absorto en la contemplación de unos

dibujos animados de Tex Avery que ni siquiera parecía ver. Apretaba una botella de *slivovica* entre sus piernas. No levantó sus vidriosos ojos azules para mirarlos. El pecho se le había hundido, pensó Leila, o tal vez era solo su postura en el sillón.

—¿Se acuerda de mí?

Y, mientras le hacía la pregunta, Leila se dio cuenta de lo incongruente que resultaba.

En el estado en que se hallaba, en efecto, había muy pocas posibilidades de que se acordara de nada.

Le recordó las circunstancias de su primera entrevista sin obtener tampoco reacción alguna.

No fue hasta que señaló a Seb explicándole que era un fotógrafo francés herido por un francotirador durante el cerco cuando desvió lentamente la mirada de la pantalla. Contempló detenidamente a Meyer y su parche de pirata, su figura escuálida.

Suada se inclinó hacia Leila y susurró:

—Les dejo solos.

Emir se llevó la botella de *slivovica* a los labios y tragó el equivalente a un tarro de mostaza sin dejar de mirar a Seb. Con los ojos inyectados en sangre, se inclinó sobre una mesa baja de mármol falso, extrajo con una sola mano un cigarrillo de su paquete y lo encendió entre un ataque de tos apoplética.

Sébastien introdujo la mano en su bolsa de fotógrafo. Todo en su cuerpo reflejaba tensión, espera, sus mandíbulas contraídas, su nuca rígida.

Emir tosió una última vez y volvió a dejar la botella, que emitió un gluglú de fregadero vaciándose.

Poco a poco, el francés sacó de la bolsa las fotografías que había tomado del minibús de Salud y Solidaridad, y las dejó sobre la mesa.

Ferhatbegovic solo les dirigió una mirada distraída.

—¿Qué te crees? —soltó con voz ronca sin perder el contacto visual que había establecido con Seb—. Había gente peor que nosotros.

Leila traducía a medida que hablaban. Meyer volvió a meter la mano en la bolsa dispuesto a sacar la Leica.

—Nosotros al menos luchábamos por una causa. Milko, mi primo, era un hijo de puta, en aquella época, y seguramente lo debe de seguir siendo. Y...y yo no valgo mucho más. El y yo tenemos las manos llenas de sangre, y si nos hubiéramos encontrado frente a frente nos habríamos disparado sin

vacilar. Sí, me lo habría cargado sin el menor reparo. Cuando me acuerdo de lo que les hacía a los niños. Pariente o no, te lo aseguro, me habría encantado matarlo como a un perro. Pero ¡estos! —señalaba las fotos con un dedo tembloroso—, ¡estos!

Se interrumpió lo que tardó en pegarle un lingotazo a la botella y dar una calada al cigarrillo, que crepitaba en el silencio. Tosió, con una tos fuerte, ronca y cavernosa, y continuó:

—Sí, hasta ese hijo de puta de Milko valía más que estos. Traían turistas para que vieran cómo nos matábamos. Al principio, cuando llegasteis vosotros, los periodistas del mundo entero, nos dijimos, bueno, ya está, estamos salvados. ¡Y un huevo! —Su risa murió en un nuevo acceso de tos—. Al final...aparecíais en chárters enteros. Empezamos a odiaros por vuestra impotencia. Pero al menos algunos dieron su ciudad por esta vida. Quiero decir, su vida...por esta ciudad. Ellos, era otra cosa. Unos mirones profesionales, unos turistas de la muerte, unos...

La botella bajaba de nivel a ojos vistas, y la voz de Emir se hacía cada vez más vacilante.

—Nosotros dos, Milko y yo, los liquidamos. A los ocho. ¿Te imaginas? Un francotirador serbio y un francotirador musulmán que se ponen de acuerdo para, esto...bueno, yo, yo tenía el lanzagranadas, disparé al mismo tiempo que Milko, él tenía un superfusil, lo había cargado con balas de fósforo, joder, el minibús voló en mil pedazos, nos los cargamos a todos, a los ocho.

Volvió a servirse. Empezaba a repetirse.

—Bueno, a todos no, uno consiguió librarse, un belga. Goodglass, se llamaba.

Leila frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Cómo? ¿Goodglass?

La chica miraba la botella de *slivovica*. Ferhatbegovic articuló con dificultad:

¡Nooo! ¡GROO-GROOOO-TE-CL-CL-CLAES!

A duras penas consiguió que le deletreara el nombre. Prosiguió trabajosamente:

—Parece ser que ahora está en Francia. Ese no estaba en el VW. Estaba citado con los otros, no lo matamos. Lo siento, tío, no te apuntaba a ti. Estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado, nada más. ¿Es grave?

Sin contestar, Seb sacó la mano de su bolsa. Había renunciado a emplear la cámara, pensó Leila.

—Pero dígame, ¿quiénes eran esas personas? —preguntó una vez que Leila hubo terminado de traducir.

—Grooteclaes, te he dicho que se llamaba —prosiguió Emir con voz cada vez más pastosa como si no hubiera oído la pregunta—, no estaba en el minibús, te...te...digo, hacía negocios con los serbios, una historia de putas, unas africanas que enviaba a París, y chicas del...del Este, también, así es cómo Milko lo conoció.

Hizo un nuevo silencio. A continuación:

—Mmm...ilko estaba metido en un montón de negocios sucios, ah, sí, ahora se ha hecho rico, Milko. ¡Qué hijo de puta de mierda! —Escupió al suelo—. Por eso se enteró de que había aquella OOO...NG falsa. Había un fffrancés, ese no se me escapó, que le daba a la botella y...hablaba demasiado...y se lo contó a Milko. *Real...real...reality tttours*...lo llamaban. —Y Leila tuvo que hacérselo repetir hasta entenderlo.

Ahora la cabeza se le caía a un lado.

—Esos cabrones, vacaciones de mi...mi...milloo...narios, parece ser. Pero había algo peor.

Su mirada se había velado aún más cuando volvió a dejar la botella vacía. La ceniza de su cigarrillo se había alargado hasta caer en la alfombra, a la que pronto se unió la colilla. Discretamente, Leila se agachó y la recogió para aplastarla en el cenicero y evitar que pegara fuego a la casa. Los párpados de Emir permanecían cerrados cada vez por más tiempo en cada guiño. Los abrió una última vez y observó a Seb como si este acabara de entrar en la habitación.

—¿T...tttú...estabas ahí? Ah, essstoy...demasssiado borracho, déjame en paz, me voy a...dormir. Vuelve...mañana.

Con la cabeza caída, la barbilla apoyada en el pecho, empezó a roncar al cabo de apenas un minuto.

Seb recogió las fotos y se las metió en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

En la pantalla, el lobo de Tex Avery se daba grandes mazazos en la cabeza mientras miraba a una *pin-up* de escotado vestido rojo que tarareaba una melodía de jazz.

Capítulo 10

Bruselas, octubre de 1992

Finalmente solo habían reclutado a seis candidatos, pero, visto el precio que aquellos clientes habían pagado, mejor no retrasar las cosas. Decidieron tirar adelante pese a todo.

Bensimon y Mortensen habían sido sus dos primeros clientes en firme. Después apareció Roman Skowron, un polaco de treinta años como un armario ropero que había reclutado Grooteclaes. Dirigía un centro de fabricación de éxtasis por Sgordjelec en Silesia, no muy lejos de Wrocwaw, y exportaba su producción por toda la Europa Occidental. Y Silvio Bardi, el italiano, un playboy que hacía de contacto entre la Camorra y los ambientes del audiovisual de Roma, una adquisición de Lesueur, por una vez. Y también Maroun Hariri, director general de la famosísima marca de prêt-à-porter TEXT’XL, un holding colombiano-libanés, que tenía instalada su sede en un flamante edificio en Beirut. Quien supiera que la capital colombiana de la moda no era otra que Medellín, no tenía que preguntarse de dónde venían los fondos invertidos en la ropa. Entre los cárteles y la Bekaa, las cosas no podían ir mejor para Hariri, que solo se ocupaba de sus trapicheos y de irse de juerga por las discotecas de Achrafieh donde se tiraba a las putas del Este que recogía en Ukrainia Boulevard. Así fue como Grooteclaes le echó el lazo. Y por último, *last but not least*, al parecer del belga, un cliente típicamente francés: Florent Dominici, ex jefe de gabinete de un antiguo secretario de Estado para la Vivienda antiguamente apodado CCFTF, por su frase «Cuando la construcción funciona, todo funciona», reciclado a los treinta y cinco años apenas en consultor para una empresa de construcción y obras públicas. También era un descubrimiento de Lesueur.

Todos tenían en común el hecho de gozar de unas rentas más que

considerables, todos se aburrían, todos iban en busca de emociones fuertes y todos habían probado inútilmente válvulas de escape de todo tipo.

Grooteclaes y Lesueur iban a darles lo que deseaban. Era a Lesueur a quien se le había ocurrido el nombre. Salud y Solidaridad. El ex mercenario, que no era precisamente conocido por reírse de cualquier cosa, a punto estuvo de mearse de risa. ¡Quién iba a tragarse aquello, por Dios bendito! Terminaron de ajustar la fórmula en la casa destartalada de Villepinte, en Seine-Saint-Denis, que servía de casa de amaestramiento. Los pitbulls recorrían día y noche el jardín, meándose en el erial de buddleias y de rosales que habían vuelto a su estado primario de zarzas silvestres. El comercio de chicas funcionaba cada día mejor. Había quien predecía incluso que pronto daría casi tanto dinero como la droga. Con aquello habían cubierto con creces los primeros gastos para montar aquella agencia de viajes, se había felicitado el belga. Lesueur había tenido mucha vista. Las ONG caían sobre Bosnia como la lluvia. La mayoría no eran más que el resultado de un grupo de amigos decididos a salvar el mundo, a veces incluso de una persona sola actuando bajo el efecto de una inspiración mesiánica y a la que se le había metido en la cabeza hacer llegar víveres o medicamentos con ayuda de un 4 × 4 comprado gracias a la generosidad de los vecinos o los compañeros de trabajo. Esta gente no tenía ninguna experiencia, marchaban sin preparación, despreciando cualquier medida de seguridad. Era prácticamente imposible asegurarse de la seriedad de las ONG que llegaban hasta Bosnia. Llegaban fácilmente a la ex Yugoslavia a través de Italia. No les resultaría difícil mezclarse en el desfile de camiones y vehículos de todo tipo que embarcaban en el ferry de Ancona con destino a Split. Habían robado el minibús VW en Alemania, al lado de Stuttgart, y lo maquillaron en un garaje clandestino de Champigny-sur-Marne. Provisto de un permiso de circulación en toda regla, lo repintaron con los colores de Salud y Solidaridad.

Lo más cómico, creía Grooteclaes, era que de verdad realizarían una distribución de medicamentos. Todo el mérito cabía atribuirlo a Lesueur y a sus contactos en el ambiente sanitario. En la época en que el francés era yonqui, cuando estaba muy necesitado solía abastecerse en el establecimiento de un farmacéutico poco escrupuloso de Caen, pródigo en Neocodión y nada roñoso. Un maná para los drogatas en pleno mono. De un modo general, Pierre Langevin suministraba prácticamente todo lo que le pedían sin receta, con tal de que el cliente pagase en dinero contante y

sonante. El hombre tenía sus secretos.

El primero era el emplazamiento, y Lesueur, al salir de la estación, no pudo sino admirar una vez más la perfección estratégica de la situación de la farmacia de la estación. Tal como a Langevin le gustaba repetir, los tres principales mandamientos del comercio eran: «Una buena situación, una buena situación y una buena situación». Y las estaciones eran por excelencia refugios de camellos, cirogatas y colgados de toda especie. Lesueur sabía de qué iba, porque más de una vez había pasado la noche doblado en dos en el suelo mugriento, retorciéndose por el mono.

El abastecimiento, en segundo lugar. Gracias a su físico de buen chico libre de toda sospecha, el farmacéutico rubito de ojos color de ostra, con su sonrisa y su impecable peinado de presentador de las noticias de la una, sabía cómo dar salida a las donaciones tic medicamentos. Cada vez que un viejo se moría en el barrio, los herederos se le presentaban con bolsas llenas de píldoras, supositorios y comprimidos.

—Tenga, señor Langevin. Para Medicinas Sin Fronteras.

—Qué amable, señora. Ya sabe, en los últimos meses de su vida un ser humano consume más medicinas que nunca. Es decir, que si la gente como usted no pensase en traérnoslas, sería un auténtico despilfarro. Habrá pensado en ponerlas en sus cajas, ¿verdad?

A ver, ¿qué había ahí? Antiinflamatorios. Muy bien. ¿Y esto? Mierda. Caducado. Podrían tener un poco más de cuidado, por favor.

Langevin realizaba una minuciosa clasificación. Había dos tipos de medicamentos. Los que podía colocar a los chavales de las barriadas y a los colgados de la estación. Y los que él llamaba la caja de Medicinas Sin Frontera. Era un principio bastante sencillo. En farmacia, era difícil hacer dinero negro. Pero si disponías de un stock de medicinas no inventariadas, bastaba con sacarlas cuando un cliente pagaba en efectivo y cuando por casualidad la generosidad de los donantes hacía coincidir la oferta y la demanda. El resto, lo no vendido, iba efectivamente a Medicinas Sin Fronteras. Con todo, gracias a sus trapicheos, Langevin conseguía pagarse unos viajes increíbles a los cuatro extremos del mundo.

Lesueur se había desplazado hasta Caen con la combi Volkswagen. Nada podía causar más satisfacción al farmacéutico que ver el vehículo de una ON G aparcado delante de su establecimiento.

—Caramba, sí que has hecho carrera desde la cura.

El ex intendente miraba a su alrededor, admiraba las estanterías de una

blancura virginal, el techo con regletas de acero inoxidables, con sus focos empotrados, el ordenador al lado de la caja, las dos bonitas dependientas con bata blanca que no paraban.

—Parece que a ti tampoco te va mal.

—No me puedo quejar. Bueno, tu encargo ya está listo. Pasa a la rebotica, por favor.

Los dos hombres se encontraron en medio de un montón de medicinas por clasificar. Langevin señaló una pila de cajas de cartón que había cerrado cuidadosamente con cinta adhesiva.

—Ahí dentro hay un poco de todo. Renutril, un montón de cajas, de hecho. El médico se lo acababa de recetar a un vieja clienta para un mes cuando la tuvieron que hospitalizar. Unos días después murió y sus hijos me lo trajeron tal como se lo había vendido una semana antes, es material fresco, puedes llevarlo. También hay vendas, desinfectante, aspirinas, apósitos gástricos, todo cosas fáciles de pasar, con esto no tendrás problemas.

Lesueur cargó las cajas en la combi mientras Langevin se lamentaba de la monotonía de los viajes de ensueño que se pagaba gracias a sus negocios sucios.

—Tengo un Porsche nuevo, una casa enorme, he visitado todos los países que quería ver, me he tirado a tías de todas las razas y de todos los colores, he dormido en los mejores hoteles. Estoy asqueado, tío, asqueado de todo a los treinta y cinco tacos, ¿te lo puedes creer?, me muero de aburrimiento.

Lesueur lo miró, se acarició la barbilla un momento, y le propuso dar un paseo en el VW. Así fue como el farmacéutico se convirtió en el séptimo y último cliente del dúo.

—Y, además, date cuenta —añadió el ex intendente tras convencer a su proveedor—, con tus conocimientos nos resultarás de lo más útil. Y por eso te haré un precio especial.

—¡Desde luego, a quién se le habría ocurrido! —exclamó Langevin con un tono lleno de envidia por la imaginación de aquel tipejo tan esmirriado al que siempre había tenido por un pobre gilipollas.

Nunca subestimes al prójimo.

Sentados en la cocina a las tres de la madrugada bajo la luz de un fluorescente, Lesueur y Grooteclaes estaban terminando una botella de aguardiente del Quercy. No debían perder más tiempo, ahora que habían

reunido a su clientela. Cuando se tiene una guerra a menos de tres horas de avión, en pleno corazón de Europa, a la que afluyen en cualquier orden periodistas y asociaciones humanitarias, es una suerte que no se puede dejar pasar. El cerco de Sarajevo duraba ya desde el abril anterior. Obuses y francotiradores se cobraban víctimas diariamente. Los clientes habían recibido una formación ad hoc. Estaban preparados para su primer *reality tour*. Grooteclaes abandonó a Lesueur desplomado sobre sus antebrazos en la cocina de paredes de color verde moco. ¡Joder, lo que podía llegar a beber aquel tío! Y cuando bebía, hablaba como una cotorra. ¡Por fin! Suspiró aliviado. Sus redes de información, de gran calidad, estaban formadas por antiguos mercenarios infiltrados en las mafias de la noche que existen por todo el mundo. Locales de striptease, bares de putas, clubes de intercambio, clubes sadomasoquistas, discotecas pijas, no tan pijas. Tenía antenas en todas las capitales. Sus contactos eran belgas, sudafricanos, americanos o israelíes. Todos habían sido soldados de fortuna, y algunos lo seguían siendo. Salió de la habitación, con sus hombros todavía sacudidos por una risa silenciosa.

Salud y Solidaridad. ¡Tenía gracia la cosa!

Sarajevo, octubre de 1996

Seb y Leila se encontraron en la calle todavía aturdidos por el desenlace de su extraña conversación con Emir. Era ya de noche y el frío de aquel principio de otoño bajaba de las montañas, mezclado con el olor de la combustión y los tubos de escape de los motores diésel mal ajustados. Incluso el frescor del Miljacka llegaba hasta ellos con la bruma que subía del valle.

—¿Un *reality tour*? ¿Qué demonios quería decir?

La enfermera hablaba mientras andaba a paso vivo para entrar en calor, y el vapor de su aliento dibujaba una pequeña nube en la tímida luz de una farola milagrosamente salvada del cerco.

Era tan fácil. Cualquiera habría podido llevar a unos curiosos hasta Sarajevo. El ex francotirador probablemente había dicho la verdad.

Es más, a la vista de sus propias fotografías, del púdico silencio que había rodeado las circunstancias de su accidente, ¿cómo es que a Seb no se le había ocurrido antes?

Era la infancia del arte.

En Sarajevo había ONG de pacotilla para dar y vender. Por supuesto, también había gente seria, que realmente salvaba vidas. Pero recordaba

haber visto desembarcar a un francés del Sarthe con su Land Rover y dos niños que había recogido haciendo autostop en la carretera, habría hecho reír de no ser tan dramático. Era verdad, ya lo creo que sí, había turistas, gente que buscaba sobre todo salvarse a sí misma. Había gente peligrosa. Peligrosa por inexperta. O chiflada. Un periodista incluso se había pasado al bando de los combatientes. Era Eduard Limonov, un escritor ruso que trabajaba también como freelance para periódicos franceses como *L'Idiot international, L'Autre Journal* o *Révolution*, una revista del Partido Comunista francés. Este tarado había sido filmado por la BBC paseándose por las líneas serbias en torno a Sarajevo en compañía de Radovan Karadzic en otoño de 1992. Un combatiente le propuso que probara su Kalashnikov. Ante el ojo de las cámaras, Limonov se puso a disparar sobre todo lo que se movía en la Sarajevo asediada.

Un perfecto ejemplo de objetividad periodística.

Sí, todo era posible, y Seb lo sabía pertinentemente. Es lo que estaba intentando explicarle a Leila mientras subían las escaleras del viejo edificio.

Por el mundo había todo tipo de agencias de viajes, legales e ilegales.

Chárters organizados por las fuerzas aliadas durante la guerra del Golfo que transportaban de un lado a otro a rebaños de periodistas casi tan libres de sus actos y sus gestos como turistas japoneses encerrados en un autocar. Circuitos de inmigrantes, tráficos de todas clases.

Y no era nada nuevo.

Las deportaciones en vagones abarrotados, los barcos llenos de esclavos negros en dirección a las Américas. En cierto modo, la humanidad no había esperado a Sarajevo para inventarse unos *reality tours* mucho más crueles que el turismo de guerra.

—Es repugnante —objetó Leila—. ¡Y mira que he visto cosas! Pero es que...pagarse unas vacaciones para venir a vernos morir. Creo que si hubiera tenido un fusil, yo también...

La rabia la sofocaba y le impedía terminar su frase.

Sí, tenía razón.

Era particularmente cínico.

Seb lo había perdido prácticamente todo por culpa de aquellos hijos de puta. Mientras subía las escaleras, sintió bullir en su interior un odio como no había experimentado nunca en relación a nadie.

¿Qué había dicho Emir Ferhatbegovic?

Que se llamaba Grooteclaes.

Seb había apuntado en un pedazo de papel el nombre que Ferhatbegovic había deletreado tan trabajosamente a Leila.

En París.

Mejor imposible.

Lo encontraría. Lo mataría.

Ni siquiera necesitaba ya buscar a Milko. Ya no sentía la necesidad de matar a los dos francotiradores. Para ellos, en el fondo, él no había sido más que un daño colateral.

Meyer acabaría con Grooteclaes. Terminaría el trabajo. Ya lo creo.

Pero antes, tenía que volver a casa de Emir. En su delirio etílico, el ex tirador de élite había balbuceado algo importante: «Hay algo peor». ¿Peor?

¿Qué podía ser peor que irse de vacaciones con el único objetivo de disfrutar del espectáculo de la guerra? Al menos a aquellos mirones de mierda la jugada les había salido muy cara. Pero Grooteclaes, el que lo había amañado todo...aún seguía con vida, se había escapado. Sin duda habría cobrado unas sumas colosales para llevar a aquellos desgraciados al frente.

Y eso era lo peor. Aquel tipo cuyo apellido había mencionado Emir era mucho más que un mirón.

Un proxeneta de la muerte. Eso es lo que era.

Entraron en el piso cogidos del brazo. Leila se giró hacia Meyer y lo miró sin decir nada, un buen rato. Luego cerró los ojos y acercó su cara a la de él. Se dieron un largo beso y Seb cerró la puerta con el pie. Todo el día ella había parecido extrañamente lejana, eficaz. Ahora estaba recordándole que no había soñado, que realmente la había tenido entre sus brazos la noche anterior. Hicieron el amor agarrados el uno al otro como náufragos a una tabla, de pie contra la puerta de entrada.

Leila tenía entre sus manos el pequeño Colt de boca negra que había caído de la bolsa de Seb con un ruido mate cuando quiso retirarla para desplegar el sofá cama.

—Espera, no es...no es lo que crees —balbuceó él.

El peso del zurrón la había pillado desprevenida, y se le había caído de las manos. La tapa se había abierto y el arma había rodado por el suelo como un juguete, mientras Meyer se precipitaba un poco demasiado tarde.

Hubo unos segundos de un silencio molesto, el tiempo que tardó Leila en comprender lo que acababa de ver, luego se lanzó sobre la bolsa,

esparció el contenido por el suelo con brutalidad mientras Seb seguía repitiendo:

—Espera, espera, te digo que...

—¡La Leica! ¿Dónde está tu Loica, eh? La has cambiado en el mercado negro por esta porquería, ¿verdad?

—No, bueno, sí, pero...

Leila se puso la mano delante de su boca abierta, la volvió a cerrar y se mordió los labios, con el puño cerrado. Acababa de comprender qué significaba su descubrimiento.

—¡Cerdo! Querías matarlo, ¿no? Querías cargarte a Emir. Querías vengarte, nada más. Lo del reportaje solo era un cuento. Y me has utilizado. ¡No tuviste bastante con esta guerra! Los hombres no habéis entendido nada. ¡Nada! ¡Nada!

Y como Seb seguía con los brazos colgando sin contestar, ella lo agarró por aquel jersey tan grande y empezó a sacudir a Seb como un ciruelo.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Abrió la puerta y lo empujó al rellano vestido solo con el jersey y los vaqueros mugrientos y cerró la puerta dando un portazo. Él oyó sus pasos, un pequeño trote irritado que se alejaba, luego nada más. Nada más que los pocos ruidos de la calle.

Se quedó un largo momento contemplando la puerta, pero nada, ni un llanto, ni una palabra se filtraban a través del grueso panel de madera. La luz se había acabado.

No se atrevió a llamar para reclamar su bolsa, su poca ropa, y menos aún su pistola. Lentamente, dio media vuelta y empezó a bajar las escaleras en la oscuridad.

Fuera, la lluvia había empezado a caer de nuevo, una lluvia fina y obstinada que se transformaba en nieve en las primeras cumbres que rodeaban la ciudad. Unas pocas luces se reflejaban en el asfalto hundido, el aire olía a humedad, a monóxido de carbono. Bajó hacia el río Miljacka. Las patrullas de la SFOR surcaban las calles a intervalos regulares. Se metió en un descampado rezando para que estuviera limpio de minas. Finalmente encontró un precario refugio debajo de un gran bloque de hormigón donde se acurrucó con la cabeza entre los codos. Lo mataría. Lo encontraría y lo mataría. Como fuera. Un perro. Era como un perro. Un perro apaleado, sarnoso, rabioso que había clavado sus colmillos en las pantorrillas de Grooteclaes.

Y no lo soltaría.

Emir no conseguía detener el temblor de su mano, y el cañón de la pistola le golpeteaba los dientes. Maquinalmente, miró el reloj de plástico dorado colgado en la pared del salón. Las agujas giraban sobre un fondo fotográfico que representaba la muchedumbre de peregrinos dando vueltas en torno a la Kaaba, la piedra sagrada de La Meca. Pronto serían las cinco de la mañana. A sus pies yacían los cadáveres de dos botellas de *slivovica*. Mordió tan fuerte el cañón para dejar de temblar que sus dientes se quebraron contra el acero. Cerró los ojos cuando su índice apretó al fin el gatillo.

Suada, a quien había pedido que le hiciera un café para despejarse, oyó la detonación y quedó petrificada en la cocina, con el cazo de cobre en la mano. Luego lanzó un grito.

Nada pudo convencerla de penetrar en la habitación mientras no se hubieran llevado el cuerpo de su hijo. Ozren Ramic, el tío de Emir, despertado por el disparo y los gritos de su hermana, entró en la habitación salpicada de sangre donde yacía el joven, con la cabeza caída en el sillón, mientras Vanja sostenía a su madre en aquel pasillo donde tantas veces había esperado a que las cóleras de Emir se calmasen.

Emir Ferhatbegovic fue sepultado por sus camaradas de combate, su ataúd cubierto de fieltro verde. Muchos de ellos iban vestidos con pantalón militar. Los otros llevaban pantalones de tergal gris, marrón, chaquetas arrugadas, camisas de nailon sin corbatas y algunas boinas fatigadas. Las arrugas habían marcado profundos surcos en sus caras donde se perdían invisibles lágrimas.

Seb se presentó en el domicilio de Ozren Ramic pocas horas después del suicidio de Finir. Llamó a la puerta, sucio, despeinado, mojado, y solo lo dejaron entrar por respeto a las tradiciones musulmanas de hospitalidad. Pero por las caras hoscas comprendió que no era bien recibido. Había sido el último en visitar al ex francotirador, y nadie sabía qué se habían dicho los dos exactamente. En el poco rato que permaneció en la casa se creó un ambiente cargado de sospecha. Sin embargo, la noticia de la muerte de Emir le cayó como un mazazo, y le tuvieron que traer una silla. Se tomaron la molestia de ofrecerle un poco de café, fuerte y con azúcar, en una tacita decorada con una media luna dorada.

Pero cuando preguntó si podía ver el cuerpo, le hicieron ver que tal vez había llegado el momento de irse.

Regresó al día siguiente, no obstante, y, manteniéndose a distancia, siguió al pequeño cortejo fúnebre desde el tanatorio adonde habían trasladado el cuerpo hasta el inmenso cementerio.

No era posible. Así no. Ahora no. Justo cuando lo había encontrado no. Era demasiado fácil escaparse así.

¿Acaso se había suicidado, él? Y no sería por falta de motivos.

La esperanza hace vivir, decían en Francia. ¡Y una mierda! El odio, el odio era lo que mantenía a Sébastien con vida.

Se marchó a pie, el vientre vacío, por las calles de la necrópolis donde dormían las víctimas del cerco, cuando una tumba llamó su atención. Era la tumba de un niño. De un niño muy pequeño, si había que hacer caso de las dos fechas grabadas en la tabla plantada en el suelo: 1992—1992.

Sí, decididamente, el odio daba forma a un nido cada día más grande.

Durante los días siguientes Meyer deambuló por el barrio. Dormía en los bancos, como los mendigos de París, o debajo de un montón de ruinas, o en algún recoveco de una casa medio derruida. Paraba a la gente por la calle y les enseñaba incansablemente sus tres fotos arrugadas que ya empezaban a romperse, y la gente, sacudiendo la cabeza, le respondía cosas que él no entendía. Había quien, cuando ya había pasado, se daba golpecitos en la sien con el índice.

Al cabo de una semana vio venir a su encuentro un grupo de tres hombres vestidos con ropa militar, los tres barbudos y armados. Uno de ellos llevaba un casco, el segundo se había atado un trozo de tela alrededor de la cabeza, y el tercero, que parecía ser el mayor con su mostacho de campesino y su gorra de cazador, se separó y se paró a unos cincuenta centímetros de Seb. Le señalaba la ventana de la familia Ramic, mientras le hablaba como si le estuviera sermoneando, hasta que terminó por hacerle comprender que tenía que irse, marcharse del barrio. Lo escoltaron hasta el viejo puente de hierro construido por Eiffel.

Por el camino, se cruzaron con una manifestación de mujeres, madres y hermanas de los desaparecidos de Srebrenica. Pedían cuentas por los 7. 000 hombres que se habían evaporado cuando los serbobosnios habían tomado la ciudad amparados por la comunidad internacional.

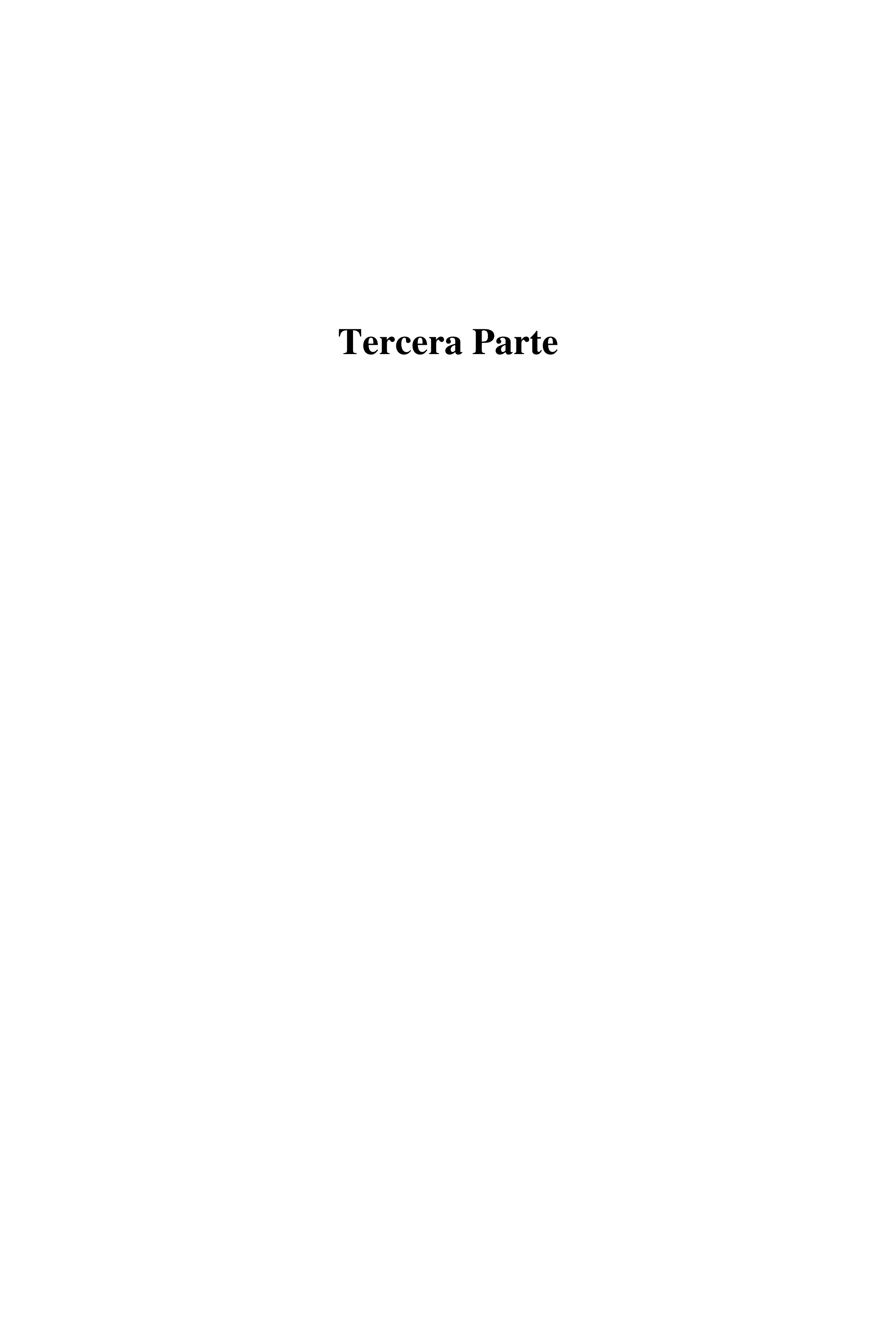
Muchas de ellas lloraban, gritaban, sostenían pancartas que proclamaban:

Istina nama, kazna zlocincima.

La verdad para nosotras, el castigo para los criminales de guerra.

Sébastien Meyer tardó más de seis semanas en llegar hasta el umbral de su piso en Pré-Saint-Gervais, haciendo autostop, mendigando, durmiendo en las estaciones, colándose en los trenes. Le habían cortado definitivamente el teléfono y pesaban serias amenazas sobre la luz, a juzgar por el poco correo que había recibido durante su ausencia.

Kamel había olvidado regar las plantas de cannabis. Lo estaban esperando, secas en las macetas, muertas.



Tercera Parte

Capítulo 11

París, noviembre de 1996

Bueno. Ya pronto tendría el piso terminado. ¡Joder, la pasta que iba a sacar! Seb se las había pirado a Bosnia, pero él, Karnel, había currado de mala manera. ¡Cosa fina las telas, y la pintura, y no veas el parquet! Joder, brillaba más que una moto nuevecita. Se subió el pantalón del chándal y se ajustó la gorra.

¡Qué pasada! Cuando Seb viera aquello, se cagaría en todo por haberse ido, ya te digo, esos jodidos franchutes, parecía que tuvieran siempre un petardo en el culo.

Por cierto, hablando de petardos, no le vendría mal un porrito ahora. La madre que lo parió, ahí dentro no se veía tres en un burro, eran las cinco y ya parecía de noche.

¡Espera! A ver, ¿qué coño hace ese cable ahí suelto en el suelo? ¡Hay que joderse!

Kamel se agachó, cogió el alargo por la clavija y tiró de ella con la mano sin darse cuenta de que estaba conectado a la corriente y, como la clavija estaba mal atornillada, se le soltó entre los dedos, y las dos puntas de cobre retorcido se le clavaron en la palma derecha como flechas envenenadas. Al instante se sintió levantado por los 220 voltios que le atravesaban todo el cuerpo, justo cuando, demasiado tarde ya, veía el otro extremo del cable enchufado junto al zócalo.

Temblaba como un enfermo de Parkinson en fase terminal, pero el corazón resistía, las suelas de goma de las zapatillas deportivas no solo tenían cosas malas. Además de los hongos que provocaban, estaban dotadas de una gran capacidad de aislamiento.

Hizo acopio de voluntad, y todo su ser tendió hacia un único objetivo. En cuanto se dio cuenta de lo que pasaba, intentó obligar a la mano

izquierda a avanzar en dirección al cable clavado en su mano derecha para arrancárselo. Pero era en vano, no podía alcanzarlo.

El flujo eléctrico galvanizó sus músculos. Pronto solo pudo moverse centímetro a centímetro, luego milímetro a milímetro, y al final nada de nada, agitándose solamente con un estremecimiento regular, como las hojas de los plátanos al viento. Sus ojos desorbitados por la sangre que se agolpaba detrás de sus globos oculares seguían desesperadamente clavados en el cable sin verlo, sus impotentes dedos quedaron detenidos a unos centímetros del objetivo. Todavía pudo pensar me cago en la puta, ¿por qué no funciona el disyuntor, y el fusible, por qué no salta?

Saltó, sin embargo, pero primero saltó el generoso corazón de Kamel y, tras su muerte, se hizo la oscuridad en todo el bloque.

Franck, el propietario, al descubrir un poco más tarde el cuerpo de Kamel, sintió la enorme tentación de arrastrar el cadáver hasta la acera.

Pero estaban en el quinto piso. Sin ascensor. ¡Menuda broma!

Aquel gilipollas podía arruinarle la vida a Franck: perdería el piso, iría a parar a la trena, y solo de pensarlo sentía náuseas.

Se lanzó al teléfono, seguro que su abogado conocía algún truco para escaparse de aquella pesadilla, le costaría un riñón. Finalmente, siguiendo sus instrucciones, Franck se resignó a marcar el número de la policía maldiciéndose por no haber contratado a aquel tipo con todas las de la ley. Podía despedirse de su nuevo puesto de ejecutivo en aquella empresa de cartonaje. Mierda, solo tenía treinta años.

Era su primer piso, no sabía cómo funcionaban las cosas.

Mmm...no era un argumento demasiado convincente como línea de defensa.

La noticia de la muerte de Kamel corrió por el barrio como un reguero de pólvora.

Sébastien había dormido casi dos días seguidos antes de ir a llamar a la puerta de Kamel.

Sin resultado. Nadie. Encontró ánimos para bajar a la calle y se topó con una panda de chavales con chándal que jugaban a baloncesto en la pista del estadio Léo Lagrange, al que habían entrado escalando las verjas cerradas con cadenas. El día era frío y húmedo. Seb se sorbió la nariz.

—¡Eh! ¡Chicos!

Su voz resonó en las paredes de los bloques construidos en forma de herradura alrededor de la pista.

El jugador que se encontraba más alejado de la pelota era también el que estaba más cerca de él. Un poco a disgusto se apartó de los demás y caminó hacia Seb arrastrando unos pies que debían ser, por lo menos, del 45. El ruido de los coches en el cercano periférico tapaba el crujido de sus pasos sobre la arena ennegrecida por la contaminación. Cuando llegó junto a él, el baloncestista se agarró a la verja con las dos manos y, balanceándose, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿Has visto a Kamel?

Así fue como Meyer se enteró del motivo por el cual sus plantas de cannabis se habían muerto de sed.

Kamel iba a ser enterrado en el recinto musulmán del cementerio parisino de Pantin. El cortejo fúnebre estaba formado por varios chicos del barrio, sus numerosos hermanos y hermanas y su madre, que gemía alzando al cielo su cara enmarcada por un *hiyab* de grandes llores y separando los brazos, como entregándose al destino. Su padre, de mejillas flácidas, piel curtida y bigote blanco, caminaba detrás en silencio, casi enfurruñado, enfadado. Seb cerraba el cortejo, arrastrando con los pies la carga de su pesar. Llegaron al borde de la fosa y se inmovilizaron mientras los empleados de la funeraria depositaban el ataúd sobre un par de caballetes.

Kamel pronto dormiría bajo la tierra helada.

Si él se hubiera quedado, a lo mejor...

Quién podía saberlo. Tal vez, de todas formas, se habría caído de un andamio cualquier día. Tal vez le habría pasado al mismo Seb. Y ahora seguro que terminaría así, trabajando en negro, sin derechos, sin nadie, sin...

Los allegados de Kamel acababan de apartarse para dejar pasar a un hombre de figura encorvada que se acercó a la fosa cojeando, y Seb retrocedió instintivamente, deseando desaparecer entre la pequeña multitud congregada alrededor de los restos mortales de Kamel.

Dios mío, aquel pantalón de tergal verde, aquel abrigo gris tan ajado, aquella gorra de pana, aquella nariz congestionada por el frío con una gota colgando como una bola de Navidad en su rama de abeto, y de la cual la nariz de Sébastien habría sido una perfecta réplica si, unos años antes, no se la hubieran roto los fascistas en una manifestación.

Y aquella prótesis. Sacha. Sacha, envejecido, sombrío, feroz, pero Sacha.

El cojo. Su padre.

Con la mirada buscó a su madre sin encontrarla.

Lentamente, para no llamar la atención, retrocedió hasta no tener más horizonte que las espaldas enlutadas de varios primos de Kamel. Sin embargo, no pudo evitar cruzarse furtivamente con la mirada paterna. La recibió en plena cara como una réplica de la bofetada que lo había golpeado bastantes años atrás.

A distancia, sentado en la tumba de un soldado senegalés que lo ocultaba a medias, esperó a que terminara la ceremonia fúnebre. Pronto se dispersaron todos. Los padres de Kamel, que cinco años antes se habían mudado a Chenóve, en la periferia de Dijon, donde vivía una parte de la familia, fueron a buscar el metro para ir a coger el TGV en la estación de Lyon.

La triste figura de Sacha se alejaba cojeando por el camino central que conducía a la gran avenida que llevaba a Coutilliéres, cuando, de pronto, oyó su nombre.

Se volvió hacia Seb y este se acercó a él. El anciano se detuvo y levantó los ojos hacia el parche de cuero de su único hijo.

—¿Papá?

Hacía años que Sébastien no había pronunciado aquella palabra. Ahora había brotado de sus labios con un chorro de aliento rancio y tibio.

—¿Mamá no está contigo?

Sacha Meyer miró a su hijo de arriba abajo.

—Nosotros no tenemos ningún hijo, señor.

Se dio media vuelta y se puso en marcha de nuevo, trabajosamente.

Antes de desaparecer por la esquina de la avenida, de espaldas, dijo:

—No ha querido venir.

Kamel estaba muerto. Seb regresó a su casa. ¿Quedaba aún algo vivo en él?

Poca cosa.

Solo un trabajo por terminar. El que habían empezado Ferhatbegovic y Milkovic en Sarajevo.

¿Y después? ¿Después? Dormir, dormir. Mucho. Por siempre, quizá.

Los westerns quedaban lejos ya. Esto era la vida real. Por desgracia.

París, diciembre de 1996

Era como buscar una aguja en un pajar.

Seb tenía un nombre: Grooteclaes, y una vaga frase arrancada a un

bosnio alcohólico justo antes de su suicidio referente a una historia de tráfico de putas de los países del Este y de África, en Francia, tal vez en París.

No era gran cosa.

Aunque...Hacía algún tiempo ya que, al caer la noche, los bulevares exteriores se poblaban de siluetas exóticas que se exhibían ante las miradas de los automovilistas concupiscentes. Cada mes eran un poco más numerosas, y algunas de ellas ya habían empezado a trabajar en pleno día. Las revistas, siempre deseosas de aquel tipo de noticias, multiplicaban los reportajes sobre las prostitutas rusas y ucranianas que hacían la carrera en el paseo de los Ingleses en Niza, cerca del aeropuerto internacional, cada sábado por la noche.

Un poco después de las ocho, Meyer iniciaba su cotidiana ronda nocturna.

Arrastraba su flaca figura hasta la Porte des Lilas donde cogía el PC, el autobús de circunvalación, en dirección al norte, y se apeaba en la Porte de la Villette. De ahí, atajaba a pie por la avenida Corentin-Cariou, dejando a su izquierda la maciza silueta de la Grande Halle para recorrer todo el quai de Charente con sus adoquines inestables, grasientos y brillantes por las pérdidas de aceite de los coches que se pudrían junto a las aguas negras del canal Saint-Denis. Los mataderos habían cerrado sus puertas hacía mucho tiempo ya, pero todavía salía un olor a carne recién sacrificada de detrás de las persianas metálicas de las carnicerías *balai* que poblaban el barrio, hasta los perros se desviaban al pasar por delante de aquellos comercios cerrados, como si pudieran oler la muerte. Grandes autocares con los retrovisores colgando de soportes curvos, como insectos gigantes en reposo, estaban aparcados cerca del boulevard Mac-Donald, y sus carrocerías se inflamaban con los reflejos naranja de las lámparas de vapor de mercurio que alumbraban el asfalto. A intervalos regulares, un tren procedente de la estación del Este traqueteaba sobre las vías en dirección a la estación de clasificación de Pantin.

En la acera de enfrente, del amasijo de hormigón de las ruinas del hospital Claude-Bernard, ocultas tras una valla, subían los maullidos salvajes de una pelea de gatos en celo.

Era en aquel lugar preciso donde las primeras chicas montaban sus reales para pasar la noche, pero su cortejo se alargaba hasta las puertas de Aubervilliers, La Chapelle, Saint-Ouen, Clichy, de hecho hasta el Bois de

Boulogne. Decenas y decenas de chicas.

Al principio, Sébastien se limitó a observar aquella extraña danza de coches y putas.

El alumbrado público revelaba el vapor de su aliento. Los automovilistas se paraban a su altura. El cristal eléctrico se bajaba. La chica se inclinaba hacia el conductor.

A veces parlamentaban, a menudo subían. O no. Entonces miraban cómo se alejaba el coche mientras lanzaban una maldición en albanés o en ruso a juego con un dedo corazón vengador apuntando hacia el cielo de azufre. Había todo tipo de vehículos, nuevos, usados, berlinas, furgonetas, breaks, camiones. Todo tipo de clientes, también, y Seb a veces conseguía vislumbrarlos en la oscuridad de los habitáculos. Eran de todas las edades y de todas las categorías sociales.

Algunas veces se paraba un Mercedes o un BM y un grupo de chicas se congregaba a su alrededor.

A menudo había dos o tres hombres en el interior.

Los chulos venían a recoger las ganancias.

Muchas de ellas se pasaban horas pegadas al teléfono móvil.

Se iban tal como venían. Un coche se detenía a su altura, se abría una portezuela y ya no quedaba nadie. Algunas llegaban a su puesto de trabajo en taxi.

Otras llegaban a pie.

Cada noche Seb recorría los bulevares exteriores sin interrupción, hacía dos semanas ya, y cada mañana esperaba la primera salida del PC para dormirse en cuanto subía en la Porte Maillot, con los pies llenos de ampollas, aterido de frío en el viejo jersey que le había dado Leila y que no se quitaba para nada. No se despertaba hasta la Porte de Pantin, donde cambiaba de autobús.

Una noche, hacia las tres de la madrugada, vio que tres tipos corpulentos estaban pegando a una chica de largo pelo negro, intentando obligarla a subir a un Audi blanco. Gritaba y forcejeaba, hasta que la cogieron por el pelo y la metieron a patadas en el asiento trasero, tras lo cual arrancaron a toda velocidad. En la acera de enfrente, Seb no se movió. Sumido en la vergüenza, se dijo a sí mismo que era un cobarde. No había intervenido, paralizado por el miedo. ¿Qué coño habría podido hacer un lisiado sin arma, sin coche, sin nada?

Al día siguiente empezó a hacer preguntas a las prostitutas.

La primera a la que se dirigió estaba de pie delante de los almacenes Calberson, con una pierna en el bordillo de la acera y un pie calzado con botines de suela gruesa en el asfalto del carril bus. Era rubia, bajita —un metro sesenta, tal vez—, y rechoncha, y su compañera sentada en una plataforma de cemento fumaba distraídamente un cigarrillo, con las piernas cruzadas, exhibiendo unos muslos enfundados en medias de red. No debía de tener más de veinte años —como mucho— y parecía perdida dentro de una cazadora de cuero y una falda negra con raja lateral demasiado grandes para ella.

Cuando Seb la abordó, la chica se equivocó sobre sus intenciones y le lanzó una sonrisa profesional casi tan cálida como la de un banquero:

—Cien frrrancos un frrrancés, doscientos un completo.

Luego preguntó mirando los pies de Seb:

—¿Dónde has aparrrcado coche?

Arrastraba las *r* y su acento revelaba un origen balcánico.

Seb intentó un «*Zdravo*!» que tuvo como único efecto hacer desaparecer inmediatamente la sonrisa del rostro de la joven.

—Yo rrrumana, no yugoslava, no albanesa. Rrrumana. ¿Qué quieres tú?

—¿Conoces a un tal Grooteclaes?

La chica le hizo repetir la pregunta antes de encogerse de hombros. O no entendía muy bien el francés, o el nombre no le decía nada, y seguramente las dos cosas a la vez. No parecía tenerle miedo. Se peinó el flequillo rubio con los dedos enrojecidos por el frío e hizo un gesto con la mano como para espantar un mosquito inoportuno. Se comía las uñas.

—Tú no me dejas trrrabajarrr. Irrrte.

Seb se dio la vuelta y distinguió un Seat lila en el que se metía su compañera. Era obvio que había terminado el cigarrillo.

La otra le repitió:

—Irrrte.

Así lo hizo y se detuvo un poco más adelante a la altura de la siguiente.

Así pasó la noche, aquella y todas las demás, sin obtener mejores resultados.

La inmensa mayoría de las chicas de los bulevares venían del Este, albanesas, yugoslavas, rumanas, rusas, ucranianas y bielorrusas. Cada semana eran un poco más numerosas y no tardarían en dar la vuelta a todos los bulevares exteriores. Algunas ya habían empezado a colonizar las aceras hasta la Porte de Bercy. ¿Acaso podía ser de otro modo? Unos años

antes, Seb había ido a hacer un reportaje a la frontera germano-polaca y por entonces las decenas de burdeles de los alrededores de Slubice, en la orilla polaca del Oder, enfrente de Frankfurt, tenían siempre el cartel de completo.

A ambas orillas del río, un intenso tráfico de objetos neonazis, enanos de jardín falsificados y putas alimentaba el comercio local.

Era de esperar que algún día llegaran hasta aquí.

En todo caso, si Grooteclaes estaba a la cabeza de una red de prostitución, o bien había dejado de explotar a chicas del Este, o bien estas trabajaban en otra parte.

Y esta otra parte podía llamarse Burdeos, Niza o Marsella.

Sébastien arrastraba su esqueleto inútil y su mirada tuerta por las aceras de la capital bajo la iluminación de Navidad y las guirnaldas, y la mera perspectiva de las fiestas le deprimía.

Una cosa era estar solo en un día cualquiera. Otra era soportar la soledad cuando todo el mundo a tu alrededor estaba reunido en torno a una bandeja de ostras, un foie-gras o un pavo con el culo relleno de castañas. Le habría gustado tener unos padres a los que llamar.

Ya no tenemos ningún hijo, nuestro hijo murió había sido la respuesta que había tenido que oír unos meses atrás. No tenía ningunas ganas de repetir la experiencia.

¿Cómo se podía estar tan solo?

Grooteclaes, Grooteclaes, el nombre corría por los bulevares, provocando tan solo hombros encogidos y gestos de incomprensión hasta que, la misma noche de Navidad, hacia las cuatro de la madrugada, Seb se paró a la altura de dos prostitutas negras que trabajaban en la Porte de la Chapelle, cerca del carril de salida de la autopista Al. Era un rincón peligroso, había visto muchas peleas. Las chicas se pegaban por el sitio. Había unas que vivían en descampados o a lo largo de la vía del tren de la Petite Ceinture. Estaban enganchadas al crack, a la piedra, trabajaban para sus camellos, eran muy violentas, desesperadas. Apenas unos fantasmas, espectros, que se aventuraban en el bulevar al caer la noche, tambaleantes, pavorosas por su delgadez, sus ojos inmensos cercados por grandes ojeras moradas, las piernas como palillos. Gustaban a los amantes de las relaciones malsanas.

«Siento en tus labios un olor a fiebre, de niña mal alimentada.» El lamento de la puta.

Desde que Jean Renoir había escrito la letra de la canción, aquellas ruinas humanas habían tenido tiempo de descender la colina de Montmartre hasta los bulevares. Ahora se peleaban duramente con las chicas de las redes mañosas. Esta guerra había hecho ya algunas víctimas: macarras de poca monta, camellos de crack apuñalados por las mafias, drogadictas abandonadas como marionetas sin hilos en el asfalto.

Las dos africanas de formas rellenas llevaban pantalones ceñidos —uno azul y uno verde— de pata de elefante y unos tops con lentejuelas que, a pesar del frío, dejaban ver los ombligos subrayados por un piercing. Una de ellas lucía rastas y la otra iba peinada con una peluca de pelo rojo y liso que le caía hasta sus turgentes nalgas.

—Hola, cariño, son cien francos un francés, cielo —anunció pantalón azul y rastas.

Cuando se pronunció el nombre de Grooteclaes, pantalón verde y peluca pelirroja saltó como una furia:

—Eh, haces muchas preguntas, ¿estás buscando problemas, o qué? Venga, lárgate.

Empujó a Seb con la mano mientras un Renault Laguna se paraba.

Se subió al coche como una reina, lanzándole una mirada herida. Seb empezó a alejarse, y la berlina conducida por un cuarentón en traje de fiesta, flequillo de través, evidentemente achispado por una fiesta de fin de año bien surtida, dio media vuelta haciendo chirriar los neumáticos.

—¡Eh! ¡Oye! ¡Espera!

Seb se giró. Pantalón azul y rastas lo estaba llamando. Se paró en medio del boulevard Ney, que ya había empezado a cruzar. Poco a poco, giró sobre sí mismo.

La chica le hizo una seña con el índice.

—Ven un momento.

Su piel era muy oscura. La protuberancia de sus mejillas y el pequeño michelín de su barriga lucían bajo la pálida luz de las lámparas de arco.

—He oído ese nombre en alguna parte. ¿Por qué lo buscas?

Meyer se balanceaba de un pie al otro sin contestar.

La prostituta hizo un gesto casi tierno con la mano hacia su parche y él dio un paso atrás bruscamente, como un animal asustado.

—¿Qué le ha pasado a tu ojo? ¿Te lo hizo él?

Seb asintió con la cabeza.

—Qué horror, cariño. Oye, yo no lo conozco, pero hace unos años

había aquí tres chicas que trabajaban para él. Yo solo llevo cinco. En La Chapelle siempre ha habido chicas.

—¿De qué país vienes?

—Del África central, mi amor. Mira, esas chicas no venían del Este, eran africanas, como yo. De Sierra Leona, creo, porque al principio no hablaban ni francés. Solo inglés. Lo único que les habían enseñado a decir era: «Cien francos un francés, doscientos un completo». Pero no recuerdo qué les pasó después. ¿Sabes qué?, deberías ir por el Bois de Vincennes, hay muchas más africanas que aquí. Trabajan en caravanas. Puede que allí encuentres lo que andas buscando. Oye, cariño, ¿no llevarás un poco de dinero encima?

Y como Seb sacudía la cabeza de derecha a izquierda, añadió un poco contrariada:

—Te lo tendría que haber preguntado antes.

—No habría cambiado nada, estoy completamente tieso. A dos velas. ¿Cómo te llamas?

—Corinne, cariño. ¿Y tú?

—Sébastien.

—Feliz Navidad, Sébastien.

—Gracias. Feliz Navidad a ti también.

París, enero de 1991

Lo peor había pasado ya. Las fiestas quedaban atrás.

El autobús que hacía el trayecto Porte des Lilas-Château de Vincennes era el número 115. Era el que cogía para ir a recorrer los senderos del bosque.

Corinne tenía razón. Prácticamente todas las chicas que trabajaban allí eran de África. El área a explorar era tan extensa como los bulevares exteriores y cada noche descubría nuevos recovecos donde esperaban las desvencijadas camionetas llenas de pintadas, compradas por lotes en pública subasta, donde oficiaban las chicas.

Por el plateau de Gravelle, la avenue du Tremblay, los alrededores del hipódromo de Vincennes, parecía que estuvieran por todas partes y Seb recorría, aterido de frío, todos los caminos de caballerías, todas las pistas forestales.

Igual que había hecho antes, Sébastien se dedicó primero a observar prudentemente el modus operandi de las trabajadoras de la noche. Era bastante diferente de cómo lo hacían en los bulevares exteriores.

Empezaba con el baile de camionetas: las traían a última hora de la tarde unos conductores que las aparcaban a lo largo de las avenidas. Algunas estaban matriculadas en Marsella, pero la mayoría estaban domiciliadas en la periferia de París, en los departamentos 93 o 94. Los tipos se subían después a un coche escoba, abandonando los vehículos en el lugar.

Desde el final del día empezaban a llegar las chicas, a algunas las traían los macarras mismos, reconocibles por sus vistosos cochazos, pero muchas venían a pie desde el metro, solas o en grupos de dos o tres, vestidas con anoraks y gorros de lana. Subían a las furgonetas y se cambiaban para reaparecer disfrazadas en la cabina, donde encendían una vela o una lámpara de petróleo para señalar su presencia. Las que compartían una camioneta se pasaban el rato charlando. Cuando subía un cliente, la que no estaba ocupada se quedaba sentada en la parte de delante hojeando las paginas dobladas de un manoseado número de *Voici* o de *Gala*.

Seb recorría el bosque, guiado en la noche por las luces de las putas como en un cuento de Grimm reescrito por la mafia. Las torturadas siluetas de las ramas desnudas por el invierno se retorcían bajo el tempestuoso viento, recortándose en el cielo encapotado en el que se reflejaban las luces urbanas. El aire olía a barro.

Hacia las cuatro o las cinco de la madrugada, las chicas se transformaban en laboriosas amas de casa, barrían el suelo de la parte trasera de las furgonetas, vaciaban las bolsas de la basura llenas de toallitas, de preservativos y de Kleenex cargados del semen de un ejército de hombres frustrados, víctimas de la soledad y la miseria sexual, vertían en la tierra la orina de los botes de conserva en los que, de cuclillas dentro de los camiones, se habían aliviado durante toda la noche, y por fin, agotadas, volvían al Château de Vincennes con paso vacilante para coger el primer metro o un taxi.

Sébastien aguardaba a veces delante de un café, enfrente del castillo, en compañía de soldados que volvían de sus permisos nocturnos cantando a berridos. El primer 115 hacia la Porte des Lilas salía al amanecer.

En cuanto llegaba a Pré-Saint-Gervais, se dejaba caer sobre las sábanas para no despertarse hasta el crepúsculo, amontonaba junto a las paredes los residuos que llenaban las dos habitaciones ya sin teléfono ni electricidad y se preparaba un café con leche acompañado de pan con mantequilla.

El menguado subsidio que recibía del Estado le permitía tan solo pagar

el alquiler, el abono mensual de transporte y comprar unas pocas provisiones para comer.

Tras un período de observación, empezó de nuevo a hacer preguntas a las chicas.

Era un ceremonial monótono y deprimente. Avanzaba hacia una furgoneta, se inclinaba sobre el cristal —el habitáculo exhalaba un aire tibio y húmedo cargado de vapores de petróleo—, la puta le sonreía. Ceñida en ropa interior, generalmente de un blanco inmaculado que realzaba su piel negra, esperaba el tradicional «¿Cuánto es?». En lugar de lo cual oía otra pregunta, siempre la misma:

—¿Conoce a un tal Grooteclaes?

La sonrisa desaparecía. En el mejor de los casos le asestaban una negativa. En el peor, la chica se apartaba con desdén y subía el cristal. A veces añadía:

—Oye, cariño, a ver si te has creído que soy una oficina de información.

A veces se limitaban a insultarlo en una lengua africana indefinible.

Fue una de aquellas noches glaciales de finales de enero cuando apareció la zorra. Un lunes.

Hacia las cuatro de la madrugada Seb iba caminando por la avenida que llevaba a la Cartoucherie. Era la hora de menos clientela. Los noctámbulos estaban ya en la cama, los madrugadores todavía no se habían levantado y solamente el zumbido de un motor que se acercaba revelaba algún indicio de vida. El rumor de la ciudad se había acallado, dominado ahora por el crujir de las hojas secas bajo las agrietadas botas de Seb.

Del bosque de Vincennes subía un olor a humus, a cementerio en invierno.

El Citroën Saxo, apareció cuando acababa de pasar la vieja garita de hormigón que montaba guardia inútilmente delante de la Cartoucherie. Iba por la acera enfangada sorteando los charcos cubiertos por una capa de hielo en formación.

Fue el momento que escogió la zorra para cruzar, y Meyer solo tuvo tiempo de distinguir un relámpago de fuego antes de oír el choque y el gañido de dolor del animal al salir despedido hacia el arcén. El coche desapareció sin haber siquiera aminorado la velocidad, dejando tras de sí un rastro de ecos de música tecno.

La zorra intentaba desesperadamente levantarse y huir mientras Seb se

acercaba a ella, pero sus patas traseras, claramente rotas, se negaban a obedecerle, y cada intento le arrancaba un gemido. Empezó a arrastrarse propulsándose trabajosamente con las patas delanteras y, cuando Seb se encontraba a solo un metro de ella, le enseñó los colmillos abriendo la boca. Su piel rojiza estaba manchada de sangre y sus largos y finos bigotes temblaban de terror. Cuando Seb adelantó la mano hacia ella, intentó morderle y sus ojos lanzaban destellos salvajes, feroces y decididos en la oscuridad.

Quizá permaneció allí una hora entera, sin moverse, aterido de frío, mirándola, preguntándose qué iba a hacer. Se puso en cuclillas para mantener un poco de calor y se acordó de una anécdota que había leído cuando iba al colegio, le había impresionado tanto que todavía la recordaba. La historia se desarrollaba en Esparta, en la antigüedad. Un joven espartano quiso domesticar un gato salvaje; lo ocultó bajo su uniforme, pero el animal quiso soltarse, luchando con todas sus fuerzas para recobrar la libertad. La disciplina debía de ser dura en aquellos tiempos en Esparta. Aunque el felino destripó al joven soldado con sus garras, este no emitió la menor queja por miedo a revelar la presencia del felino.

Evidentemente murió a resultas de ello.

Meyer se acercó centímetro a centímetro a la zorra. Se había sacado su grueso jersey. De un salto, cubrió al animal pegándolo al suelo. La zorra peleó aullando de dolor hasta el agotamiento y redujo el jersey de Leila a un informe trapo de lana. Transportó a la zorra envuelta en los restos de la prenda hasta Pré-Saint-Gervais, adonde no llegó hasta las diez de la mañana, con los pies hechos papilla.

El veterinario enyesó la cadera y las patas traseras de la zorra después de anestesiarla. Mesándose su larga barba entrecana, preguntó:

—¿Dónde la ha encontrado?

—En el bosque de Vincennes.

—No me sorprende, hace ya unos cuantos años que han regresado a las cercanías de las ciudades. Como muchos otros animales salvajes, por otra parte. Es lógico, como ya no los cazan. Fíjese que incluso los han visto hurgando en los cubos de basura de la rue de Rivoli en París. Bueno, es una hembra, como usted mismo ha comprobado. No parece que esté amamantando crías en este momento. Todavía es bastante joven, diría que tres o cuatro años. ¿Qué va a hacer con ella?

—No lo sé, ¿cree que me la podría quedar en casa?

El veterinario se frotó las manos en la bata blanca manchada de fluidos y dudó un rato antes de contestar.

—Es un animal salvaje. Los zorros no se domestican. No estamos en *El principito*, ¿sabe? Es posible que no le vaya muy bien, que le muerda. Por la rabia no ha de preocuparse, acabo de vacunarla. Pero podría escaparse, herir a algún niño. Significa aceptar una gran responsabilidad.

—¿Qué tengo que hacer de momento?

—Manténgala caliente y tranquila. Déjele agua a su alcance. Aquí tiene unas medicinas para el dolor. Esperemos que se las quiera tragar. Y que acepte comer. Intente darle carne cruda. No le garantizo nada. Tal vez se deje morir.

En la sala contigua se oía el gañido de un perro.

La consulta olía a animal y a desinfectante.

—¿Cuánto le debo?

El veterinario observó a Seb de los pies a la cabeza, su camiseta mugrienta, el jersey hecho jirones que le había devuelto, las botas de piel agrietada, aspiró el olor de sudor rancio que emanaba de él y miró detenidamente el parche de cuero antes de decretar:

—No se preocupe. Ni siquiera sé si sobrevivirá.

Meyer cruzó la sala de espera donde un puñado de perritos falderos esperaban en las rodillas de sus amos temblando de miedo, uno de ellos incluso se había meado. Se encontró en la acera de la avenue Jean-Jaurès. No estaba a más de cinco minutos a pie, Pré-Saint-Gervais era el municipio más pequeño de Europa por su superficie.

Cruzó la avenida a la altura de Correos, con la zorra dormida en brazos, y caminó hasta la place Séverine resiguiendo los bloques de ladrillo rojo de los años treinta. La avenue Edouard-Vaillant empezaba al otro extremo de la plaza. Subió hasta su casa y depositó al animal sobre las ruinas del jersey, en el suelo, fue a buscar un cuenco lleno de agua y se lo dejó al lado. Se durmió mirando la piel rojiza levantarse al ritmo de la respiración lenta y regular del animal. Más tarde, cuando se despertó, unos gestos reflejos agitaban las patas delanteras de la bestia. ¿Qué presa estaría persiguiendo? ¿De qué huía?

Capítulo 12

Bosque de Vincennes, París, distrito XII, febrero de 1997

La Renault Trafic amarilla descolorida y sin fuerzas que Roger Olomide había comprado en una subasta de Correos estaba aparcado junto a la escuela de horticultura de Breuil, en las plazas de estacionamiento de la avenue de la Pyramide.

Dentro, Juicy soltaba pestes contra su macarra, con el móvil pegado a la oreja desde hacía una media hora.

—¡Mierda, Roger! No habla una palabra de francés, ¿cómo quieres que las chicas le expliquen? ¿Por qué no la has puesto conmigo? Está muerta de miedo.

Una nueva había llegado la semana anterior de Kingston, Jamaica, pasando por la casa de Villepinte.

Procedimiento habitual, petición de asilo, quería pasar a Inglaterra, soñaba con llegar hasta Australia, Grooteclaes la había interceptado a la salida del tribunal de Bobigny, la había enviado como a las demás a la casa de amaestramiento y se la había revendido a Roger.

Como a Kate Mougabe, convertida en Juicy.

Ahora ya no iría mucho más allá de la avenue de la Pyramide, donde estaba aparcada su furgoneta. Era una bonita mestiza de piel canela y ojos azules, ceñida en un body negro. Aquel capullo de Olomide la había instalado en la otra punta del bosque con una centroafricana encargada de formarla sobre el terreno. Y naturalmente la centroafricana no hablaba una maldita palabra de inglés. Por consiguiente, cada vez que esta tenía algo que explicarle a la chica, estaba obligada a llamar a Juicy por el móvil, decirle lo que quería hacerle entrar en la mollera y luego pasarle el teléfono a la jamaicana para que Juicy se lo tradujera en inglés.

¡Qué complicado era! Aunque no lo pareciera.

Algunas chicas se convertían en ayudantes de los proxenetas, así suavizaban su destino, conseguían ganar un poco más de dinero. Ejerciendo un poder sobre otras personas parecía que recuperaban cierto control de sus vidas.

Continuamente Juicy era interrumpida por clientes que pegaban la nariz en el cristal roto y sustituido por anchas tiras de celo translúcido. Una huella del último episodio de las guerras por el territorio que ahí se libraban.

Apenas acababa de colgar cuando el teléfono sonó de nuevo con la introducción de «La cabalgata de las valquirias».

—¿Sí? ¿Qué? —preguntó con tono asqueado—. Vale, pásamela. *She says that when a client asks for two girls for a blowjoh, you call her, and she'll come from her «furgo» into yours to handle the client, OK*? ¿Oye? Sí. Ya está, se lo he traducido. ¿Cómo? Le he dicho que si el cliente quería dos chicas para una mamada, que te llamase y que tú bajarías de tu furgoneta para ir a la suya. ¿El precio? ¡No me jodas! ¡Eso es lo único que sabe decir, además de coño, polla, cojones y tetas! ¿Qué? ¿Que no sabe? Bueno, pues coges un papel y se lo escribes, ¿vale? Estoy hasta el moño de tanto traducir. Llama a Roger y dile que venga, esto no hay quien lo aguante, o si no que la ponga conmigo.

Juicy colgó el móvil y se recostó en la almohada colocada contra el cristal del lado del conductor.

Al cabo de unos minutos inició las labores de restauración total de sus pinturas de guerra.

¡Vaya mierda de noche! Ahora no había ni un solo cliente a la vista, y cuando estaba hablando por teléfono no paraban de rondar su furgoneta.

Juicy decidió sacar provecho de aquel momento de respiro para hacer un poco de limpieza en la Trafic. Descorrió la cortina y penetró en la parte trasera. Todos los camiones estaban habilitados. Cristales tapados, una tabla de conglomerado que ocupaba todo el fondo del vehículo y hacía las veces de somier a un metro del suelo. Páginas de revistas porno pegadas con celo en las paredes de metal para avivar los ardores desfallecientes de los machos en busca de estremecimientos tarificados. Sobre la tabla, los chicos encargados de arreglar las furgonetas añadían un colchón de espuma y una manta barata. Juicy desenrolló una gran toalla de papel y la puso sobre el catre para el próximo cliente, como en la consulta del médico. Un consolador, erecto en una mesilla al lado de una vela, destacaba debajo de

una percha de madera. Justo al lado de las toallitas y los preservativos. El material, vaya.

Juicy vació la papelera en una bolsa de plástico y bajó el nivel del radiador de petróleo que creaba en el habitáculo un calor húmedo, pegajoso e insalubre.

Volvió a pasar delante y corrió tras de sí la cortina rojo oscuro.

Vaya, un cliente. Bueno, el negocio mejoraba.

Contempló con una sonrisa de circunstancias al joven flacucho que pegaba la nariz en las cintas adhesivas. Luego miró con desconfianza su parche de cuero, su enmarañado pelo grasiento, su facha miserable.

Desde luego, con aquel tipo no iba a hacerse rica.

—Hola, cariño, son cien francos por un francés, doscientos por un completo.

La zorra había sobrevivido. El día antes el veterinario le había sacado la escayola. Tardó bastante en aceptar comer los restos de carnicería que Seb le dejaba cerca. Se meaba encima y el piso pronto quedó invadido por el tufo a animal.

Remedió el problema poniendo papeles de periódico en el suelo que cambiaba cada día. Seguía sin poder acercarse a ella. Siempre estaba a punto para morder la mano que le daba de comer sin el menor problema. Meyer pasó días enteros observándola. Algunas noches, la melancolía invadía sus ojos dorados, un extraño brillo ahuyentaba el abatimiento de su mirada, como si ardiera, imágenes de bosques inmemoriales, de musgos inundados por la sangre de sus presas reemplazaban la tristeza. Veía algo, y nadie habría podido describir el salvaje espectáculo que contemplaban aquellos ojos y que se remontaba a la noche de los tiempos. De pronto, se cerraban sus párpados, el telón volvía a caer sobre el escenario del sacrificio, y su respiración regular acunaba de nuevo a Seb, que algunas noches no encontraba ya valor para proseguir con su cacería.

La noche en que encontró a Kate Mougabe había tenido que movilizar toda su energía para abandonar la tranquila contemplación de la zorra.

El aire nocturno estaba cargado de tensión, como cuando la electricidad amasada encima de los campos se concentra en el corazón de las nubes, justo antes de caer en forma de tormenta.

—Hola, cariño, son cien francos por un francés, doscientos por un completo —le espetó.

Aquella mujer tenía una mirada dura, salvaje, ávida, que le recordaba la

de la zorra.

Los michelines de grasa, desbordando de su conjunto de bragas y sujetador rojos, le habían distendido la piel formando estrías como una fruta demasiado madura.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Juicy —dijo con un ligero acento angloafricano—. ¿Y tú?

—Seb.

—¿Qué, subes?

—Grooteclaes, ¿te suena de algo?

Se produjo un silencio. La mujer empezó a negar con la cabeza, pero cambió de opinión y lo miró con aire astuto:

—No lo conozco. ¿Quién quiere saberlo?

—Yo.

—¿Y quién es yo?

Seb no contestó.

¡Bingo!

Conocía a Grooteclaes. Habría puesto la mano en el fuego. Ahora la devoraba con la mirada, buscando en su piel, en sus labios, en su cuerpo, el menor indicio de su mentira, y la semilla germinó en el ébano, una carne de gallina apenas perceptible, un estremecimiento, mientras la astucia sustituía a la desconfianza en sus ojos sin brillo.

—¿Para qué lo quieres?

—Tengo que hablarle.

—No me dices mucho, cariño.

Seguro que Grooteclaes estaría contento si le llevaba a aquel mequetrefe. Sí. Seguro que le gustaría saber que alguien le buscaba. Y seguro que le agradecería mucho la información. Seguro que el belga y Roger le concederían incluso una gratificación extra. O más responsabilidades en la organización.

—Escucha, guapo, yo no lo conozco. Pero déjame un teléfono, una dirección, algo. Puedo preguntar por ahí, a lo mejor alguna chica lo conoce.

—No tengo teléfono.

El reloj del salpicadero de la Trafic marcaba las 04. 17.

—Entonces vuelve mañana por la noche a la misma hora. Estaré aquí, en el mismo sitio. No me muevo. Te diré si hay alguna novedad.

Era demasiado bonito. Demasiado fácil.

Había dicho mañana hacia las cuatro de la madrugada, en el mismo

sitio. El bosque estaba desierto a aquellas horas, podía pasarle absolutamente cualquier cosa. ¿Y si Grooteclaes estaba ahí en persona? ¿Y cómo lo reconocería?

Seb no tenía ni el menor indicio de cómo podía ser la apariencia física del fulano. Tendría que conseguir sin falta un arma de hoy para mañana.

En el barrio debía de ser fácil encontrar una.

Se alejó del Renault caminando hacia atrás, sin apartar la mirada de la prostituta. Ella ya había girado la cabeza y hablaba por el móvil.

Roger Olomide decidió velar toda la noche. Las guerras por los emplazamientos de camiones se hacían un poco más feroces en cada nuevo episodio.

Pero finalmente capituló ante el sueño. Con la barbilla pegada en el pecho, sentado en su viejo Porsche 924 de color negro descolorido, se sobresaltó cuando el timbre de su móvil sonó en la oscuridad. El aparato se le cayó al suelo y lo recogió torpemente.

A unos doscientos metros delante de él, podía ver la Trafic de Juicy. Un cliente se alejaba sin que pudiera decir si había consumido o no. Se frotó los ojos.

—¿Diga?

—¿Roger? ¿Ves a ese mequetrefe que se dirige hacia ti? Está buscando a Grooteclaes. No sé cómo se llama, ni dónde vive, ni nada. Le he dicho que volviera mañana.

Y Juicy colgó.

Ahora Olomide ya estaba despierto del todo. Cuando Seb llegó a su altura, se agachó en el gastado asiento lleno de rajas por donde se escapaba la espuma.

Observó la delgaducha silueta que se empequeñecía despreocupadamente en su retrovisor.

¿Valía la pena molestar a Grooteclaes casi a las cuatro y media de la madrugada por semejante colgado? Nunca se sabía cómo se tomaría las cosas aquel hombre.

Marcó el número del ex mercenario.

—¿Está solo —preguntó de inmediato el belga—, o con una chica?

—Parece que va solo. Tiene una pinta muy rara. No sé si es peligroso.

Grooteclaes pareció reflexionar y después preguntó:

—¿Es tuerto?

—Sí, ¿cómo...?

—Síguele. Quiero saber quién es, dónde vive, cuántas veces va a mear esta noche. Y luego me llamas, ¿de acuerdo?

—Vale. Ah, bueno, Juicy lo ha citado aquí mañana a la misma hora.

—Esa chica es una joya, Roger. Hiciste un buen negocio con ella.

Olomide esperó a que el tipo se encontrara a una distancia razonable y arrancó. Dio media vuelta y empezó a circular lentamente en dirección al Château de Vincennes.

Aparentemente aquel capullo no tenía coche. A no ser que lo hubiera dejado aparcado más lejos, seguramente intentaría coger un taxi en la estación de metro.

Seb seguía la avenue de la Pyramide hacia la Cartoucherie. Las furgonetas estaban aparcadas una tocando a la otra. Las agotadas chicas dormían, boquiabiertas, con las cabezas echadas hacia atrás, las caras aplastadas contra los cristales en los que se expandían las corolas de vaho surgidas de su aliento. Algunas descansaban acurrucadas, arrebujadas encima de los colchones de espuma en la parte trasera de los vehículos con las cortinas descorridas. No todas las camionetas cambiaban de emplazamiento. Algunas estaban allí de manera fija y eran las prostitutas las que se sucedían día y noche. Había una que tenía las ruedas pinchadas, el tiempo se había cebado en la chapa y las carrocerías cedían al paso de los años y la herrumbre.

Meyer llegó a la parada de autobuses, donde el reloj marcaba las cinco y doce.

Se estremeció. Enroscado en un banco, castañeteándole los dientes, esperó a que el primer 115 apareciese en dirección a la Porte des Lilas.

¡La puta de oros! ¿Qué coño quería Grooteclaes? ¿Que siguiera a un mendigo, o qué? Olomide tuvo que esperar hasta primera hora de la mañana. Los primeros pasajeros se apretujaban bajo las marquesinas. Obreros, empleados de las glaucas madrugadas. Algunos fumaban el primer pitillo mientras daban pasos arriba y abajo. A intervalos regulares, el proxeneta volvía a encender el motor y ponía la calefacción a tope. Joder, el tipo aquel se debía de estar pelando, allá en el banco.

Finalmente Seb se incorporó, se desperezó y, cuando el autobús se colocó en el punto de partida, fue a refugiarse al asiento del fondo donde volvió a dormirse enseguida.

El 115 había llegado a la alcaldía de Montreuil cuando el timbre agudo del móvil de Olomide sonó en el interior de su chaqueta de cuero negro.

—¡Roger! ¡Roger! ¡Las camerunesas! ¡Están quemando los camiones! ¡Corre, corre! ¡Vuelve enseguida!

Juicy gritaba por el altavoz, luego la comunicación se cortó.

Contrariado, Olomide intentó llamarla. Le saltó el buzón de voz.

¡Mierda! ¡Era lo único que le faltaba!

Volvió a llamar a Grooteclaes.

—No dejes de seguir al tipo. Yo llamo a la bofia —decretó el belga, lacónico.

Bueno, pues que le dieran por culo a Juicy. Grooteclaes era el que mandaba, y él decidía.

Las llamas subían por encima del bosque de Vincennes, y con ellas una espesa humareda maloliente, cargada de gases tóxicos, de plástico quemado, de neumáticos fundidos.

Sombrías e indistintas figuras corrían de una furgoneta a otra, machacando a mazazos los parabrisas, constelándolos de estrellas de cristal, luego echando a las chicas suplicantes fuera de los vehículos y tirándolas a la tierra batida. Los cócteles molotov prendían fuego en los habitáculos, los chulos de las camerunesas, ayudados por estas, apalizaban a las chicas que se resistían.

La guerra por el territorio duraba desde hacía varios meses ya. Las camerunesas llevaban muchos años instaladas en el bosque. Veían con muy malos ojos la irrupción de las recién llegadas, cada mes en mayor número. En Francia, los cameruneses estaban como en su casa. Tenían la firme intención de hacérselo saber a las redes de putas de Sierra Leona y de Liberia incapaces de decir tres malditas palabras seguidas en francés.

Incluso Juicy, cuyo estatus de veterana había sido hasta entonces indiscutido, fue arrastrada al suelo por las trenzas.

El matón alto, delgado y musculoso que la había emprendido con ella iba vestido con una chaqueta de chándal negra con la capucha echada encima de una gorra de béisbol blanca inmaculada, y su cara desaparecía en la sombra como la de un monje demente y solamente sus furiosos ojos brillaban de crueldad. De un golpe de talón, su Reebok rompió el teléfono que se había escapado de las manos de Juicy, y las piezas de plástico se esparcieron como haces multicolores. Secundado por dos chicas que lo jaleaban, la estiró por los brazos hasta dejarla en medio de la avenida, donde empezó a asestarle patadas.

—¡Que viene la pasma! ¡Que viene la pasma! —gritó una de las

camerunesas cuando las sirenas anunciaron la llegada inminente de las fuerzas del orden.

El tipo, sin soltarla, levantó la cabeza.

La sierraleonesa aprovechó aquel corto instante de descuido para desprenderse de una embestida y precipitarse al habitáculo, del que volvió a salir como una divinidad encolerizada con su ropa interior roja, descalza, con un spray de autodefensa en la mano, pero el hombre la recibió con un navajazo en el vientre que la dobló en dos, y la golpeó, la golpeó hasta que Juicy se desplomó y su braga y su sujetador rojos se fundieron con el río de sangre que brotaba de sus múltiples heridas.

Una de las camerunesas vestida con unos vaqueros y un largo abrigo abierto por detrás subió a la parte trasera de la Trafic, se hizo con un bidón de petróleo desaromatizado y roció el habitáculo con el líquido graso que se deslizaba por las escenas pornográficas pegadas a las paredes. Cogió una caja de cerillas y la vela, la encendió, bajó de la furgoneta y la lanzó sobre el colchón que de inmediato empezó a arder.

Cuando llegó la policía unos minutos después, la mafia camerunesa había logrado incendiar siete vehículos. Los hombres de la brigada contra el crimen detuvieron a una de las prostitutas que no había podido escaparse a tiempo.

Los esfuerzos para salvar a Kate «Juicy» Mougabe, trasladada de urgencia al hospital Bégin, resultaron inútiles.

París, febrero de 1997

Roger Olomide y Arnaud Grooteclaes estaban sentados frente a frente en la cocina de la casa de Villepinte, ambos de muy mal humor.

Olomide porque había perdido mucho dinero. ¡Con el tiempo que había costado formar a Juicy! ¡Qué hijos de puta! Aquella guerra se estaba poniendo muy fea. Los cameruneses lo pagarían muy caro. No tenía que haberle hecho caso al belga. Tenía que haber dado media vuelta.

De todos modos, habría llegado demasiado tarde. O justo a tiempo para que se lo cargaran a él también.

Todo aquello parecía importarle muy poco a Grooteclaes.

—Dices que se llama Sébastien Meyer. ¿Estás seguro?

—Tenía el nombre escrito en la puerta, y también en el buzón. Ese pelagatos vive en Pré-Saint-Gervais. ¿Qué tiene que ver contigo un fulano así?

El ex mercenario se limitó a clavar la mirada en los ojos de Olomide sin

contestarle.

Más valía no insistir.

Fuera, los perros se habían puesto a ladrar.

Aquellos cabrones de francotiradores, en Sarajevo, lo habían mandado todo a la mierda. Se habían cargado a sus clientes, habían matado a aquel capullo de Lesueur, el muy bocazas se lo tenía bien merecido, se lo había buscado, después de todo. Le habían arruinado el negocio. Tenía que volver a empezar de cero. Menos mal que todavía le quedaba el negocio de import-export de chicas. Eso lo había salvado.

Se acordaba como si fuera ayer.

Aquella mañana había quedado con el grupo, no muy lejos del Holiday Inn. Tenían que ir a Gorazde. Vio llegar a aquel mamón de Lesueur a toda leche, como si el diablo le mordiera el culo, y pensó este capullo se va a pegar una hostia y me va a matar a todos los clientes, seguro que está como una cuba, la camioneta iba demasiado deprisa, giró la cabeza y solo tuvo tiempo de distinguir a un fotógrafo que apuntaba con su aparato, y todo explotó levantando haces de chatarra, sangre, fuego y restos humanos, por una fracción de segundo creyó que era un accidente, pero no, era un profesional, había reconocido el impacto del lanzagranadas.

Todo se había ido a la mierda. Antes de retirarse, se fijó en un vehículo blindado de la UNPROFOR que se acercaba. Instintivamente, memorizó toda la escena: los trozos de cuerpos ennegrecidos y sanguinolentos que habían brotado de la camioneta reventada, el fotógrafo caído en la acera, probablemente también fiambre.

¿Quién le había podido hacer semejante putada?

Tardó mucho tiempo en resolver el rompecabezas.

Primero tuvo que salir de la ex Yugoslavia, y sin perder tiempo.

Los días siguientes leyó en los periódicos que un reportero francés, Sébastien Meyer, había resultado herido en la avenida de los Francotiradores por un disparo aislado.

Ninguna mención de la camioneta.

No entendía nada.

Aquel silencio. No eran los francotiradores. Ellos no tenían ese poder. La UNPROFOR sí.

Ellos lo sabían. Había sido un montaje. Poco a poco, la hipótesis se fue imponiendo como una evidencia. Su servicio de información entre los antiguos mercenarios rusos era eficaz.

No tardó en enterarse del nombre de uno de los francotiradores, un tirador de élite serbio famoso en todo Sarajevo, el mejor según decían.

Pero desde París, adonde había regresado a esconderse, el belga estaba reducido a la impotencia.

En fin, hasta que Milkovic reapareció reconvertido en mafioso aburguesado en Bruselas.

¡En Bruselas! ¡Había sido tan fácil!

Su venganza le había sabido a muy poco.

Grooteclaes seguía sin poder decidir si aquel pringado de fotógrafo estaba realmente protegido por los jerifaltes de la UNPROFOR o bien si eliminarlo pura y simplemente no comportaba ningún riesgo en absoluto.

A saber qué habría contado en su entorno. Aquel tipo estaba en la prensa, además.

Lo más sorprendente en todo aquello era que Olomide le había descrito prácticamente a un vagabundo. Y el informador de Grooteclaes en Sarajevo le había dado el mismo tipo de descripción del joven con el que se había topado por casualidad, cuando preguntaba por Milkovic en el mercado de Arizona.

No. La verdad, no sabía muy bien qué hacer con aquel tipo.

De momento iba a asustarlo. Después ya vería.

Grooteclaes aplastó el Marlboro en el cenicero de la mesa de la cocina.

—Te debo una chica, Roger. Lo tendré presente. Ven a buscarla dentro de un mes. Espero un nuevo envío.

—También me debes dos camionetas. Le han pegado fuego a la de la jamaicana, también. Pero ella ha salido solo con un ojo a la funerala.

El belga extrajo del bolsillo de la pernera de su pantalón militar negro un enorme fajo de billetes de quinientos francos sujetos con una goma elástica. Contó treinta y se los tendió a Olomide.

—Cuando tengas a la chica, estaremos en paz.

Se levantó para acompañar al proxeneta zaireño hasta su Porsche de pacotilla aparcado en el jardín.

Cuando hubo desaparecido, Grooteclaes se dirigió hacia los cuatro matones que fumaban en el patio. Tiraron las colillas a la hierba quemada por el invierno, y los dos pitbulls sentados a sus pies no se movieron.

Les dio la dirección de Seb y añadió:

—Dadle un buen susto. Y que le duela.

Pré-Saint-Gervais, febrero de 1997

Seb cayó como un plomo mientras contemplaba a la zorra, que daba vueltas ansiosamente encima de los papeles de periódico hechos trizas. Se durmió preguntándose qué demonios haría con aquel bicho de las narices.

Un día u otro tendría que soltarla.

Ante los pitbulls no tuvo la más mínima oportunidad. Aunque peleó bien, se lanzaron sobre ella como sobre la comida mientras gritaba, y los agudos que nacían en su garganta rebotaban en el techo. Seb tampoco tuvo mayor oportunidad de defenderse. Los hombres con cazadoras caqui hicieron volar en mil pedazos la puerta de entrada del piso, y antes incluso de que estuviera despierto del todo, lo inmovilizaron en la cama, uno sentado sobre su cadera y aplastándole la boca con la mano, Seb podía sentir el olor agrio de su aliento mientras buscaba la mirada del brutal agresor a través de las aberturas del pasamontañas de lana, y el otro instalado sobre sus piernas. El tercero había soltado a los perros contra la zorra y contemplaba la escena de caza.

Mientras los pitbulls hundían los colmillos en la tierna piel del vientre del animal arrancándole los intestinos, el tercer matón esgrimió en el aire un mazo de un kilo y lo abatió sucesivamente en las tibias de Seb que se partieron en dos, y las esquirlas de los huesos le atravesaron la piel como proas de submarinos rompiendo el hielo de los polos.

El cuarto hombre vaciaba el contenido de los cajones del piso, tiraba al suelo las figuritas, los recuerdos y las cintas de westerns. No tardó en hacerse con las fotos del furgón de Salud y Solidaridad, y se las metió en el bolsillo.

Seb intentaba en vano morder la mano que lo amordazaba. El lancinante dolor de sus huesos al romperse lo atravesó de arriba abajo, se tendió como un arco, puso los ojos en blanco, y vomitó entre los dedos que le tapaban la boca.

—¡Ah, qué asco! ¡Cerdo! —dijo el hombre levantándose y mirándose la mano manchada de vómito.

Le propinó una patada en las costillas.

de pronto todo terminó. Se levantaron a coro y uno dijo:

—Venga, nos piramos.

Y huyeron corriendo por el pasillo. Al salir, el último le advirtió:

—Deja de buscar a Grooteclaes. Ya ves que él te ha encontrado a ti.

Su único ojo invadido por las lágrimas, Seb intentaba respirar, gritar una vez más. Quiso incorporarse, pero perdió el conocimiento por efecto

del dolor.

Capítulo 13

París, marzo de 1997, hospital Tenon

Decididamente, Seb estaba abonado al viejo hospital decrépito arrinconado entre las estaciones de Gambetta y Saint-Fargeau. Los dolores se habían ido difuminando poco a poco, sin llegar a desaparecer del todo, desde aquel día de febrero en que el Samu lo había trasladado en camilla, con las dos tibias fracturadas, al servicio de urgencias. Al principio, bajo las escayolas que aprisionaban sus piernas, podía notar el acero quirúrgico de los clavos que penetraba en sus huesos fracturados sujetando las placas en su lugar. Los antiinflamatorios le habían destrozado el estómago pero habían domado el dolor que devastaba sus piernas colgadas en alto.

En cuanto a la zorra, evitaba cuidadosamente pensar en ella.

Naturalmente, la policía se había presentado en el hospital.

Dos polis. Siempre iban de dos en dos. Como los cojones. O los ojos.

En principio.

Dos policías, pues, el inspector Lecoq y el inspector adjunto Poulet. Algo así no se podía inventar y, de no ser por el dolor —insoportable—, Seb habría sido incapaz de contener las carcajadas. [8] Si Lecoq aparentaba unos cuarenta años mal llevados, era flaco y desplumado e iba enfundado en un traje de pana negra a lo Bruant, Poulet, aunque mucho más joven, había optado por un look clásico, botas camperas, chaqueta de cuero y vaqueros 501 incluidos.

En pocas palabras, los dos hombres le interrogaron brevemente sobre la presencia de un animal salvaje en su piso, sobre el aspecto de sus agresores, sobre sus enemigos supuestos y reales, y se fueron al final con las manos vacías tras la vaga promesa de Seb de que pasaría por la comisaría, justo detrás del ayuntamiento del distrito XX, apenas a cien metros del hospital, al otro lado de la plaza.

Meyer ni siquiera quiso poner una denuncia.

—¿Qué quiere que le diga? Estaba durmiendo, no vi nada, serían unos chiflados, nada más, unos chiflados. O si no, un ajuste de cuentas y los tíos se equivocaron de casa, yo qué sé.

—Si no presenta una denuncia, no le indemnizarán por los daños, lo sabe, ¿no? —objetó Poulet.

De todos modos, Seb no había pagado el último recibo del seguro. Estaba demasiado arruinado.

La severa mirada de una enfermera hizo que el dúo se fuera, pero antes Lecoq se dio la vuelta una última vez.

—No le creo, señor Meyer. Si tiene algo que decirme, ya sabe dónde encontrarme, ¿verdad? —le dijo en el umbral de la puerta sin esperar contestación, y se alejó.

Seb no había recibido ninguna visita hasta que la asistenta social —una morenita de nariz respingona y ojillos perspicaces ocultos tras unas gafas de gruesa montura— fue a interesarse por su estado.

—Bueno —empezó en tono falsamente alegre—. Pronto estará fuera de aquí.

Mientras le hablaba, consultaba su informe, plantada al pie de la cama en la que yacía inmovilizado.

—La cicatrización es satisfactoria. Tendrá que volver a que le quiten los puntos y el yeso también. Dentro de dos años, habrá que operarle otra vez para quitarle las placas. Pero claro, pronto saldrá de aquí y no puede volver directamente a su casa. No puede caminar, ni mucho menos, y necesitará rehabilitación. Mucha rehabilitación. Desde luego, no tiene usted mucha suerte. Ya estaba en el ordenador del hospital, ¿sabe?, por lo del ojo. ¿Qué le ha pasado esta vez? —preguntó con voz jovial.

Seb no se tomó la molestia de contestar.

—Mire, le sugiero que vaya a una clínica de reposo para hacer la rehabilitación. Podría ir, no sé, a Granville, por ejemplo.

—¿Será muy largo?

—Todo dependerá de la rapidez de sus progresos.

—¿Es caro?

—En gran parte lo paga la Seguridad Social. Usted cotiza a la Seguridad Social, ¿no?

Sébastien permanecía en silencio.

—¡Oiga! ¡Le estoy hablando!

Entonces se dio cuenta.

—Ay, claro, pero ¿por qué no lo pone en su historial médico? ¿Qué puñetas hacen en la administración? Espere, enseguida vuelvo.

Dio media vuelta y salió de la habitación a pasitos secos y decididos.

Meyer sabía la respuesta. En su condición de pensionista, la Seguridad Social se hacía cargo de él, pero, debido a su falta de ingresos, la mutua quedaba fuera de su alcance. Dudaba mucho de que pudiera pagarse una rehabilitación a orillas del mar.

El silencio de su habitación le hacía bien. Estaba exhausto. No podía más.

La asistenta social volvió sacudiendo la cabeza.

—Pero no puede volver así a su casa. ¿No tiene familia?

Meyer sacudió negativamente la cabeza en su almohada.

—¿No hay nadie a quien pueda llamar?

Emitió un profundo suspiro y pronunció el único nombre que se le pasó por la cabeza antes de quedarse dormido, derrotado por la farmacopea.

Así fue como varios días después Daniel Moucheboeuf abrió la puerta de la habitación de hospital donde descansaba Seb Meyer.

Marne-la-Vallée, marzo de 1997

Cuando la asistenta social lo llamó, el ex teniente Dan Moucheboeuf tardó unos instantes en entender de qué le hablaban y, sobre todo, de quién le hablaban.

Moucheboeuf estaba más bien ocupado en reconciliarse consigo mismo.

Durante todas las fiestas de Navidad estuvo hecho un mar de dudas, pero finalmente había tomado una decisión que ejecutaría un poco más adelante. Presentaría a Amélie a sus padres en el fin de semana de Pascua. Ya les había hablado de ella. Estaban deseando conocerla. El único punto oscuro era que no había podido satisfacer la curiosidad de su madre en lo tocante al pasado de la joven, que se seguía cerrando en banda ante cualquier cuestión concerniente a su vida anterior.

Así pues, el Viernes Santo —las vacaciones de los dos coincidían, según el calendario colgado en la sala del personal del supermercado Le Mutant—, cogerían la moto y viajarían hasta Issoudun para pasar el fin de semana. El día antes Dan había anunciado la noticia a Amélie.

Al principio, ella intentó escabullirse —nunca me atreveré, ¡ni pensarlo!— hasta que terminó por ceder.

Una idea rondaba por la cabeza de Daniel. Contraer matrimonio. Casarse con Amélie. Tener hijos con ella, unos hermosos hijos multicolores.

Dar la vida, después de haberla quitado tantas veces.

Seguramente fue esta nueva aptitud para el optimismo o bien, quién sabe, la perspectiva de una próxima redención, lo que le hizo aceptar acercarse hasta el lecho de dolor de Sébastien Meyer.

El fotógrafo, sin embargo, encarnaba un pasado que deseaba olvidar.

Pero cuando lo vio crucificado en su cama, tuerto, enflaquecido, reducido a una sombra y con el rostro todavía tumefacto por la paliza que había recibido, Moucheboeuf cayó sentado en la silla de plástico suspirando:

—¡Madre de Dios!

Sébastien tardó más de dos horas en contarle su particular vía crucis desde Sarajevo hasta el hospital Tenon. Al oír el nombre de Grooteclaes, Moucheboeuf vertió involuntariamente un poco del agua que estaba sirviendo en el vaso del exhausto enfermo. Se sentía culpable.

Nunca debería haber dejado que se fuera, aquel día, cuando el fotógrafo llamó a su puerta.

Había subestimado la cabezonería de aquel pobre tipo. Pensó que sus investigaciones no pasarían de los límites de la Ile-d-France, dada la indigencia en la que se hallaba. Pensó que las amenazas proferidas contra los francotiradores que lo habían herido eran pura fanfarronada.

Eso es lo que había pensado. Pero se había equivocado y ahora estaba allí con cara de tonto delante de aquel muchacho lívido que insistía en su rabia, que a pesar de los calmantes aún conseguía susurrar:

—Me vengaré. Encontraré a ese Grooteclaes y lo mataré. Mataré a ese hijo de puta.

—De momento tengo la impresión de que es él quien le ha encontrado. Y que casi lo mata. ¿Tiene alguna idea de cómo lo han localizado?

Seb esbozó una sonrisa de desagrado. Localizado. Era un término militar.

Costaba abandonar las costumbres.

—He pensado mucho en eso. Puede que no tenga ninguna relación, pero he leído en el periódico que, aquella mañana, se incendiaron unos furgones de prostitutas y que una de ellas, una sierraleonesa, fue asesinada a navajazos. Podría ser la chica con la que hablé. El lugar corresponde. Y

tenía un ligero acento. No sé, pero aquella noche pasó algo, estoy seguro. Algo que los condujo directamente a mi casa.

Hizo una mueca de dolor.

—¡Hijos de puta! En cuanto pueda caminar, vuelvo a empezar, lo encuentro y lo mato.

—Ni siquiera sabe qué aspecto tiene. Es él quien le matará.

Meyer giró la cabeza hacia Dan.

—Usted sí lo conoce, ¿verdad?

Moucheboeuf no cometería dos veces el mismo error. No dejaría que se fuera como la última vez, y descubrir luego en los periódicos que lo habían liquidado, que algún transeúnte había encontrado su cuerpo.

Ya había habido suficientes cadáveres, suficientes guerras.

Había que parar la masacre.

Y a la mierda el secreto.

—Es él quien le matará, le digo. Eso es lo que hacían allá.

—¿El qué?

—Matar.

Región de Omaha, Nebraska, septiembre de 1992

El problema de Duane Mortensen había resultado el más fácil de solucionar.

Grooteclaes tenía muchos conocidos en el mundo de la seguridad, en el que trabajaban, en los cinco continentes, muchos antiguos mercenarios como él. Esta gente seguía en contacto, y no solamente abonándose a *Soldiers of Fortune*[9] Las redes existían realmente.

Le había resultado fácil hacer circular la información: pagaría, bien, muy bien, a cualquier persona que le aportara clientes para sus *reality tours*. Clientes ricos, sin escrúpulos, asqueados de la vida. El Amo Craig era un veterano de Panamá. Enseguida pensó en Mortensen. Aquel cerdo se lo estaba pidiendo a gritos. Solo tuvo que animarlo un poco. Cuando Grooteclaes desembarcó en Los Ángeles, cerraron el trato. Solo faltaba formar a Mortensen. Naturalmente, aquel gilipollas sobrevitaminado y podrido de dinero no sabía disparar.

No le habría dado a una vaca en un pasillo.

Pero no había que olvidar que Estados Unidos eran un país maravilloso.

Siempre se podía contar con su innato sentido de la libre empresa.

Por no hablar del lobby de la industria armamentística.

No había costado más de 495 dólares someter a Duane Mortensen a un

entrenamiento intensivo en una escuela de Nebraska, donde en cinco días aprendió a meter una bala en el cerebro de su enemigo a un kilómetro de distancia.

Afortunadamente, Mortensen era cocainómano y no fumador, de lo contrario le habrían suspendido.

El Wind Creek Training Center no realizaba ningún test para detectar el consumo de drogas entre sus alumnos. El tabaco, en cambio, estaba rigurosamente prohibido.

Los demás cursillistas eran dos empleados de la telefónica, un antiguo piloto de la US Air Force, un auxiliar de medicina que pasaba unas vacaciones fuera de lo corriente, e incluso un poli deseoso de perfeccionarse en la escuela del crimen. Seis alumnos en total.

Por supuesto, Mortensen tuvo que certificar la virginidad de sus antecedentes penales. Y el Amo Craig, que conocía a Tod Mac Gill, el director fundador del Wind Creek Training Center, desde Panamá donde había servido como *sharpshooter*, dio testimonio de su moralidad.

Después de todo, el manejo perfecto de un arma de guerra de largo alcance constituía un pasatiempo completamente respetable en Estados Unidos, ¿o no?

Duane Mortensen empezó el entrenamiento la mañana de un lunes de septiembre. Las primeras heladas habían caído sobre las cumbres más altas de las cercanas Rocosas y el aire helado clavaba sus garras en el fondo de los valles todavía dormidos.

En el aula, alegre como un búnker, situada en el sótano de la escuela e iluminada con potentísimos fluorescentes, la consigna fetiche de Mac Gill destacaba encima de una gran pizarra: «Vuestro fusil es vuestro mejor amigo. Es vuestra vida».

Las clases se iniciaban con un breve repaso histórico del oficio de francotirador. Los primeros tiradores de élite habían demostrado su eficacia en la guerra de Secesión.

Después había habido la Primera Guerra Mundial. Y la Segunda. Y desde entonces la cosa no había parado.

Tod Mac Gill era un adepto al *headshot*, el tiro a la cabeza:

—Procurad que vuestro primer disparo sea el bueno. Apuntad a la oreja. La mafia lleva años haciéndolo, no hay daños. Personalmente yo prefiero los ojos. Es un punto de entrada más blando. Y si queréis estar seguros de vuestro disparo, apuntad a la nuca. La médula oblongada es una

parte del cerebro del tamaño de una avellana que se encuentra en lo alto de la columna vertebral. Si tocáis este punto, vuestro cliente no tendrá tiempo ni de tirarse un pedo.

Cuando hablaba, Mac Gill recordaba más a un sargento de instrucción de los marines que a un civil impartiendo clases en un cursillo. Habían cenado una bazofia infame: cuando Mortensen vio llegar la comida, inmediatamente pensó en la comida para perros o para gatos. Después de probarla, lamentó que no lo fuera.

En la mesa, el piloto de la US Air Force —veterano de la guerra del Golfo— inició un panegírico del modo de vida de los francotiradores:

—¡Ah, amigo mío, eso sí que es vida! Nada que ver con estar encerrado en un F—1 6, si lo hubieras visto, ¡era como estar dentro de uno de esos videojuegos de mierda!

Para crear un poco de ambiente después de la cena, Mac Gill pasó una cinta de vídeo de un género bastante especial. Aparecían francotiradores profesionales practicando el famoso *headshot* en la persona de un atracador de banco. El hombre caía deshecho como un muñeco de trapo.

La volvieron a pasar a cámara lenta, y luego imagen por imagen.

Mortensen estaba excitado. Pero no por la misma razón que los demás alumnos.

Era exactamente el tipo de cinta que habría comprado en Cult Killers al principio.

Acababa de darse cuenta de que iba a saltar al otro lado de la barrera. Si por casualidad alguien filmase sus hazañas, habría un montón de tíos que se quedarían pegados al vídeo mirándole a él.

Había llegado su hora.

Los otros, sin embargo, aún se preguntaban si tendrían suficientes cojones para disparar, así, a sangre fría.

—Puede que sí —dijo el auxiliar médico—. La caza se me da bastante bien. Puedo imaginarme que estoy delante de un jabalí y que él también va armado.

Todos se miraron, azorados, excepto Mortensen que sonrió al joven un poco regordete de cabeza rapada que había hablado.

A las siete de la tarde todo el mundo estaba en la cama.

A las ocho y media se apagaron las luces.

Mac Gill los despertó a las cinco de la madrugada. Los condujo hasta un bosque que desprendía un perfume de setas recién pisoteadas y de hojas

secas en descomposición. Se detuvieron a la entrada del bosque en la oscuridad, con las caras tiznadas, envueltos en atavíos de andrajosos señores de la guerra medievales, camiseta de camuflaje y pantalón militar.

Mac Gill llevaba un sombrero de explorador y su mandíbula cuadrada parecía ir por delante de él.

—Bueno. El ejercicio consiste en reptar por estos bosques infestados de serpientes de cascabel procurando que nadie detecte vuestra presencia. Habéis de saber que hay sensores enterrados en el suelo. Al llegar a cien metros de los blancos (os aviso, son blancos vivos, instructores), tendréis treinta segundos para reventarles la cabeza con balas de fogueo. Cada uno de vosotros solo podrá disparar dos veces.

Pasaron los cuatro días siguientes perfeccionando el arte de deslizarse hasta el objetivo, de dominar las técnicas de la cacería. Los dos empleados de la telefónica no consiguieron aprobar.

—Da igual —dijo uno de ellos cuando Mac Gill le entregó el premio de consolación, un certificado de asistencia al cursillo—, de todas formas hemos pasado unas buenas vacaciones, ¿verdad?

Mortensen estaba motivado. Aprobó con facilidad.

Ahora podía pasar a las pruebas prácticas. Sería en París, y después en Sarajevo.

Para los europeos, el asunto resultó un poco más complicado.

Las escuelas de asesinos todavía no estaban muy bien vistas.

Por ello, la formación de Roman Skowron, el polaco traficante de éxtasis, de Silvio Bardi el italiano, de Florent Dominici, el consultor de BTP, y de Langevin, el farmacéutico corrupto de Caen, se realizó en las Ardenas belgas, al abrigo de los grandes bosques cerca de Givet, de la mano de mercenarios rusos y sobre todo belgas, contratados por Grooteclaes.

En cuanto a Maroun Hariri, el llibanés que presidía los destinos de la línea de prêt-à-porter TEXT’XL, entre sus viajes a Colombia y una participación activa en la guerra entre cristianos en Beirut en el bando del general Aoun a finales de los años ochenta, no había hecho falta enseñarle nada, o casi nada.

Se limitó a repasar.

Bosnia-Herzegovina, invierno 1992—1993

El primer viaje se desarrolló bajo la nieve.

El grupito de clientes había salido de París mientras uno de los chicos

de Grooteclaes conducía la furgoneta Volkswagen hasta Italia. El encuentro tuvo lugar en Ancona. Tomaron posesión de la camioneta y emprendieron viaje hacia Zagreb al bajar del ferry.

Grooteclaes los esperaba allí con las armas. Había preparado el terreno en compañía de Igor Alexéiev, un mercenario bielorruso que combatía al lado de los serbios. Juntos estudiaron los mejores puntos para disparar desde las colinas que dominaban la ciudad. La topografía del lugar era ideal para la caza. Y, además, ellos solo iban a realizar una recolección meramente simbólica, habida cuenta del tamaño de la cosecha cotidiana.

Los clientes pasaron los controles sin problemas, pilotados por Lesueur. En cada parada exhibían las cajas de medicinas y el salvoconducto conseguido en Zagreb, y todo fue sobre ruedas. El manto de nieve que cubría la fealdad de las ruinas y la misma guerra parecían dibujados a grandes trazos de pluma con tinta china, en una violencia monocroma donde solo destacaban las manchas de rojo.

Una vez que hubieron vaciado el contenido de la furgoneta, que entregaron sencillamente a la delegación local de la Cruz Roja, la confiaron al cuidado de un mecánico que, por una misteriosa casualidad, sobrevivía en medio de los bombardeos en la tierra de nadie que era la carretera del aeropuerto. Tras unos cuantos meses de conflicto, el hombre se había convertido en experto en blindaje de vehículos. Preparaba los 4 × 4 de las televisiones, los Golf de los señores de la guerra y trabajaba para ambos bandos, lo cual explicaba sin duda su longevidad, tan singular en un campo de batalla.

Instaló un doble fondo en el suelo del minibús y reforzó las paredes con placas de chapa. Cabía un hombre acostado. En la parte de atrás abrió una rendija que quedaba oculta tras la matrícula. Bastaba con subirla para sacar un cañón provisto de silenciador.

Langevin fue el primero en ocupar el escondrijo.

Lesueur dio marcha atrás con la camioneta, poniendo la parte trasera en dirección al puente del Miljacka, a unos trescientos cincuenta metros por debajo de las líneas serbias.

El farmacéutico puso en el punto de mira a una bonita rubia que cruzaba el puente corriendo.

La fracción de segundo en que vaciló probablemente le salvó la vida a la joven. La bala de alta velocidad la golpeó a la altura del hombro derecho, le quebró la clavícula y el omóplato y salió por la espalda, agujereando la

lana de su abrigo y proyectando un haz rojo de sangre mezclado con esquirlas de hueso.

Se largaron pitando mientras la muchacha se arrastraba juntó al pretil, gritando.

Hariri resultó más hábil y menos escrupuloso. La bala que disparó sobre un muchacho de unos quince años le penetró en el cuello. Asistieron a su breve agonía en Sniper Alley mientras se ahogaba en su propia sangre, y luego desaparecieron en la naturaleza.

Cada cual, uno tras otro, ejerció su derecho de caza.

Bensimon se mostró incapaz de apretar el gatillo. Aunque lo intentó en varias ocasiones, nunca se decidió a pasar a la acción en el curso de aquel primer viaje. Pero el espectáculo de la guerra había reducido su adicción, y ahora se dormía sin dificultad, excitado solamente por la perspectiva de vivir otra jornada trepidante, con los nervios tensos como cuerdas de piano.

Su viaje había estado bien preparado, sin duda. Pero aun así arriesgaban el pellejo.

No estaban a salvo de una bala perdida, ni de un obús de mortero.

Y menos aún de uno de aquellos accidentes de coche tan frecuentes en las carreteras llenas de hielo, de los que tan a menudo eran víctimas los vehículos de las ONG y de la UN-PROFOR.

Mortensen fue el último en disparar.

Tendido boca abajo en el habitáculo disimulado bajo el suelo, observaba el muelle, y las ruinas de la Gran Biblioteca, a través del visor fijado al cañón de su fusil.

De pronto, una linda morena surgió por detrás de un contenedor. Llevaba un bidón de plástico vacío en la mano. El corazón de Mortensen empezó a latir desbocado. Pegado al suelo metálico del escondrijo, notó que el sexo se le ponía duro. La chica que iba a buscar agua le recordaba a la camarera mexicana. El mismo pelo negro, largo y liso. Corría a pasos ligeros, como un pájaro revoloteando por encima del asfalto lleno de baches, y el *headshot* perfecto cortó en seco su impulso. No vio su cabeza explotar, pero cuando volvió a abrir los ojos la chica yacía sin vida como un títere desarticulado y sintió la humedad del esperma pegado en la piel de su bajo vientre.

¡Lo había conseguido! Había pasado a la acción. Sin riesgos.

¿Quién buscaría a un asesino en Sarajevo, en la guerra? ¿Quién?

El no era una aguja en un pajar. El era el pajar entero.

¡Santo Dios, aquello era mejor que la coca!

Y el precio no era mucho más alto, bien pensado.

Treinta mil dólares por cabeza.

Subir a la cumbre del Himalaya le habría salido más caro.

París, marzo de 1997, *hospital Tenon*

—Un momento, un momento.

El sorprendente relato de Moucheboeuf había despertado a Seb.

—Me está usted diciendo que...que esos tipos no solamente eran turistas en busca de emociones mórbidas, sino que además...—no encontraba las palabras—...además hacían, cómo decirlo...¡un safari!

Dan asintió tranquilamente con la cabeza. Una bandada de patos que cruzaba el cielo en dirección al sur quedó enmarcada por la ventana que inundaba con su luz vespertina la cama en la que yacía Seb.

—Pero...mmm...¿tú...quiero decir, usted estaba al corriente?

—Creo que podemos tutearnos.

—¿Y bien...?

Moucheboeuf todavía vacilaba. Miró una vez más hacia la puerta acristalada como para asegurarse de que no venía nadie y a continuación, girándose hacia Seb, prosiguió a media voz:

—Las cacerías de hombres han existido siempre. Pasé unos años de mi infancia en África, en Kinshasa. Allí hice una parte de mis estudios. Mi padre era asesor en urbanismo, trabajaba con la gente de Mobutu. Ahora está jubilado aquí, en Francia. Recuerdo en qué ocupaban algunos jóvenes la noche del sábado. Se emborrachaban como cubas y se iban luego a cazar indígenas a la meseta con los faros de los coches. Los franceses o los americanos. No eran todos, claro. Y no todos los sábados. Pero era algo que pasaba. Y no una vez nada más. Todo el mundo ha oído hablar de las cacerías de indios en la Amazonia en los años setenta, con ametralladoras 12—7. Como también de los asesinatos de los niños de la calle en Brasil, con carabinas de mira telescópica desde los helicópteros de los escuadrones de la muerte. En América Latina ha sido siempre un método atractivo para frenar la demografía galopante de los más pobres. ¿Has oído hablar alguna vez de los que en Bogotá llaman «los desechables»? ¿Sabes lo que significa? Que no valen para nada. Cuando los miserables bajan de sus poblados de chabolas y empiezan a invadir el centro de la ciudad, hay una razia, y no se les vuelve a ver nunca más. Así que los safaris...no hay nada nuevo bajo el sol.

Tenía razón. Por desgracia, tenía razón. Un día, durante un viaje a Mongolia, Seb se halló en presencia del embajador de Francia en Ulan-Bator. No tenía ni idea de cómo el tema había surgido en la conversación. Pero el diplomático, que anteriormente había estado destinado en Tasmania, contó a Seb cómo los occidentales en el siglo XIX organizaban cacerías de tasmanos, cómo exhibían sus trofeos ante los fotógrafos que los inmortalizaban con cámaras fotográficas de madera. Por supuesto.

—¡Mierda! Pero es la primera vez que una gente paga a una especie de agencia de viajes para tener el privilegio de matar impunemente. ¡Es como las cacerías del conde Zaroff! Pero ¿cómo reclutaron a sus clientes esos tíos? Uno no encuentra a un asesino así como así.

—Los mercenarios tienen unas redes de información muy bien organizadas. Seguramente harían circular la noticia de que habían inventado una nueva clase de entretenimiento, y pagarían a gente para engancharlos en discotecas raras, en las redes de *call-girls*, los casinos, los locales de sado-maso, los clubes de intercambio. Te sorprendería saber de qué es capaz la gente.

—No tanto. Yo también he visto suficientes conflictos para no hacerme ya ninguna ilusión sobre el género humano —replicó Seb con voz hosca.

—Perdona. Lo olvidaba.

—Ya sé, ahora tengo un aspecto lamentable. Pero he sido fotógrafo de guerra. ¿Y vosotros? Lo sabíais, ¿sí o no?

—Los primeros contingentes de soldados franceses llegaron a Sarajevo en noviembre de 1992. Infantería de marina. Nosotros llegamos poco después. Cuando digo nosotros, me refiero a los comandos. Estábamos ahí para garantizar la seguridad de los convoyes, porque los francotiradores disparaban contra ellos como a muñecos de feria. Al principio, no nos dimos cuenta de nada. Un francotirador es un francotirador. No puedes saber si está implicado en el conflicto o si mata por placer. El tinglado que se inventaron de la ONG estaba muy bien preparado. Por lo que supimos, aparecieron a finales del noventa y dos, principios del noventa y tres, con su camión y sus medicinas. Nunca entendimos cómo consiguieron pasar los fusiles, pero ya sabes, había tanto tráfico de tantas cosas por allá. Oficialmente, los bosnios no tenían acceso alguno a las armas. En realidad, todo el mundo se las vendía, desde los iraníes hasta los americanos pasando por los europeos. Bueno, el caso es que empezaron a apostarse en el lado serbio. Cambiaban todos los días de emplazamiento, nunca utilizaban dos

veces el mismo puesto. Las piezas cobradas estaban limitadas a una por participante, para reducir los riesgos. Después tenían que largarse y volver a casa. Que seis personas murieran por disparos de francotiradores es algo que pasó totalmente desapercibido en medio de la masacre general. Se habrían salido con la suya tranquilamente si uno de ellos no se hubiera ido de la lengua. Era uno de los organizadores. Lesueur, se llamaba. Una noche, borracho como una cuba, se jactó del asunto en el bar del Terma, en Illidza. Ellos eran tan buenos como los mejores francotiradores serbios, dijo el muy capullo. Milkovic estaba ahí con unos amigos bebiendo *slivovica* y lo oyó presumir. Siguió invitándole a copas para tirarle de la lengua. Creo que a Milkovic le gustaba matar. Creo que le gustaba ese poder tan especial de dar la muerte o dejar la vida. Pero me da la impresión de que para él tenía un sentido casi sagrado. No pudo tragar la arrogancia del francés, ni el aspecto comercial de la cosa. ¡Y bien sabe Dios que era un mafioso sin escrúpulos! Pero no sin honor. Hasta para él aquello era demasiado.

Seb se había quedado pálido como una sábana y en la frente se le habían formado gotas de sudor.

Todo por la pasta. Qué bien.

La avidez de los hombres no conocía límites. Y cada día era más evidente el imperio del dinero en el mundo. Incapaz de hablar, Seb siguió escuchando a Moucheboeuf, que parecía no poder parar ahora que había roto el dique del silencio.

—La continuación de la historia parece aún más increíble. Milko tenía algo así como un primo musulmán, como mucha gente en Sarajevo, donde todas las familias estaban mezcladas. Ese primo se había alistado como francotirador en el ejército bosnio. Había una zona hacia Butmir, cerca del aeropuerto, una especie de frontera porosa donde se encontraban serbios y bosnios para realizar todo tipo de tráfico, sobre todo de gasolina. Esos cabrones nunca dejaron de hablarse ni de comerciar juntos al mismo tiempo que se mataban unos a otros. Bueno. El caso es que Milko puso a su primo al corriente. Un tal...

—Emir Ferhatbegovic. Ya sé lo que pasó luego —lo interrumpió Seb con voz de moribundo—. Lo vi en Sarajevo. Hablé con él el día antes de que se suicidara.

—¿Está muerto? Mierda. Era un buen tipo.

—Era un francotirador. Me quitó un ojo. Me quitó la vida.

Se produjo un silencio y, de pronto, Seb comprendió.

—Pero...¿tú lo conocías?

Dan Moucheboeuf agachó la cabeza.

—No solamente estábamos al corriente. Yo estaba metido en el ajo.

—Un momento. ¿Cuál era tu misión en Bosnia?

—Tirador de élite. Yo también era un francotirador, Sébastien. Yo también.

—¿Y tú...?

—Yo me encargaba de detectar a los tiradores emboscados que disparaban a los convoyes y que algunas veces mataron a soldados de la UNPROFOR. Yo tenía órdenes de suprimirlos. Milko y Emir se pusieron en contacto con nosotros. Para ponernos al corriente. Informé a mis superiores, y al principio no quisieron creerme. ¿Te imaginas? Un francotirador bosnio y un francotirador serbio, una montaña de cadáveres los separaba, ¿y se habían puesto de acuerdo? Sin embargo, cuando oyeron a Milkovic, le dieron la razón y aceptaron ayudarles a tender una trampa a aquellos hijos de puta. Pero Sarajevo estaba repleto de periodistas, tipos como tú. Si se hubiera sabido, habría sido un escándalo planetario. Finalmente decidieron dejar actuar a Emir y Milkovic. Es más, incluso decidieron colaborar, oficiosamente, claro está. Aquello era como la venta de armas. Oficialmente, la UNPROFOR debía ser absolutamente neutra. Me encargaron a mí el trabajito. Hablé con Emir y Milko una semana más tarde. Los clientes iban a encontrarse con Grooteclaes cerca del Holiday Inn. Incluso habían organizado una comida de despedida en el restaurante del hotel. Grooteclaes no volvía a casa con ellos. Tenía previsto quedarse unos días más en Sarajevo, para arreglar algunos problemas seguramente, o para preparar un segundo safari, yo qué sé, eso es lo que dijo Milko. Había logrado encontrarlo y hablar con él. Yo debía encargarme de Grooteclaes. Me lo señalaron durante una vigilancia. Lo habría matado sin dudar un segundo. Pero en el momento en que lo tenía en el punto de mira tú caíste herido por el estallido de una granada. El disparo de Emir. Cometí un error, vacilé, te vi caer cuando la camioneta explotó, giré la cabeza una fracción de segundo de más, y cuando miré hacia el belga ya se había largado. Ese día comprendí que ya era hora de que lo dejara. De todos modos, la mayoría de aquellos cabrones estaban muertos. Te recogimos, te trasladamos al hospital, y ya sabes qué pasó luego, ¿no? Después, borramos todas las huellas de la destrucción del minibús, quemamos los restos de los

cuerpos; cuando regresé a Francia mi contrato estaba a punto de expirar y no lo renové. Con dos temporadas ya había tenido bastante. Demasiado incluso. Tú, oficialmente, habías sido herido por un francotirador que había intentado liquidarte. Creíamos que con la onda de choque había pocas probabilidades de que recordaras algo.

—Me destrozasteis la vida.

—Lo siento mucho, Sébastien, de verdad.

Daniel Moucheboeuf permanecía al pie de la cama, con la cabeza gacha.

—¿Lo entiendes ahora? Has de dejar de perseguir a Grooteclaes, o terminará matándote.

—Ya estoy muerto.

Joder. Desde luego, no se podía decir que aquel capullo no fuese tozudo.

—¿Cuándo sales de aquí?

—El jueves por la mañana, si no pasa nada. Quieren mandarme...

—Ya sé —le cortó Moucheboeuf—. Ya sé. Oye, puedes venir a mi casa a descansar un poco durante el fin de semana de Pascua, si te apetece. Mi novia y yo nos vamos fuera, a casa de mi familia, en el campo —su piel de pelirrojo se había puesto colorada hasta la raíz de las orejas—, se la voy a presentar a mis padres.

—¿Va en serio, entonces?

—Pues, eso parece. ¿Qué me dices? Después ya miraremos de ayudarte para encontrarte un sitio. Ella tiene una habitación en una residencia, a lo mejor saben de alguna dirección donde puedas alojarte por un tiempo, mientras te recuperas. La cosa viene bien, yo también tengo que buscarme algo. Cuando volvamos, ella dejará la residencia. Hemos de buscar un piso más grande, dos habitaciones o mejor tres, por si tenemos un niño. Con Amélie.

—¿Amélie?

—Así se llama. Ya te la presentaré. En mi barrio hay buenos gimnasios. Podré ayudarte con la rehabilitación, si quieres.

—Porque también eres fisioterapeuta, ¿no? ¿Pretendes limpiarte la mala conciencia o qué?

—No me jodas, Meyer, no me jodas.

El ex teniente de comandos fue a sentarse junto al enfermo.

—¿Y bien?

—¿Acaso tengo elección?

cuando Moucheboeuf se iba ya de la habitación, Seb lo llamó.

—¿Daniel?

—¿Sí?

—Gracias de todas formas.

su cabeza volvió a caer en la almohada.

Sarajevo, 10 de mayo de 1994

Habían vuelto. Dos veces. Se estaban convirtiendo en clientes fieles.

Demasiado tal vez.

¿Quién sabía si uno de ellos no se delataría cualquier día en París, Los Angeles, Caen, Beirut o en otra parte? La cosa se le estaba yendo de las manos. Y Lesueur empinaba el codo cada día más, estaba completamente alcoholizado. Cuando bebía, hablaba mucho, demasiado. Sin contar con que cualquier día enviaría a todo dios al otro barrio a fuerza de conducir borracho.

Sí, iba a tener que tomar una decisión respecto a él. Una decisión radical.

Grooteclaes vivía con el miedo continuo de una indiscreción.

Prácticamente solo habían matado a mujeres. Un viejo, uno o dos adolescentes.

Todas las demás víctimas habían sido mujeres. Preferiblemente jóvenes y bonitas. Si se pensaba un poco, no dejaba de ser curioso. Decía mucho sobre los motivos de aquellos hombres.

El belga había decidido que aquel viaje sería el último.

Después tendría que encontrar otros clientes, elegir nuevo destino.

Las cosas se estaban poniendo muy feas en Chechenia. A lo mejor por allí...

El grupo había encontrado asilo en el hotel Terina de Illidza, en zona serbia, como de costumbre.

Grooteclaes, por su parte, se alojaba en Gorbavica con Alexéiev, en una casa particular.

La discreción personificada.

Mañana habría una comida de despedida en el Holiday Inn. Los esperaría en la calle y ellos lo recogerían al pasar. Así llegarían todos juntos al restaurante. Después él se iría por su lado. Una vez en París, se encargaría de Lesueur. Aquel imbécil tenía que devolver el grupo sano y salvo a Francia, no había que asustar a la clientela con un accidente.

Lástima. Le habría encantado encargar el trabajo a Igor Alexéiev.

Ahí mismo, en medio del follón, la cosa habría pasado desapercibida.

Marne-la-Vallée, abril de 1997

Daniel Moucheboeuf extremó su solicitud hasta el punto de ir a buscar a Seb al hospital. Meyer, sin embargo, insistió en salir del Tenon por su propio pie pero, mientras avanzaba apoyado en sus dos muletas arrastrando trabajosamente el peso de la escayola, los brazos le temblaban por el enorme esfuerzo que le suponía. Le resultó imposible caminar más de unos pocos metros por el pasillo. Efectuó el resto del recorrido hasta la ambulancia sentado en una silla de ruedas empujada por un celador antillano. En la explanada de delante del hospital le pidió que parara treinta segundos. Quería llenarse los pulmones de París. En la plaza de enfrente destacaba el cerezo del Japón en flor bajo el sol de abril. Qué gusto daba estar fuera.

Al llegar al pie del bloque donde vivía Moucheboeuf, el camillero cargó a Seb en la silla de ruedas y subieron en ascensor.

En la puerta los recibió una chica negra vestida recatadamente, con el pelo recogido en trenzas llenas de cuentas de colores.

—Hola, soy Amélie.

Tendió una tímida mano a Meyer.

Dios mío, estaba tan flaco que daba miedo.

Parecía que volviera del infierno, y ella sabía muy bien lo que se decía.

El camillero los ayudó a instalarlo en el sofá cama desplegado y se escabulló.

Moucheboeuf colocó la cuña para orinar y las muletas de Seb al alcance de su mano.

—¿Quieres una Coca-Cola?

Seb asintió.

Amélie había llamado a una asociación de asistencia a domicilio donde trabajaban principalmente mujeres africanas, y una o dos de ellas eran compañeras de fatigas que había conocido en la época de Saint-Bernard. Pasarían durante el fin de semana de Pascua para ayudar a Seb a lavarse, a andar hasta el lavabo y a prepararle algo de comer.

—Suelen cuidar a gente mayor, a enfermos crónicos. Les encantará encargarse de un joven para variar.

Seb se sonrojó imperceptiblemente. Esta vez Amélie lo miraba sonriendo. Consultó su reloj.

—Bueno, ahora tengo que irme. Todavía he de preparar las maletas, y mi turno en el supermercado empieza dentro de una hora y media.

Los dos hombres estaban frente a frente. Dan Moucheboeuf se había sentado a horcajadas en su silla de Ikea, en la misma postura que la primera vez que Meyer irrumpiera en su casa.

—Parece simpática. ¿Es el gran amor, entonces?

—Debería contestarte que no es asunto tuyo.

—Por lo visto, las confidencias más íntimas las hacemos a gente desconocida. Es menos arriesgado. Eso es lo que dicen, al menos. Dime, a propósito de confidencias...me preguntaba si...¿has matado a mucha gente? Quiero decir, antes...

—He sido militar de carrera en una unidad de élite, Sébastien. Y firmé un contrato en el que me comprometía a mantener una confidencialidad total durante los próximos cuarenta años. ¿Sabes?, en general, cuando interveníamos, no había testigos. Un día, un compañero mío fue fotografiado por uno de los tuyos en el transcurso de una operación. Al día siguiente lo echaron del ejército. ¡Ah, sí! Hay una cosa de la que sí puedo hablarte con libertad. El Chad. De todos modos, lo supo todo el mundo. La operación Gavilán. Yo estaba allí. Esto sí te lo puedo decir. Sé lo que piensas. Que he matado a mucha gente. Es verdad. Seguro que piensas que soy un hijo de puta. Pero cuando estás metido dentro, te lavan el cerebro, y no te das cuenta de nada hasta que todo ha terminado. Para nosotros solo contaban los demás hombres del comando. Los compañeros. El resto no existía. No hemos hecho más que guerras sucias. Nos llamaban para defender los valores del mundo occidental, su modelo de vida. Pero después nadie ha querido elogiar nuestras acciones. Nosotros no somos el GIGN. [10] Llegamos, limpiamos y nos vamos. Las tropas regulares, las televisiones, todo eso, llegaban cuando nosotros ya estábamos lejos. En Bosnia era la primera vez en mi vida que participaba en una operación de mantenimiento de la paz y, créeme, estaba muy orgulloso. Creo que, de lo contrario, no habría pensado nunca en firmar la renovación del contrato. Pero ahora creo que habría hecho mejor en no poner nunca los pies por ahí.

—Grooteclaes, ¿quién es exactamente? ¿Qué es?

—Un buen soldado que acabó mal. Un suboficial convertido en mercenario. Un mercenario convertido en macarra. Un macarra convertido en asesino y, por último, en organizador de viajes al infierno. Ya sabes, los compartimientos ya no son estancos. Yo, por ejemplo, después de Sarajevo,

cuando no quise firmar el tercer contrato con el ejército, me fui a casa de mis padres, en Issoudun, a relajarme. No te lo creerás. ¿Te acuerdas de que, en el Tenon, te dije que los mercenarios disponían de unas redes de información de lo más eficaces?

Moucheboeuf se levantó para servirse una cerveza de la nevera y luego volvió a sentarse en la misma postura.

—Escucha esto. Aún no hacía ni quince días que había llegado a casa de mis padres cuando mi madre recibió una carta para mí. Yo estaba haciendo la siesta en el jardín, me acordaré siempre. Llegó ella dando saltitos con el sobre en la mano, no llevaba remite. El matasellos era de Bélgica. Dentro había solo una nota, escrita con ordenador, algo así como: Apreciado señor, recientemente ha sido usted desmovilizado. Nosotros le ofrecemos la posibilidad de explotar al máximo los conocimientos que ha adquirido durante su tiempo de servicio, en un país lejano y a cambio de una cuantiosa remuneración. Si esta propuesta le interesa, sírvase presentarse en tal dirección (era un bar en Bruselas) el...debía de ser...—reflexionó— diría que del 18 al 23 de agosto entre las veinte y las veintidós horas. ¿Te das cuenta?

Seb no daba crédito.

—¿Qué? Espera. Te encontraron en casa de tus padres...pero...¿cómo supieron la dirección, y todo, o sea...?

Dan dejó la cerveza en el suelo y se desperezó, estirándose con las manos cruzadas por detrás de la nuca. Le crujieron las vértebras.

—La línea divisoria entre los comandos y los mercenarios no está muy bien definida, ya te lo he explicado. Los servicios de información privados están muy desarrollados en este sector laboral.

—Y hay muchos mercenarios belgas —completó Meyer.

—Afirmativo.

—Si lo he entendido bien, no te sería muy difícil localizar a Grooteclaes.

—¡Sébastien! No. ¿Qué quieres, que te maten?

—Ya te lo he dicho. Estoy muerto de todos modos. ¿Y tú? ¿La carta? No...

Moucheboeuf apoyó la barbilla en su antebrazo derecho.

—No. Ya había manejado un fusil suficiente tiempo. Ya ves, todavía conservo la disciplina militar, pero lo demás...en fin, ya me entiendes, estaba hasta las narices. Al fin y al cabo, contigo, desde un estricto punto de

vista militar, cometí un error. Debería haberme cargado a Grooteclaes, no distraerme, no girar la cabeza. Supongo que fue por el francotirador de más. Los remordimientos...bueno, no por él...más bien por culpa de los otros...los de antes...

Buscaba las palabras.

—Yo también tengo remordimientos —lo interrumpió Seb.

—¿Tu? Tú no has matado a nadie.

—Te equivocas.

—Conozco a los hombres. No tienes cara de asesino.

—Fue hace tiempo. Estaba cubriendo un conflicto, uno de los primeros, en el Alto Karabaj. Hacía un frío de mil demonios. Estaba en una trinchera, en las montañas. Los armenios habían tomado posiciones justo enfrente de nosotros. No te olvidaré nunca. Estaba amaneciendo. Vi que algo se movía a lo lejos, delante de mí, en la trinchera de enfrente, una forma cubierta de barro. Al mirar mejor, vi que era un hombre, no sé exactamente qué cono hacía, pero me quedé intrigado. Pregunté a un soldado que hacía guardia a mi lado. «*Where*?», me preguntó. «Allá», le señalé con el dedo. Sin inmutarse, cogió los binoculares, detectó al hombre y tranquilamente le apuntó con el Kalashnikov. Y antes de que tuviera tiempo de decirle nada, disparó y lo mató.

—No podías saberlo.

—Debería haberlo sabido. Soy, bueno...era un periodista profesional. Se supone que no hemos de intervenir. Aquel hombre murió por mi culpa. Por mi ignorancia. Nunca más volví a hacer nada semejante. Pero todavía lo tengo metido en la cabeza.

—¿Sébastien?

—En general me llaman Seb.

—Estoy seguro de que algún día volverás a tu oficio.

—Lo tengo muy jodido. Si crees que no lo he intentado. Con todas mis fuerzas.

Moucheboeuf se levantó, tendió la mano a Meyer.

—Bueno. Tengo que irme. Ahora he de ir a buscar a Amélie. Esta noche nos vamos. Dice que no lejos de donde vive, en Créteil, hay otra residencia para hombres. Según ella, tienen plazas libres. Ya nos ocuparemos de eso cuando vuelva. ¿Necesitas algo? ¿Has terminado la Coca-Cola?

El vigilante dejó la lata y la botella de cerveza vacía en el fregadero.

—Vete tranquilo. Hasta el lunes —dijo Seb, mientras Moucheboeuf salía.

Capítulo 14

Nacional 20, Viernes Santo, 1997

Amelie iba agarrada a Dan como un bebé a la espalda de su madre.

Hicieron escala en casa de un antiguo compañero de Daniel que vivía en Etrechy, en la periferia de Orléans, al que el vigilante tenía ganas de volver a ver. El hombre había sentado la cabeza con una chica bastante agradable.

Le había hecho dos criaturas con un año de intervalo. Un niño y una niña. La parejita.

Dan y Amélie se pusieron en marcha de nuevo al cabo de una hora, tras tomar un café.

En Vierzon bifurcaron en dirección a Issoudun. Los bosques de Sologne habían dejado paso a los campos de cultivo que se extendían hasta el horizonte, amarillos ya por las flores de colza. Las torres de las líneas de alta tensión alzaban sus brazos de acero por la campiña de Berry como espantapájaros gigantes. La carretera reseguía un río que se abría camino entre los álamos.

Los padres de Dan vivían en una casa de una sola planta de los años setenta a la entrada de Sainte-Lizaigne, una construcción elevada con un garaje debajo, rosales, una forsitia en flor, tulipanes abiertos y un enano de jardín de plástico que montaba guardia en un estanque de cemento donde chapoteaban dos o tres peces. El portón de madera de doble hoja estaba abierto del todo y la madre de Dan había salido mientras ellos se quitaban los cascos y las gruesas prendas protectoras de motorista.

Amelie se sorprendió buscando en los rasgos redondos y agradables de aquella señora mayor la cara de su amante. Sin embargo, se parecía mucho más al señor de piel lechosa salpicada de pecas que ahora aparecía en el umbral de la puerta, calzado con zapatillas y vestido con un pantalón de

lana y un jersey ligero, y un par de gafas para leer en la mano.

Los padres de Dan habían vivido muchos años en África. En Zaire. Con Daniel. Sí, en el sector del urbanismo. Ingeniero. Marcel trabajó bastantes años con el equipo de Mobutu. No, no conocíamos el Congo. No, y eso que estaba enfrente, al otro lado del río. Y nuestro hijo se alistó en el ejército porque sentía nostalgia de África, seguro. Nosotros también la echamos de menos. El club de la tercera edad de Samte-Lizaigne no nos llevará de viaje a África, eso desde luego. Pero el año pasado fuimos a Roma. Puede que vayamos a Senegal para celebrar nuestras bodas de oro. Pero estoy hablando demasiado. ¿Quiere un poco más de paté de Pascua? ¡Vigilante de seguridad! Habría podido encontrar algo mejor, ¿no le parece? ¡Con su hoja de servicios en el ejército! ¿No crees, Marcel? En fin...

La madre de Daniel había preparado expresamente un paté con corteza relleno de carne de salchicha y huevos duros, una especialidad de la zona de Berry.

El padre de Dan hizo preguntas más punzantes a Amélie sobre su pasado. Ella solo le dio respuestas evasivas.

—Déjala tranquila, Marcel, ya ves que la incomodas con tus preguntas. ¿Quiere ver fotos de Daniel de pequeño? Mire, ¡era una ricura! Esto es en Kinshasa. Yo, de mayor, me lo imaginaba médico, o un alto cargo en la administración pública. Vigilante no, desde luego, a quién se le diga...

Amélie hojeaba el álbum de familia abierto sobre el mantel lleno de migas mientras sorbía un café. En aquella interminable tarde de abril, caminaron un poco por las orillas enfangadas del Théols, y el aire olía a tierra mojada del Berry, un olor que Dan habría reconocido en cualquier sitio con los ojos cerrados. Como para disculparse, dijo:

—Son como todos los padres, un poco pesados, pero son buena gente.

—En África, ¿sabes?, nunca se dice que los viejos son pesados.

Había aprisionado la mano de Amélie en la suya.

El aire refrescaba. Volvieron hacia la casa cuando caía la noche.

Más tarde Dan y su padre estuvieron tomando un café —descafeinado para Marcel, por la taquicardia—, absortos en la contemplación de las llamas a través del cristal que cerraba la chimenea.

Detrás de ellos, en la tele, como en un acuario, los periodistas de *Thalassa* se enfrentaban a una tempestad a bordo de un carguero en el mar del Norte, con el volumen a tope. Al hacerse mayor, el padre de Dan se estaba volviendo un poco duro de oído.

Amélie ayudaba a su futura suegra a guardar los platos de la cena. La madre de Daniel le dio un vaso para que lo secase.

—Usted es la primera que nos presenta, ¿sabe? Si no es capaz de nada más, espero que al menos sea capaz de esto.

Con el trapo en la mano, la joven interrumpió el gesto.

—¿Capaz de qué?

—De la broma esta, casarse con usted...

Las compras del sábado en el supermercado de Issoudun. El pan bendito, comprado en el mercado. La misa de Pascua en la iglesia de Sainte-Lizaigne. Los hombres que aguardaban en el bar trasegando vino blanco de la región.

Daniel acompañó a su padre a hacer la quiniela dominical.

La pierna de cordero pascual. La siesta. Una siesta indecente. Hicieron el amor a hurtadillas, Amelie no quería hacer ruido, sobre todo. Y ahí, en el dormitorio, bien apretujados frente a la reproducción de un cuadro de Bernard Buffet que representaba un payaso, Dan insistió:

—En realidad, no sé gran cosa de ti. Tú conoces mi vida y ahora incluso a mis padres. Y tus padres, ¿cuándo me los presentas? ¿Cuándo vamos a África? Tengo que saberlo, si quieres casarte conmigo.

En la oscuridad, Amélie sonrió. Por poco tiempo. Estaba decidida.

Apretándose a él con fuerza, con la pierna por encima de las caderas de él y los labios pegados a su cuello, ahora solemne mientras sus lágrimas mojaban la piel de su hombre, le contó su vida, con un hilillo de voz, como un reguero de agua. Se lo contó todo.

Amélie dormía acurrucada junto a él.

Tendido de espaldas en la oscuridad, Dan podía oír a su padre roncar en la habitación de al lado. Normalmente su madre no dormía con él. Los ronquidos de Marcel no la dejaban dormir. Seguramente ella también debía de estar despierta, acostada a su lado. Solo había una habitación de invitados.

Un camión gruñó en la carretera que cruzaba el pueblo.

¿Qué debía de haber pensado ella de Amélie? Nada bueno, seguro. Siempre había sido así. Primero cuando dejó la escuela para alistarse: pero, y tus estudios, ni se te ocurra, serás un fracasado. Y después: pero, y tu carrera militar. Ya casi eres oficial, ¡y abandonas ahora! ¡Qué decepción, hijo mío! ¡Cómo! ¡Un trabajo de vigilante! Pero ¿y aquella oferta de Bélgica? La verdad, ¡nunca llegarás a nada en la vida!

Qué más daba ahora.

No podría. ¿Cómo iba a poder?

La vida le pasaba factura.

No había redención posible.

Nacional 20, lunes de Pascua, 1997

Amélie no entendía nada. O tal vez lo entendía muy bien. Desde la mañana Dan prácticamente no le había dirigido la palabra. Cuando se incorporó en la cama, cuando quiso soplarle en la frente para despertarle, lo encontró ya con los ojos bien abiertos. Dan se levantó de un brinco sin una caricia, sin un gesto, y salió a correr sin esperarla.

Marcel estaba absorto en la lectura de *La Nouvelle République*. Murmuró algo a propósito de que su mujer había salido para hacer unos recados.

Daniel no regresó hasta las doce. Empapado en sudor, se fue inmediatamente a dar una ducha.

Los hombres. Todos iguales. ¿Cómo se le había ocurrido confesarle que se había prostituido unos años antes para poder sobrevivir? Ahora pensaba que era una puta. Los hombres no se casan con las putas, se las folian y les pagan. Y luego se van. Eso lo sabía todo el mundo. Todo el mundo menos ella, por lo visto. ¿Por qué lo había hecho? Dios mío, ¿por qué lo había hecho? Hay cosas que no se le dicen a un hombre.

Dan dijo solamente:

—Vámonos.

Sin concederle siquiera una mirada.

Amélie notó que las lágrimas le empañaban los ojos. Pero no iba a suplicar, eso no.

Ahora el mal ya estaba hecho.

Llegaron a la periferia de París por la autopista, sin siquiera ralentizar, las farolas crecían en diagonal en el plexiglás del parabrisas abombado. Amélie se había pegado a él, pero de inmediato había sentido que todo su cuerpo se ponía rígido. Raramente una espalda había sido tan elocuente. La dejó al pie del bloque que albergaba la residencia para mujeres solas donde aún vivía, no se quitó siquiera el casco, no se levantó siquiera la visera, apenas le dejó tiempo para coger su bolsa y la dejó plantada allí, en la acera, con los brazos colgando, el mono puesto y el casco en la mano, solo tuvo tiempo de decir: «Dan...». Metió primera, segunda, tercera, gas a fondo, y la luz roja trasera de la moto desapareció, tragada rápidamente por

la noche mientras Dan replegaba la pierna en el calzapiés justo antes de la curva de la avenida.

Ni siquiera podía poner aquello en la cuenta del racismo ordinario.

Mame-la-Vallée, primavera de 1997

Aquel lunes de Pascua por la mañana, Dan abrió la puerta del piso y dejó el casco y la cazadora en el recibidor.

No preguntó a Seb cómo le habían ido aquellos pocos días. Solamente dijo:

—¿Todavía quieres vengarte? Vamos a buscar a Grooteclaes. Te ayudaré. Y cuando lo hayamos encontrado, lo mataremos. •Mientras tanto, puedes vivir aquí. Puedes seguir durmiendo en el sofá, yo tengo un plegatín.

—Pero...

Meyer lo miró desde la cama donde yacía con una gastada camiseta rescatada de los cajones por una de las canguros que había enviado Amélie.

—Pero...¿Y tu boda? ¿Tu trabajo? ¿Te has vuelto majara o qué?

—Es lo que querías, ¿no?

—Sí, pero...

La mirada del ex tirador de élite fue suficientemente elocuente para que Sébastien no insistiera. No le hizo más preguntas.

La convalecencia de Seb llevó su tiempo. Cuando le retiraron la escayola, tuvo que reforzar sus músculos fundidos. Apenas se sostenía en pie.

Dan dormía en el camastro militar al lado del sofá cama. Cada día condujo a Seb a la piscina municipal, al Gymnase Club, incluso le había pagado la matrícula, y los baños de burbujas hicieron un gran bien a las articulaciones de Meyer. Dan hizo gala de una paciencia taciturna, de una infinita solicitud, impregnada sin embargo de tristeza. Sus ausencias eran frecuentes y prolongadas. Nunca daba explicaciones. Algún tiempo después del famoso fin de semana de Pascua, Amélie fue a llamar a la puerta de Dan. Abrió Seb. Con su vocecita, la joven murmuró:

—He venido a devolverle el casco.

—Mira, ahora no está, se ha ido a trabajar, pero puedes dejárselo, o puedes devolvérselo en el supermercado. Entra.

Declinó la invitación, solamente aceptó charlar un poco con Seb en el umbral de la puerta mirando de vez en cuando por encima de su hombro. Así fue como Meyer se enteró de que Dan había dimitido de su puesto de

responsable de la seguridad en Le Mutant. Y que había plantado a Amélie sin más explicaciones.

Al volver a casa, Moucheboeuf apenas miró su segundo casco encima de la mesita del recibidor.

—Así no tendré que comprarte uno.

Después masculló unas vagas explicaciones. Había encontrado trabajo en una empresa de seguridad, había vuelto a entrenarse intensivamente en el tiro. Para lo que tendrían que hacer más adelante.

Todas las preguntas de Seb quedaron sin respuesta.

Al cabo de poco tiempo Dan pidió que le cambiaran al turno de noche, y cada mañana al volver guardaba cuidadosamente su arma en su estuche de cuero en la estantería superior del armario.

Después se desplomaba en el sofá. La alternancia de sueño entre los dos hombres permitió plegar el camastro, que solo reaparecía en las dos noches de fiesta semanales de Dan.

Para respetar el sueño de su anfitrión, Seb se desplazaba por el piso a pasos sordos y con las cortinas bajadas. La promiscuidad se hacía cada día un poco más agobiante.

Pasó mayo, y luego junio, y los días de verano les permitieron dar largos paseos por las zonas verdes de Marne-la-Vallée. Daba gusto poder salir de la atmósfera del piso, poder respirar un poco. Meyer todavía cojeaba. Para correr la maratón de París tendría que esperar un poco más.

Finalmente, la noche de un sábado de julio, Moucheboeuf propuso:

—Hemos de llegar a saber cómo aquellos hijos de puta llegaron hasta tu casa. Si los encontramos, encontramos a Grooteclaes. Ahora se deben haber olvidado de ti. Tendrán otros asuntos de que ocuparse. Es fin de semana, seguramente esta noche habrá gente en el bosque de Vincennes. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta por ahí? ¿De veras que no tienes alguna idea de cómo llegaron hasta ti?

—Ninguna. Vamos a dar una vuelta, ya veremos.

La cacería volvía a empezar.

Cogieron la A4 en dirección al bosque con la moto. La temperatura era agradable. Dan tenía razón. Los caminos estaban muy frecuentados el sábado por la noche. Peinaron las carreteras por donde merodeaban las sombras de los clientes y de los mirones congestionados que retorcían el cuello intentando ver algo a través de las cortinas tras las cuales las chicas estaban ocupadas con algún cliente. Rondaron en vano en busca de Juicy.

Nada había cambiado, a no ser los camiones, más numerosos aún que el invierno anterior.

—No preguntamos nada a nadie —había exigido Dan—. No vamos a dejar que nos pillen tontamente. Así es como tú te hiciste ver, seguro. Por hablar demasiado. Damos vueltas y tú miras. Solamente intenta recordar algo o alguien que vieras el día en que aparecieron en tu casa.

Las filas de aficionados empezaron a clarear a primeras horas de la madrugada.

Seb observaba a las africanas, a las antillanas, buscando reconocer algún rasgo familiar. Hacia las cuatro y media, las exhaustas chicas empezaron a dormirse. Una de ellas, embarazada de varios meses a juzgar por sus pechos inflados y un vientre redondo cubierto por un pareo, despertó las sospechas de Meyer. El sujetador rojo, tal vez.

Bajó de la moto sin quitarse el casco y se acercó. La mujer dormía con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás.

Al dar una cabezada, la barbilla le cayó sobre el pecho y se sobresaltó. Abrió los ojos. No.

No era la chica que le había citado unos cuantos meses atrás.

A juzgar por los porrazos que lucían los parabrisas y las carrocerías de las camionetas, no había habido tregua. Las batallas por el territorio seguían causando estragos.

Vio el coche una media hora después. Habían pasado ya una o dos veces por delante, en la avenue de la Pyramide. Pero fue entonces cuando se le hizo la luz.

Seb dio un golpecito en el casco de Dan, que paró la moto en el arcén.

—Espera, ¿podrías volver a pasar por allí? Quiero ver una cosa.

Era lo que hacían los mirones, pasar y volver a pasar. Siguieron el cauce.

Un poco más lejos, Meyer puso la mano en el hombro de Moucheboeuf.

—El Porsche.

—¿Qué pasa con el Porsche? ¿El 924 negro, el modelo de los años setenta con motor Volkswagen? ¿Lo conoces?

—Yo qué sé, déjate de hostias con el modelo. Estaba aquí aquella noche.

—¿Estás seguro?

—Prácticamente. No es que me acuerde, en realidad. Ahora ya sé un

montón de cosas sobre la memoria. No funciona así. Pero el caso es que lo reconozco.

—Vale. Vamos a ver.

Ataron la moto a un árbol con la cadena y dejaron la avenida para deslizarse en la penumbra de un campo de deporte contiguo, a salvo de las miradas, detrás de una hilera de abetos esmirriados. Las primeras luces del amanecer lavaban el cielo.

Al llegar a la altura del Porsche, se deslizaron hasta la cuneta húmeda que bordeaba la carretera.

El coche estaba aparcado justo detrás de una furgoneta verde manzana reciclada en hotel de citas.

Un negrata vestido con chaqueta de cuero marrón claro estaba sentado en el coche, hundido en el asiento, con la oreja pegada a un móvil. Difícil darle una edad. Llevaba el pelo muy corto, casi rapado, su tez era color chocolate con leche. El cuero de la prenda y su piel brillaban en la semioscuridad con el mismo reflejo.

Los dos hombres retrocedieron para ocultarse entre los abetos.

Estaba amaneciendo.

Hacia las seis, la puerta corredera del camión se abrió dejando paso a dos chicas vestidas con vaqueros ceñidos y gorras de lana con orejeras decoradas con motivos andinos. Iban cargadas con bolsas de plástico y se inclinaron hacia el conductor. Dan y Seb lo aprovecharon para volver a la moto.

Las chicas subieron al Porsche, que arrancó y se metió por la avenida en dirección al hipódromo. Dan lo seguía a buena distancia.

El coche depositó a las dos prostitutas en la estación del RER de Joinville. Luego el conductor se metió en la autopista en dirección a la Porte de Bercy. Siguió por los muelles hacia Bastille y luego se dirigió hacia République, la estación del Este y el boulevard Magenta. Si se dio cuenta de que le seguían, no lo demostró. Conducía con nerviosismo por los desiertos bulevares inundados de la pálida luz del sol matutino de aquella mañana de domingo. Al llegar al metro aéreo, subió por el boulevard Barbès, giró a su izquierda en la rue Custine y luego la rue Simart, donde por fin encontró aparcamiento.

Se internó en el portal de un viejo inmueble decrépito, en el número 156.

La pintura, que se había vuelto amarronado, se estaba cayendo. La

bombilla del vestíbulo estaba rota.

La escalera, de peldaños mugrientos, exhalaba olores de café, sudor y desinfectante.

Los nombres que figuraban en los buzones oxidados y hundidos tenían prácticamente todos resonancias africanas o magrebíes.

El tipo del Porsche podía ser cualquiera de ellos. O ninguno.

El dueño de un café cabileño que respondía al nombre de Mont Lozère estaba abriendo la cortina metálica en la acera de enfrente.

Dan y Seb se sentaron en el café desierto y pidieron un doble *espresso* mientras vigilaban al proxeneta.

Al cabo de dos horas y media, aún no había salido.

Había muchas posibilidades de que viviera allí y que sencillamente se hubiera ido a acostar después de una dura noche en el tajo. Dan se pasó sus anchos dedos por el cepillo de su pelo pelirrojo.

La verdad, ganarse el pan con el culo ajeno no daba para mucho. Un Porsche hecho polvo, nada más.

Un piso en una destartalada escalera del distrito XVIII. No era gran cosa.

O bien es que no había muchas chicas que trabajasen para él.

Seb estaba reventado, le dolían las piernas y daba cabezadas cada vez más frecuentes.

—Se ha ido a sobar —decretó Dan y Meyer se sobresaltó—. Vamos a hacer lo mismo.

Hacia las tres de la tarde volvieron a su puesto tras dormir varias horas. El Porsche no se había movido de sitio. El hombre salió poco después de las cinco, vestido todavía con su chaqueta de cuero. Arrancó dejando huellas de neumáticos en el alquitrán medio fundido, y los condujo hasta el barrio de la Goutte-d’or.

Allí pasó dos horas largas charlando con unos amigos en una tasca de la rue Myrha, a dos pasos de la mezquita, antes de ir a cenar con tres de ellos a un pequeño restaurante cerca del metro de La Fourche. Según Dan, ninguno era Grooteclaes.

Después se fueron a dar una vuelta por Pigalle, donde a cada paso chocaban ostentosamente las palmas con los charlatanes que arengaban a los turistas a entrar en los locales de striptease.

Finalmente el macarra volvió a dirigirse al bosque donde pasó la noche.

Seb estaba exhausto.

—No sé —dijo a Dan de madrugada—. Ya no estoy seguro de nada. ¿Adonde nos lleva todo esto? No vamos a estar siguiéndolo hasta que las ranas críen pelo.

—No eres muy paciente, que digamos.

Moucheboeuf era increíblemente resistente. Parecía que no tuviera nunca sueño. Ni hambre. Ahora que los dos hombres sabían dónde pasaba el macarra la noche, decidieron concentrarse en los días. Lo cual les venía bien, ya que Dan había vuelto a hacer las guardias de noche. Abandonaron la vigilancia matutina para concentrarse en las tardes. Lo siguieron durante la semana siguiente hasta delante del Tribunal de Gran Instancia de Bobigny donde recogió a una chica a la que dejó en un hotel piojoso de Belleville.

Cuantos más días pasaban, más aumentaban las incertidumbres de Seb. Ya estaban discutiendo una nueva estrategia, cuando el proxeneta fue a buscar a la chica al hotel, el miércoles siguiente.

Cogió la autopista del Norte en la Porte de la Chapelle y se internó por las calles de casitas bajas de Villepinte. La oxidada verja de la casa con los postigos cerrados y el muro exterior lleno de grafitis se abrió chirriando, y el Porsche entró por un camino de grava bordeado de malas hierbas.

Sébastien se sobresaltó. Había tenido tiempo de distinguir a un guardián con pantalón militar, botas y cazadora caqui, y un pitbull a los pies. Dan ocultó la moto detrás de una furgoneta roja aparcada en la esquina de la calle.

—Ese tío es clavado a los cerdos que me agredieron. Llevaban pasamontañas, pero iban vestidos exactamente igual. Son ellos, Dan. ¡Son ellos! ¿Qué hacemos, joder?

Meyer se estaba sacando ya el casco con gestos precipitados.

—Primero cálmate. Te vuelves a poner el casco, ¿vale? Y luego nos largamos de aquí.

—¿Qué?

—Lo he visto tan bien como tú, tío. Ese guardián es un profesional. Puede que Grooteclaes no ande muy lejos, tenemos que tomar más precauciones. De todos modos, no van a irse de aquí. Ahora dejamos que ese macarra de mierda se vaya. Y volvemos después con todo el material.

—¿Con material?

—¿Qué te crees, capullo, que vamos a instalarnos aquí tranquilamente para vigilarlos en pleno día, esperando que Grooteclaes se presente para

poderlo matar, y que no pasará nada?

Si nos quedamos aquí, no tardarán ni diez minutos en descubrirnos. Nos largamos, te digo.

A disgusto, Seb volvió a ponerse el casco.

París, julio de 1997

Daniel Moucheboeuf se internó por la rue de la Folie-Méricourt y aparcó la moto delante del escaparate de la tienda Hades, especializada en seguridad. Se quitó la cazadora. Hacía un calor asfixiante, el aire era húmedo y seguramente no tardaría en caer una de aquellas devastadoras tormentas de julio. Muchas empresas de vigilancia se abastecían allí. Se podía comprar el equipo completo del perfecto segurata del servicio de orden de partidos políticos y conciertos de rock. Botas, pantalones militares, gases lacrimógenos, gorras, correas y collares para perros feroces, porras de todo tipo y chismes variados, no faltaba de nada en aquella tienda tan bien surtida. Un hombre grandullón con un jersey azul marino atendía detrás del mostrador de formica blanca con esquinas de aluminio.

—¡Caramba, teniente Moucheboeuf! ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿En qué puedo servirle?

—Buenos días, sargento Farès. Necesito material de vigilancia, diurna y nocturna.

—¿De qué tipo?

—Gemelos de infrarrojos, gafas de visión nocturna, micro direccional, ese tipo de cosas.

—¡Nada menos!

El hombretón salió de detrás de la caja y fue a cerrar con llave la puerta de la tienda. Luego se giró hacia Dan.

—Sígame al sótano. ¿Qué hay de nuevo desde el Chad?

—Poca cosa, el trabajo, la vida civil. En fin, ya sabes. ¿Y tú?

—Pues ya ve, el negocio va viento en popa. La gente cada día tiene más miedo. Y cuanto más miedo tiene la gente, más seguridad necesita. Al paso que va el miedo, no creo que me falten clientes.

Ahora estaban en medio del sótano de la tienda, bajo un techo de bovedillas de hormigón iluminado por fluorescentes. En los estantes de metal galvanizado del almacén se amontonaban las pilas de cajas.

El vendedor murmuraba para sí mientras buscaba entre los embalajes, hasta que al fin extrajo un gemelo monocular y, tras introducirle una pila,

se lo tendió a Moucheboeuf.

—¿Qué me dice de esto?

El ex teniente apretó el botón on, mientras su ex subordinado apagaba la luz de los fluorescentes.

Podía ver nítidamente al dueño de la tienda que se desplazaba por un magma monocromo y verdoso.

—Perfecto. Me lo quedo. ¿Y las gafas?

—Son un accesorio militar de tiro. Tardarán unos días.

—Bueno, esperaré. Oye, ¿últimamente no habrás visto pasar por aquí a unos tíos, antiguos mercenarios belgas, o algo así?

—Mi teniente, mire a su alrededor. ¿Se da cuenta de dónde está? Si le da una patada a un árbol, le caerán quince de esos.

Reflexionó por un instante.

—De todos modos, es curioso que me lo pregunte. Figúrese que hace poco me encargaron una serie de gafas de visión nocturna, unos chismes súper sofisticados que funcionan con láser, el tipo aquel quería cinco. Me negué. No lo conocía. No vendo a la gente que no conozco. Es demasiado arriesgado, hay demasiados líos últimamente. Demasiado tarado que anda suelto. No tengo ganas de verme implicado en un atraco a un furgón blindado o algo así.

—¿Qué aspecto tenía el tío ese?

—Parecía un ex paracaidista de la Legión. Con un tatuaje en el antebrazo. Su insignia. Vestido con una camiseta de tirantes, un hortera, vaya. Con el calor que hace, ¡no te digo! Y también llevaba una tía buena tatuada en el hombro. Por lo demás, normal, pantalón militar, botas, cabeza rapada. Pero ya le digo, no me inspiró confianza.

El corazón de Daniel Moucheboeuf empezó a latir a toda velocidad. Su antiguo sargento del Chad acababa de darle la lista completa de las señas particulares de Grooteclaes tal como se las había transmitido la DGSE de París cuando le ordenaron que lo eliminase en Sarajevo.

Y el belga buscaba gafas de visión nocturna. Cinco en total.

Solo podía significar una cosa, una sola cosa. Estaba preparando un nuevo safari.

Dan se volvió hacia el dueño de la tienda Hades.

—Si ese cliente reaparece, le dices que de acuerdo. Que puedes proporcionarle lo que te pide, pero que necesitas un tiempo. Y me llamas, por favor, ¿vale? Ah, por cierto, ¿todavía tienes tu camioneta equipada para

vigilancia?

Villepinte, julio de 1997

Lo que tenía de bueno la furgoneta que Moucheboeuf alquiló al sargento Farès era el aire condicionado. El vehículo llevaba varios días aparcado en la esquina de la rue Jules-Vallès, con vistas a la destartalada casa. Durante todo el día Dan y Seb montaban guardia dentro del habitáculo. Al descubrir el ingenio, Meyer se había entusiasmado.

—¡Caray! Aquí dentro está todo el confort que uno pueda desear.

Y era cierto. Asientos, una nevera pequeña con refrescos, no faltaba de nada. Era posible vigilar el exterior a través de una serie de orificios disimulados, o por los cristales sin azogue de la parte trasera de la furgoneta. Un micrófono direccional estaba oculto por el letrero de una empresa de electricidad situado en los laterales del vehículo.

Tres días. Llevaban tres largos días esperando, y nada en la casa ni en el jardín se había movido. Excepto el vaivén de los guardianes y sus pitbulls.

—De todos modos —dijo de pronto Dan—, si se presenta, no podremos liquidarlo aquí. No hay una ventana desde donde disparar, ni un sitio donde apostarnos, y desde el camión más vale ni pensarlo. Si no le acertamos, estamos jodidos. Sin contar con que no podremos esperar aquí hasta el día del juicio final. No son tan gilipollas. Al final se darán cuenta.

Ya uno de los hombres había ido a merodear alrededor del camión, con las manos en los bolsillos, como si tal cosa. Si se les ocurría acudir con los perros —y solo era cuestión de tiempo—, la habrían cagado.

Cada tarde hacia las ocho, Dan y Seb se iban del lugar y regresaban a Marne-la-Vallee.

Entonces Moucheboeuf se iba a su turno de noche.

Ya casi no dormía y su cara reflejaba cada vez más el cansancio.

Grooteclaes se presentó el miércoles siguiente en su Mercedes, y mientras esperaba a que los guardianes le abrieran la verja, Seb pudo distinguir a dos chicas en el asiento de atrás.

El ex mercenario iba al volante, impasible, con la mirada protegida por un par de gafas de sol de cristales ovalados.

—¿Es él? ¿Es él? —preguntó Meyer, excitado.

No había duda. Incluso después de todos aquellos años, un francotirador profesional no olvidaba nunca una cara, una vez que la había tenido en el punto de mira.

—No, no es él.

—¿Estás seguro? ¿Lo reconocerías después de tanto tiempo? Ha podido cambiar y...

—No es él —lo cortó ásperamente Moucheboeuf con un tono ligeramente irritado.

Los dos hombres esperaron todavía un buen rato, y como el Mercedes no volvía a salir y se acercaba la hora en que el vigilante debería ir a su trabajo, emprendieron la vuelta hacia Marne-la-Vallee.

Unas gruesas gotas se aplastaron en el parabrisas de la furgoneta Iveco con un ruido de huevos rotos mientras circulaban por la Francilienne en dirección al norte.

La tormenta refrescaba el ardiente aire. Del asfalto había empezado a subir humo.

Se vieron atrapados en un atasco debido a un choque entre un camión y una caravana holandesa arrastrada por un Rover. Nada más empezar, la tormenta fue a verter más lejos su maná reparador y los limpiaparabrisas giraban ahora en vacío, las escobillas de goma chirriando sobre el cristal.

—Tú también has podido equivocarte.

—¿Qué dices? —se indignó Seb—. ¿Y mis dos piernas rotas, qué?

—Lo que quiero decir —continuó Moucheboeuf como si hablase con un niño intentado explicarle una cosa fácil de entender— es que tu agresión no está forzosamente relacionada con Grooteclaes. Igual te metiste en el terreno de un macarra al que fastidiaste con tus indagaciones.

—Sí, hombre, ahora resulta que soy imbécil.

—De todos modos, tengo que devolver la furgoneta.

—¿Y qué hacemos después?

—No sé, Seb. No sé.

—¡Mierda! —gritó Meyer dentro del habitáculo—. Te estás rajando, ¿o qué?

Y pegó un gran puñetazo en el salpicadero:

—¡Y para de una vez esta mierda de limpiaparabrisas, que me están sacando de quicio!

Extendió la mano y accionó el mando de interrupción antes de que Dan tuviera tiempo de reaccionar, luego se volvió a hundir en su asiento con aire terco.

Cuando el vigilante lo dejaba al pie del bloque, Sébastien levantó hacia él su ojo brillante de rabia y lanzó:

—Dices que ese tipo, el de antes, no era Grooteclaes, y yo no te creo, Dan. Sencillamente, no te creo.

—Seb, no hagas el idiota, yo...

Meyer cerró de un portazo y se alejó cojeando.

¡A la mierda, hombre! Qué le dieran por culo al gilipollas ese.

Moucheboeuf arrancó haciendo chirriar los neumáticos de la Iveco.

Aquella noche dejó definitivamente su trabajo.

Después de devolver la camioneta a la tienda Hades, en la rue de la Folie-Méricourt, cogió la moto y salió en dirección a Villepinte.

Apostado al otro extremo de la rue Jules-Vallès, sin sacarse el casco, sin bajar tampoco de la moto, observó con los gemelos de infrarrojos la verja de la casa rogando para que Grooteclaes no se hubiera ido ya.

Su espera fue en vano.

Al amanecer, el ex mercenario todavía no había reaparecido. Habría trepado por el muro, pero si los perros lo detectaban todo estaría perdido. Por mucho que miraba a su alrededor, ningún edificio daba al interior del patio. Iba a renunciar cuando la cancela se abrió para dejar pasar un Renault Express. Dan arrancó su bólido japonés y pasó en tromba por delante de la entrada de la casa. Los guardianes seguían apostados en el interior, pero, por lo que pudo juzgar de un rápido vistazo, no había ya ni rastro del Mercedes. Dio media vuelta y desapareció por la esquina.

Seb Meyer y Dan Moucheboeuf pasaron la mayor parte de los días siguientes de morros. Y eso cuando se cruzaban por el piso.

Cada noche, el vigilante se iba de casa a la misma hora, como si fuera a trabajar. En general, cuando volvía por la mañana, Sébastien ya se había levantado y no tardaba en largarse el día entero, mientras Dan se metía entre las sábanas.

Desde que habían discutido, el café caliente ya no esperaba a Moucheboeuf cuando volvía por las mañanas.

París, 15 de agosto de 1997

Pero ¿qué coño hacía el belga, joder? ¿Se había ido de vacaciones o qué?

Era muy posible, después de todo.

Con aquel calor, todo el mundo se había largado a la playa, y aparte de las habituales hordas de turistas japoneses, París estaba vacío como correspondía al mes de agosto.

Grooteclaes no se había presentado en la casita de Villepinte desde la

única vez en que Dan lo había vislumbrado al volante de su coche. Puede que ya se hubiera ido al otro extremo del mundo a eliminar a algún inocente al frente de un nuevo grupo. Debería haberle dado el pasaporte un mes antes. Vaya que sí.

Debería haberlo hecho. Pero aquel día estaba Seb.

Moucheboeuf montó guardia en las inmediaciones de la casa de amaestramiento, con su ir y venir de chicas y de matones, durante días y noches, sin éxito. El ex mercenario se había volatilizado.

Roger Olomide se despertó de buen humor. Sus últimas adquisiciones la chupaban realmente bien, sacaría mucha pasta, esta vez había hecho una buena inversión, se había endeudado con el belga, pero pronto iba a poder dejar aquel cuchitril y, a lo mejor, hasta comprarse el coche de sus sueños, un Porsche, pero uno de verdad esta vez, un Carrera.

Se miró al espejo, se ajustó la camisa de color crema de manga corta y se caló las gafas de sol antes de bajar las escaleras de cuatro en cuatro silbando una canción de Kofi Olornide, un cantante zaireño con el que no tenía ningún parentesco. Al llegar a la planta baja —justo cuando se apagaba la luz automática— sintió que una mano decidida lo agarraba por el cuello de la camisa y lo estampaba contra los abollados buzones, y la esquina de metal oxidado de uno de ellos le partía los dos dientes de delante. Una voz furiosa escupió en su oído:

—Escúchame bien, macarra de mierda, ¿conoces a Grooteclaes, el belga? ¿Dónde vive, eh, cabronazo, dónde cojones vive?

Y la mano envió de nuevo la frente a parar contra los buzones, que sonaron a hueco, mientras el proxeneta notaba cómo un hilillo de sangre tibia se le deslizaba por la cara y le caía por el cuello de su camisa color crema.

Cuando intentaba sacudir la cabeza en señal de negación, sintió la punta de la hoja del cúter apoyada en su garganta. La puerta de entrada de la escalera seguía cerrada, y no podía distinguir nada del hombre que lo amenazaba, aparte de su olor a blanco, el olor fuerte y rancio de su sudor.

—¡Me lo dices o te rajo, hijo de puta!

—No lo sé, no lo sé —intentó farolear el macarra, con la respiración entrecortada.

Si hablase, el belga lo mataría.

—Gilipollas, tú eres el que me siguió hasta casa. Tú me enviaste unos matones a partirme las piernas y matar a mi zorra, cerdo, me las vas a

pagar.

Olomide sintió que le flaqueaban las piernas. Era el capullo entrometido al que había seguido. Aquellos imbéciles le habían partido las piernas. Pero ¿a qué venía eso de la zorra? Los retazos de una canción de Oum Kalsoum bajaban hasta ellos desde los pisos superiores. Si al menos apareciese alguien en ese momento.

—¿Qué? ¿De qué zorra me hablas? Oye, chico, yo no sé nada, no sé nada, no seas gilipollas, yo...¡Ay!

La punta había penetrado en la piel del cuello del proxeneta.

—Tengo prisa, tío. ¡Y estoy muy cabreado! Grooteclaes, ¿me lo dices hoy o mañana?

Olomide aspiró una bocanada del aire confinado y saturado de amoníaco, orina, pasillo oscuro de entrada, antes de decidirse. Mierda, después de todo, que le dieran por culo a aquel capullo, en cuanto se girara de espaldas cogería el móvil y llamaría al belga.

—Vale, chico, vale. No sé dónde vive...Ay, pero joder, espera, espera, sé dónde tiene el cuartel general, el sitio dónde queda conmigo. Es una casa, en Villepinte...

Fue el momento que escogió una honrada ama de casa marroquí para volver del mercado con su cesta, y cuando abría la puerta de la entrada del modesto inmueble y Seb giraba la cabeza hacia ella, Olomide lo mandó contra la estrecha pared de una embestida y se lanzó hacia la salida empujando a la mujer que empezó a gritar y a insultar en árabe.

El proxeneta salió disparado como una bala de cañón a la rue Simart y pasó entre dos coches, justo delante del radiador de un Skoda que lo golpeó de pleno, le partió las dos piernas a la altura de las tibias y lo mandó por los aires como un gran cuervo herido que intentase en vano batir las alas. Cayó de cabeza sobre el capó de un viejo Peugeot 205 que abolló profundamente con el cráneo, mientras sus vértebras cervicales se rompían en ángulo recto. Rebotó y cayó pesadamente en una plaza de estacionamiento reservada a la carga y descarga que en aquel momento se encontraba vacía.

*Noisiel, 3 de agosto de 1*997

Dan podía seguir vigilando la casa de Villepinte y esperar que el belga apareciese para liquidarlo. Era coser y cantar. Pero aquello no podía durar hasta el día del juicio. Y si el safari ya había salido hacia Dios sabía qué destino...Grooteclaes no actuaba solo, sin duda, por lo que quizá su ejecución no provocase automáticamente la anulación del viaje. En tal

caso, morirían otros inocentes.

Moucheboeuf bajó hasta la orilla del Marne, hacia Noisiel, y aparcó la moto delante de la entrada de la antigua fábrica de chocolate Menier. El prodigio de acero y cerámica que pasaba por encima del río databa del triunfo de la revolución industrial. Toda la ciudad había sido construida a finales de siglo polla familia Menier en un gran impulso de paternalismo.

Se nacía Menier, se aprendía a leer en las escuelas construidas por Menier, se trabajaba en la empresa Menier, se comía Menier, se cagaba Menier, se moría Menier.

Dan bajó la pendiente que conducía a la ribera. Unos pescadores echaban la caña en sus barcas de madera, los jóvenes de los barrios cercanos habían ido a buscar un poco de fresco a la orilla del agua. Apoyados en sus scooters, se pasaban un porro mientras charlaban. Los que no habían tenido la suerte de irse de vacaciones venían a buscar algo parecido en el Marne. Dan caminaba a buen paso a la orilla de los árboles que bordeaban la orilla. Recorrió el parque del castillo de Champs-sur-Marne. El aire estaba cargado de olor a lodo y las sombras de las hojas dibujaban en el suelo de tierra batida unos complicados motivos de tejido japonés.

¿A qué pobre país irían aquellos hijos de puta a matar gente? Dios mío, en cuestión de violencia, este jodido planeta era como un self-service. Kosovo era un volcán en erupción, la paz firmada en Chechenia parecía cada vez más frágil, los combates entre los talibanes de Kabul y las tropas de Masud atrincheradas en el valle del Panshir eran incesantes, el proceso de paz entre Israel y Palestina se desmenuzaba como un viejo pergamino, Zaire entre las manos de Kabila era víctima del caos, el Timor Oriental estaba en plena insurrección, Indonesia, sumida en el tormento...La tempestad podía estallar en cualquier parte.

El vibrador del móvil de Dan le hizo estremecer un músculo del muslo y metió la mano en el fondo del bolsillo de su pantalón de chándal.

—¿Mi teniente? Soy Farès. Ha vuelto. Esta vez me ha dejado un nombre. Se ha presentado como señor Vivien. Si esa es su identidad auténtica, yo soy el Papa de Roma. He hecho lo que usted me dijo. Le he contestado que me había informado, que podía tener lo que me pedía, pero que necesitaba cierto tiempo.

—Escucha, esto es lo que vas a hacer. ¿Te ha dejado un número de teléfono?

—No, como ya puede imaginarse. Tiene que volver dentro de tres días.

—Bueno. Cuando vuelva, le dices que todavía necesitas dos días más para conseguir las gafas de visión nocturna. Y le das a entender con cierta insistencia que la persona que te las proporciona es un antiguo militar, un tipo de alto nivel que se aburre en la vida civil, que busca por todas partes un poco de acción en estos momentos, y que está dispuesto a pagar lo que sea. Añades que el hombre en cuestión siente nostalgia de la vida militar, que tiene mono de adrenalina. Y observas cómo reacciona, ¿de acuerdo?

—¿Mi teniente? No suelo hacer preguntas, pero ¿en qué jaleo anda usted metido?

—Como bien dices, no sueles hacer preguntas. Así que, ¿me ayudas, sí o no?

—Pero...¿no desconfiará?

—Claro que sí, desconfiará. Quiero conocerlo. Del resto me encargo yo. En el peor de los casos, si no reacciona con lo que le cuentas, le dices que yo mismo quiero entregar el material, que soy prudente, paranoico, incluso. Bueno, espabílate, joder.

—Está bien, mi teniente, le recibo alto y claro. Pero puede haber un problema. El cliente podría simplemente enviarnos a paseo. Ya me ha avisado de que si yo no era capaz de encontrarle lo que buscaba, se las apañaría con los rusos.

—Con los rusos, ¿eh? Vaya, qué interesante. Dile que precisamente son los rusos los que me abastecen a mí. Ya veremos qué pasa. El riesgo forma parte del oficio.

Moucheboeuf colgó. Había llegado hasta un pequeño chiringuito abandonado. El nombre del cafetucho había sido pintado hacía varias décadas en los tablones grises: La Pérgola.

A pesar de las letras medio borradas por el tiempo, se podía todavía distinguir una inscripción que proclamaba: cocina elaborada. La pista de baile circular de cemento resquebrajado estaba invadida de buddleias y zarzas.

Dan dio media vuelta y se dirigió hacia su coche a pequeñas zancadas.

Para lo que le quedaba por hacer, le convenía estar en forma.

Nogent-sur-Marne, 10 de agosto de 1997

La respuesta de Grooteclaes no se hizo esperar. Le importaba un huevo la paranoia del vendedor. Ni hablar de conocerlo antes de la transacción. ¿Estaba dispuesto a vender sus gafas de láser, sí o no? Si la respuesta era

positiva, entonces, que las entregase a Farès. Por principio, se negaba a ceder a condiciones que no fueran las suyas. En cambio, una vez cerrado el trato, no tendría inconveniente, tal vez, en organizar una cita con aquel matón con ganas de marcha. Pero primero era el *business*.

Dos días antes, el belga había pasado a buscar su pedido a la tienda Hades. Antes de irse, le dijo a Farès como quien no quiere la cosa:

—Si su hombre insiste en conocerme, que venga al mercado de armas antiguas de Nogent-sur-Marne, al pabellón Baltard, y que se presente pasado mañana entre las cinco y media y las seis de la tarde en el stand número doce.

Moucheboeuf había aparcado la moto en la cuesta del Baltard y la había encadenado a las verjas metálicas que protegían el antiguo pabellón de volatería trasladado a orillas del Marne tras la demolición del mercado central de Les Halles de París.

Los mercados de armas antiguas eran tanto salones para coleccionistas de armas como puntos de encuentro para soldados licenciados y guardaespaldas, y el de Nogent no era la excepción. Los Fama, los M-16, los Kalashnikov y los AK 47 eran mucho más numerosos que las pistolas de duelo del siglo XVIII.

Dan deambulaba entre los pasillos, echando un vistazo distraído a los stands donde se daban la mano los Colt 45 y los Lüger. En principio, todas las armas que se exponían habían sido desculatadas, neutralizadas, inutilizadas. En realidad, para un conocedor, devolver un mortero o un fusil a su vocación primera era un juego de niños. Bastaba con comprar aparte las piezas que faltaban. Los nostálgicos de toda calaña acudían a aquel tipo de manifestaciones, y cualquiera que hurgase un poco bajo los mostradores no tendría muchas dificultades en encontrar alguna insignia nazi que se vendía de extranjís a los aficionados del género.

El belga identificó a Moucheboeuf cuando este se presentaba en el stand número doce. Se dirigió al vendedor, que se encogió de hombros en un gesto de ignorancia. El ex mercenario esperaba detrás de una de las columnas de hierro del edificio, y estuvo un rato observando las botas impecablemente pulidas y con los cordones cruzados al modo militar, el pantalón negro, la cazadora, el pelo rapado y los fuertes hombros de Dan. En plena forma, sin duda alguna. Todo en él respiraba a antiguo soldado. Un cliente más no podría sino aumentar las ganancias. Y aún tenía suficiente tiempo. Si el hombre estaba en regla.

Grooteclaes se acercó y puso la mano en el hombro de Dan, que se dio la vuelta.

—Hola. Soy Vivien. Su cliente.

El belga lo observaba con sus ojos porcinos, insondables.

—Soy Florian —respondió Moucheboeuf sin pestañear.

No le tendió la mano.

—El dueño de Hades me dio a entender que estaba usted buscando un poco de acción. No sé su historial, me gustaría que me contara algo más. Caminemos un poco, si le parece bien. ¿En qué arma sirvió?

Mentir de la manera más sencilla, lo más cerca posible de la realidad.

—En comandos.

—Mmm —hizo Grooteclaes con tono apreciador—. ¿En la Legión, usted también?

—No. Operamos en el Chad, entre otros. Y también participamos en la operación Daguet.

—La guerra del Golfo, ¿eh? ¿Ruanda?

—No.

—¿En la ex Yugoslavia también, quizá?

Moucheboeuf dudó. Sabía que el belga no dejaría de informarse sobre su persona. Había que contar con la suerte.

—Sí. Éramos muchos los que estábamos allí.

Grooteclaes lo sondeó con la mirada un buen rato antes de asentir con la cabeza.

—Y aparte de vender armas, ¿a qué se dedica en la vida civil?

—A la seguridad en general. Se gana bastante. Pero me falta espacio.

Los dos hombres se detuvieron delante del escaparate de una tienda especializada en armas de la Segunda Guerra Mundial, y Grooteclaes escrutó una vez más a Moucheboeuf.

Sarajevo le había hecho ser más prudente. Pero no menos avaricioso.

Pareció dudar.

—Hace mucho que no ha ido a un campo de operaciones.

Necesitaría entrenamiento. Y además...Bueno, si está aquí...es que ha oído hablar de nosotros.

—Farès. Fue mi sargento en el Chad. El puede avalarme. En cuanto a mi estado físico, a mi entrenamiento, le desafío, dónde y cuándo quiera. Cada semana disparo en un café abandonado, y corro veinte kilómetros cada mañana.

—No lo dudo, amigo, no lo dudo. Mire, nosotros organizamos, ¿cómo le diría?, unos viajes temáticos para gente como usted, gente con ganas de volver a meterse de lleno en la acción. Ah, no se trata de reclutar mercenarios, digamos más bien que se trata de pasar unas vacaciones...estimulantes y originales. Solo se tiene derecho a una presa. ¿Qué no daría usted por sentir de nuevo ese estremecimiento, esa sensación de ser Dios? ¿Verdad?

Daniel Moucheboeuf tenía la impresión de estar desnudo, examinado por los ojillos de Grooteclaes ahora reducidos a puras hendiduras. El dedo que se crispa en el gatillo. La respiración que se detiene. Casi lo había olvidado. Tragó una bocanada de aire viciado por el gas carbónico que exhalaban los mirones amontonados delante de los puestos. El leve murmullo pulido del gentío llegó de nuevo a su cerebro.

—Sí —espetó—. Eso es lo que quiero. Una vez más. Solo una última vez.

Tenía la boca seca.

—Somos caros, muy caros.

—El precio da igual. Y tampoco me importa adonde pueda llevarme, ni aunque sea al infierno. ¿Cuándo nos vamos?

—No he dicho que quiera llevarlo con nosotros. ¿Dispone de doscientos cincuenta mil francos, en metálico?

—¿Cuándo los quiere?

—Me pondré en contacto con usted. Llame a Farès mañana hacia las doce. El tendrá noticias mías.

Marne-la-Vallée, 11 de agosto de 1997

Daniel Moucheboeuf no era rico. Pero sus años en el ejército habían contado doble.

No había tenido prácticamente ningún gasto durante años, alimentado, alojado, vestido por el ejército francés. A lo largo de los años había constituido trabajosamente un Plan de Ahorro Vivienda, y había llenado una cartilla de ahorro. Sus haberes ascendían a un total de poco más de quinientos mil francos, y cuando se presentó a la ventanilla de su agencia de la BNP para retirar el saldo, creyó que al empleado le daba un infarto. Al final llamó al director de la agencia en persona, un hombre bajito y regordete de pelo escaso y cara llena de cráteres, secuelas de un acné compulsivamente manoseado, que se pasó media hora larga argumentando, proponiendo planes de ahorro maravillosos, fondos de inversión

milagrosos, suplicando, exhortando a Dan a que reflexionase.

Todo fue inútil.

Derrotado, pidió un plazo de cuarenta y ocho horas para reunir el importe.

El belga había dejado un mensaje a Fares. La mitad antes de salir, para reservar el billete.

El resto, el día D. El 18 de agosto.

Había reclamado el pasaporte de Moucheboeuf. Para los visados.

Ahora tenía que apretarse los machos. Dentro de poco, el belga conocería su auténtica identidad.

Como contrapartida, Dan tenía que saber a la fuerza cuál sería su destino final.

Dos días después, pasó por el banco y metió los 527. 232 francos y 35 céntimos en una bolsa de viaje que aseguró en el sillín de la moto. Pasó las cuarenta y ocho horas siguientes cambiando la mitad de la suma en dólares americanos a base de transacciones de 30. 000 francos en diferentes agencias del Banco de Francia y de la American Express. También hizo una visita rápida a su médico para que le recetara una dosis masiva de calmantes, argumentando un insomnio pertinaz debido a ataques de angustia nocturnos.

París, 15 de agosto de 1997, nueve de la noche

Arnaud Grooteclaes miraba a los hombres reunidos delante de él en el comedor de la destartalada casa de la periferia.

Los seis clientes del belga estaban sentados en sillas plegables de plástico con tubos de metal. El papel pintado con flores enmohecido se despegaba de las paredes en varios puntos y las manchas de humedad dibujaban en el desconchado techo una geografía imaginaria de territorios devastados.

Unos gemidos indistintos bajaban del piso de arriba. Una mujer. O un animal.

En cada esquina de la habitación estaba apostado un gorila uniformado con cazadora y botas militares, los pies ligeramente separados y las manos cruzadas sobre el bajo vientre, las miradas vacías de asesinos degenerados.

Por las rendijas de las persianas cerradas que mantenían a distancia el calor impregnado de una humedad carbónica de gases de escape se filtraba una luz que aún no se decidía a retirarse.

El belga escrutó a sus clientes con la mirada, y se detuvo un poco más

en el nuevo del grupo.

Moucheboeuf. Menudo apellido.

Había puesto en marcha sus redes. El tipo no había mentido. Tropas de élite. Incluso lo había intentado reclutar un grupo de mercenarios que el belga conocía, cuando decidió abandonar el servicio activo. El francés había declinado la oferta.

Eso era lo que ponía la mosca en la oreja a Grooteclaes. El hombre decía que necesitaba acción. ¿Por qué no se había unido a los mercenarios, en ese caso?

No parecía andar mal de dinero. Había reunido los 125. 000 francos sin problemas y los había puesto, como los demás, encima de la mesa en el centro del comedor al llegar, y ahora los montones de billetes formaban un colchón tranquilizador en el armario de roble hinchado por la humedad.

Aquel tipo tenía algo que le incomodaba. Sin duda era capaz de matar. Un tirador de élite del ejército francés, ya me dirás, seguro que no estaba todavía en la fase de prácticas. Además, parecía estar en plena forma física. Pasaría sin problemas los exámenes de tiro y de ejercicios de aptitud que tendrían lugar al día siguiente en la campiña normanda.

Los demás apenas existían a su lado. Un puñado de burgueses congestionados ávidos de carne fresca, más un austríaco, un mandamás de la protección personal con ganas de cargarse algún moraco, lo cual no se contradecía con su afición a los efebos marroquíes que le daban por el culo durante sus vacaciones en Casablanca, y un librero parisino treintañero que vendía bajo mano fotos de niños de la calle que filmaba desnudos en un claustro en los alrededores de Cartagena, en Colombia, donde los mantenía encerrados a buen recaudo.

Por la tarde, Grooteclaes se enteró de la muerte de Olomide.

Al muy gilipollas lo habían atropellado al salir de su casa.

¿Adonde iba corriendo tanto, por qué tenía tanta prisa?

Bueno, fuera a donde fuera, había llegado treinta años antes de la cuenta.

Lo malo era que el belga no creía en las coincidencias.

Por un momento estuvo a punto de echar a aquel Florian/Moucheboeuf. A decir verdad, todavía dudaba al clavarle la mirada en los ojos. El hombre no parpadeaba. Un molesto silencio se había instalado en la sala.

Grooteclaes se aclaró la garganta y al final volvió a hablar.

—Señores, mañana salimos hacia las costas normandas. Están plagadas

de blocaos abandonados donde podremos ejercitarnos a nuestro antojo en el tiro, el camuflaje y la carrera. Les recuerdo que quienes no superen las pruebas aunque hayan pasado ya por un entrenamiento serán eliminados y que no se les devolverá el anticipo en metálico. Lo mismo vale para quienes no han recibido entrenamiento, Florian, ¿me he explicado bien?

Cada miembro de la expedición era llamado por su seudónimo.

—Afirmativo —respondió Moucheboeuf con tono marcial e impersonal.

Grooteclaes se permitió una ligera sonrisa mientras asentía con la cabeza.

—Bien. Señores, nuestro destino es Chechenia, vía Moscú y Nazran. Me quedaré con sus pasaportes originales hasta que regresemos. Los que les entregaremos tienen nombres falsos, en este caso los seudónimos que hemos utilizado desde el principio de la instrucción. Nos reuniremos en el aeropuerto de Roissy-Charles-de-Gaulle dentro de tres días. A las doce en punto, terminal 2, puerta 32. Allí les entregaré sus pasaportes falsos y los billetes de avión. Tengan el importe restante preparado. Deberán dármelo a cambio de estos documentos, en fajos de billetes de quinientos francos, en una bolsa de viaje pequeña o una mochila de ciudad. Sean puntuales, no esperaremos a nadie.

—¿Podemos saber si habrá mucha caza? —preguntó el austríaco.

—No se preocupe, herr Johan. Podrá cazar musulmanes a su antojo. Viajaremos con Aeroflot hasta Nazran, y luego en helicóptero hasta Grozni.

Se elevaron algunos murmullos de protesta. A aquel precio ya habrían podido viajar con Air France en primera clase hasta la capital rusa, ¿no?, protestó el librero.

—Es mucho más difícil hacer pasar unas gafas de visión nocturna láser en los equipajes controlados por los franceses —respondió el belga mirando de nuevo a Moucheboeuf a los ojos—. Con los rusos siempre se pueden hacer apaños. Señores, nos encontramos mañana a las cinco de la mañana, place de l'Etoile, en la esquina con la avenue de la Grande-Armée. Estaremos de vuelta la misma noche.

Los seis hombres se levantaron y empezaron a plegar las sillas bajo los fluorescentes pálidos y parpadeantes. En el piso de arriba habían cesado los gemidos.

Moscú, había dicho el belga. Y Chechenia. Desde que Lebed había firmado una paz honorable con los combatientes chechenos, se suponía que

la guerra había terminado.

En realidad, los rusos no lo pregonaban a los cuatro vientos, pero seguían eliminando independentistas. Y de vez en cuando algunos soldados borrachos abrían fuego sobre convoyes de civiles. Se producían algunos muertos y la vida seguía su curso.

Cada día aumentaban las desapariciones, los secuestros. El conflicto estaba latente, le explicó Farès cuando Dan lo llamó con el móvil al salir de la reunión de Villepinte. De hecho, la guerra ya había empezado de nuevo de manera larvada. Una guerra sucia, que no quería decir su nombre, para coronar un fin de reino crepuscular. Yeltsin, sumergido en mares de vodka, solo tenía como consejero, según se decía, a su monitor de tenis. Y también a un hombrecillo apagado que respondía al nombre de Vladimir Putin.

Chechenia. Iba a tener que decidirse a jugar el todo por el todo.

Antes de volver a Marne-la-Vallée, Dan se desvió por la farmacia de la Porte de Vincennes que estaba abierta hasta muy tarde.

Allí pidió lo que estaba escrito en la receta.

Marne-la-Vallée, 16 de agosto, doce y *media de la noche*

—¡Cabrón de mierda! ¿Por qué no me has dicho nada, eh? ¿Por qué? Te vas con él, ¿no?

Seb había esperado a Moucheboeuf, sentado en el sofá cama, descompuesto, flaco, sucio y tan desamparado como un pájaro lleno de petróleo que ha ido a parar a la playa.

—¡Cálmate! ¿Vale?

¿Qué más iba a hacer aquel capullo para fastidiarle?

—¡Grooteclaes! El otro día, en Villepinte, el tipo del Mercedes, era él. ¿Te crees que soy imbécil?

—¿De dónde sacas eso?

Seb se lo soltó todo. Cómo había ido a vigilar la casa de Olomide, cómo el macarra le había confesado bajo amenaza que la casa de Villepinte servía de cuartel general al belga. Cómo el chulo había encontrado la muerte al intentar huir. Cómo, a continuación, no había tardado mucho en sumar dos y dos.

Daniel Moucheboeuf miró a Meyer, suspirando para procurar contener la cólera que crecía en su interior. Dio unos pasos hasta la nevera y se sirvió una cerveza sin ofrecerle una a Seb, que lo miró vaciar la lata casi de un trago mordiéndose el labio inferior. La nuez de Moucheboeuf se movía al ritmo de los tragos, y las venas de su cuello encarnado sobresalían un

poco más a cada sorbo.

La puerta del balcón abierta dejaba entrar las primeras vaharadas de fresco desde el final del día, un aire cargado de tufo de lodo que subía del valle del Marne cercano.

Dan dejó la lata casi vacía en el mármol de la cocina y eructó.

Seb lo desafiaba con su ojo ardiente.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —ladró Moucheboeuf—. ¿Qué te crees? Te cargas al macarra zaireño ese...

—Yo no lo maté —lo cortó Sébastien—, fue un accidente.

—¡Viene a ser lo mismo! ¿Te crees que no levantará las sospechas de Grooteclaes?

—Pero ¿por qué, maldita sea, por qué me mentiste, en Villepinte, delante de la casa? Era él, ¿sí o no? ¿Qué coño está pasando?

Dan cogió una de las sillas plegables esparcidas por el piso y se sentó a horcajadas como solía hacer.

—Sí. Era él. ¿Estás contento?

—¿Por qué, mierda, por qué?

—Seb. ¿Te has mirado al espejo? Créeme, mírate, y míralos a ellos. Estás tan delgado que tienes que pasar dos veces para que se te vea. ¡Solo con que uno de esos tíos te pegue una hostia, aunque no te acierte, pillarás un resfriado por el desplazamiento del aire!

Meyer no pudo evitar una sonrisa junto con una expresión dolorosa.

—Y tú, tú eres el profesional, el matón, tú te los cargarás a todos tú solo, ¿no? Es un trabajo para Supersniper, ¿eh?

—Piensa lo que quieras, Seb. Mientras tanto, tengo todos los motivos del mundo para pensar que ese belga hijo de puta está organizando un nuevo safari, que está a punto de ponerse en marcha. Y si lo perdemos, se largará a no sé dónde para tirar al blanco con sus clientes de mierda. No cuesta mucho, basta con que sigas haciendo estupideces como con ese chulo asqueroso. ¡Eso si es que Grooteclaes no se ha dado ya el piro! Ese tío es un paranoico.

—¿Qué? ¿Que se ha ido? Pero ¿qué estás diciendo? ¡No me lo puedo creer!

Como la respuesta de Dan no llegaba, Seb se puso a mirar con aire lastimoso sus inverosímiles zapatones. Luego, muy despacio, se quitó el parche. La goma, que le había dejado una marca en la mejilla, se le enredó

con el enmarañado pelo negro. Luego levantó la cabeza hacia Moucheboeuf.

—¡Dan, joder! No tienes derecho a quitarme mi venganza. Mira qué cara tengo, qué facha. Matar a ese cerdo es mi única razón para vivir.

El ex teniente sacudió la cabeza.

—No es posible. Sencillamente no será posible. El te conoce. Sabe qué pinta tienes y, créeme, se te distingue fácilmente. Si te ve, se largará y no lo volveremos a ver nunca más. O te matará.

—Bueno. En ese caso, será él o seré yo. Tómalo como quieras, pero te juro que voy contigo. A partir de ahora, no me separo de ti ni un centímetro. Ni un milímetro. No irás ni a mear sin mí.

Moucheboeuf emitió un largo, un larguísimo suspiro y observó a Meyer sentado al borde del sofá.

Con el dorso de la mano se secó las gotas de sudor que le perlaban la frente.

Debería haberlo imaginado.

—Pues, mira, hablando de mear, voy a ir ahora mismo, si no te importa.

Y cuando volvía poniéndose bien el elástico del pantalón de chándal, le propuso:

—¿Quieres una cerveza?

Seb asintió y Dan se dio la vuelta para abrir la puerta de la nevera. Se agachó, cogió una lata del pack de ocho, la abrió y vertió el contenido en un vaso.

Luego se giró de nuevo hacia Meyer y le tendió la jarra con el cristal lleno de gotas de condensación.

Un scooter con el tubo de escape trucado pasó rugiendo por la calle y despertando a la mitad de los vecinos. Típico de Noisy.

—¿Puedes cerrar la ventana? —le pidió Seb tras beber un trago de cerveza.

—Hace mucho calor.

Moucheboeuf se había quedado con el torso desnudo y en calzoncillos. Se volvió a sentar a horcajadas en la silla.

—Entonces, ¿cómo nos lo montamos con Grooteclaes?

—Ya veremos, ya veremos.

—¿Sabes adonde va, con su parroquia, y cuándo se va?

—Mmmm.

—Qué poco charlatán eres, Dan. Oye, tengo una idea. Lo vigilamos a la

salida de la casa, lo seguimos en moto, ese hijo de puta tendrá que ir a alguna parte, tendrá que bajarse del carro, aparcar, yo qué sé, dormir. Entonces solo tenemos que ponerle una bomba en el Mercedes. Cuando el tío suba adentro, ¡bum! Récord de salto de altura en coche. Y después llamamos a la pasma. Te imaginas, esas pobres chicas que debe de tener encerradas ahí dentro. Aunque las devuelvan a su país, siempre sss...será mejor que hacer de ppp...puta en los bulevares o en el bosque.

Dan contempló a Meyer con la cara de alguien que reflexiona intensamente.

Sébastien parpadeaba cada vez más. Su voz se hacía pastosa.

—Sabes qué, Seb, eres un buen tipo. De verdad que eres un buen tipo. Estás tan hecho para matar como yo para ser fotógrafo, ya ves.

—Deee...Deja de dee...decir tonterías, Dan, tonterías. Me vengaré, vengaré. Joder, ¿qué me passs...sa?

Moucheboeuf apoyó la planta de su pie derecho en el pecho de Seb y le asestó un fuerte golpe. Meyer cayó hacia atrás en el caos de sábanas revueltas. Su ojo de cíclope se volvía cada vez más vidrioso a medida que Dan daba vueltas con el rollo de cinta adhesiva alrededor de su flaco torso. Al final, le selló la boca.

Seb intentaba desprenderse. Pero ¿qué le pasaba a Dan, se había vuelto loco, o qué? A través de una niebla algodonosa, oyó a Moucheboeuf hablarle de Chechenia, de una cacería de hombres, pero no, eso era en Sarajevo, lo mezclaba todo, y ejércitos de hormigas circulaban bajo sus labios y en las puntas de los dedos para bombear la sangre, y además, ¿qué era aquel delirio de redención, qué mosca extraña había podido picar a aquel chiflado? Al fin y al cabo, no estaba tan mal, allí tendido con los brazos pegados al cuerpo. ¿Qué cuerpo, además? Nunca se había sentido tan ligero. Tan ligero que hasta se escapaba de él y subía como un gas hacia el techo. Se miró, allá abajo, parecía una momia envuelta en la cinta adhesiva, era divertido, no sentía miedo alguno, ni siquiera cuando Dan se fue a buscar una jeringuilla y la dirigió hacia arriba para quitar el aire de la aguja antes de buscarle la vena.

El somnífero era potente, y no escatimó en la dosis. Un hipnótico de la familia del Mandrax, cuya fabricación había sido prohibida unos años antes. En Francia, al menos, porque en la India las fábricas que producían la molécula funcionaban a todo trapo.

Seb estaba tan canijo, tan flacucho que el narcótico actuó con

inesperada rapidez.

Las gotas de sudor caían formando regueros por la espalda de Moucheboeuf, dibujando una hidrografía inédita que brillaba bajo la luz indirecta.

—Eres un coñazo, Meyer. De verdad, un coñazo. Me largo con ellos a Chechenia. No tengo tiempo de contártelo. O puede que sí. Pero como te conozco, todavía serías capaz de mandarlo todo a la mierda. Así que, odio lo que voy a hacer. Pero tengo que hacerlo. Tengo que ponerte fuera de combate hasta que...¡Eh! ¿Me oyes?

El párpado de Seb se había inmovilizado a medio camino de su recorrido, dejando ver el nácar de las paredes de su órbita vacía, obscena, vaginal. El otro párpado había obturado juiciosamente el ojo bueno.

Todavía cabeceaba y un hililllo de babas se había deslizado por la comisura del labio inferior por encima del adhesivo. Dan introdujo la aguja en la vena de Meyer, en la sangradura del codo, y apretó el pistón hasta que toda la dosis de pentotal se hubiera mezclado con la sangre del tuerto. Después esperó una media hora.

Cuando, con las botas, de pie encima de las tibias apedazadas, el ex teniente Moucheboeuf le volvió a partir las dos piernas, Seb ni siquiera se despertó, ni siquiera se estremeció cuando los clavos se doblaron y los tornillos hicieron pedazos los huesos recién soldados crujiendo como madera seca al quebrarse.

Antes de irse, Dan volvió a tapar púdicamente con el parche el ojo del tuerto.

Epílogo

Dan Moucheboeuf lo preparó todo a conciencia.

Con la ayuda de Farès había concertado una cita con unos traficantes de Nazran.

No resultó muy complicado. En Francia, desde hacía varios años ya, las empresas de seguridad y de material para vigilantes como Flades florecían gracias al mantillo de la inseguridad. Las había de todo tipo, y no todas se dedicaban únicamente a la seguridad interior. Muchos eran los polis de la secreta y los mercenarios que habían encontrado en este sector una manera de reciclarse. Vendían armas, informaciones, contactos. Algunos despachos de mercenarios incluso habían sido adquiridos por grupos transnacionales. Ahora crecían como hongos. Incluso cotizaban en bolsa.

La guerra se estaba privatizando.

El día de la partida, diez minutos antes de la hora acordada, Dan llamó por última vez a Amélie desde su móvil. Le saltó el contestador y se sintió aliviado. Se limitó a ponerla sobre aviso: debía socorrer a Seb. Añadió que en su bolsa de deporte, guardada en un armario del piso, encontraría un poco más de doscientos mil francos en metálico. Para compartir con Meyer.

Esperaba que Amélie oyera su mensaje lo antes posible. Seguramente Sébastien ya estaría despierto ahora y debía de estar pasando un calvario.

No había tenido otra opción.

Hizo una última llamada. Dio a la policía la dirección de la casa de Villepinte, aconsejándoles que enviaran al GIGN. Los tipos que vigilaban a las chicas iban armados hasta los dientes, describió lo más rápidamente posible la topografía del lugar, el tipo de armas, y les advirtió de la presencia de prisioneras en el piso superior para que no disparasen a voleo, y colgó al cabo de sesenta segundos.

Después destruyó su móvil a golpes de tacón y tiró los restos al fondo

de una papelera en los lavabos de Roissy.

El airbús de Aeroflot despegó puntualmente y aterrizó tres horas y media más tarde en la pista del aeropuerto de Moscú-Sheremetievo.

El grupito se quedó en el Novotel de la zona aeroportuaria para pasar la noche, en la linde de los sombríos bosques de abetos y abedules que rodeaban la capital de la Federación Rusa.

A la mañana siguiente el grupo embarcó a bordo de un trasnochado cuatrirreactor Tupolev con destino a Nazran, capital de una Ingushetia de calles polvorientas y desconchados bloques de ladrillo rojo protegidos por verjas comidas por la herrumbre.

Una vez ahí, tal como tenía previsto, Moucheboeuf consiguió escapar de la vigilancia de Grooteclaes en plena noche para ir a su cita. Recogió los panes de plástico C4 y los dos detonadores de bolsillo, así como el cinturón destinado a transportarlos, a cambio de lo cual entregó siete mil dólares en metálico.

Al amanecer, los integrantes del grupo se apretujaron, junto con las armas que les habían entregado, en un helicóptero ruso lleno de remaches sueltos fletado por la mafia, y mientras las palas removían el aire caliente propulsándose hacia Grozni, Dan, con la mejilla pegada a la sucia y agrietada ventanilla, contemplaba el paisaje neblinoso que desfilaba bajo la carlinga.

República del Congo (Congo-Brazzaville), *región de Pointe-Noire, septiembre de 1988*

El subteniente de comandos Daniel Moucheboeuf avanzaba prudentemente al frente de los seis hombres que le seguían en fila india entre las altas hierbas. Una serpiente mamba se escabulló delante de sus botas de asalto. Levantó la mano y se agachó, y todos lo imitaron. Llevaban uniformes de camuflaje, de color arena y tierra, las caras embadurnadas de negro, y sus claros ojos, feroces y decididos, no revelaban el miedo que les retorcía las entrañas.

Las perforaciones realizadas por Petrocoq habían resultado poco rentables. «Poco rentables» era un eufemismo, si se pensaba en las sumas gastadas para nada. «Infructuosas» habría sido una palabra más adecuada. Sin contar con que Sassou N'guesso, con sus teorías marxistas de tres al cuarto, había exigido la construcción de guarderías, escuelas y dispensarios a cambio de los permisos para perforar en la región, más bien desfavorecida. Ahora tenían que cumplir las promesas que habían hecho, y

levantar todo aquello en unas aldeas perdidas haciendo gran cantidad de obras y, encima, a fondo perdido.

La negociación se había desarrollado a puerta cerrada, a base de sobreentendidos, entre los algodones sepulcrales de los despachos ministeriales y las sedes parisinas de la compañía y sus filiales.

Petróleo a cambio de tropas de élite. El ejército siempre tenía grandes necesidades de carburante. Bastaba un pequeño grupo de hombres decididos y bien entrenados para desestabilizar la región. Los comandos, por ejemplo.

Nadie construiría ni escuelas, ni hospitales, ni guarderías en una zona de inestabilidad, eso lo sabía todo el mundo. No se había dicho nada más preciso. En África se había iniciado una guerra económica contra Estados Unidos, que buscaban batir en velocidad a Francia en la carrera por los yacimientos.

Texaco contra Petrocoq. El partido duraría años. Aún duraba.

—Hay rebeldes en la región de Pointe-Noire. Fomentan la insurrección contra Sassou. Están escondidos en los pueblos de las zonas pantanosas apartadas del río.

El coronel Marchand designó el mapa de estado mayor y señaló un punto a Moucheboeuf, hacia la desembocadura del río.

—Aquí es. Límpieme la zona.

Avanzaron arrastrándose hasta la linde de las viviendas. Y el subteniente soltó a sus hombres sobre el pueblo de Amélie. La sangre descendía por las callejuelas de laterita, las balas desmenuzaban la carne, un febril ensañamiento se adueñó de los soldados, masacraron, mataron a balazos, a culatazos, a patadas, a navajazos. No hicieron prisioneros.

Llegó a la pequeña playa, abrió fuego, las mujeres que corrían cayeron, uno de los soldados remató al bebé. Se metió en el agua hasta la cintura, buscaba posibles supervivientes. No hay que dejar testigos.

Al volver a Brazzaville, Dan cogió una cogorza de antología.

Se despertó por la mañana en el fango de un callejón. Llovía sobre el emplasto de vomitona seca que le cubría la barbilla y el cuello, dejó que el monzón le lavara, con los ojos abiertos de par en par hacia el cielo gris y bajo.

Aquel día, sin duda, había estado a menos de un metro de Amélie.

Hacía casi diez años.

El tiempo no había arreglado nada.

Dan esperó que el MI 8 se hubiera alejado lo suficiente de Nazran y sobrevolase una zona desierta en dirección a Chechenia para cerrar los ojos. En pensamientos pidió perdón a Amélie, y también a Seb. Luego, con el pulgar, accionó el detonador, sencillamente.

Hubo un relámpago, algo así como un arco eléctrico, una onda expansiva, y un hongo, un estallido de fuego, y los pedazos de cuerpos y de metal se esparcieron por los cuatro puntos cardinales.

Se hizo poco caso de la catástrofe, una más en la larga serie de accidentes aéreos debidos a la vetustez de la flota civil y militar de la antigua URSS.

Un aparato de una compañía privada se había estrellado con varios turistas europeos a bordo.

No hubo más información.

Las autoridades rusas acusaron tibiamente a los terroristas chechenos.

Pero pronto nadie más habló del accidente.

Los bomberos hundieron la puerta con Amélie detrás, la cara contraída por la angustia, y todos se precipitaron dentro.

Ella corrió a echar mano de la bolsa que contenía los doscientos mil francos antes de que llegase la policía para levantar acta.

Seb no confesó nada de lo que le había ocurrido. Oficialmente, estaba alojado en casa de un antiguo militar de carrera, y le habían agredido mientras dormía. Naturalmente, la policía relacionó el suceso con el ataque del que había sido víctima anteriormente en su domicilio, en Pré-Saint-Gervais, pero no pudo sacar nada más en claro de aquel pobre tuerto lisiado.

La desaparición de Daniel Moucheboeuf quedó sin explicación al igual que otras miles cada año. Habían encontrado su pasaporte después de que el GIGN asaltara una casa en Villepinte que pertenecía al parecer a una red mafiosa de prostitución. Tres pobres sierraleonesas que habían sido sistemáticamente golpeadas y violadas durante semanas fueron liberadas tras un violento intercambio de disparos entre gendarmes y los guardianes de la casa. Dos de los matones fueron abatidos por los hombres del GIGN, y el tercero consiguió darse a la fuga tras iniciar un incendio que enseguida se adueñó de la casa. Se encontraron otros pasaportes junto con el de Moucheboeuf.

Fue imposible encontrar a ninguno de sus propietarios. La pista se detenía ahí.

No obstante, los inefables Lecoq y Poulet fueron a visitar de nuevo a Seb al Centro Hospitalario de Créteil —obra cumbre de la modernidad, comparada con el Tenon—, pero no sirvió de nada. Aunque lo acribillaron a un montón de preguntas sobre los motivos que lo habían conducido a hallarse en la misma situación que varios meses antes, las dos piernas rotas, y encima en la casa de un tipo cuya documentación se había encontrado en un garito de la mafia, aunque lo amenazaron con un arresto hospitalario y agitaron como un sonajero el espantapájaros de la cárcel por falso testimonio y ocultación de pruebas, no consiguieron impresionarle. Al fin y al cabo, como los policías no tenían ningún delito específico que achacarle, terminaron por renunciar después de varias visitas y Seb se quedó solo frente a sus propios interrogantes. Hasta el día en que, en una sala de espera, se topó con una noticia breve en la sección de «Extranjero» de un *Libération* de tres meses atrás, datado el 25 de agosto, que relataba las extrañas circunstancias en las que un helicóptero ruso se había estrellado cerca de la frontera entre Ingushetia y Chechenia, al parecer con destino a la región de Grozni con varios pasajeros a bordo de identidad desconocida.

El belga estaba muerto. Sus clientes estaban muertos. Y Dan estaba muerto. Todo había terminado.

Nunca supo nada, sin embargo, de los motivos que habían empujado a Dan a desaparecer, a sacrificarse.

Tenía sus ideas sobre la cuestión. Vagas, difusas.

Retazos del febril monólogo de Moucheboeuf mientras envolvía a Meyer con cinta adhesiva y él se sumía en la inconsciencia.

Sus sueños no le comunicaron nada más.

Seb tuvo que pasar por tres operaciones en la clínica de Maussins y necesitó dos años de rehabilitación antes de poder volver a caminar. Los médicos de la Clínica del Deporte habían temido la formación de una seudoartrosis. La repetición de las fracturas a intervalos cercanos podía crear una falsa articulación. Sus huesos, sin embargo, quisieron cicatrizar más deprisa que su alma.

Amélie fue a visitarlo, al principio al menos, y al cabo de un año, tuvieron un corto romance que se malogró enseguida.

La muchacha abandonó la región parisina para instalarse en la Bretaña, donde encontró un puesto de trabajo en la perfumería de Lorient.

Gracias al dinero dejado por Dan, la convalecencia de Seb fue más cómoda, aunque la palabra sea un tanto inadecuada habida cuenta de los

dolores que padeció.

Fue durante una estancia en el centro de rehabilitación de Granville cuando conoció a Serge. El fisioterapeuta también era un apasionado del tiro con arco.

Cuidado, no esas máquinas de fibra de vidrio fabricadas industrialmente en Corea.

No, jamás de los jamases.

Serge había seguido un cursillo con paleoantropólogos en Dordoña, donde había aprendido a fabricar arcos neolíticos parecidos a los utilizados hace 10. 000 años.

Inició a Sébastien en el tiro con arco instintivo. Decía que era bueno para los músculos de la espalda, y también para dominar el estrés.

Al menos no tenía que cerrar el ojo, añadía Meyer, ya lo tenía cerrado.

Así fue como se produjo el cambio.

No de golpe. Más bien lentamente, en realidad. Pero aquel ojo derecho torpe, conminado a dar en la diana, se despertó.

Al cabo de seis meses, Seb metía en el centro de la diana todos los disparos a treinta y cinco metros.

Pronto fue capaz de soltar la flecha sin siquiera mirar.

Por la pura y simple razón de que él se había convertido en la misma flecha.

Cuando abandonó Granville y regresó a París, lo primero que hizo fue quemar sus últimos cartuchos comprando una vieja Nikon FM de segunda mano y un 50 mm.

La asistenta social le consiguió alojamiento en una residencia, y seguía percibiendo el salario mínimo así como su pequeña pensión de invalidez.

No pasaron tres meses antes de que cobrara por sus primeras publicaciones.

Nada glorioso, al principio. Manifestaciones, ocupaciones de locales por parte de organizaciones de indigentes sin casa, de inmigrantes sin papeles.

Algo, sin embargo, había cambiado en él. Muy pronto su estilo se hizo notar.

Y su firma ocupó de nuevo regularmente las páginas de las revistas.

Ya no dudaba en emplear formatos extraños, en innovar.

A menudo tenía dificultades para publicar su trabajo, a pesar del encono cómplice de quienes luchaban todavía en las redacciones por publicar otras

cosas aparte de fotos de famosos, o el reflejo pulido de un mundo inventado en el estudio, con figurantes, falsos enfermos, falsos delincuentes aseaditos y caricaturales.

Muchos fotógrafos insistían en afrontar la realidad. Pero muchas veces la realidad se ocultaba.

El conformismo ambiente asqueaba vagamente a Seb. Nunca estaba satisfecho de sus imágenes, encontraba que casi siempre los departamentos de fotografía iban detrás de la televisión, a remolque de los estereotipos. El mito de la edad de oro del fotoperiodismo seguía viviendo en los pasillos, pero ¿había existido realmente alguna vez esa famosa edad de oro? Un colega furioso le había enseñado una serie de fotografías que había realizado poco tiempo antes en alguna parte de África. En ellas se veía a un reportero apoyado en el cadáver de un niño muerto de hambre, apuntando a no se sabía qué con su teleobjetivo. Seb esperó que el niño ya estuviera muerto previamente, si no seguro que el fotógrafo lo había rematado.

Cada año se realizaban miles de millones de imágenes. ¿Qué quedaba todavía por inventar?

Sin embargo, poco a poco, volvió a cubrir conflictos. Chechenia, precisamente, donde la guerra, la de verdad, había estallado en 1998. Afganistán, donde los talibanes acosaban a las tropas de Masud. Las guerras africanas, las peores, tan numerosas, Sierra Leona, Liberia...

En 2001, poco tiempo después del 11 de septiembre, le dedicaron una exposición en París.

Jerusalén Oriental, mayo de 2002

Isabelle Berger, una principiante de veintidós años que había visto sus fotos en la exposición, no lo soltaba desde su llegada. Se había propuesto ligárselo descaradamente, una auténtica fan.

Seb acababa de sentarse a una mesa, atraído por el fresco de la fuente del Kiosco de Ibrahim, cuando ella se instaló en una silla enfrente de él.

Estiró las piernas dolorosamente. De sus múltiples fracturas le quedaba una ligera cojera de la que, decían los médicos, no se libraría nunca del todo.

Contempló a la muchacha. Nada que decir, era más bien guapa, con la melena a lo Louise Brooks, su chaleco de reportera y sus pantalones militares que no disimulaban sus formas rotundas. Además tenía una bonita sonrisa.

Si no hubiera sido tan charlatana.

Seb, qué tal estás, Seb, qué has hecho hoy, pues yo he hecho esto y he hecho lo otro, y blablabla.

—¿Hoy no llevas a tu escolta? —preguntó él más por educación que por interés.

Desde su llegada Isabelle llevaba pegadas a dos redactoras de una revista femenina que no tenían la más mínima intención de escribir una sola línea sobre el conflicto palestino-israelí, pero, como les había *encantaaado* la idea de pasar las vacaciones contando la vida cotidiana de una fotógrafa de guerra joven, guapa e inteligente, la habían acompañado hasta Jerusalén.

Isabelle era bastante lista, así que les propuso grabar un vídeo de recuerdo de su paso por el frente con la cámara digital que cargaba a todas partes como un cuaderno de notas. Nunca se sabía qué le reservaba el día de mañana en aquel oficio.

No era inútil ganarse los favores de la gente influyente.

—Ten, mira.

Colocó la cámara de vídeo encima de la mesa, con la minúscula pantalla de cristal líquido girada hacia Seb. Se le heló la sangre al ver las imágenes.

Las dos petardas, no se las podía llamar de otra manera, o al menos él no encontraba otra, se lo estaban pasando en grande disparando con sendos Kalashnikov delante de unos palestinos encantados que, de vez en cuando, las hacían parar para darles precisiones sobre el manejo de las armas.

Cuando hubieron vaciado los dos cargadores, se giraron hacia el objetivo con una pose sexy.

—¿A qué estaban disparando? —preguntó Seb con voz fría.

—Tranquilo, hombre, eran dianas, no gente de verdad. Será un recuerdo genial de las vacaciones para enseñar en la oficina, ¿no te parece?

Seb Meyer odiaba ya este maldito siglo XXI.

Puede que Grooteclaes estuviera muerto.

Pero los *reality tours* todavía tenían buenos tiempos por delante.

Canet d'en Berenguer, España,

2 de septiembre de 2003

Aclaración del Autor

Si bien actualmente, por desgracia, el turismo de la miseria está en pleno auge, si uno puede irse de vacaciones a un barrio de chabolas latinoamericano, a un gulag ruso o a hacer un cursillo para francotiradores, conviene dejar muy claro que los *reality tours* no tienen nada que ver con los viajes descritos en la presente novela.

Muy al contrario, este nombre fue inventado por una ONG altermundista estadounidense, Global Exchange, que, bajo esta denominación, promueve intercambios «de pueblo a pueblo» en el mundo entero.

En cuanto al resto del contenido, muchas veces el lector se pregunta qué hay de cierto y qué hay de ficción en una novela.

Las cacerías de hombres no son una actividad reciente, por desgracia, y en el transcurso de los últimos siglos han tenido como objetivo, generalmente, a las poblaciones colonizadas.

Generalmente también han sido llevadas a cabo por los pueblos colonizadores.

Dejaremos de lado los genocidios, que constituyen un género aparte.

Que nosotros sepamos, esta funesta práctica no se ha materializado en la organización de safaris durante las guerras de Chechenia o de la ex Yugoslavia, a no ser que consideremos como tal los desvaríos de algunas personas enviadas al lugar, ya no ser que consideremos como tal, por supuesto, la violencia descontrolada de soldados, mercenarios y bandas armadas contra la población civil, traducida en violaciones y matanzas.

Lamentablemente, las redes de inmigración clandestina, de prostitución o de cualquier otra forma de esclavitud moderna no pertenecen a la ficción, como tampoco el trabajo de los mercenarios o las maniobras secretas y manipulaciones ligadas a las guerras por el petróleo.

La mayoría de gente seria piensa que las *snuff movies* no existen.

Las imágenes de crímenes reales no escasean precisamente.

Los personajes de esta novela son totalmente imaginarios. Dicho esto, teniendo en cuenta que en este planeta vivimos varios miles de millones de seres humanos, siempre es posible que se dé alguna coincidencia.

Pido disculpas de antemano a cualquier persona que haya podido reconocerse en esta historia.

Notas a pie de página

[1] OSE: Oeuvre de Secours aux Enfants (Arción de Ayuda a los Niños). (N de la T)<<

[2] «Les trente glorieuses»: se denomina así al período de treinta años 1945-1975, de gran crecimiento económico. (N. de la T.)<<

[3] RICM: Régiment d'Infanterie-Cliars de Marine (Regimiento de Infantería-Carros de Combate). (N. de la T.)<<

[4] En español en el original. (N. tic la T.)<<

[5] Jefe del Estado de Sierra Leona. Sucedió al antiguo dictador Stevens antes de huir en 1992. (N. de la T.)<<

[6] Frente de Unidad Revolucionario. (N. de la T.)<<

[7] Direction Générale de la Sécurité Extérieure (Dirección General de la Seguridad Exterior). (N. de la T.)<<

[8] Lecoq significa «el gallo» y Poulet, «pollo». (N. De la T)<<

[9] Organo de prensa que pasa por ser la revista oficial de los mercenarios. (N. de la T.)<<

[10] Groupe d'intervention de la Gendarmerie Nationale: correspondería a los GEO españoles. (N. de la T.)<<



PATRICK BARD nació en Montreuil-sous-Bois, ciudad obrera de los alrededores de París (Francia), en 1958. Creció en Pantin. Interesándose por la fotografía, realizó una exposición en 1982 en una galería de Toulouse cuando ya trabajaba con la agencia Rapho. Su primer libro publicado en 1993, fue Blues Mississipi Mud, un libro de viajes dentro del mundo del blues..